

INFORMATION TO USERS

While the most advanced technology has been used to photograph and reproduce this manuscript, the quality of the reproduction is heavily dependent upon the quality of the material submitted. For example:

- Manuscript pages may have indistinct print. In such cases, the best available copy has been filmed.
- Manuscripts may not always be complete. In such cases, a note will indicate that it is not possible to obtain missing pages.
- Copyrighted material may have been removed from the manuscript. In such cases, a note will indicate the deletion.

Oversize materials (e.g., maps, drawings, and charts) are photographed by sectioning the original, beginning at the upper left-hand corner and continuing from left to right in equal sections with small overlaps. Each oversize page is also filmed as one exposure and is available, for an additional charge, as a standard 35mm slide or as a 17"x 23" black and white photographic print.

Most photographs reproduce acceptably on positive microfilm or microfiche but lack the clarity on xerographic copies made from the microfilm. For an additional charge, 35mm slides of 6"x 9" black and white photographic prints are available for any photographs or illustrations that cannot be reproduced satisfactorily by xerography.

8708289

Higuero, Francisco Javier

LA NARRATIVA HISTORICA DE JIMENEZ LOZANO. (SPANISH TEXT)

City University of New York

Ph.D. 1987

University
Microfilms
International 300 N. Zeeb Road, Ann Arbor, MI 48106

PLEASE NOTE:

In all cases this material has been filmed in the best possible way from the available copy.
Problems encountered with this document have been identified here with a check mark ✓.

1. Glossy photographs or pages _____
2. Colored illustrations, paper or print _____
3. Photographs with dark background _____
4. Illustrations are poor copy _____
5. Pages with black marks, not original copy _____
6. Print shows through as there is text on both sides of page _____
7. Indistinct, broken or small print on several pages ✓
8. Print exceeds margin requirements _____
9. Tightly bound copy with print lost in spine _____
10. Computer printout pages with indistinct print _____
11. Page(s) _____ lacking when material received, and not available from school or author.
12. Page(s) _____ seem to be missing in numbering only as text follows.
13. Two pages numbered _____. Text follows.
14. Curling and wrinkled pages _____
15. Dissertation contains pages with print at a slant, filmed as received ✓
16. Other _____

University
Microfilms
International

LA NARRATIVA HISTÓRICA DE JIMÉNEZ LOZANO

by

FRANCISCO JAVIER HIGUERO

A dissertation submitted to the Graduate
Faculty in Spanish in partial fulfillment
of the requirements for the degree of
Doctor of Philosophy, The City University
of New York.

1987

This manuscript has been read and accepted for
the Graduate Faculty in Spanish in satisfaction
of the dissertation requirement for the degree
of Doctor of Philosophy.

11/21/86

Date

Norman Marshall

Chair of Examining Committee

Nov. 21, 1986

Date

Barbara Henry

Executive Officer

Norman Marshall

Barbara Henry

Barbara Henry

Supervisory Committee

The City University of New York

Abstract

LA NARRATIVA HISTÓRICA DE JIMÉNEZ LOZANO

by

Francisco Javier Higuero

Adviser : Professor Thomas Mermall

En este estudio se presenta a Jiménez Lozano como el único autor español contemporáneo que usa la narrativa histórica como vehículo transmisor de un mensaje abierto al mundo de la trascendencia. Las obras de ficción examinadas aquí son Diálogos jansenistas, Historia de un otoño y El sambenito. Todas estas obras corresponden a la primera etapa narrativa de nuestro autor. Esta etapa se inicia en 1968. El denominador común de estos escritos consiste en un énfasis en la comunicación de los dramas y vivencias de unos seres humanos dominados por poderes absolutistas o impersonales que los enajenan y producen situaciones realmente angustiosas vividas dentro del condicionamiento histórico de épocas determinadas.

Los personajes sufrientes de la narrativa de esta época de Jiménez Lozano no pierden la esperanza aun en los momentos de mayor agonía y persecución. En este estudio tras presentar las ideas teológicas que se ventilan en los dramas humanos aquí considerados, nos concentramos en el análisis de los personajes de carne y hueso y en los condicionamientos ambientales que contribuyen a que el lector se pueda situar en el momento histórico en que de hecho sucedieron los acontecimientos narrados por Jiménez Lozano. Finalmente prestaremos atención a los elementos estilísticos, géneros literarios y formas de expresión usadas por nuestro autor en estas obras.

Este estudio podría ser considerado como una introducción a la narrativa de un autor que, aun sin ser desconocido en ambientes culturales hispánicos, ha sido injustamente marginado por críticos literarios de novela contemporánea. Se intenta así llenar un vacío existente en la literatura española actual. La conclusión final apunta hacia la prolongación de este estudio en el análisis de obras posteriores de Jiménez Lozano.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN GENERAL.....	Pag.1
NOTAS A LA INTRODUCCIÓN GENERAL.....	Pag.16
 CAPÍTULO PRIMERO: TEMAS HISTÓRICO-TEOLÓGICOS...	Pag.17
1.-LA CUESTIÓN JANSENISTA.....	Pag.18
2.-EL DRAMA DE LA ILUSTRACIÓN EN ESPAÑA.....	Pag.37
3.-LA "INCONTINENCIA" DEL PODER ABSOLUTISTA Y SUS CONSECUENCIAS.....	Pag.49
4.-LA ASFIXIA ABRUMADORA DEL PODER IMPERSONAL..	Pag.66
5.-LA AUTORIDAD EN LA IGLESIA.....	Pag.76
6.-LA NOCHE OSCURA DE LA FE.....	Pag.88
7.-LA SALVACIÓN POR LA FE.....	Pag.93
8.-LA FE COMO APUESTA.....	Pag.100
9.-EL PROBLEMA DEL MAL.....	Pag.103
10.-LA PRESENCIA DE LA MUERTE.....	Pag.108
11.-LA CRUZ SÍMBOLO DE ESPERANZA.....	Pag.121
12.-EL DON DE LA TOLERANCIA.....	Pag.130
13.-CANTOS A LA VIDA.....	Pag.133
NOTAS AL PRIMER CAPÍTULO.....	Pag.137

CAPÍTULO SEGUNDO: CARACTERIZACIÓN DE LOS

PERSONAJES.....	Pag.144
1.-PERSONAJES AGÓNICOS.....	Pag.146
2.-PERSONAJES IMPERMEABLES A LA DUDA.....	Pag.153
3.- LA PRESENCIA DE PERSONAJES QUE NO APARECEN EN LA ACCIÓN.....	Pag.157
4.-PERSONAJES AGOBIADOS POR EL MIEDO.....	Pag.160
5.-PAPEL DE LAS CONVERSIONES.....	Pag.166
6.-DIMENSIÓN PASTORAL DE PERSONAJES CLAVES..	Pag.183
7.-FUNCIÓN DE LOS PERSONAJES SECUNDARIOS....	Pag.195
8.-PERSONAJES SIMÉTRICOS Y ANTITÉTICOS.....	Pag.208
NOTAS AL SEGUNDO CAPÍTULO.....	Pag.221

CAPÍTULO TERCERO: EL CONTEXTO AMBIENTAL.....Pag.225

1.-LAS CRISTIANDADES.....	Pag.226
2.-AMBIENTACIÓN DE LA NATURALEZA.....	Pag.239
3.-SENTIDO DEL HUMOR Y FUNCIÓN DE LA RISA...	Pag.250
4.-MOTIVOS SEXUALES.....	Pag.260
5.-LOS SUEÑOS: EVASIÓN Y PROFUNDIZACIÓN.....	Pag.268
6.-EL PAPEL DE LOS CONTRASTES.....	Pag.274
7.-GRADOS DE AMBIGÜEDAD.....	Pag.281
8.-EL ELEMENTO REFERENCIAL DE LAS CAMPANAS..	Pag.289
9.-SIGNIFICADO DEL SILENCIO.....	Pag.295
NOTAS AL CAPÍTULO TERCERO.....	Pag.301

CAPÍTULO CUARTO: GÉNEROS LITERARIOS Y ELEMENTOS

ESTILÍSTICOS.....	Pag.303
1.-TEATRO BRECHTIANO.....	Pag.308
2.-DIVERSAS FORMAS DE NARRACIÓN.....	Pag.312
3.-IDENTIFICACIÓN DEL AUTOR FICCIONAL.....	Pag.323
4.-ELEMENTO EPISTOLAR.....	Pag.326
5.-DIARIOS PERSONALES.....	Pag.330
6.-RELACIÓN INQUISITORIAL.....	Pag.334
7.-DIÁLOGOS EVOCADORES DE VIDA.....	Pag.339
8.-ENSIMISMAMIENTOS Y SOLILOQUIOS.....	Pag.347
9.-TEXTO AUTOCRÍTICO.....	Pag.350
10.-SIGNIFICADO DE LOS NOMBRES.....	Pag.354
NOTAS AL CUARTO CAPÍTULO.....	Pag.362
CONCLUSIÓN A MODO DE APÉNDICE.....	Pag.365
BIBLIOGRAFÍA: 1.-OBRAS DE JIMÉNEZ LOZANO.....	Pag.376
2.-BIBLIOGRAFÍA GENERAL.....	Pag.377

INTRODUCCIÓN GENERAL

La finalidad de este estudio es analizar el contenido y la forma de las obras literarias de Jiménez Lozano que podrían encuadrarse dentro del drama y de la narrativa histórica. Jiménez Lozano solamente hace una breve incursión en el teatro histórico al elaborar Diálogos jansenistas, perteneciente al género dramático denominado teatro épico o brechtiano¹. Esta forma de hacer teatro se caracteriza por el énfasis puesto en el aspecto narrativo y didáctico de dimensiones moralizantes. Hemos considerado necesario analizar Diálogos jansenistas como un paso previo que nos introduce en el mundo histórico, cultural, teológico y vivencial de los personajes de Historia de un otoño. El ambiente de opresión absolutista que sufren los hombres de carne y hueso de la primera novela de Jiménez Lozano, se prolongará con dimensiones todavía más despersonalizadoras en El sambenito.

Como se podrá observar, la narrativa histórica de nuestro autor está densamente compenetrada con un contenido teológico manifestado en las motivaciones y actitudes que reflejan los diversos personajes. Jiménez Lozano no narra simples acontecimientos históricos, sino que sabe penetrar cuando escribe teatro o novelas en las causas ideológicas y existenciales de determinados hechos que ciertos historiadores podrán presentar o valorar solo cuantitativamente. No es un secreto que la interpretación de la historia que subyace en la base de la narrativa de Jiménez Lozano procede de los postulados existenciales de la obra de Américo Castro. De la misma manera que este autor se preguntaba acerca de las razones de la reciente violencia colectiva en la historia de España para remontarse a sus causas originantes procedentes de la Edad Media, Jiménez Lozano cuestiona seriamente los acontecimientos que observa y vive en los años del declive del franquismo (a partir de 1968), y nos ofrece su propia interpretación y análisis de la situación al narrarnos en Historia de un otoño el mundo de la Francia del siglo XVII, momento histórico marcado por el conflicto entre Luis XIV y el monasterio de Port-Royal des Champs .

La decadencia del franquismo que en sus últimos años se mantenía sin que prácticamente algunas de sus principales fuerzas de apoyo creyesen en él, tiene muchos aspectos comunes que van más allá de la pura coincidencia, con el sistema inquisitorial que, según leemos en El sambenito, había montado un proceso contra don Pablo de Olavide en el siglo XVIII cuando ni siquiera la máxima autoridad de la Inquisición creía en tales procedimientos. Algo parecido sucedía en Diálogos jansenistas donde nos encontramos con personajes claves que son ejecutores de órdenes superiores con las que no están de acuerdo y a las que en su interior se oponen radicalmente. Por ejemplo, en esta obra teatral el Cardenal Noailles se ve obligado a ordenar la destrucción del monasterio de Port-Royal des Champs en contra de su misma voluntad. M.D'Argenson ejecuta estas órdenes en contra de sus propios deseos. El mensajero comunica la decisión de desterrar al Cardenal Noailles, repugnándole tener que decir lo que está transmitiendo. Todos estos personajes claves de Diálogos jansenistas son ejecutores de órdenes superiores con las que no están de acuerdo y a las que en su interior se oponen radicalmente. El autor de estas órdenes es el

poder absolutista de Luis XIV, que lo era todo y para quien el mismo Dios parece que había sido fabricado a su imagen.

La proyección de actualidad que tiene la narrativa histórica de Jiménez Lozano se inicia con Diálogos jansenistas. Según escribe nuestro autor en la nota introductoria a esta obra, si el lector vive con cierta profundidad el drama histórico y lacerante de la libertad se sentirá inmerso en la problemática aquí planteada. En la España de 1968, año en que fué escrito Diálogos jansenistas, el drama del Cardenal Noailles podía ser no solamente el de muchos obispos, sino también el de diversos hombres en posición de autoridad que tenían que defender y ejecutar decisiones con las que no estaban de acuerdo. En los últimos años del franquismo el distanciamiento de la Iglesia respecto al régimen político fué siendo cada vez mayor. Los jerarcas españoles habían aprendido en carne propia la situación dramática del Cardenal Noailles, es decir, la debilidad de una Iglesia unida al Estado. La tensión dramática de una institución eclesiástica que está siendo manipulada y dominada por poderes externos, es uno de los temas

esenciales de Diálogos jansenistas que sin duda alguna puede hacer referencia a la situación político-religiosa de España en 1968.

Otro tema de actualidad religiosa en 1968 era el énfasis insistente en la promoción del laicado y en una autoridad dialogante dentro de la Iglesia. En Diálogos jansenistas el Cardenal Noailles conversa libremente con Mlle. de Joncoux y la escucha con paciencia e interés. Cuando no sabe qué responder, el Cardenal calla soportando incluso hasta la ironía y la protesta. Noailles representa el prelado que dialoga realmente y que se siente iluminado interiormente por la exposición de los puntos de vista de una cristiana, como Mlle. de Joncoux, muy consciente de su papel en la Iglesia.

Jiménez Lozano en Diálogos jansenistas toca el tema de la libertad de la Iglesia en sus relaciones con el poder político, y el tema de la libertad dentro de la misma Iglesia. Ésta pecaría de inconsistencia si demandase frente a otras instituciones una libertad que ella negase a sus propios miembros. En esta obra teatral Jiménez Lozano defiende una tesis en favor

de la libertad a todos los niveles, sin recortes oportunistas ni máscaras ocultadoras de intereses dominadores.

Nuestro autor coincide con Américo Castro al recurrir al pasado histórico para interpretar realidades más actuales. Sin embargo, donde Jiménez Lozano se aparta de Américo Castro es en el recurso a la creación literaria dramática y narrativa de tipo histórico para hablarnos del presente. Américo Castro usó únicamente el género literario del ensayo. Jiménez Lozano, además de emplear tal género, (no olvidemos obras como Meditación española sobre la libertad religiosa, Los cementerios civiles y la heterodoxia española y Guía espiritual de Castilla), se adentra también en el terreno de la ficción histórica, en cuyo análisis centramos este estudio.

Georg Lukács en su ya clásica obra The Historical Novel afirma que el campo más propicio para el resurgir de la novela histórica es un mundo en transformación y una época de conflictos. Nosotros nos atreveríamos a decir que esta afirmación es cierta no solamente en lo que a la novela histórica se refiere sino también

incluso a la misma reflexión filosófica. Por ejemplo Edmund Husserl sólo al llegar la crisis alemana de los años treinta, empieza a ocuparse de cuestiones históricas². El mundo del declive del franquismo era altamente conflictivo debido a una serie de tensiones crecientes que se iban acumulando y a las que no se les daba solución adecuada a la altura de los tiempos. Esta situación alarmantemente problemática está en la base social de la narrativa de Jiménez Lozano que analizamos aquí. Una crisis que abarca al país entero conduce necesariamente a reflexiones acerca de la índole del mal que lo aflige y, por consiguiente, al examen de sus posibles causas. Esta es una de las vías por las que Jiménez Lozano llega a la novela histórica.

Los críticos que se han ocupado de la novela histórica han subrayado la necesidad de fijarse en la intención del novelista al escribirla. Como hemos visto, se trata de una respuesta a una situación vital, pero puede tomar direcciones muy distintas. Por ejemplo, una de las actitudes podría consistir en evadirse hacia el pasado porque el presente se convierte en intolerable. Esta sería la interpretación de algunas

manifestaciones exóticas del modernismo. En otros casos la huida hacia el pasado está motivada por la nostalgia. El hombre desarraigado intenta salvar su continuidad histórica: trasplantado a una tierra que no es suya, donde es difícil encontrar un sentido total a la existencia, se agarra a sus raíces en el pasado. Vemos aquí una cierta actitud propia del romanticismo y de algunas formas del exilio³.

Menos frecuentemente y como caso aislado se da una novela que surge puramente por interés histórico, cultural y filosófico. El mejor ejemplo de este tipo de novela sería Memorias de Adriano de Marguerite Yourcenar, aunque aun aquí podríamos detectar una intención encubierta: la afirmación de los valores artísticos, y a la vez una insistencia en que el soberano es, ante todo, un hombre con sus propios problemas existenciales.

Cuando Jiménez Lozano escribe narrativa histórica no lo hace movido ni por una tendencia al escapismo frente a la realidad presente ni por un sentimiento de nostalgia dirigido hacia tiempos pasados. En parte

podríamos afirmar que la novela histórica sirve a nuestro autor como pretexto para hablar de la realidad actual española en contraste con otros valores nacionales. Jiménez Lozano no maltrata ni desfigura lo histórico. Más de una vez, como paso previo a la elaboración de su obra narrativa, le hemos visto desempolvar archivos, copiar viejos documentos y hasta ofrecernos hallazgos e interpretaciones de puntos dudosos de la historia por su propia cuenta. Cualquier consideración acerca de la novela histórica no podría dejar de referirse a su relación con la historia propiamente dicha. Según Lukács, la novela histórica no existe como un género aparte. Es una composición híbrida que nace parcialmente de la insatisfacción con la novela y de la inconformidad con la escritura de la historia de su tiempo. R.C. Collingwood en The Idea of History señala las libertades que se puede permitir la novela histórica: no está supeditada al tiempo ni al espacio y no exige secuencia cronológica exacta. La novela histórica no está construida basándose solamente en evidencias. En este contexto Herbert Butterfield en The Historical Novel: An Essay admite que frecuentemente la novela histórica puede ser fiel a la historia

sin ser fiel a los hechos. Es un poco difícil, incluso para el propio historiador, creer en la absoluta verdad de los hechos cuando con frecuencia se están descubriendo datos nuevos que cambian el panorama histórico e imponen reevaluaciones. Jiménez Lozano parte en sus novelas históricas de hechos concretos , pero los sitúa dentro de un contexto social en donde cobran el sentido que nos quiere ofrecer. Que en detalles concretos Jiménez Lozano no sea totalmente fiel a los acontecimientos históricos, no resta valor a su obra narrativa.

Si se compara un tratado de historia con las novelas de Jiménez Lozano, lo primero que salta a la vista es que en éstas los personajes aparecen como sujetos, hombres de carne y hueso, mientras que el historiador los trata siempre como objetos. Los personajes de las novelas históricas de Jiménez Lozano tienen un yo ficcional y aparecen integrados en el mundo de ficción, moviéndose en relación con personajes puramente ficticios. De la misma forma, el ambiente es percibido por un narrador ficcional, no por el historiador objetivo. La realidad que se nos presenta

en estas novelas no es una sucesión de acontecimientos grabados sino una vivencia. Por eso incluso los personajes históricos son presentados bajo la dimensión humana que en muchas ocasiones ofrece características agónicas como es el caso del Cardenal Mosillos en Diálogos jansenistas e Historia de un otoño o del Gran Inquisidor y de don Pablo de Olavide en El sambenito.

La acción en las novelas históricas de Jiménez Lozano es presentada siempre como un devenir, no como algo definitivamente pasado: sólo de este modo es posible crear y mantener una tensión. Esto nos hace recordar las reflexiones de Heidegger en El ser y el tiempo acerca de la Historia entendida como destino, es decir, siempre dirigida al porvenir. Para Jiménez Lozano el futuro hacia el que miran los personajes de sus novelas no puede quedar reducido a categorías espacio-temporales, sino que apunta hacia la superación de las limitaciones históricas en el mundo de la trascendencia. Aquí es donde encontramos el sentido final tanto de Historia de un otoño como de El sambenito. El Cardenal

Noailles ve en una simple cruz la única esperanza que queda después de que todo ha sido destruido. Cuando el proceso inquisitorial contra don Pablo de Olavide ha concluido y éste ha muerto ya, quizás lo único que cuenta es la fe agónica con que vivió.

El lenguaje en las novelas históricas de Jiménez Lozano no es simplemente expositivo y neutral. Nuestro autor, sobre todo en el caso de El sambenito, trata de recrear el lenguaje de la época, aun admitiendo compromisos. Es cierto que el color local, lo pintoresco y lo exterior se encuentran presentes en las descripciones de las novelas históricas que comentamos. Pero también hay una genuina preocupación por presentar con realismo los problemas interiores de los personajes. Jiménez Lozano en parte quiere evitar la sensación de que en sus novelas hay pura ficcionalidad y desea mantener la ilusión de realidad documentada. De aquí procede el recurso a la interpolación de trozos objetivos de supuesto relato histórico entre la trama ficcional como por ejemplo los fragmentos de los diarios de la Madre Du Mesnil y del abate Dubois, y las cartas de la última priora de Port-Royal des Champs en Historia de un otoño.

Desde otra perspectiva, la prosa burocrática, repetitiva, vacía y deleznable de los secretarios inquisitoriales de El sambenito corresponde sin duda alguna al estilo que puede encontrarse en los documentos pertenecientes a los procesos del Santo Oficio durante el siglo XVIII.

Lo que Lukács indicaba como uno de los objetivos principales de la novela histórica, es decir, la expresión de los problemas de una época a través de destinos individuales, corresponde, hasta cierto punto, con lo que encontramos en las novelas históricas de Jiménez Lozano donde las vidas individuales son percibidas como tales, pero están entendidas desde la situación histórica completa. Nuestro autor combina los elementos procedentes de la época, del sistema de valores y de la realidad de los hechos con la parte ficcional de la vida particular.

Finalmente conviene añadir que las novelas de Jiménez Lozano que analizamos en este estudio son históricas no solamente por incluir personajes o acontecimientos históricos, sino sobre todo por

mantener una cierta distancia temporal. La mayoría de los críticos que hemos consultado se inclinan a considerar como deseable para que una novela sea histórica, una distancia de cincuenta años con el fin de que lo que se narra no corresponda a una experiencia personal. En este sentido no consideráramos novela histórica a Paz en la guerra de Unamuno ni tampoco a La salamandra y Duelo en la casa grande del mismo Jiménez Lozano. Para nosotros no son novelas históricas las que se inspiran en lo autobiográfico. En todo caso serían narraciones testimoniales como las de Unamuno, Baroja, Valle Inclán y las del último Galdós que nos crean mundos aún alcanzados por su propia memoria. Madeleine De Gorge Fletcher en The Spanish Historical Novel 1870-1970 propone llamar a tales novelas, episodios nacionales, adoptando la denominación de Galdós.⁴

Georg Lukács insiste en que la novela histórica debe hacer escuchar la voz del pueblo aun dentro de los oleajes de la historia.⁵ En Historia de un otoño, la voz del pueblo está presente en el apoyo de los campesinos que defendían a Port-Royal. En El sambenito las escasas referencias al elemento

popular son manipuladas por la predicación de los frailes que instigaban a la gente a rechazar el mundo de la Ilustración. Así pues la relación individuo-colectividad que según Lukács ha sido siempre uno de los ejes importantes en la estructura de la novela histórica, se presenta bajo una connotación positiva en Historia de un otoño, y como resultado de una situación conflictiva en El sambenito. En este estudio analizaremos ambas novelas bajo diversas perspectivas teniendo en cuenta las características que según la mayoría de los críticos deben poseer las obras de narrativa ficcional que centran su contenido en hechos históricos. Además nos es imposible prescindir del fuerte contenido teológico de Historia de un otoño y de El sambenito. Este fondo conceptual y vivencial combinado con la narración histórica hace que encontremos en la obra literaria de Jiménez Lozano una originalidad única, ausente en autores hispánicos contemporáneos.

NOTAS A LA INTRODUCCIÓN GENERAL

1 Diálogos jansenistas, obra de teatro nunca publicada ni tampoco representada, fue escrita por Jimenez Lozano en la Semana Santa de 1968, después de haber estudiado con profundidad el fenómeno jansenista. En este estudio usamos una fotocopia del manuscrito original que nos ha sido proporcionada por el autor.

2 Biruté Ciplijauskaitė en Los noventayochistas y la historia nos recuerda que las primeras novelitas históricas españolas son obras de exiliados.

3 Nos estamos refiriendo a la obra monumental de Edmund Husserl: The Crisis of European Sciences and Transcendental Phenomenology. Evanston. Northwestern University Press. 1970.

4 Madeleine de Gogorza Fletcher coincidiría con Gaspar Gómez de la Serna que parece inclinarse por la denominación "episodios nacionales" en España en sus episodios nacionales. Madrid. Ediciones del Movimiento. 1954.

5 La voz del pueblo a que se refiere Georg Lukacs, coincidiría con una de las posibles interpretaciones del concepto de intrahistoria de Unamuno, tal como lo expuso en En torno al casticismo y lo ejemplarizó en Paz en la guerra.

CAPÍTULO PRIMERO: TEMAS HISTÓRICOS-TEOLÓGICOS

El profundo contenido teológico de la narrativa histórica de Jiménez Lozano penetra toda su obra. Es imprescindible partir de un cierto conocimiento de la polémica entre jansenistas y jesuitas para poder comprender adecuadamente tanto Diálogos jansenistas como Historia de un otoño. La mentalidad jansenista también influye, aunque de un modo tangencial en El sambenito. A raíz del drama de la destrucción del monasterio de Port-Royal des Champs en Francia durante el siglo XVII y del proceso inquisitorial contra don Pablo de Olavide en España durante el siglo XVIII, encontramos en la narrativa de Jiménez Lozano una creciente profundización en temas teológicos, tal como el papel de la fe en función de la salvación, el lugar de la cruz en la esperanza que mira a la vida del más allá, el problema del mal y la presencia de la muerte como factores limitadores de cualquier usurpación de poder que no corresponde al ser humano. En este capítulo estudiaremos dichos temas en el contexto

de los acontecimientos dramáticos que acecharon la vida de los personajes de Diálogos jansenistas, Historia de un otoño y El sambenito. La perspectiva desde la que se tratan los conceptos teológicos aquí examinados es diferente en cada una de estas obras, y así lo dejaremos de manifiesto en el presente estudio. No obstante, hay semejanzas de enfoque y situaciones parecidas en las obras aquí analizadas. Tanto los puntos comunes en el tratamiento de los temas teológicos como las posibles discrepancias al comparar las tres obras históricas que estudiamos, serán presentadas con el fin de ofrecer una visión lo más enriquecedora posible de la narrativa de Jiménez Lozano.

1.- LA CUESTIÓN JANSENISTA

Jiménez Lozano trata del tema del jansenismo directamente en una obra dramática, Diálogos jansenistas, en una novela, Historia de un otoño, y en diversos ensayos recogidos en La ronquera de Fray Luis y otras inquisiciones y en Retratos y soledades. La fuente histórica en que se ha basado Jiménez

Lozano para ofrecernos su visión del jansenismo es la obra monumental de Sainte-Beuve, Port-Royal, publicada por primera vez entre 1840 y 1859. La edición que ha usado nuestro autor es la publicada en París por la editorial Pléiade en 1953 y que consiste en tres volúmenes impresionantes por la carga abrumadora de erudición y datos. El basarse casi exclusivamente en esta fuente histórica tiene el inconveniente de que Jiménez Lozano prescinde de nuevas interpretaciones ideológicas que debería haber tenido en cuenta. Nos estamos refiriendo a la interpretación marxista del fenómeno jansenista presentada por Lucien Goldmann en El hombre y lo absoluto. El dios oculto. Aunque la edición que hemos usado en este estudio data de diciembre de 1985, la edición original es de 1955, es decir más de diez años anterior a los estudios de Jiménez Lozano sobre el jansenismo. Si bien es cierto que Diálogos jansenistas fué escrito en la Semana Santa de 1968 y la primera traducción al español de la

obra de Goldmann es de julio de ese año, al menos podíamos haber esperado que en los escritos posteriores a esa fecha en que Jiménez Lozano trata del problema jansenista desde diversas perspectivas teológicas y culturales, nos hubiera dado alguna pista que nos indujera a pensar que conocía la interpretación de Goldmann . Creemos encontrarnos aquí con una laguna seria en lo que al enfoque y tratamiento de los sucesos históricos del monasterio de Port-Royal se refiere. La profesora María Shevtsova de la Universidad de Connecticut afirmaba con certeza y exactitud en el coloquio que siguió al panel que sobre "Marxist Literary Theory and Practice" tuvo lugar en la convención del Northeast Modern Language Association de abril de 1986, que los estudios de Goldmann sobre el jansenismo eran un modelo de lo que podía denominarse crítica literaria marxista. Por tanto, el ignorar esta perspectiva ideológica del fenómeno jansenista constituye una limitación de considerable importancia en la obra literaria de Jiménez Lozano.

Según Lucien Goldmann, la mayoría de los jansenistas que se apartaron del mundo, procedían de la clase aristocrática o de la nobleza que en el siglo XVII

francés se encontraba seriamente amenazada tanto por la creciente burguesía cuyo poder culminaría en la revolución francesa, como por el poder absolutista de Luis XIV que prescindía de la nobleza para gobernar de acuerdo con su concepción personalista del poder político. Los jansenistas al sentirse desplazados por un mundo al que consideraban hostil, lo rechazaban y se retiraban para vivir en paz consigo mismo aunque sublimaban, racionalizaban y justificaban su actitud afirmando que iban en búsqueda de un Dios exigente que solamente permitía la salvación de aquellos privilegiados que sabían rechazar radicalmente las demandas de un mundo corrompido. La estructura económica, social, y política de la sociedad francesa de los siglos XVII y XVIII, ha sido la que ha condicionado y quizás determinado la ideología jansenista defendida con tanto apasionamiento por los que buscaban en Port-Royal la paz espiritual que no podían encontrar en el mundo.

Aunque Jiménez Lozano no tiene en cuenta la interpretación de Goldmann en lo que al fenómeno jansenista se refiere, nos ofrece una multiplicidad de perspectivas desde las que juzgar los acontecimientos

históricos en torno a Port-Royal. En los escritos de nuestro autor encontramos el punto de vista de los jesuitas, el de los mismos jansenistas, el de la monarquía absolutista, el de la alta jerarquía de la Iglesia católica en Francia, el de los diversos papas que se tuvieron que ver envueltos en los conflictos del monasterio de Port-Royal, y el de muchos otros personajes que por pura coincidencia o de manera intencional entrecruzaron sus vidas con la espiritualidad jansenista. Como ya se ha indicado, Jiménez Lozano se basa fundamentalmente en la obra de Sainte-Beuve. Nosotros, aun sin compartir totalmente el juicio de Gabriel Albiac que en su libro Pascal cree que la línea interpretativa de Sainte-Beuve no es siempre afortunada, creemos que Jiménez Lozano tenía que haber tenido en cuenta estudios posteriores. Aun prescindiendo de la crítica marxista, durante los últimos 125 años se han hecho una serie de estudios complementarios acerca del jansenismo francés. La compilación y síntesis más completa y reciente de estos estudios está contenida en la obra de Alexander Sedgwick, Jansenism in Seventeenth-Century France.

La teología jansenista aparece expuesta en la nota introductoria a Diálogos jansenistas , en el texto dramático de esta obra y a lo largo de pasajes significativos de Historia de un otoño. Por ejemplo el Cardenal Noailles en la conversación inicial de esta novela se refiere a la santidad de vida a que se aspira en Port-Royal y dice que está relacionada con la conciencia de un Dios terrible tal como aparece en frecuentes textos del Antiguo Testamento. Explícitamente el Cardenal se refiere al Dios del Sinaí que devora a una zarza silvestre con el solo resplandor de sus ojos.⁶ Moisés temblaba al sentirse llamado por el vozarrón de Dios. El ser humano si es consciente de su condición de pecador no puede soportar la cercanía de tal Dios. Nos dice Jiménez Lozano en la nota introductoria a Diálogos jansenistas que durante el siglo XVII , en Port-Royal des Champs los confesores, teólogos y amigos del monasterio, como Saint Cyran, Arnauld, Lemaitre, Pascal...etc eran jansenistas en el sentido de que defendían la opinión teológica consistente en afirmar el estado de esclavitud del pecado en que se encuentra el ser humano después de la caída original y que le conduce a la condenación. Esta concepción tan pesi-

mista de la condición humana se ejemplariza en Historia de un otoño al encontrarnos en Port-Royal con la tumba del abate Giraust que tenía un epitafio indicando que jamás había dicho misa. Según Noailles nadie puede tener la presunción de considerarse digno de ser sacerdote, y menos todavía de vivir el sacerdocio con dignidad. Dentro de la conciencia de la grandeza de Dios y de la pequeñez humana, propia del espíritu jansenista, la muerte aun en los casos de santidad más reconocida, resultaba atroz. El Cardenal Noailles dice que ha oído hablar de lo terrible que fué la muerte de la Madre Angélica de San Juan.

-Sucede con frecuencia - comentó el cardenal -, la santidad resulta atroz, a la hora de la muerte,... Sólo el santo sabe que Dios es terrible, el Tres veces Santo, Dios del Sinaí que devora a una zarza silvestre con el solo resplandor de sus ojos. Moisés cuando se sintió llamado por el vozarrón de Dios, se descalzó y temblaba. No hay carne humana que soporte esa cercanía. Mucho menos, si se da cuenta, precisamente entonces, de cómo se le ajustan las sandalias del pecado y no puede desasirse de ellas.?

Leemos en la nota introductoria de Diálogos jansenistas que de acuerdo con la teología vivida en Port-Royal, la gracia eficaz que Dios en su bondad ofrece mediante los méritos de Cristo y que libera del pecado, va dirigida solamente a un número peque-

ño de personas. El resto de los seres humanos constituyen el conjunto de los condenados. Esta doctrina teológica jansenista de la predestinación es consecuencia de las exigencias del espíritu de la cruz de Cristo que no permitía ninguna acomodación o concesión a la sociedad hipócrita e institucionalmente cristiana de la Francia de Luis XIV. En Diálogos jansenistas se relaciona el tema de la predestinación con el de la cruz, mediante una clara referencia al famoso crucifijo del Cristo de los brazos extendidos hacia arriba. Esta representación de Cristo tuvo una gran aceptación entre los jansenistas porque expresaba vivamente el drama del Calvario, es decir, el precio monstruoso que el Hijo de Dios pagó por el pecado o las exigencias de la cruz. La interpretación que se solía dar de esos Cristos era la de ser símbolos de la predestinación de unos pocos a la salvación, esos pocos santos que cabían entre sus brazos juntos. En Diálogos jansenistas vemos un gran crucifijo con los brazos extendidos hacia arriba en el locutorio del monasterio de Port-Royal des Champs. Al final de la obra, el mensajero trae una orden de arresto contra Mlle. de Joncoux porque se le acusaba de distribuir imágenes

de este Cristo.

Mensajero.- Traigo también una "lettre de cachet" contra Mademoiselle de Joncoux, que le llevará a la Bastilla por dos años. Se le acusa de distribuir grabados de Port-Royal, de su iglesia y sus jardines, su cementerio y su granja y, sobre todo, de repartir imágenes de Cristo con los brazos extendidos hacia arriba. Esos Cristos de la herejía. 8

De esta concepción de la predestinación jansenista se deduce una piedad y moral estrictas según las cuales no se puede combinar la cruz con las exigencias mundanas y las debilidades de la carne. Para los jansenistas, el amor divino no tuvo vía media. Dios se ha encarnado y sabe que la medida del barro humano no es otra que la de la cruz.

En Diálogos jansenistas y en Historia de un otoño Jiménez Lozano introduce un personaje totalmente imaginario, el P. Tallien, para que los jesuitas tuvieran oportunidad de presentar su teología opuesta a la de los jansenistas. Los jesuitas representaban un entendimiento de la gracia divina, que sería concedida a todos y que, al ser aceptada por la voluntad humana, era realmente eficaz. Frente a los jansenistas que defendían una concepción agusti-

niana un tanto pesimista del ser humano, había que introducir un cierto elemento de confianza en el hombre . Se trataba de dar al pecador mediante un juego de opiniones probables sobre la moralidad de los actos humanos, el beneficio de la duda de su propio pecado. Por misericordia hacia el hombre, había que ensanchar la puerta de la salvación. Los jesuitas mostraban un cierto optimismo y confianza en las posibilidades de actuación ética del ser humano. De ahí su interés en poner énfasis en el papel que desempeña el libre albedrío al cooperar con la gracia divina, y en mostrar un Dios mucho más humano que el de los jansenistas, los cuales eran acusados por el P. Tallien de estrechar la puerta del cielo y hacer de la salvación una gatera por donde la mayoría de los hombres no pueden entrar.

P. Tallien.- Si la Iglesia hubiese adoptado vuestra ética puritana, los hombres engendrarían y nacerían para el Infierno. Si hubiese adoptado vuestra doctrina de la predestinación y de la gracia, hubiera echado un fardo imposible de soportar sobre las espaldas de los hombres: los que se tomaran en serio el cristianismo se desesperarían ante su condenación fatal; la doctrina de los elegidos sería ocasión de todas las tiranías y soberbias que acompañan siempre a los cenáculos de los puros; y la mayor parte de la humanidad pasaría de largo ante un Dios tan terrible. A esas doctrinas de fondo agustiniano, que Jansenio deforme, había que ponerles una dosis

de sentido común, una pizca de pelagianismo, de confianza en el hombre... 9

Para los jansenistas todo el esfuerzo jesuítico significaba pelagianismo, es decir, una afirmación del hombre contra Dios, una burla de la cruz, un pronunciado laxismo moral que, según se expresaba Mlle Joncoux, permitía al Rey como a cada francés poder ir sin escrúpulos desde la oración de Vísperas a la alcoba de su amante, o rezar un "Te Deum" por los éxitos en el amor. En una mano se podía tener un rosario y en la otra el seno de una amante. Los jansenistas no podían ni siquiera admitir la vía media que presentaba el equilibrado P. Tallien.

Mlle. Joncoux .- Pero el amor de Cristo no tuvo vía media. La vía media es una técnica de boticario: tanto de opio, tanto de aceite de lentisco, tanto de aloe o "draco mitigatus". Y si teneis un empacho y estreñimiento, podéis tomar "catholicon", que es el purgante más efectivo. Si os empacha la Cruz de Cristo, tomad unas cucharadas de casuismo, de ese catholicón español de los Escobar y los Sánchez: "tener a Dios y a la Virgen en la boca, la religión en la apariencia, un rosario en la mano y los solos intereses temporales en el corazón es la primera máxima de esa nación soberbia". Lo decía el Gran Cardenal, y Richelieu no era precisamente jansenista. 10

Para el Cardenal Noailles el defecto de la casuística está en que con ella se burlan la cruz , el pecado, el poder de Dios y el infierno mediante recetas morales. Los jesuitas, volverá a insistir Mlle. Joncoux, liman las aristas de la verdad y la almohadillan mediante el invento de la restricción mental. Todo esto que se dice de los jesuitas en labios de los jansenistas, no necesariamente es defendido por el P. Tallien. El rumor en contra de los jesuitas es esgrimido tanto por las religiosas de Port-Royal como por los amigos de este convento. La Hermana Conversa de Diálogos jansenistas llega a afirmar que los jesuitas habían dicho que las monjas jansenistas no creían en la Eucaristía.¹¹ La Madre Du Mesnil ridiculiza agriamente la obediencia "como cadáveres", atribuida a los jesuitas. La última priora de Port-Royal dice que su padre jamás le permitió jugar con muñecos por miedo de que si algún día tuviese que ejercer alguna autoridad, manejase como muñecos, como cadáveres a los seres humanos que le fuesen encomendados.

Según los jansenistas, la adaptación del cristianismo a la vida de la modernidad que proponían los

jesuitas, corría el peligro de convertirse en una combinación del Evangelio con el espíritu del mundo. Molière para fustigar este espíritu describió la repugnante figura del devoto en su Tartufo.

En cierto sentido, esta figura del devoto y aquel esfuerzo de encarnación del cristianismo en la historia del XVII, con sus peligros de combinación adúltera del Evangelio con el espíritu del mundo, fueron un producto español de la Contrarreforma, y fueron jesuitas españoles, sobre todo, los que llevaron a cabo esta lucha; entre ellos, Francisco Escobar y Tomás Sánchez fueron los mas notables. Su casuismo, a veces excesivo e infantil, acerca de cuestiones como el ayuno y la abstinencia, el comportamiento sexual de los esposos y las venganzas "ratione honoris" les hizo celebres y fácilmente ridiculizables 12.

La crítica de Molière contra los devotos iba dirigida indudablemente contra los altos personajes de la Corte que convertían el cristianismo en una bufonada al llevar de una manera descarada una vida mundana cubierta con una capa repugnante de religiosidad. Según los jansenistas, era la casuística jesuita la que promovía tales caricaturas y adulteraciones del espíritu cristiano. El Cardenal Noailles reconoce en Diálogos jansenistas que en diversas ocasiones

sin embargo, los mismos jansenistas al criticar a los jesuitas, simplificaban demasiado. Aunque Jiménez Lozano simpatiza en general con la actitud de los jansenistas, no oculta las exageraciones de éstos en sus críticas a los jesuitas, admitiendo el esfuerzo serio y auténtico de la teología moral jesuitica para percatarse de que el cristianismo va dirigido a seres humanos que viven en un mundo repleto de toda clase de mediocridad y limitaciones.

Los jansenistas al defender las exigencias de la cruz, se liberaban de cualquier tipo de atadura a los poderes del mundo. Noailles sabe que los jansenistas acabarán por triunfar porque son seres humanos libres y sin miedo, creyentes como Abraham a quien el sacrificio de su propio hijo sirvió para alimentar su esperanza. Los poderes de este mundo no infunden terror al espíritu de libertad jansenista.

Cardenal.- ... La Bastilla, el arcabuceamiento y las torturas nos causan miedo a todos, pero harían reír a la Madre Angélica de San Juan. Y si los poderes de este mundo no infunden terror, ¿en qué quedan?. 13

Como se verá posteriormente, el espíritu de libertad acaba por triunfar al final de Diálogos jansenistas. Todos los personajes de la obra se convierten a las exigencias e implicaciones de lo que significó Port-Royal. Jiménez Lozano nos dice en su estudio introductorio que fue después de la destrucción de Port-Royal, después de la gran querella jansenista, cuando de hecho el espíritu del jansenismo comenzó a penetrar en el clero francés y en pequeños y selectos grupos de cristianos.¹⁴

En todas las obras en que Jiménez Lozano trata de la cuestión jansenista, hace referencia directa a Pascal. Por ejemplo en el ensayo "Blas Pascal y el cristianismo feliz" recogido en La ronquera de fray Luis y otras inquisiciones, relaciona a Port-Royal con Pascal. En ambos hay una rebeldía contra toda clase de absolutismo fuera o dentro de la Iglesia, un combate a favor de la libertad y una concepción del cristianismo profundamente exigente que quiere ser vivido sin compromisos ni concesiones. En Historia de un otoño desde diversos ángulos nos encontramos con el recuer-

do de Pascal. Leemos que a medida que el monasterio de Port-Royal se sentía acechado por la amenaza de la destrucción, las monjas ancianas que iban quedando y que apenas se podían valer por sí mismas fueron adquiriendo una preocupación obsesionante por historiar el honor póstumo de Pascal. Esta obsesión fué contagiada al mismo Cardenal Noailles quien en sus sueños llegaba a ver a Pascal. Incluso hasta el abate Dubois, capellán del convento de las ursulinas donde fue desterrada la Madre Du Mesnil, usaba el recuerdo del autor de las Cartas provinciales para explicar las vicisitudes e inconsistencias de la Iglesia.

-Pero, señor abate, la Iglesia tiene la asistencia del Espíritu y tiene, ahí, a Cristo, en la Eucaristía.

-Claro, hija. Por eso, a pesar de todo, sigue teniendo la verdad. De otro modo, quizá la hubiera vendido también. ¡Pobre Madre Iglesia, tan sola! Se hace un lío en la ausencia del Esposo. No parece recordar, a veces, sus palabras. Y, ya veis, saca la espada. A veces, los Papas se parecen a San Pedro, sobre todo por lo fácilmente que sacan la espada. Eso gustaba de repetir Monsieur Pascal. Pero también se parecen porque dicen "no", y, luego, "sí", y, después, "no", otra vez, y, de nuevo, "sí", y "quizas" o "probablemente". 15

Es tal el prestigio moral y didáctico de Pascal delante del Cardenal Noailles que en conversación con su secretario el Padre Vivant parece indicarle que el absolutismo de Luis XIV se hubiese evitado si a este monarca se le hubiera educado como Pascal lo hizo con el duque de Luynes. No obstante, la rigidez moral de Pascal es criticada por el jesuita P. Tallien que le hace responsable de la introducción de las ideas de horror a la carne en la mente de Mademoiselle Roáñez, quien nunca fue feliz ni en el convento, ni en el matrimonio y acabó su vida desesperada. En Diálogos jansenistas decía el P. Tallien que era tan estricta la moral de los jansenistas que se contaba que el mismo Pascal no permitía a su hermana Gilbert que acariciase a sus propios hijos. El narrador omnisciente de Historia de un otoño también se refiere al puritanismo moral de Pascal. Nos dice que después de que las monjas de Port-Royal recibieron la comunión que ocultamente les administraba el P. Cres, era tal su alegría que durante la recreación se podían oír risas y bromas que hubieran horrorizado a Pascal.

Jiménez Lozano se refiere directamente a las Cartas provinciales de Pascal en el ensayo "La moral casuística y Tartufo" recogido en Retratos y soledades y en "Pascal y las mariposas" de La ronquera de fray Luis y otras inquisiciones. Leemos en la nota introductoria de Diálogos jansenistas que Pascal escribió sus Cartas provinciales para fustigar el laxismo moral de la teología jesuita. Sin embargo el Cardenal Noailles de Diálogos jansenistas reconoce que en diversas ocasiones Pascal al criticar a los jesuitas exageraba demasiado. También en Historia de un otoño el Cardenal Noailles sale en defensa del P. Tallien frente a las críticas de Mademoiselle de Joncoux indicando que Pascal había llegado a sacar de contexto las máximas de los jesuitas para poder atacarlas mejor en sus Cartas provinciales.

Desde una perspectiva completamente diferente también en El sambenito Pascal es objeto de críticas y ataques feroces. Los secretarios inquisitoriales no critican a Pascal por ser estricto en cuestiones éticas, sino por ser fomentador del ateísmo y del libertinaje. El P. Duval está de

acuerdo con la opinión de que en la España del siglo XVIII se consideraría a Pascal un ateo. No obstante , está claro que en El sambenito las simpatías del P. Duval se inclinaban hacia el jansenismo. El P. Duval leía habitualmente a Saint-Cyran, el cual fue amigo de Jansenio e introdujo en el convento de Port-Royal des Champs la doctrina de la gracia del jansenismo, constituyéndose en guía espiritual de las religiosas de dicho convento. La teología jansenista es conocida en profundidad por el P. Duval. En conversación con el Gran Inquisidor, habla de la grandeza divina frente a la condición pecadora del ser humano.

Al hombre le da miedo Dios, Monseñor. ¿Cómo no va a darle miedo? Le horroriza la cruz, le espanta la castidad, le escandaliza Jesús de Nazaret, no se atreve a sostener los ojos de Nuestra Señora, siente que el Espíritu de Dios es un fuego terrible, lo siente instintivamente, y, entonces o cae de rodillas, temblando, como los jansenistas, que se lo toman en serio... 16

Según el P. Duval, don Pablo de Olavide tiene características jansenistas. Es hombre culto. Posee un espíritu libre. Es inconformista, desafiante y penetrante en sus opiniones y en su vida. Muestra una gran interioridad en la fe cristiana. Para el

juicio tendencioso de los secretarios inquisitoriales, el hecho de que don Pablo hubiese permitido y fomentado la representación de El Tartufo de Moliere en Sevilla, le acreditaba como jansenista. Las exquisiteces del espíritu abierto, tolerante y creyente de don Pablo, características de la mentalidad jansenista, no podían ser comprendidas ni aceptadas por los defensores del orden inquisitorial y de la España ortodoxa, beligerante y rancia.¹⁷

2.- EL DRAMA DE LA ILUSTRACIÓN EN ESPAÑA

En 1972 se publica la segunda novela de Jiménez Lozano bajo el título de El sambenito. Conforme ya se ha indicado, esta narración constituye un relato teológicamente denso del proceso inquisitorial que en el siglo XVIII se siguió contra don Pablo de Olavide a quien se le acusaba de ilustrado y de querer introducir en España formas de pensamiento y de vidas ajenas al tradicional sentir del cristiano viejo. José Luis L. Aranguren en su artículo "El sambenito de los españoles" consi-

dera a esta novela como una pieza maestra a la que no duda en denominar novelación de un hecho histórico. Jiménez Lozano se sumerge en el drama español del siglo XVIII y vive su problemática espiritual como si fuera personalmente suya.¹⁸ Hay momentos en la lectura de la novela en que nos da la impresión de que lo que se dice de don Pablo de Olavide y de otros ilustrados se podría afirmar actualmente con toda justicia del mismo Jiménez Lozano. Nos encontramos pues en El sambenito con una novelación sincera que nos hace sentir y sufrir el drama de la vida de don Pablo como si en verdad nos concerniese directamente. La simpatía del autor hacia el acusado del proceso inquisitorial más famoso del siglo XVIII es contagiosa. Nos identificamos con don Pablo por ser la víctima inocente de un sistema injusto que ha prevalecido en España durante siglos. Don Pablo es uno de tantos heterodoxos españoles a los que se refiere Jiménez Lozano en su libro Los cementerios civiles y la heterodoxia española y en otros numerosos ensayos más breves. A estos españoles les ha tocado siempre perder y sufrir por

pensar, defender y vivir en conformidad con lo que creían justo y necesario para el bien del progreso histórico en España.

El siglo XVIII español en parte podría ser considerado como el triunfo de la decadencia espiritual e intelectual. El catolicismo popular estaba repleto de supersticiones, belicosidad y miseria intelectual. El conformismo y el infantilismo moral disfrazados de humildad aparecían como virtud cristiana. La exaltación del belicismo es comprobable no solamente en la predicación de los frailes sino también en los libros de ascética y en todo un cúmulo de tópicos religiosos que el pueblo manejaba entonces. Este carácter belicoso del catolicismo popular del siglo XVIII es una manifestación de la lucha desesperada de la España ortodoxa contra las ideas modernas de la revolución francesa y del enciclopedismo. Por otro lado, los pensadores ilustrados españoles, aun sin cuestionar los pilares básicos de la sociedad del siglo XVIII, trataban de dar al catolicismo un apoyo racional y moderno. Según esto,

aquí ya se pueden observar concepciones distintas de la vida en España que se ponen de manifiesto a lo largo de El sambenito.

-Por lo que veo - contestó el padre Duval - media España por lo menos tiene que estar continuamente temblando de lo que la otra media hará con ella. Y la mayor razón para temblar, con toda razón, es, aquí, atreverse a pensar, a discutir, tener "esprit" como decimos los franceses, tener un buen gusto, tener libros, vivir decentemente, amar la vida. 19

Jiménez Lozano en Meditación española sobre la libertad religiosa, ve una cierta relación entre los cristianos ilustrados del siglo XVIII y el erasmismo espiritual del siglo XVI. Este tema será tratado con mayor extensión por María G. Tomsich en el libro El jansenismo en España. Las aspiraciones religiosas de los reformadores españoles del siglo XVIII están pues relacionadas con la espiritualidad floreciente en el siglo XVI. Ambas actitudes buscaban una reforma evangélica de la Iglesia y de la cristiandad española. La Inquisición que había perseguido el esclarecido cristianismo de los erasmistas, perseguiría también el ilustrado catolicismo de Pablo de Olavide. Ante los

ojos del católico castizo, que representaba íntegramente toda la reacción contrarreformista y antijudía de los siglos anteriores, Pablo de Olavide y los ilustrados estaban contaminados con el virus del ateísmo y del horrible libertinaje de costumbres que se creía reinaba en Francia. La simple disidencia de la interpretación de la España ortodoxa acerca de las cuestiones religiosas, se consideraba como libertinaje francés. El proceso inquisitorial de Pablo de Olavide fue seguido de una especie de triunfo que recrudeció los procedimientos del Santo Oficio. Jiménez Lozano al tratar de lo que aconteció después del proceso de Pablo de Olavide en Meditación española sobre la libertad religiosa nos remite en diversas ocasiones a los estudios de Julián Marías sobre el siglo XVIII. Este autor explica que a causa de las violencias revolucionarias de Francia, la Ilustración española, que las repudiaba enérgicamente, adquirió un significado que le era totalmente ajeno y que nunca intentó tener. En El sambenito las acusaciones de ateísmo y libertinaje de costumbres van dirigidas directamente contra el mundo ilustrado que repre-

sentaba don Pablo de Olavide. Si en Historia de un otoño nos veíamos envueltos en el drama de la destrucción de Port-Royal, consecuencia de la defensa radical de las exigencias de la propia conciencia, en El sambenito Jiménez Lozano hace que nos enfrentemos con el drama no menos doloroso de querer ser fieles a las auténticas exigencias del cristianismo en un ambiente de cristiandad donde el fingimiento oculta y destruye los mismos valores evangélicos. Para don Pablo el mundo moderno no tenía por qué estar reñido con el cristianismo. No obstante, la España ortodoxa prefería dar la espalda a los signos de los tiempos y vivir estancada en un universo anacrónico y caduco.

Jiménez Lozano en El sambenito al referirse a los hechos históricos relacionados con el proceso de Pablo de Olavide coincide con las investigaciones llevadas a cabo sobre este tema por autores como Antonio Elorza en La ideología liberal en la Ilustración española, Richard Herr en España y la revolución del siglo XVIII y la ya citada María G. Tomsich en El jansenismo en

España. Cuando encontremos alguna divergencia en cuanto a la narración de sucesos históricos o a la interpretación de los mismos se refiere, lo pondremos oportunamente de manifiesto. Sobre el tener que añadir que la interpretación de Jiménez Lozano acerca del drama de los ilustrados españoles está radicalmente reñida con la de Marcelino Menéndez Pelayo en Historia de los heterodoxos españoles. La intransigencia de este autor no es compatible con la actitud tolerante y reivindicativa de Jiménez Lozano hacia los españoles rechazados por una ortodoxia excluyente y defensiva.

Conforme estamos indicando, el proceso inquisitorial contra don Pablo de Olavide novelado en El sambenito se llevó a cabo dentro del contexto histórico de un intento de aproximación de la Ilustración a España. Esparcidas por el texto de la novela encontramos expuestas ciertas características específicas de la Ilustración, como por ejemplo la confianza en la razón humana y las teorías de la tolerancia y del gobierno de

los pueblos. De la confianza en la razón procedía el intento de transformar lo que hasta entonces se creía que era el orden inmutable del mundo.²⁰

En El sambenito el P. Duval decía que entre los ilustrados había hombres eminentes por su saber y puros por sus costumbres. En España los ilustrados se encontraron con una gran tarea que realizar a nivel popular. Realmente el anacronismo de costumbres y tradiciones se oponía al progreso del país.

...decían que la Iglesia tenía sus posesiones como en manos muertas, que no las explotaba; y que hablaban de la España como de una ancha región triste y desolada y decían que parecía el reino de la muerte y que, señalando a alguna montaña en día crudo de invierno entre sol y nubes cuando esa montaña se muestra oscura y como cadáver azul y verdoso e impresionante de algún gigante feroz, y descomunal o ánima en pena afligidísima, decían que aquellas piedras y arenas y vegetación escasa era el alma de la España triste y negra, y que por eso había toros y romerías para disimular a los españoles esa tristeza y que no tuviesen ánimo de liberar a esa ánima de su cárcel temerosa. Y hablaban siempre de baldíos y desolación y despoblamiento de aldeas y de la escasez de árboles y verdor. Y tenían mucho amor a la frescura y al verdor de las plantas y a los riegos y cultivos ordenados y a los jardines contruidos. 21

Los ilustrados son objeto de críticas procedentes del Gran Inquisidor, del P. Duval, y sobre todo de los secretarios inquisitoriales. El Gran Inquisidor en uno de sus soliloquios nocturnos reflexiona sobre la amenaza que el Siglo de las Luces supone para la religión. La crítica más profunda y equilibrada de la Ilustración la hace el propio P. Duval. Con libertad y espontaneidad dice que entre los ilustrados hay idiotas que repiten la última moda para quedarse en el mundo de las apariencias, y hay también disimuladores que tratan de justificar su debilidad ante bajas pasiones que creen no poder controlar. Pero aun entre los que sinceramente creen en el espíritu de la Ilustración, el P. Duval encuentra mucho paternalismo. Está de acuerdo en que se hable de la reforma de la Iglesia y que se critiquen las procesiones y supersticiones populares lo mismo que la hipocresía frailuna. También está de acuerdo en que se invoque a la Iglesia primitiva. Pero la pregunta que se hace el P. Duval es: ¿los ilustrados realmente rezan? ¿aman realmente algo?. Es cierto que

asisten a los pobres y se preocupan de causas benéficas, pero ¿se dan ellos mismos?, ¿consideran a los otros como sus iguales?, ¿sabrían prescindir del lujo en que viven para dar de comer a un pobre?, ¿aceptan que Cristo ha muerto por ellos y que esto no es causa de risa?. Según el P. Duval muchos ilustrados se pasan la vida hablando de libertad y no saben lo que es la libertad de ser hombres que Cristo compró para todos con su muerte. Es cierto que los ilustrados hablan con frecuencia del Gran Interrogante, del Ser Absoluto, del Creador, del Origen del universo; pero este Dios, ¿quién es?, ¿qué tiene que ver con Cristo?.

Cristo es molesto, es un loco, viene a dislocar todas nuestras arquitecturas. A los deístas les destruye su Dios Gran Relojero y Arquitecto Supremo, a los ateos les reta a que tengan valor para convertirse en nada, a asegurar que el hombre es nada y que un niño nace para convertirse en cadáver, a que afirmen que, en el fondo, las madres acunan calaveras y los filósofos atesoran viento en su frente y los que piden justicia están pidiendo peras a un olmo y los pobres están ilusionados y los débiles bien aplastados.²²

La crítica más tendenciosa contra la Ilustración la hacen los secretarios inquisitoriales para defenderse ellos mismos. Dicen que los ilus-

trados se reían al pensar y manifestar que el Tribunal de la Inquisición estaba compuesto por ignorantes. Según los secretarios, por culpa de la Ilustración los principios teológicos y las prácticas religiosas eran objeto de desprecio. Los secretarios se refieren a las enseñanzas de los ilustrados como cizaña que sembraban en el campo de la católica grey española. Hasta la sola presencia de estos filósofos en los calabozos de la Inquisición, resultaba cizaña irreductible. Los secretarios deseaban que se quemase a uno de estos ilustrados como escarmiento público y se estableciese acta clarísima de las confusiones y errores que han propagado.

No queda la menor duda de que en el proceso de El sambenito se asocia a don Pablo de Olavide con los ilustrados tanto por sus ideas como por las reformas sociales que quiso introducir en España. Pero a un nivel más profundo, son los autores de la carta final de esta novela los que parecen ampliar el campo de relación e identificación de don Pablo con el espíritu de la Ilustración. Por ejemplo, dicen que el día de su muerte

se encontró un papel que parecía escrito por el mismo don Pablo en el que se indicaba que él creía en la ciencia y en la Ilustración. Creemos que esta nota debe relacionarse con la opinión que el P. Duval ofrece al Gran Inquisidor sobre don Pablo. Se trata de uno de esos ilustrados que nunca saben bien lo que son. Algunas veces dan la impresión de ser cristianos trastornados por las ideas filosóficas de moda. Otras veces se comportan como cristianos embebidos por un sentimiento de miedo ya que no han sabido rechazar la fe que recibieron de pequeños y dudan si, tras la muerte, van a ser juzgados por esa fe. Según los autores de la carta final, la vida de muchos ilustrados es enigma y ambigüedad indecisa y su fe es agónica. No obstante, aun en medio de su lucha interna, don Pablo apostó a favor de la fe. En este sentido sería un cristiano ilustrado como también lo sería el mismo P. Duval, con un fuerte sentido de razón crítica tanto para la Inquisición como para la Ilustración y sobre todo para consigo mismo.

3.-LA "INCONTINENCIA" DEL PODER ABSOLUTISTA Y SUS CONSECUENCIAS.

Los personajes de la narrativa histórica de Jiménez Lozano son víctimas de un poder absolutista que los domina y abrumba desgarradoramente. En El sambenito el poder ofrece características de una estructura impersonal que lo abarca todo y de la que nadie se puede escapar. En el próximo apartado trataremos de esta modalidad de dominación abrumadora. En Diálogos jansenistas y en Historia de un otoño el poder tiene dimensiones abiertamente personalistas procedentes del Rey Luis XIV. Dentro de la concepción absolutista de este monarca no se excluía nada que quedase más allá de su control. El Rey se inmiscuía abiertamente en asuntos eclesiásticos. Así leemos en la nota introductoria de Diálogos jansenistas que Luis XIV influyó para que el nombramiento de Noailles como arzobispo de París se llevase a cabo. En parte de aquí procede que Noailles no habría de poder evitar el negarse a los deseos del Rey en todo lo que al monasterio de Port-Royal se refiere. En Historia de un otoño nos

enteramos de que Luis XIV quería imponerse hasta al mismo papa Clemente XI de tal manera que le envió la Bula de extinción del monasterio ya redactada, y después de varias vacilaciones Roma tuvo que ceder para evitar peores males. En conversación con el Cardenal Noailles el Nuncio no duda en afirmar abiertamente que el Papa hubiera preferido no actuar precipitadamente en el asunto de Port-Royal, pero que ha llegado el momento en que Roma había perdido la libertad frente al Rey.

-Bien, Eminencia - comenzó Monseñor de Conti-. De todos modos es preciso acabar con este asunto. Nos está dando ya muchos quebraderos de cabeza. Y necesitamos paz. El Santo Padre bien quisiera disimular en toda esta cuestión, darla largas, como hasta ahora. Pero ya no es posible.
 -El Rey de Francia - dijo el cardenal.
 -Exactamente, Eminencia: el Rey de Francia. El Rey ha tenido la osadía de pedir a la Santidad de nuestro Señor Clemente XI, la Bula de extinción del monasterio, enviándosela ya redactada. Y, en buen latín, por cierto. Pero se le ha hecho esperar un año esa Bula y, naturalmente, no se ha aceptado su redacción. Había que enseñarle que Roma no tolera intromisiones, ni enseñanzas; que sabe escribir sus propias cartas.
 -Pero al fin, Roma ha cedido.
 -Ha tenido que ceder, Eminencia. No es lo mismo.²³

Esta conversación entre el Nuncio y el Cardenal Noailles ejemplifica el ambiente de dominio del

Rey sobre la Iglesia que se percibe en Historia de un otoño. De acuerdo con el Nuncio, las consecuencias de una confrontación directa de la Iglesia con el Rey, podrían haber sido catastróficas. Por eso se creyó que diplomáticamente convenía ceder en lo que a la cuestión de Port-Royal se refiere.

Tanto en Diálogos jansenistas como en Historia de un otoño Luis XIV representa la incontinencia del poder absoluto. Así lo expresa directamente el Cardenal Noailles en ambas obras. El mismo Rey no tiene reparo alguno en afirmar que ocupaba el lugar de Dios en la tierra. El monarca no ahorra ni gasto ni gesto alguno para hacer entender que era divino. Alrededor del Rey cuyo poder él mismo creía que era ilimitado, se había construido toda una organización apoyada por los cortesanos que le ensalzaban hasta por encima de Dios. Leemos en Historia de un otoño que cuando Monseñor de Fenelon escribió al Rey reprochándole que no amaba a Dios y solamente le temía con miedo de

esclavo, que a lo que temía es al infierno y no a Dios, que su religión no consistía más que en supersticiones y en pequeñas prácticas superficiales, la carta no llegó a sus manos. Los cortesanos que rodeaban al Rey y que esperaban sus favores le recordaban que Dios era solamente una mala réplica suya. El poder del Estado era una prolongación del poder absolutista de Luis XIV. Dentro de esta concepción del poder no se excluye nada en lo que el Estado pueda entrometerse. Hasta los mismos documentos de Port-Royal son considerados como un secreto de Estado. Las cartas que la Madre Du Mesnil enviaba desde su destierro al Cardenal Noailles eran censuradas como hubiese sucedido con las del Cardenal en caso de que éste hubiese contestado.²⁴ El poder absolutista no respetaba ni a los niveles más íntimos de expresión y no permitía que el inconformismo pudiera manifestarse.

En la nota introductoria de Diálogos janse-
nistas Jiménez Lozano escribe que Luis XIV
veía en el espíritu de libertad de las religiosas

del monasterio de Port-Royal y en los janse-
nistas un peligro para su concepción autori-
taria y absolutista del Estado. En Retratos y
soledades nuestro autor volverá a mostrarnos
lo peligroso que para una tiranía resulta el espí-
ritu de fe unido al espíritu de libertad e inteli-
gencia. En el texto dramático de Diálogos janse-
nistas cuando el Nuncio expresa el deseo del
Papa al Cardenal Noailles para acabar con el
asunto de Port-Royal, éste le dice: "La peor
incontinencia es la del poder, Monseñor. Sobre
todo, cuando la parte que se desea conquistar
no se rinde, como una duquesa, ni ante el oro
o las caricias, ni ante las amenazas".²⁵

Las religiosas de Port-Royal tienen en común
una fortaleza inquebrantable para defender su
propia conciencia frente a los que absolutizan
el poder humano. Tal poder nunca es idolatrado
por quienes viven con un espíritu de fe y libertad
que constituye la mayor amenaza contra los excesos
de los que caen en la tentación de sobrepasar
los propios límites humanos.

Como contraste con la absolutización del poder por parte del Rey, las religiosas de Port-Royal eran plenamente conscientes de que el único absoluto es Dios. Esta actitud de las monjas de Port-Royal no era comprendida durante gran parte de Diálogos jansenistas ni siquiera por el Cardenal Noailles ni por Monseñor de Vivant. Cuando el Cardenal trataba de convencer a las monjas para que accediesen a los deseos del Rey, fracasó en sus intentos y llegó a considerarlas como orgullosas. ²⁶

Cardenal.- Callad. Sois unas cabezotas. Puras como ángeles, pero soberbias como demonios. He venido a tenderos una mano, a parar la espada de Roma y del Rey, que está sobre vuestras cabezas, y solo encuentro aquí desobediencia y rebelión. ²⁷

Según Monseñor de Vivant en Diálogos jansenistas, las religiosas de Port-Royal estaban obcecadas y eran fanáticas, desobedientes y relapsas. Pero lo que sucedía era que en Port-Royal la conciencia cristiana no se arrodillaba sino ante Dios. De aquí procede el hecho de que aunque fuese muy difícil para Noailles negarse a

la voluntad del Rey y aunque el mismo Papa no podía desatender sus peticiones, las monjas de Port-Royal sí podían. El Rey quería ocupar el lugar de Dios y tales monjas no podían aceptar tal usurpación.

Tanto el Cardenal Noailles como el P. Vivant en Historia de un otoño desde el comienzo están de acuerdo con las religiosas de Port-Royal de que el único absoluto es Dios. Esta coincidencia con los puntos de vista de las religiosas hace que Noailles, consciente de sus propias limitaciones, se muestre comprensivo hasta con el mismo Rey, corrigiendo con delicadeza las acusaciones espontáneas de Mademoiselle de Joncoux.

Seguían paseando por el salón, y al llegar a un ventanal, mirando a través de sus cristales, como si se dirigiese a alguien ausente, dijo al fin el cardenal:
-Mademoiselle, faltáis a la caridad, esta vez. Cada uno de nosotros no está limpio de pecado....

-Ved al pobre Rey qué esfuerzos ha hecho por salvarse de su lujuria. Es un pobre niño, que no sabe siquiera que puede resistir a sus deseos. Pero, cuando un valeroso sacerdote se negó a dar la absolución a su amante, Madame de Montespan, en el Jueves Santo de hace veinte años, yo le vi llorar de rabia y ordenar a la condesa abandonar

la Corte para poder acercarse a comulgar en la Pascua. Y le he visto, con la cabeza baja, escuchar a Bossuet y a Bourdaloue, a dom Cosme y a Massillon, que le increpaban desde el pulpito. Y, ahora, ¡el pobre!... Es mi soberano y le quiero, le respetare siempre. Tratare de comprenderle siempre. 28

Noailles ve al Rey como una víctima de lo que los teólogos cortesanos le habían enseñado siempre, es decir, que los príncipes son dioses y participan de alguna forma de la independencia divina. Como contraste con esta actitud, la Madre Du Mesnil llegaba hasta evitar cualquier impresión de absolutizar sus propias convicciones. Por ejemplo, al hablar con el Cardenal sabe contenerse evitando la impulsividad del que no es consciente de sus propios límites.

El poder absolutista del Rey se ve amenazado por todo aquello que no signifique una total subordinación y aceptación completa de sus designios. La razón por la que Port-Royal resultaba una amenaza para el Rey, radicaba en que las religiosas de ese monasterio tenían un sentido estricto de que sólo Dios es Dios, y de que la

conciencia humana no se arrodillaba o cedía ante nada humano. Frente al miedo que padecía el Rey, la libertad y paz de Port-Royal se convertían en un reproche insoportable. Por eso leemos en la nota introductoria de Diálogos jansenistas que fué el Rey el que en definitiva ordenó la operación policiaca que el 29 de octubre de 1709 acabó con el monasterio jansenista.

Luis XIV estaba obsesionado con la amenaza que representaba el monasterio jansenista para su poder absolutista y se convirtió en víctima del fantasma de las monjas de Port-Royal. Las veía en sueños interponiéndose entre él y sus amantes, desarmando a sus mariscales, haciendo enmudecer a sus ministros y envenenando los mismos manjares reales. En Historia de un otoño el Cardenal Noailles al querer proteger a las monjas de Port-Royal, tuvo que enfrentarse con el Rey aunque fuese de una manera breve.

-Arrasaré Port-Royal, Eminencia. No le quedará un hereje para recuerdo. Y, si esas monjas no fuesen hijas o hermanas de gentileshombres, sabrían lo que es reírse del Rey más poderoso de Europa.

-No se rien, Majestad. Si no firman, no es por desobediencia a Vuestra Majestad, sino por una cuestión de conciencia.
 -¡Conciencia, conciencia! - respondió el Rey-. En Roma las conocen mejor.
 -Roma, Majestad, ha dejado en mis manos la cuestión y sólo yo decidiré.
 -Pues podéis hacerlo pronto, Eminencia. Porque yo me canso- añadió reticentemente.
 -Todos estamos muy cansados- atajó el cardenal con igual intencion. 29

Leemos en la nota introductoria de Diálogos jansenistas que como cuestión de fondo en torno a los sucesos históricos que condujeron a la persecución del monasterio de Port-Royal des Champs, está la polémica teológica sobre el libro Augustinus de Jansenio, obispo de Ypres, publicado en 1640 en Lovaina, dos años después de la muerte de su autor. Inocencio X el 31 de mayo de 1653 publicó la bula Cum occasione y en ella se atribuían cinco proposiciones heréticas al Augustinus.³⁰ Alejandro VII repitió esta aserción en la bula Ad sacram publicada el 16 de octubre de 1653.³¹

A raíz de la publicación de la bula Cum occasione, se inició un debate intelectual y de conciencia sobre la adhesión que habría que prestar a lo que ahí

afirmaba Inocencio X . Según el teólogo jansenista Antonio Arnauld la herejía de las cinco proposiciones era una cuestión de derecho sobre la que el Papa juzgaba con plena autoridad. No obstante, Arnauld mantenía que el Papa se podía engañar, se engañaba de hecho, y no tenía autoridad para señalar que las cinco proposiciones se encontraban en Jansenio. En general, ésta fue la posición de Port-Royal defendida con espíritu cristiano de libertad. El Rey Luis XIV vio un peligro en esta actitud y quiso ocuparse personalmente del caso pensando en términos puramente políticos. Para atajar el inconformismo de Port-Royal y de los jansenistas elaboró una especie de juramento de adhesión al Estado-Iglesia al que se llamó Formulario.³² Un decreto del 23 de abril de 1661 impuso el Formulario incluso para las religiosas y los maestros de escuela. A las monjas de Port-Royal se les impuso también la firma de adhesión al Formulario . Sin embargo en este monasterio nadie firmó el Formulario.

Con anterioridad al nombramiento de Noailles como arzobispo de París, Luis XIV ya había

mirado a Port-Royal con preocupación y había intentado una medida de orden eclesiástico con su predecesor Monseñor Harlay de Champvalon, a quien Jiménez Lozano nos presenta como un obispo político. Monseñor Harlay de Champvalon se presentó en Port-Royal y decidió despedir a las pensionistas y a los señores confesores y teólogos. Noailles estaba inicialmente predispuesto a favor de Port-Royal. Su nombramiento fué bien recibido en el monasterio y el optimismo que infundió fue la causa de ciertos atrevimientos jansenistas que convencieron a Luis XIV de la necesidad de aplastar la amenaza de rebelión contra su poder absolutista. El Cardenal Noailles se vio en la obligación de tener que despedir a las hermanas conversas y a las postulantes. Posteriormente el Rey secuestró las rentas del monasterio definitivamente y estableció un cerco de hambre. La persecución contra Port-Royal culminó en el destierro de todas las religiosas y en la destrucción física del monasterio. No obstante , hasta el último momento de Diálogos jansenistas el Rey continúa obsesionado con la persecución de todo lo que se relacione con las monjas

de Port-Royal. De aquí procede la decisión de encarcelar a Mlle Joncoux y de desterrar al mismo Cardenal Noailles a quien se le acusaba de haber dado autorización para que la Madre Du Mesnil y Sor Gertrudis de Valois recibiesen los sacramentos.

¿Cómo reaccionan las monjas de Port-Royal y los otros personajes perseguidos frente a la actitud absolutista del Rey? . Las religiosas de Port-Royal no adoptan una actitud de rebeldía. Defienden la primacía de la conciencia propia de la que no pueden renegar sin ofender a Dios. Tanto en Diálogos jansenistas como en Historia de un otoño las monjas de Port-Royal obedecen a las órdenes del Rey acerca de su dispersión y destierro.³³ Sin embargo no hay pasividad frente a la persecución de que eran objeto. Las religiosas perseguidas protestaron enérgicamente por todas las medidas de coacción espiritual y de violencia física que se tomaban contra ellas y su monasterio. Protestaron de que se les arrancase la Eucaristía , que constituía la

razón de su vida. Protestaron también de que se les separase de sus teólogos, confesores y postulantes. Protestan y apelan contra todo lo que se les hace por la fuerza y que no estaba mandado en derecho y en justicia. Según estas religiosas, la primera obligación de un cristiano es defender sus derechos, y ellas apelan hasta agotar las instancias de este mundo. Cuando sus apelaciones a instituciones humanas no son oídas, recurren al Tribunal de Cristo.³⁴ Las religiosas de Port-Royal a las que se les negó los sacramentos eran enterradas con una apelación a este Tribunal. El significado de este gesto podría consistir en una afirmación contundente en favor de la creencia en la vida eterna en donde la justicia que no ha podido realizarse en este mundo se llevará a cabo. Leemos en Historia de un otoño que con ocasión de la demolición del monasterio de Port-Royal, la Madre Robert, una anciana de ochenta años, exclamaba que si hoy es el día de los hombres, el día de Dios vendrá después. Monsieur D'Argenson que dirigió la operación militar que destruyó el monasterio, sentía un

miedo terrible de estar siendo juzgado. A los arqueros que se habían excedido profanando a Port-Royal les dice que todos serán ahorcados ante el Tribunal de Dios por haber expulsado a las santas monjas y haber convertido en un corral de vacas el templo de santidad.

¡Las órdenes del Rey! - dijo luego con voz irónica, como enloquecido -. ¡Las órdenes de Roma! ¡Las órdenes del arzobispo! Mis bolsillos están llenos de órdenes, pero ninguna orden va a eximiros de este crimen. ¡Desenterrad, desenterrad! Cada monja tiene en su ataúd una apelación contra la injusticia. 35

Las protestas de las monjas de Port-Royal se prolongan al final de Diálogos jansenistas en el fenómeno colectivo de la conversión de los principales personajes a la causa de Port-Royal. El Cardenal, el P. Tallien y Monseñor de Vivant se enfrentan a las órdenes de Luis XIV y protestan contra la fuerza, la injusticia y la incurable tiranía de todos los poderes de la tierra.

Además del recurso a la protesta y a la apelación al Tribunal de Jesucristo, hay momentos en

que las religiosas de Port-Royal consiguen desafiar las excomuniones del arzobispo y sienten la alegría de que el P. Cres, disfrazado como puede, les trae la Eucaristía. Esto lo interpretan como que sus oraciones han sido escuchadas ante el Tribunal de Cristo. Al poder comulgar, todo lo que suceda ya no tiene importancia.³⁶ Cuando la comunidad de Port-Royal se entera de que el P. Cres trae la Eucaristía, se oye el "Magnificat", canto de alegría y acción de gracias al Dios que ensalza a los humildes y humilla a los poderosos .

En Diálogos jansenistas la confrontación entre el poder absolutista del Rey y el Cardenal Noailles tiene su manifestación explícita en el acto último con ocasión de la conversión colectiva y la oración final del mismo Cardenal en la que reza para que Dios tenga compasión de los poderes de este mundo que siempre están soñando con ser dioses todopoderosos. Esta oración de Noailles rezuma libertad cristiana y reconciliación con sus perseguidores, pero dejando

claramente establecido que el único ser absoluto ante el que uno se puede rendir y quien no se rinde ante nadie , es Dios.

No hay que esperar al final de Historia de un otoño para que Noailles manifieste abiertamente su disconformidad con el Rey, pues ya lo hizo de una forma explícita al ir a visitar Versailles para interceder por las monjas de Port-Royal tal como se nos narra en el capítulo VII.

Entró luego un chambelán y dejó sobre la mesa un montón de papeles. El Rey los tomó en la mano y, con una ira apenas contenida, dijo al cardenal: -Leed lo que dice mi policía de esos vuestros protegidos.

-¿Y lo que dicen ellos, Majestad?

-Leedlo.

-De las cosas espirituales sólo yo soy el juez, Majestad.

-Leedlo, son enemigos del Estado.

-Quizá porque el Estado quiere hacerse Dios, De otra manera, el cristiano es siempre el subdito más sumiso.

-Ocupo el lugar de Dios en esta tierra- repuso, orgulloso , el Rey.

- NO - respondió secamente el cardenal....

-El verdadero poder está allá abajo, en Port-Royal des Champs - pensó-. Jamás, jamás, jamás será destruido. 37

El Rey encuentra sus propias limitaciones al sentirse víctima de la lujuria y de las enfermedades. Inmediatamente después de la conversación citada, el narrador nos presenta a un Rey que daba saltos de alegría porque había descubierto una nueva belleza entre sus damas, una jovencita de dieciocho años. De nuevo al final del capítulo VIII de Historia de un otoño contemplamos al Rey que, dominado por la lujuria, se acerca a una joven que había visto en la Corte y que resultó ser una novicia expulsada de Port-Royal obligada a vivir en aquel ambiente aunque seguía siendo fiel a sus votos y a la cruz que libremente escogió. Una vez más, aquí vemos el contraste entre un Rey que declarándose omnipotente no podía contener su lujuria y la fidelidad a la propia conciencia de los que estaban sinceramente comprometidos con todo lo que significaba Port-Royal.

4.- LA ASFIXIA ABRUMADORA DEL PODER IMPERSONAL

Diálogos jansenistas e Historia de un otoño ejemplarizan el poder absolutista de Luis XIV

que convierte en víctimas a todos aquellos que de alguna forma se le oponen. En estas obras hay un foco personalista de donde se origina la opresión que sufren los jansenistas, las monjas de Port-Royal y sus simpatizantes. En El sambenito el ambiente de opresión totalizante es completamente despersonalizador en cuanto a su origen. Si nos preguntásemos en quién radica la responsabilidad del proceso inquisitorial montado contra don Pablo de Olavide, nos encontraríamos con la imposibilidad de localizar a alguien que encarne el poder absoluto que asfixiaba a los que se convertían en víctimas del Santo Oficio. Desde el primer momento de esta novela el narrador omnisciente insiste en la independencia de la Inquisición frente a la monarquía. Por ejemplo, leemos que el gobierno del Rey no había sido puesto al corriente del proceso que minuciosamente se preparaba contra don Pablo. El rey de El sambenito tenía miedo del Gran Inquisidor. Los secretarios inquisitoriales se refieren a una carta que D'Alembert escribió a Voltaire en la que se decía que la Inquisición quemaría al Rey de España si

se probase que era hereje. El Papa tampoco tenía control de la Inquisición. En la relación de los secretarios leemos que toda la avalancha de intervenciones y papeles llegados a Roma para presionar sobre la Inquisición en favor del acusado, caerían sobre el que la había desatado. De esta forma los curiales romanos recibirían ejemplo y enseñanza con el castigo que iba a impartirse contra don Pablo.

Ni siquiera el Gran Inquisidor era capaz de frenar un proceso con el que estaba en desacuerdo. La máxima autoridad de la Inquisición era plenamente consciente de su falta de poder, aunque apareciese exteriormente de otra manera. Así se expresa el Gran Inquisidor al hablar consigo mismo:

...¿Acaso he dictado yo una sola línea en todo este asunto? No he sido más que una rueda en el engranaje. ¡El Gran Inquisidor! ¡Ah sí!, el Gran Muñeco a quien se viste de colorines para que presida los autos. El Gran Impotente a quien se tienden papeles y papeles para que los firme. El Gran Coco del que las madres españolas hablan a sus niños para que coman. El Gran Verdugo, que pintan las Gacetas extranjeras. El obispo ante el que los demás obispos

trabucan de miedo. El gran enemigo que los ilustrados odian. El juguetito en manos del Rey. El gran pretexto para encarcelar. Un pobre hombre de quien hasta el Papa tiene celos: 600.000 reales de renta, un ejército de servidores, familiares, alguaciles y ministros. Hasta la nobleza se arrodilla ante él y el Rey le tiene miedo, aunque sea su juguete, como si fuese a explotarle entre las manos. Los libertinos le llaman el Gran Cabrón. 38

Si el Rey, el Papa y el Gran Inquisidor no tienen poder para frenar el proceso inquisitorial de Pablo de Olavide, nos es difícil encontrar una encarnación personalista de la opresión reinante en El sambenito. Los que parecen apoyar este proceso son algunos frailes y nobles rancios que de alguna forma manipulan a la chusma inculta. Este apoyo se ve reflejado constantemente en la relación de los secretarios que dan muestra de ignorancia, estupidez, y simplismo tanto en el orden teológico como en el del conocimiento de la naturaleza y vida de los seres humanos. Los secretarios son simples ejecutores de un proceso con el que aunque estén de acuerdo, no necesariamente se sienten identificados como para ostentar el máximo poder decisivo. En teoría al menos los secretarios estaban

subordinados a la autoridad del Gran Inquisidor, que como hemos señalado no tenía poder para hacer que el proceso no se llevase a cabo.

Lo sorprendente de El sambenito es que aunque no podamos encontrar el origen personalista del poder abrumador de la Inquisición, nos muestra todo un sistema organizado de información y control inquisitorial mediante el cual se llegaba a conocer cualquier expresión, por mínima que fuese, que pudiese atentar contra los presuntos valores de la España ortodoxa. Caticha, la doméstica de doña Isabel, esposa de don Pablo, dice que no puede acostumbrarse a vivir en España donde todo son oídos y denuncias. Hasta las mismas víctimas de la Inquisición, muchas veces después de haber sufrido tortura física o mental, llegaban a denunciar a sus amistades, familiares y compañeros de tertulias, aunque ocupasen altos cargos en el gobierno o enseñasen en universidades y colegios. La relación de los secretarios dice que no solamente se acusaba a don Pablo, sino también a

todos aquellos que le habían auxiliado cuyos nombres estaban anotados y todos sus pasos seguidos. Los familiares de la Inquisición habían estado escribiendo continuamente denuncias contra don Pablo y sus amigos. El mismo P. Duval, confidente tanto del Gran Inquisidor como de don Pablo, era tenido por sospechoso según la relación de los secretarios. También la Inquisición conocía a los tres secretarios del acusado. El Gran Inquisidor sabía que su amigo el obispo Tavira había sido considerado hereje.³⁹ Hasta las sospechas no habían podido ser ahuyentadas de Roda, ministro de Justicia.

Los secretarios inquisitoriales hablan de la vigilancia a que estuvo sometido don Pablo, incluso dentro de la misma cárcel donde mediante la fuerza se evitó que se escapase.

...el acusado se alzó del asiento, rojo por la ira, y pegó un puñetazo espantoso sobre la mesa de pino rompiéndola casi y dijo que si él tuviese sanas las piernas seis hombres como el Furster no bastarían para detenerle en la prisión. Que sólo la fuerza bruta le tenía allí encerrado y que si fueran razones, él, desharía con las suyas las de la Inquisición porque los Inquisidores eran hombres de cortas

entendederas, pero que mientras hubiese hombres que son ovejas, como el Furster y la mayoría de los españoles que estaban sin ilustración ni conciencia, de nada serviría la inteligencia de unos pocos porque la fuerza de los brutos triunfaría.⁴⁰

Como se puede observar, la relación de los secretarios no ocultaba el uso de la violencia y la fuerza inquisitorial. Esta misma relación de los secretarios afirmaba que el Tribunal del Santo Oficio había quemado viva a una mujer a quien se le acusaba de amores diabólicos y de propagar profecías escritas en las cáscaras de los huevos que sus gallinas producían. La tortura inquisitorial es mencionada en diversas ocasiones. Por ejemplo, los secretarios cuentan una larga historia para concluir que a un campesino que estaba encerrado en las cárceles por no abstenerse de carne y por pronunciar palabras obscenas, se le aplicó la tortura.

El usurpador del poder de Dios, que en Diálogos jansenistas e Historia de un otoño era Luis XIV, adquiere la modalidad del aparato inquisitorial en El sambenito. La Inquisición

es un ejemplo que ilustra la usurpación por parte de los que se consideran defensores de la fe, de una serie de prerrogativas que no son suyas. El Gran Inquisidor se da cuenta del exceso y del abuso del poder con que la Inquisición trata a sus víctimas. En conversación con el P. Duval se sincera hasta el extremo de tocar en la llaga uno de los problemas cruciales que planteaba la misma existencia de la Inquisición.

Bien sé que el primer pecado que puede cometerse es creer que la causa de Dios es nuestra causa y hacerla nuestra hasta el punto de que deja de ser la causa de Dios. Y a la Inquisición le ha ocurrido mil veces. También a la Iglesia. Roma defiende a veces sus derechos como si fuesen los de Dios. Los regalistas tienen alguna razón. 41

Una de las posibles interpretaciones de la ambigüedad que circundaba la nota final de la carta con que concluye El sambenito, está dada en una pregunta que doña Isabel se hace a sí misma en un soliloquio: ¿Y quién soy yo para juzgar si don Pablo era buen cristiano? . La pregunta que nosotros podemos hacernos es : ¿Quién es la Inquisición para juzgar sobre la

fe y práctica religiosa de don Pablo?. Si la Inquisición acusa, juzga y condena basándose en supuestos indicios de lo que sucede en el interior sagrado de la conciencia, está usurpando un poder que no le corresponde. Los secretarios decían que don Pablo estaría de acuerdo con la opinión de algunos ilustrados que afirmaban que nadie puede utilizar la fe en contra de los otros sin mentira ni sacrilegio. La relación de los secretarios menciona la declaración del cura Stefani que alegaba que Fray Romualdo de Friburgo se tenía por Papa y tirano de todas las conciencias, y quemaría como herejes a todos los que no toleraban sus intrigas y supersticiones ridículas. Este fraile era defendido por los secretarios que con él se identificaban. Nos encontramos aquí con un ejemplo claro de falta de sentido de la limitación al querer violar los derechos íntimos del ser humano. Según los secretarios, la Inquisición nunca dejará de mostrar rigor con los que atentan contra su poder. Ni siquiera se reconoce el derecho de que alguien pueda cuestionar el poder que los secretarios dicen que

corresponde a la Inquisición. Todo el sistema montado en torno a esta institución era ya como mínimo, una tortura mental que suponía querer dominar y tiranizar lo más íntimo y sagrado que posee el ser humano, es decir, su propia conciencia personal y sus creencias religiosas.

Los personajes agónicos de El sambenito , de los que trataremos más adelante, nos ponen de manifiesto que la Inquisición que quería proteger la fe de los cristianos, llega a convertirse en su amenaza. El aparato inquisitorial que había sido construido para la defensa de la fe , constituye un peligro para la misma de unas características peores y más alienantes que el que se quería evitar. La fe es un don y es gracia. Si se impone mediante el terror y la coacción, deja de ser fe. La gratuidad de la fe está completamente ausente del contenido redundante de la relación inquisitorial. La profundidad a que llegaban los personajes agónicos de El sambenito no podía ser captada por la superficialidad de los representantes de la España ortodoxa.

5.- LA AUTORIDAD EN LA IGLESIA.

El Cardenal Noailles de Diálogos jansenistas e Historia de un otoño y el Gran Inquisidor de El sambenito representan figuras de autoridad dentro de la Iglesia. La fidelidad a la posición que ocupan les ocasiona tener que herir a los que aman. Las monjas de Port-Royal y don Pablo de Olavide se muestran obedientes con la autoridad de la Iglesia. En este apartado estudiaremos la función de autoridad tal como es ejercida por el Cardenal Noailles y el Gran Inquisidor, y la concepción que de la obediencia a la autoridad reflejan y manifiestan las religiosas de Port-Royal y don Pablo de Olavide.

El Cardenal Noailles de Diálogos jansenistas e Historia de un otoño tiene la característica de ser firme en la defensa de la autoridad dentro de la Iglesia, pero al mismo tiempo se muestra comprensivo hacia los que ofrecen resistencia al ejercicio de su autoridad. No obstante, en Diálogos jansenistas Noailles algunas veces

adolece de falta de tacto político como cuando se insolenta públicamente con las religiosas de Port-Royal.

Cardenal,- Calláos. Cuanto más pienso en vuestra conducta, mas inexcusable la encuentro. Estais actuando directamente contra las palabras de Jesucristo. Despreciáis lo que se os ordena escuchar y escucháis lo que se os ordena despreciar. Yo soy un hombre de Iglesia, soy vuestro arzobispo y tengo que castigar el desprecio que haceis a su autoridad. Cuanta mas bondad os he mostrado, tanto mayor es vuestra ingratitud. Volvere, hijas mías, pero esa vez será para arrojaros y excomulgaros de la Iglesia, como ovejas sarnosas... 42

A pesar de estas explosiones de genio contra las monjas de Port-Royal, Noailles cuando fue nombrado arzobispo de París estaba predispuesto favorablemente hacia ellas, a las que consideraba como hijas. Tenía interés en visitarlas pastoralmente y en llevar la paz al monasterio. Ninguna de las calumnias de los enemigos de Port-Royal fue tomada en cuenta por Noailles, el cual reconoció con dolor que la negación a firmar el Formulario, fue un error incomprensible por parte de las monjas.

Noailles en la primera conversación con la Madre Du Mesnil en Historia de un otoño le indica que ha llegado a Port-Royal en son de paz. El Cardenal se esfuerza por comprender a todas las partes envueltas en el conflicto del monasterio. El Duque de Noailles, enviado del Rey, pretende antagonizar al Cardenal contra la causa jansenista. Pero el espíritu de comprensión del prelado es tal que las intenciones de su sobrino no surten efecto.

...el propio dolor del duque le tornó a éste burlón y duro, y dijo cara a cara, al cardenal con un claro énfasis:
 -¿Una muerte sin confesión como os la desean los jansenistas? ¿Dudáis todavía de sus intenciones? No solamente agitan el reino, sino que se oponen claramente a la voluntad del Rey y del Papa e insultan a Su Eminencia, deseándole el peor de los males: la muerte sin sacramentos, como a Monseñor de Harlay, vuestro predecesor. El cardenal miró automáticamente el retrato del arzobispo y no pudo evitar un ligero temblor. Sus manos buscaron el pectoral afanosamente, pero de lo más profundo de su alma le brotó una dulzura que se oponía a la dureza de las palabras del duque.
 -Se defienden, hijo. Y respiran por la herida. Les hemos privado de los sacramentos, de la Eucaristía, sobre todo, que tanto aman, y están como leones embravecidos. Cada vez que alguno de sus enemigos muere sin sacramentos, se sienten tentados a creer que es el mismo Dios el que los venga. La injusticia provoca la indignación y la indignación provoca el fanatismo. Roguemos para que no caigan en él. 43

Al Nuncio, el Cardenal le dice que las monjas de Port-Royal no son heréticas. Al Rey le indica que espere unos meses antes de tomar decisión alguna. Todo esto va encaminado a salvar de alguna forma al monasterio. Si en Diálogos jansenistas el Cardenal accede a las órdenes del Rey, en Historia de un otoño no está claro que Noailles se someta a tales órdenes en ningún momento. Cuando después de la destrucción de Port-Royal se encuentra conversando el Cardenal con el P. Vivant, Mademoiselle de Joncoux y el P. Tallien, su tono es de reconciliación y de paz, tratando por todos los medios de evitar tensiones. Frente a las palabras de Mademoiselle que sonaban como látigos para atacar a los jesuitas, el Cardenal intervenía con dulzura. Si el P. Tallien parecía humillado, el Cardenal acudía en su ayuda.

Tanto en Diálogos jansenistas como en Historia de un otoño el Cardenal habla con firmeza de la obediencia dentro de la Iglesia. Por ejemplo cuando en la novela el Cardenal pide que las monjas firmen el Formulario, alude al deber de obediencia a la autoridad eclesiástica, indicando

frente a las objeciones de la Madre Du Mesnil, que por obedecer nadie se condena. A Mademoiselle de Joncoux, Noailles le recuerda que San Pablo habla de la obediencia a los superiores. Cuando el Cardenal se despide del Nuncio, habla de su amor entrañable a Roma. Noailles pedía la obediencia de las religiosas de Port-Royal y él a su vez obedecía al Papa.

El Nuncio de Historia de un otoño comparte con Noailles la obediencia a las autoridades eclesiásticas y la comprensión hacia el movimiento jansenista y las religiosas de Port-Royal.

El Nuncio atajó al cardenal, con espontaneidad, casi irreflexivamente:

-Yo tampoco. ¿Os imagináis que, a pesar de mi aspecto de donjuan clerical y de la leyenda de salón que tengo, he sido monje benedictino hasta que el Santo Padre me envió a esta Corte? -

Sonrió y dijo luego:

-Bailaría hasta con Madame de Maintenon, si eso, un día, lo exigiera mi servicio a la Iglesia. Y, sin embargo, nadie sabrá nunca, excepto Dios y Vuestra Eminencia, que he sido yo quien ha ido parando, golpe tras golpe, todos los que, desde Versalles o desde Roma, se han dirigido contra el

monasterio. Yo quien paga todavía la resistencia jansenista contra el absolutismo del Rey o de la propia Roma, porque es la resistencia de los hijos de Dios para defender su conciencia. Pero, para mí, también está la obediencia y esa otra cruz, la que caerá sobre nosotros, Eminencia. Porque, de lo que pase en Port-Royal, solamente a nosotros se nos cargará con la culpa. 44

El Gran Inquisidor de El sambenito tiene en común con el Cardenal Noailles de Historia de un otoño la misma concepción de la autoridad de la Iglesia. Como el Cardenal Noailles, El Gran Inquisidor es plenamente consciente del cargo que desempeña. En uno de los momentos de máxima sinceridad, cuando tiene por confidente al P. Duval, le dice sin ningún tipo de disimulo ni de inseguridad que su misión consiste en defender a la Iglesia.

-Pero nosotros sólo somos pobres hombres, padre Duval. Necesitamos proteger la fe del credo de los apóstoles como sea y más que nunca en este nuestro mundo. Soy obispo y soy Inquisidor de la Iglesia, de la Iglesia de Cristo. ¿Puedo permitir que se blasfeme su nombre y se levante el ateísmo como un poder infernal, estándome con los brazos cruzados? 45

Igual que el Cardenal Noailles, también el Gran Inquisidor está abierto a la comprensión

y al perdón. De aquí que tenga que adoptar actitudes diplomáticas tratando de reconciliar posturas opuestas. El Cardenal Noailles de Historia de un otoño y el Gran Inquisidor de El sambenito defienden la autoridad de la Iglesia aunque ellos personalmente estén en desacuerdo con la aplicación de penas concretas a personas indefensas cuyo único delito ha consistido en ser fieles a la propia conciencia.

Las monjas de Port-Royal lo mismo que don Pablo de Olavide se sienten fieles a la Iglesia. Esta fidelidad se pone de manifiesto al comienzo de Diálogos jansenistas. Por ejemplo, cuando el Cardenal Noailles y su secretario llegan al monasterio de Port-Royal a medida que atraviesan el patio y se acercan al edificio se oye más intensamente el canto gregoriano del credo de la misa conventual. Al llegar a los muros y desaparecer ambos personajes por la puerta de la derecha de la iglesia, el canto del credo se erige en protagonista y se escuchan con toda claridad las últimas afirmaciones del símbolo de la fe en que se proclama la creencia en el Espíritu Santo, en la Iglesia, una, santa, católica y

apostólica, en un solo bautismo para la remisión de los pecados y finalmente en la resurrección de los muertos y en la vida eterna. La importancia de este canto al comienzo de Diálogos jansenistas radica en que desde el primer momento las religiosas de Port-Royal se sienten en comunión con la Iglesia. La defensa de la conciencia personal no implica una actitud cismática. En ningún momento hay un rechazo de la comunión de fe y esperanza en la vida eterna por parte de las monjas que comparten estas creencias con toda la Iglesia. Pero también afirman que es el Espíritu Santo el impulsor último de todas sus acciones. Las monjas de Port-Royal necesitan la ayuda e inspiración del Espíritu Santo para aceptar con obediencia pero con fidelidad a su propia conciencia la orden del aplastamiento físico de Port-Royal. Por eso cuando la ejecución de esta orden se aproxima, oímos el "Veni Creator Spiritus".

Ruido de carrozas y cascos de caballos en el patio exterior. Gente que atraviesa el patio. Los alrededores del monasterio están tomados militarmente. Suena una campana, que llama a la Priora al locutorio. Aparece ésta: la Madre Du Mesnil, acompañada de otra monja, Sor Ana Julia de Santa

Synclética de Remicourt, la sub-priora. Es la hora de tercia y las monjas están cantando el "Veni Creator Spiritus". 46

Las religiosas de Port-Royal defienden la obediencia al Papa, pero no hasta la mentira o la ceguera. La obediencia ciega de los jesuitas no es aceptada por los jansenistas. Las monjas de Port-Royal están de acuerdo con la condenación de las cinco proposiciones a que se refería Inocencio X en la bula Cum Occasione. Pero según ellas, estas proposiciones no estaban en el libro de Jansenio sobre San Agustín. Para las religiosas de Port-Royal, en cuestiones de hecho no hay autoridad.⁴⁷ Ningún poder de este mundo tiene autoridad para imponer el ver negro lo que es blanco. Según leemos en Diálogos jansenistas las monjas de Port-Royal no aceptaban las cinco proposiciones al aceptar el espíritu de Jansenio. Para la Madre Du Mesnil y sus monjas, la obediencia no consiste en decir que sí de labios afuera. Port-Royal no habría sufrido nada de haber caído en la tentación del fingimiento.

Cardenal.- Me desconcertáis, hija mía. Cuando el Santo Padre ha examinado una cuestión de Iglesia es preciso obedecer.

Priora.- Una cuestión de fe, de costumbres o de disciplina, si no he olvidado mi teología. Una cuestión de hecho no admite juicio. ¿Cómo cerrar los ojos para no ver? ¿Cómo engañar al Santo Padre, haciéndole creer que vemos lo contrario de lo que vemos?.

Cardenal.- Olvidáis que eso también es una cuestión de disciplina. Es como si mañana una hermana conversa de este monasterio se negase a obedecer vuestro mandato de barrer la escalera de abajo para arriba, por ejemplo.

Priora.- Yo nunca daría una orden como esa que deshonra a la inteligencia humana, Monseñor. Y si la diese, bien harían en no obedecerla. Vencer el yo y obedecer no es hacer ejercicios de estupidez...⁴⁸

En Diálogos jansenistas las religiosas de Port-Royal expresan explícitamente a Noailles que no van a firmar el Formulario, ni siquiera mostrando externamente algo que en realidad no aceptan. Desde la Madre Du Mesnil a la última hermana conversa, se mantienen unidas al espíritu de autenticidad y de verdad de Port-Royal. Según Noailles, si las monjas hubiesen aceptado al menos de labios para afuera lo que el Formulario declaraba, él las hubiera protegido contra el Rey y contra Roma. Pero en Port-Royal no

había poder sobre la tierra suficiente para hacer renegar a las religiosas de su propia conciencia. Port-Royal se convertía así en la defensa de la libertad y de la dignidad humanas.

Hablando de las religiosas de Port-Royal, había pronunciado Monseñor Péréfixe, uno de los predecesores de Noailles en la sede de París la famosa frase que en Diálogos jansenistas repite el Cardenal, "son puras como ángeles y orgullosas como demonios". Jiménez Lozano en el ensayo "El buen arzobispo Péréfixe", recogido en La ronquera de fray Luis y otras inquisiciones , niega que sea cierto la última parte de dicha afirmación porque el significado de Port-Royal consiste en la defensa radical de la primacía de la conciencia propia, formada e informada, y de la que no se puede renegar sin ofender a Dios. Esto nunca puede ser confundido con la rebeldía o la desobediencia.

Como las monjas de Port-Royal, don Pablo de Olavide en El sambenito acepta también la autoridad

de la Iglesia, aunque la relación inquisitorial se esfuerce por demostrar lo contrario. Es cierto que como telón de fondo de las acusaciones que en el proceso de la Inquisición se lanzaban contra don Pablo, está el tema de la autoridad de la Iglesia. Doña Isabel de los Ríos reconoce que su esposo había participado en discusiones sobre la Iglesia y el Papa. No obstante, tales discusiones iban acompañadas, conforme indica el P. Duval, de un gran amor hacia aquello que se criticaba. La relación de los secretarios acusaba a don Pablo de defender que la potestad de dar leyes en la Iglesia, no había sido dada por Cristo a los pontífices romanos y a los obispos, sino a todo el cuerpo de los fieles cristianos, a quienes correspondía instituir a aquellos como sus ministros para que velasen por la observancia de las leyes establecidas por ese cuerpo. Según el acusado, como base sólida del ejercicio de cualquier autoridad en la Iglesia, está la fe que iguala a todos los bautizados. Por tanto la Iglesia sólo tiene poder para todo lo relacionado con el ámbito de la fe. Las leyes eclesiás-

ticas deberían respetar el campo propio de la autoridad del Estado. Si es cierto lo que declaraban los secretarios, aquí don Pablo estaba ya abogando por la separación de la Iglesia y el Estado. Es posible que detrás de esta acusación de los secretarios contra don Pablo haya una actitud defensiva hacia la Inquisición, cuya sola existencia ya estaba demostrando que tal separación entre la Iglesia y el Estado no se daba en España.

6.-LA NOCHE OSCURA DE LA FE.

En Historia de un otoño y El sambenito las víctimas de la opresión absolutista atraviesan momentos de dudas e incertidumbres. Lo mismo les sucede a los que representan la autoridad de la Iglesia y se ven en la obligación de tener que tomar decisiones serias. Hay dos momentos en que la Madre Du Mesnil siente el abandono y la decepción dentro de una soledad casi total. El primer momento de abandono lo sufre la Madre Du Mesnil cuando se encuentra en el destierro de las ursulinas de Blois. En estas

circunstancias se siente tentada hasta de dudar de Dios.

Pero lo más terrible, Eminencia, es que hasta Dios mismo parece haberme decepcionado en algunos instantes y he dudado de Él y de su existencia. ¿Adónde estaba la Providencia de Dios? Con frecuencia, he sentido pesar de haberme hecho religiosa y el mundo a que renuncié, por mentiroso, me ha parecido más verdadero que las verdades de nuestra fe. Incluso la carne se me ha rebelado en este otoño de la vida, y sólo tras muchas agonías he podido entender, porque así le ha placido a Dios, que Cristo, mi Esposo y Señor, no podía regalarme otro don que la cruz, y que la Providencia consiste en que ningún horror nos separará de su corazón, no que el nuestro esté dispensado de ese horror. 49

En el último capítulo de Historia de un otoño cuando la Madre Du Mesnil siente que se aproxima su muerte, vuelve a sentir el vacío dentro de sí misma. Se veía condenada al llegar a creer que Dios mismo había aplastado a Port-Royal por su soberbia o por su debilidad en defenderlo. En ambos momentos de abandono de la Madre Du Mesnil, el Cardenal Noailles aparece como el confidente. En el primer caso es el destinatario de una carta en que la última priora de Port-Royal le habla de su estado de ánimo. En el segundo caso el Cardenal mismo presencia la agonía de la Madre Du Mesnil.

Don Pablo de Olavide en El sambenito es presentado como un creyente auténtico que, en medio de su miedo e inseguridad, proclama sinceramente su fe en Cristo crucificado. Don Pablo no puede creer con la ingenuidad de la madre del Gran Inquisidor. La fe del carbonero está fuera del alcance de este ilustrado español que no puede prescindir del bagaje racional de sus creencias. A pesar de haber perdido la claridad ingenua del que no cuestiona nada, don Pablo cree.

-No sé, no sé nada. ¡Pobre de mí! Doña Gracia se está muriendo, La Inquisición caerá sobre mí, seré torturado. Doña Isabel quedará en la miseria. -No creéis. No os importa nada más que el dolor de este mundo.

-Ya no sé si creo.

-Sólo sois, en efecto, un pobre profesor de teología. Os gusta la asignatura, pero no tenéis fe. La Inquisición sólo significa para Vuestra Merced el triunfo de las tesis de otros teólogos sobre las vuestras.

Fue entonces cuando don Pablo se echó a llorar y, sacando un crucifijo de su pecho lo besó.

-Sí creo en El. En realidad, padre Duval, soy solamente un hijo de este siglo herido de su mal, del ateísmo, de esa llaga ya abierta para siempre en el costado de la humanidad. Ya nunca más será posible creer ingenuamente, como doña Isabel,

-Siempre algunos tendrán esa gracia. Para los demás creer será efectivamente, una noche oscura, los tres días que pasó el Señor en el sepulcro y en los que el poder de las Tinieblas fue absoluto. 50

El Cardenal Noailles de Historia de un otoño al despertarse de una de sus pesadillas no encuentra contestación a una serie de preguntas que progresivamente se va haciendo. Él mismo ve la fe como una noche de Gethsemaní en que se sufre la agonía de pensar en la decepción de la naturaleza humana. No obstante, Noailles tiene fe auténtica y por eso espera la venida final de Cristo llegándose a impacientar al anhelar la realización de sus deseos.

-Pero ha de venir. Él ha de venir- susurraba-. Aunque sea a juzgarnos por el fuego. El caso es que vuelva. ¿Por qué tarda tanto? - dijo en voz alta.

La noche se echó encima. No era más piadosa que el día y oscureció el corazón de Monseñor de Noailles.

-Sin embargo, Él ha de venir- repetía el cardenal, con las manos cogidas al pectoral, como si protegiese una pequeña candela de un gran vendaval o quisiera cerciorarse de una promesa infalible, inscrita, allí, en esa cruz que le colgaba del cuello y era el símbolo de su autoridad. 51

El Gran Inquisidor de El sambenito, igual que el Cardenal Noailles de Historia de un otoño, en la noche oscura de las dudas y de las preguntas sin contestación pide a Cristo que le ilumine. Se ve a sí mismo como el juez supremo del Tribunal del Santo Oficio y está aterrorizado por el

miedo a equivocarse en la sentencia que tiene que emitir. En estas circunstancias, pide a Cristo que su justicia predomine sobre la de los hombres. En sus propias dudas y temores nocturnos ve a Cristo y éste calla.

Frecuentemente durante el proceso inquisitorial, el Gran Inquisidor continúa atormentado por preguntas sin contestación. La incertidumbre le acecha continuamente. Llega hasta dudar de aquello sobre lo que se está juzgando a don Pablo. El Gran Inquisidor se pregunta: ¿Quién lleva la razón en este proceso?, ¿el P. Duval?, ¿don Pablo?, ¿los secretarios?, ¿quién cree en Cristo, en lugar de creer solamente en sí mismo y en sus obras?. Y el mismo Gran Inquisidor cuestiona su propia fe. No comprende por qué Cristo se fué y dejó tan solos a los seres humanos.

En El sambenito la fe aparece bajo imágenes que nos remiten a la pasión y muerte de Cristo. Por ejemplo leemos que el Gran Inquisidor no se atreve a apartar de sí el cáliz que tiene que beber. En los autos de fe le parece que Cristo es el

condenado y que le mira como lo debió hacer con Pilato, Anás y Caifás. Las preguntas sin contestación y el silencio de Cristo, constituyen la cruz del Gran Inquisidor. No obstante, en sus dudas nocturnas y sin ver nada con claridad, la presencia de Cristo le confortaba aunque también se sintiese juzgado y condenado ante él; y entonces rezaba. En lo más oscuro de una fe totalmente agónica, experimentando el acecho del silencio y de la nada, el Gran Inquisidor recibe la gracia de poder rezar.

7.- LA SALVACIÓN POR LA FE.

En Historia de un otoño la fe está presentada como apuntando a la vida de más allá de la muerte. Esto lo expresa con claridad el narrador omnisciente en el entierro de Sor Francisca Le Camus. Ante el cadáver amarillento de esta religiosa se nos dice que la fe, aunque no puede ahuyentar ni la palidez ni el horror de la muerte, apunta a la vida que perdura más allá de ese desastre.

En El sambenito se insiste polémicamente en que la fe apunta a la salvación. Frente a la opinión teológica, con bases veterotestamentarias y ejemplarizada en el pensamiento católico del Concilio de Trento, de la salvación en la que las obras humanas juegan un papel imprescindible, el luteranismo hacía énfasis en la salvación por la fe. El autor de la salvación para Lutero, basándose en San Pablo y San Agustín, es Dios. La salvación es un don gratuito a la que el ser humano no tiene derecho. El campo de la fe fundamentalmente es gratuidad y no puede ser defendido con la violencia o coacción de cualquier tipo. La creencia de los inquisidores de El sambenito está centrada en ellos mismos, y todo el proceso contra don Pablo significa una defensa a base de la fuerza de aquello que por su naturaleza espiritual se encuentra en un plano distinto al de la violencia. Por otro lado, los defensores de la Ilustración al poner énfasis, quizás excesivo, en el esfuerzo humano por cambiar el mundo, también demuestran la misma falta de fe que los inquisidores. En El sambenito la fe auténtica está acosada por los defen-

sores de dos órdenes sociales en pugna mutua.

El P. Duval en una conversación con don Pablo de Olavide, mientras doña Gracia estaba próxima a la muerte, afirma la falta de fe en Cristo de los señores inquisidores que sólo creen en sí mismos. En este ambiente la fe en Cristo es sospechosa. La mentalidad judía de la salvación mediante las obras ha sido apropiada por el aparato inquisitorial. El miedo latente que está en la base de la Inquisición supone una creencia en el ser humano que eclipsa la falta de fe en Dios. De la misma manera que Cristo en el evangelio entró en conflicto con los defensores de una legislación abrumadora, según el P. Duval, también causaría graves trastornos a los inquisidores si tuviesen fe. En el poema-parábola "El Gran Inquisidor" de Los hermanos Karamazov de Dostoyevski, Cristo incomoda con su presencia de tal manera al orden absolutista de la Iglesia Católica que el Gran Inquisidor ordena a la guardia que prenda a Jesús. El P. Duval de El sambenito coincidiría con Dostoyevski

al hablar de la amenaza que la auténtica fe en Cristo supone para el sistema inquisitorial.

Y Cristo destruye a los inquisidores, su seguridad, sus cánones y sus teologías, se presenta a ellos en cada hombre que castigan. Lo sé bien...52

Según el P. Duval, la Inquisición es consecuencia del miedo a que el ateísmo mate a Dios y haya que enfrentarse con la nada. Sin embargo el eclesiástico francés sabe muy bien que la fe que pretende proteger la Inquisición, no se guarda organizando un sistema de vigilancia en el que hasta las paredes oyen. La solución frente al problema de la fe en el mundo moderno no es la Inquisición. En el Dios en el que dicen creer los inquisidores no pueden creer los hombres que han comenzado a darse cuenta de que pueden dominar al mundo. Si los inquisidores pretenden defender a Dios con una mezcla de arrogancia, terror, y estupidez, por otro lado algunos descreídos, entre los ilustrados, piensan en barrer el cristianismo con lo que llaman cultura y libertad. El P. Duval no tiene miedo de decir a don Pablo que en la modernidad los hombres no necesitan a Dios ni a Cristo para mejorar al mundo. Durante

un soliloquio nocturno el Gran Inquisidor se da cuenta que en el Siglo de las Luces, el hombre que antes se veía menesteroso, ahora se atreve a todo. Los ilustrados dicen que el hombre puede retrasar la muerte y dominar a la naturaleza de la que él mismo es parte. Pero si esto es cierto, el Gran Inquisidor se pregunta, ¿por qué el animal más fuerte no se va a comer al débil, el rico al pobre, el inteligente al tonto?⁵³ Por eso también a los ilustrados la fe en Cristo les molesta porque lo consideran como un loco que viene a dislocar todas sus arquitecturas. Para los redactores de la carta final de El sambenito en definitiva sólo Cristo sabe lo difícil y contradictoria que es la naturaleza humana y que se demuestra cada vez con más claridad a medida que el hombre avanza por la historia. Ante las complicaciones y raciocinios sofisticados del ser humano en la modernidad, se hace difícil poder creer ingenuamente. Tener fe de esta forma, según el P. Duval, es una gracia auténtica, un regalo cada vez más apetecible. Sin embargo, los ilustrados que se llaman cristianos se avergüenzan de rezar el rosario con la gente del

pueblo y quieren hacer de Cristo un ilustrado más.

De repente este país se ha llenado de científicos, don Pablo. Ciencia a todas horas. ¿Y vuestras mercedes los ilustrados por qué les han hecho eco? ¡Ah, ya sé! Os avergüenza rezar el rosario con las gentes del pueblo, es más distinguido escuchar esas otras ingeniosidades en los salones. Y también a Vuestras Mercedes se les ha llenado la boca de libertad y de ciencia y hasta habeis creído que Cristo era un ilustrado. ¿Y qué es un ilustrado? Decís que quereis aunar las luces del siglo con la fe, pero sólo hacéis que matar la fe a las luces del siglo como el asesino utiliza un farol siniestro para mejor asestar el puñal o descuartizar el cadáver. 54

Está claro que para el P. Duval algunos ilustrados utilizan la fe a su conveniencia como lo hacen los inquisidores. Ambos creen en sí mismos y en sus obras. En medio de tal falta de fe en Dios, se encuentra don Pablo agonizando no por creer en los hombres y sus proyectos, sino en Dios como creía la madre del Gran Inquisidor. La relación de los secretarios cita el testimonio de Fray Romualdo de Friburgo, según el cual, el acusado negaba la utilidad de las buenas obras para la salvación. Esta acusación se repetirá de nuevo al final del proceso cuando los secretarios intenten

resumir todos los cargos presentados contra don Pablo. Y sin embargo, estas buenas obras son frutos de los seres humanos que han montado el aparato inquisitorial. Obras humanas son la destrucción del monasterio de Port-Royal des Champs, según leemos en Historia de un otoño y la tortura y el proceso inquisitorial de El sambenito. Por eso doña Isabel de los Ríos en un momento de desesperación humana, pero de fe, le dice al P. Duval que no conviene esperar nada de los hombres. Para el Gran Inquisidor, según lo manifiesta en un monólogo interno, Cristo es la respuesta de Dios a las preguntas y desazones más espantosas, la única esperanza que tienen los hombres de ser algo, de vivir para siempre, de no morir.

Jiménez Lozano en El sambenito como lo había hecho mucho antes Unamuno en Abel Sánchez contrapone la salvación por la fe que es gratuidad con la mentalidad que cree que con el esfuerzo humano simplemente se pueden resolver las cuestiones básicas y profundas de la existencia. En El sambenito el P. Duval y don Pablo fundamentalmente, y el

Gran Inquisidor de manera tangencial son conscientes de las aberraciones a que puede conducir la creencia firme en las obras y el poder del ser humano. Las monjas de Port-Royal y los jansenistas de Historia de un otoño reconocen la pequeñez humana frente a la majestad de un Dios que en definitiva es quien salva. Para todos estos personajes es la fe gratuita la que conduce a la salvación.

8.-LA FE COMO APUESTA.

El Cardenal Noailles y la Madre Du Mesnil de Historia de un otoño y el P. Duval y don Pablo de El sambenito ofrecen características existenciales que connotan una postura de creyentes para quienes la fe aparece como una apuesta. En Historia de un otoño la actitud de fe del Cardenal se pone de manifiesto cuando el narrador omnisciente nos dice que Noailles era de esos cristianos que si se les obligase a elegir entre la felicidad y Cristo, elegirían a este último aunque realmente en el mundo hubiese felicidad, y si tuviese que elegir entre la verdad y Cristo, escogería tam-

bién a éste. Aquí el narrador no solamente está tocando el tema de la fe como una apuesta tal como ha sido desarrollado entre otros por William James en The Will to Believe y en The Varieties of Religious Experience, sino también se atreve a insinuar un factor antirracional en el acto fiducial. Este elemento antirracional aparece al escoger a Cristo en lugar de la verdad.

El Cardenal Noailles aun sin rechazar el amor a esta vida, apuesta a favor de Cristo crucificado y no cede a las coacciones del Rey ni siquiera cuando su sobrino le recuerda los grandes favores que le debe al monarca. Al contemplar la actitud del Cardenal, el duque de Noailles se da cuenta que ha visto el auténtico rostro de un cristiano, que fiel a su vocación, no vuelve la vista atrás, ni siquiera para enterrar a sus muertos o para acordarse de sus padres⁵⁵.

El soliloquio final de Historia de un otoño puede ser interpretado como una apuesta en favor de

Dios aun en los tiempos en los que parece haber triunfado el hombre. Cuando todo ha sido destruído y los personajes principales de Historia de un otoño han muerto, el Cardenal Noailles , cargando con la propia cruz del fracaso aparente, apuesta por una actitud de fe.

La Madre Du Mesnil el día de Navidad cuando se encontraba desterrada en el monasterio de las ursulinas de Blois, llega casi a experimentar la soledad de la nada, y según se expresa ella misma se atreve a mirar a la cruz y sabe de quién se fía. En otras palabras, adopta una actitud sincera de fe. Su apuesta es en favor del crucificado.

En El sambenito tanto el P. Duval como don Pablo son cristianos ilustrados que con un fuerte sentido de razón crítica tanto para la Inquisición como para la misma Ilustración y sobre todo para consigo mismos, aun en medio de sus luchas internas, apuestan a favor de la fe. A pesar del miedo amenazante a la Inquisición y al infierno, don Pablo apuesta a favor de Cristo. La postdata

final concluye diciendo que los cristianos , en un mundo de contradicciones, dudan a qué apostar y don Pablo apostó. De esta forma ambigua, presentando la fe como una apuesta, termina El sambenito. Si no se está seguro de nada, y en la vida siempre hay que apostar, ¿ conviene categorizar las propias creencias e imponerlas a los demás de tal forma que se impida la libertad de poder apostar? . En medio de todas las incertidumbres, disimulos y fingimientos, la vida de Don Pablo en definitiva fue una apuesta envuelta en el riesgo de poder ser condenado como incrédulo por tener fe.

9.-EL PROBLEMA DEL MAL .

La presencia del mal en Historia de un otoño conduce a reconocer lo limitado de lo temporal y el sentido de lo Absoluto. La demolición del monasterio de Port-Royal des Champs, unida a la presencia y acecho continuo de la muerte hace que en la primera novela de Jiménez Lozano, el narrador omnisciente, el Cardenal Noailles y la Madre Du Mesnil se planteen con franqueza ineludible el

problema del mal y del silencio de Dios. Con ocasión de la muerte y del entierro de Sor Francisca Le Camus, el narrador omnisciente señala que la mente humana no puede comprender que Dios no ahorre a sus hijos el horror del sepulcro ni que la vida tenga su morada en el lugar del excremento.

Allí, junto a la fosa, estaba el ataúd abierto y, dentro de él Sor Francisca Le Camus, que sostenía un crucifijo entre las manos, estaba ya demasiado amarilla como para evocar a una desposada que acude a sus bodas. La brutal, espantosa potencia de la materia, que volvía a su peso mineral, parecía triunfar, una vez más, sobre el espíritu y la fe, que se esforzaban por seguir a aquella muchacha, ejemplar religiosa de Port-Royal, muerta rápidamente en dos días, por donde quiera que, ahora, estuviese, en lo invisible. Del ataúd se desprendía un olor todavía dulce, que pronto se trocaría en espantoso hedor, el "foetor cadavericus", que es como el bacilo del ateísmo,...⁵⁶

El Cardenal Noailles en un sueño oía que miles de mujeres con sus hijos muertos en los brazos se preguntaban : ¿Por qué? . ¿Es Dios justo?. En conversación con el Nuncio, el Cardenal toca de nuevo el tema de la justicia de Dios. ¿ Existe justicia cuando se maldice el árbol que no da fruto, aunque no sea el tiempo para darlo?..⁵⁷

La Madre Du Mesnil reflexiona desde la celda de su destierro sobre un sueño que ha tenido la noche de Navidad, y también se plantea el problema del mal. ¿Cómo es posible que Port-Royal haya sido aplastado sin que ningún ángel haya bajado a defenderlo? ¿Hay Providencia?. Ante la experiencia de lo sucedido con la destrucción del monasterio, estas preguntas sin contestación nos remiten directamente al libro de Job, citado por la Madre Du Mesnil, la cual en su diario afirma que las puertas del infierno a las que se refiere también Job se han abierto ante ella y son horribles. La agonía de la última priora de Port-Royal duró seis días de quejas contra Dios como las de Job. No obstante, en su abandono total la Madre Du Mesnil se siente unida a la pobreza, vergüenza y abandono de Cristo en la Cruz. La fe que demuestra tener la Madre Du Mesnil, es la única respuesta posible al problema del mal.

El narrador omnisciente comentando la última conversación del Cardenal Noailles con el abate Dubois, señalaba que la vida en el mundo pagano era trágica porque no había salida para el conflicto ante

el dolor, la injusticia o la muerte. El abate Dubois, porque tenía fe, era alegre y contagiaba alegría tanto en la prosperidad como en la desgracia. Esa alegría de un creyente es la que impide que la condición humana sea devorada por el absurdo, la desesperación o el miedo. Al final de Historia de un otoño , el Cardenal Noailles expresa también su fe en un Dios que con su poder absoluto no aplastará al hombre como un gusano. La garantía de que Dios no aplastará al hombre radica en que dejó su soplo en el rostro humano y su Hijo asumió la condición de hombre.

El Gran Inquisidor de El sambenito también se plantea el problema del mal al ver en el sufrimiento inevitable del ser humano el contraejemplo más convincente del fallo definitivo que conlleva el optimismo utópico de algunos ilustrados. En el mundo que éstos quieren crear, se pregunta el Gran Inquisidor ¿pueden esperar algo los mendigos, los enfermos crónicos, los hambrientos golpeados por sus señores? ¿qué puede esperar el soldado que muere con el vientre abierto por la pólvora y

llama a su madre? Y el niño muerto recién nacido ¿para qué llega a este mundo? ¿cómo es posible que un niño nazca para convertirse en cadáver? ¿por qué mueren los niños y los débiles son aplastados?. Si estas preguntas constituyen una objeción seria al poder del hombre en el que creen algunos ilustrados, también suponen un reto demolidor a las concepciones racionalistas de Dios en las que se ha apoyado con frecuencia la misma Inquisición. El P. Duval en conversación con el Gran Inquisidor afirma que los seres humanos han construido una imagen de un Dios absurdo que devora al hombre y reparte el bien y el mal, la enfermedad y la muerte, la pobreza y la riqueza de una manera totalmente despótica. ¿No es la misma Iglesia la que ha fabricado esta concepción de Dios? ¿y qué sucede cuando el dolor de un ser humano lo produce la Iglesia gratuitamente, como lo estaba demostrando el proceso inquisitorial contra don Pablo? El gran Inquisidor también es consciente del sufrimiento que causa el Tribunal del Santo Oficio.

-Era una niña todavía - comenzó de repente a hablar el Gran Inquisidor como si siguiera con una historia ya comenzada y no tratase de contestar al padre Duval, sino de desviar la conversación. Era una niña todavía cuando fué condenada a penitencia de siete años en un monasterio. Se la acusó de tener trato carnal con el demonio. Y, sin embargo, ¡miraba con unos ojos que parecían tan puros! El Diablo es poderoso y se viste de Angel de Luz, su antigua naturaleza de estrella del alba, pero nunca podrá imitar siquiera la mirada de un alma pura, los ojos de una niña que no ha sido manchada.58

Para el Gran Inquisidor de El sambenito como para el Cardenal Noailles de Historia de un otoño Cristo es la única respuesta de Dios a las preguntas espantosas de los seres humanos. El problema del mal en el mundo no puede encontrar respuesta satisfactoria en los argumentos racionales de los ilustrados. La única manera de enfrentarse con este problema es dando el salto de la fe y aceptando el mensaje de Jesús de Nazaret tal como es presentado en el Nuevo Testamento.

10.- LA PRESENCIA DE LA MUERTE

Una de las diferencias fundamentales entre el contenido de Diálogos jansenistas e Historia de un otoño radica en la prioridad del elemento

político en la obra dramática, que concluía con una oposición rotunda de los principales personajes de la obra a las órdenes contundentes del monarca absolutista. En la novela hay un factor que cobra más importancia que cualquier decisión voluntarista de Luis XIV o de los demás personajes. Este factor frente al cual el ser humano no puede dejar de enfrentarse y que se convierte en definitivo, es la muerte. Esto provoca una serie de reflexiones en el narrador omnisciente y en diversos personajes. En Diálogos jansenistas, la muerte estaba presente, pero en relación con el elemento político adquiría una función secundaria. Sin embargo, la presencia e importancia de la muerte adquiere una relevancia tal en Historia de un otoño que la dimensión política parece quedar relegada a un papel, que sin dejar de ser importante, es secundario. Jiménez Lozano está gritando a pleno pulmón en su primera novela el fracaso inevitable de cualquier poder absolutista. En definitiva Luis XIV es vencido no solamente por el espíritu jansenista en cualquiera de sus modalidades, sino también por el reto indiscutible que supone para todo poder terrenal la realidad desnuda y cruel de la muerte.

La impotencia que sentía Luis XIV frente a la muerte es comparable con la de la razón ilustrada tal como es presentada en El sambenito . El optimismo del Siglo de las Luces no puede dejar de enfrentarse al factor inevitable de la muerte. De aquí que la referencia a la muerte de Voltaire es un elemento importante en la estructura teológica de El sambenito

Para la mentalidad jansenista que invade toda la acción y reflexión de Historia de un otoño , la muerte es la prueba inevitable de la condición humana que contrasta con el poder de Dios. Cuando al comienzo del capítulo I , Noailles y su secretario el P. Vivant visitan por primera vez a Port-Royal, el Cardenal señala que la iglesia del monasterio era como un cementerio no solamente de santos sino hasta de personas del mundo, que habían sido enterradas allí para hacerse perdonar todos sus pecados. Más tarde al llevarse a efecto la demolición de Port-Royal, resalta la profanación de las tumbas. Leemos que en medio de un olor espantoso los arqueros saltaban de gozo entre ataúdes y cadáveres. No quedó tumba que no fuese profanada

y abierta. Posteriormente los pesebres de las granjas vecinas se construyeron con el mármol de las lápidas sepulcrales. Hasta en las tabernas los mármoles de las sepulturas y los altares de Port-Royal que guardaban reliquias, servían de mesa.

La asociación dramática entre la destrucción de Port-Royal y la realidad inevitable de la muerte, es presentada también por el narrador omnisciente en el entierro de Sor Francisca Le Camus. Frente al cadáver amarillento de esta religiosa, el narrador nos indica que la lógica humana no puede entender que Dios no ahorre a sus hijos el horror del sepulcro.

La destrucción del monasterio de Port-Royal fué precedida y seguida por una serie de muertes de religiosas concretas. Por ejemplo en el capítulo III se menciona la muerte de la Madre Le Ferón, y las de las hermanas Francisca de Santa Teresa de Bernières, y Francisca Magdalena de Santa Julia Baubrand. También la Madre Isabel de Santa Ana Boulard y hasta el mismo confesor del monasterio

habían fallecido.

Es tal la presencia aplastante de la muerte en Historia de un otoño, que al final de la novela todos los personajes centrales, excepto Noailles, ya han muerto. Las características de estas muertes son variadas y están presentadas en contextos diferentes. A las muertes angustiosas de los que habían firmado el Formulario, a las muertes sin sacramentos de los enemigos de Port-Royal y a la muerte del mismo Voltaire posiblemente como un acto de venganza, hay que añadir la del diácono François de París que había agonizado maldiciendo a la bula Unigenitus.⁵⁹ En esta muerte y en su tumba del cementerio de San Medardo, está el origen del escándalo de los llamados apelantes contra Roma. Contrasta con todo esto la agonía y muerte pacífica de Mademoiselle de Joncoux quien en ese momento daba gracias por su belleza, su juventud, su alegría por ser hija de la Iglesia y haber sido tan sincera que no supo decir mentiras, ni ahorrar espontaneidades. Para morir se puso sus mejores joyas.

La muerte de la Madre Du Mesnil tuvo caracteres altamente inquietantes. Conforme ella le confió al Cardenal Noailles, Dios se le presentaba como un fuego devorador. Su conciencia de pecado contrastaba con la santidad de Dios. Mientras tanto, el Cardenal permanecía en silencio sintiendo su impotencia para consolar a la Madre Du Mesnil. No podía siquiera suministrarle los sacramentos de los que la misma Roma la había vuelto a privar, después que él levantase la prohibición. Pero momentos antes de expirar la Madre Du Mesnil reconoció que era feliz y había elegido bien. No se celebró ningún oficio religioso, pero al pie de la fosa, Noailles rezó un Libera me.

Frente al detalle con que se narran las muertes de diferentes personajes centrales, sobresale la laconicidad con que se presenta la muerte del Rey, de la que ni siquiera se especifica el momento en que sucedió. El sobreviviente final de Historia de un otoño es el Cardenal Noailles a quien también acecha la muerte. Sufría una enfermedad ridícula y humillante. Los médicos le habían diagnosticado

una fístula anal. El silencio y la muerte iban envolviendo progresivamente su existencia.

Tanto la Madre Du Mesnil en su agonía final como el Cardenal Noailles ven a la muerte como consecuencia del pecado. En uno de sus ensimismamientos, Noailles piensa que toda la naturaleza al ser víctima del pecado comparte su sentencia de muerte. Las muertes sin sacramentos de algunos perseguidores de Port-Royal son interpretadas por ciertos jansenistas como un castigo divino. La muerte repentina del predecesor de Noailles en la sede de París, Monseñor de Harlay, en los brazos de la duquesa de Lesdiguières y sin haber recibido los últimos sacramentos aterrorizó a mucha gente. Monseñor de Harlay murió a los doce años exactos de la muerte de la Madre Angélica de San Juan a quien él había expulsado de Port-Royal. El propio hermano de Noailles también murió sin sacramentos. El duque de Noailles le recordó a su tío que en Port-Royal se decía que esa muerte era un aviso del cielo y que el mismo Cardenal Noailles también moriría de esta manera. Del concep-

to teológico de la muerte como consecuencia del pecado, se ha pasado aquí a una mentalidad popular que en el caso del drama jansenista veía una muerte concreta sin sacramentos como expresión de un castigo divino determinado.

En Historia de un otoño se relaciona la idea de la muerte con el juicio divino y esto produce sentimiento de miedo. El Cardenal Noailles a la muerte de su hermano se estremece porque sabe muy bien que entre los que heredarán el reino de Dios, de acuerdo con las bienaventuranzas evangélicas, no están ni los cardenales ni los mariscales⁶⁰. En conversación con el Nuncio se pregunta cómo se le presentará Cristo el día del Juicio. Más adelante cuando habla con Monseñor de Beaumont pone énfasis en que después de la muerte ambos prelados no van a ser juzgados por su educación aristocrática como no sea para reprocharles todo lo que ella encubre a veces. Y será el pobre cuya mejilla había sido abofeteada con un guante de hierro por un duque, según escribe el benedictino jansenista que logró

escapar de la cárcel de Vicennes, el que afirmará que en la eternidad no mandan ni los duques ni los capellanes de los duques, sino el Señor Jesús.

La idea del juicio final también está presente en las preocupaciones pastorales del abate Dubois tal como lo manifiesta en su diario y en sus charlas y reflexiones. Según él los príncipes de sangre cristiana que juzgarán a todos serán los pobres. Al infierno hace referencia en sus consejos de confesión y en las conversaciones que mantiene con el Cardenal Noailles. Basta mirar a Cristo crucificado para que el Abate Dubois se convenza de que existe el infierno. En El sambenito los secretarios presentan a la muerte como el juez más implacable y estrecho.

...el sepulcro iguala por un mismo nivel y rasero, confundiendo en su encapotada noche la hermosura y la fealdad en las mujeres, la fuerza y la debilidad de los hombres, la niñez y la ancianidad en todos, la pobreza con la riqueza, el Rey con el mendigo, el obispo con el mendicante. Pues ¿hay algo que predique con mayor número de razonamientos y derecho de argumentaciones la igualdad de nuestro ser que una calavera o esqueleto nauseabundos vestidos con

una tiara, mitra, corona real o chambergo de campesino, que ya es cabeza que a todos esos sombreros se resigna? 61

A pesar de que la muerte es una constante indiscutible en las dos primeras novelas de Jiménez Lozano, está claro en Historia de un otoño que la muerte no es el final de todo. En la primera conversación del Cardenal Noailles con la Madre Du Mesnil, ésta se muestra en desacuerdo con la fórmula jesuita de la obediencia "perinde ac cadaver" afirmando que Dios es un Dios de vivos y no de muertos. Con ocasión de la muerte y entierro de Sor Francisca Le Camus, el narrador omnisciente dice que aunque la fe no ahuyenta la palidez y el horror del cadáver, traslada montañas y vence la realidad de la muerte. Las monjas cantaron inmediatamente después de cerrar el ataúd de Sor Francisca Le Camus, "In paradisum deducant te angeli". En Port-Royal ni siquiera la muerte, por

tanto, contaba como separación definitiva. De aquí que una medida como la dispersión de las monjas, no llegaba a adquirir rango dramático. Las continuas referencias al Día del Juicio, nos están indicando que la muerte biológica no es un final. El mismo Cardenal Noailles aun en medio de la debilidad, la enfermedad, la pobreza, la pequeñez y la amenaza de muerte, seguía esperando la venida de Cristo.

La presencia de la muerte en El sambenito se coloca en un contexto diferente del de Historia de un otoño. La mentalidad barroca de los secretarios inquisitoriales que presentan a la muerte como un juez definitivo, pone de manifiesto un inmanentismo incompatible con la idea cristiana de la inmortalidad. El P. Duval señala que los predicadores andaban pregonando que los seres humanos han nacido para convertirse en calaveras y esqueletos que se corrompen como basura hedionda. De esta forma se trataba de eliminar cualquier tipo de optimismo en la razón humana. En definitiva, es el miedo a la muerte, un miedo envuelto en ira, el que causa la proliferación de anatemas barrocos y el uso de

la fuerza ejemplificada en el aparato inquisitorial. Por otro lado, esta presencia constante de la muerte, hace que un pesimismo atroz se apodere de los defensores del orden barroco. Los secretarios se refieren al significado de la ceremonia litúrgica de la imposición de cenizas al inicio de la Cuaresma. El polvo del que procede el hombre es su destino. De aquí que para esta mentalidad los pensamientos, ratiocinios, reflexiones y silogismos por muy complicados que sean, están amenazados por la vaciedad de la nada. Desde este punto de vista, la vida es una falsa prenda de seguridad. Este pesimismo barroco contrasta ampliamente con el optimismo en el hombre que poseían los ilustrados. Los secretarios, representantes ingenuos del orden barroco, continúan ininterrumpidamente hablando de que el hombre es como la sombra de la llama del velón que es la vida, de forma que no debe encontrar razones para ensoberbecerse. La nada es la amenaza constante de la vida. Cualquier placer de la vida no tiene sentido ni valor alguno para el pesimismo barroco. La apariencia externa de lo que se marchita, está ordenada a la realidad ineludible de la fatiga y de lo que desaparece.

Los niños nacen para convertirse en cadáveres.
Las madres acunan calaveras y los filósofos atesoran viento en sus mentes. Los secretarios se complacen en recordar a los asistentes al proceso, la amenaza inevitable de la muerte.

Conforme ya se ha señalado, la relación de los secretarios no puede dejar de ocultar un inmanentismo latente en la mentalidad popular. Por inmanentismo entendemos la creencia de que con la muerte biológica se termina todo el ser humano. El inmanentismo negaría pues la idea cristiana de la inmortalidad y de la salvación en la vida eterna. Así se expresan los secretarios al referirse a este aspecto de la mentalidad popular:

Y que también tenía razón el acusado, y la tenían sus amigos, cuando denunciaban otros excesos y vicios como los bailes y romerías, que se tenían cerca de los cementerios, donde las gentes comían pájaros fritos y chorizos picantes y bebían vino y se alegraban y no se dejaban de reír cuando pasaba un entierro, aunque fuese de niño. Y que decían:
-Come y bebe que mañana nos llevarán a nosotros y hay que dar trabajo a los gusanos. 62

También encontramos en los sermones de los predicadores, según el citado testimonio del

P. Duval, una tendencia a insistir tanto en lo tétrico de la experiencia de la muerte que ocultaría la esperanza de la resurrección. Todo esto está en consonancia con la mentalidad barroca de los predicadores y de los secretarios, los cuales en otras ocasiones se contradicen a sí mismos al referirse a la sentencia definitiva en el Juicio del último día donde la amenaza del infierno es una realidad. A don Pablo los secretarios le acusan de no creer en la existencia del infierno. Sin embargo, tal acusación resulta rebatida a la luz de la carta final en la que los autores piensan que quizás don Pablo fuese cristiano sólo por miedo al más allá y al infierno. Pero la creencia de don Pablo en la inmortalidad está claramente expuesta no sólo al decir que tiene fe en todo lo que cree la Iglesia, sino también al haber ofrecido misas por el eterno descanso de doña Gracia.

11.- LA CRUZ SÍMBOLO DE ESPERANZA

Tanto en Historia de un otoño como en El sambenito encontramos una reflexión teológica en torno al tema de la cruz que conduce a plantearse las

exigencias de un cristianismo sin compromisos desvirtuadores y al mismo tiempo se convierte en el símbolo de la esperanza. El significado teológico de la cruz y sus implicaciones morales son constantes que se repiten insistentemente a lo largo de Historia de un otoño y de El sambenito.

En la primera novela de Jiménez Lozano el Cardenal Noailles sentía que estaba crucificado al verse situado teológicamente entre jansenistas y jesuitas, entre Dios y el hombre. El sufrimiento de estar crucificado se hacía más intenso cuando se veía obligado a herir a quienes más amaba. En El sambenito el Gran Inquisidor abrumado por la cruz que tenía que cargar, a veces no oía nada durante el proceso contra don Pablo. Para don Felipe de Beltrán su puesto de Gran Inquisidor significaba un trago amargo. Sabía que no tenía la adhesión incondicional de los otros inquisidores, ni de otros cristianos que lo consideraban blando y comprensivo de ánimo, demasiado amplio de miras, quizás sospechoso él mismo.

...Conocí de muy cerca al viejo Gran Inquisidor, don Manuel Quintano Bonifaz, y sabía muy bien lo que era esto: una dignidad en la que podéis condenaros más presto que los herejes que juzgáis. Pero

una carga que alguien tiene que llevar sobre sus espaldas. ¿Por qué iba a apartar de mí este cáliz, padre Duval? Yo era feliz aquí en Salamanca. Creo que todo el mundo me quería. ¿Y sabéis lo que es convertiros, de repente, en el blanco de todos los odios? Odios por la derecha, odios por la izquierda, odios por arriba, odios por abajo, odios de los zelantes y de los de ánimo liberal, odios de los enemigos de la Iglesia y odios de sus hijos más fieles que os considerarán como perro mudo, a poco que dejéis de ladrar un solo minuto. Odios de los fanáticos y odios de los ilustrados. A los primeros pareceréis un traidor, si no enviáis a la hoguera o a la cárcel a medio país, y, a los otros, les pareceréis un tirano, si amonestáis a un ateo a reflexionar sobre la condición humana, durante dos meses, ayudado por la soledad de un monasterio y el ayuno o las disciplinas. 63

En un soliloquio el Gran Inquisidor reconocía que la presencia de Cristo le confortaba aunque también se sintiese juzgado y condenado ante él. El Gran Inquisidor se sentía crucificado al no saber si se estaba poniendo tanto de parte de los hombres que olvidaba a Dios, o si sintiéndose el administrador divino aplastaba a los hombres. Esta era su cruz.⁶⁴ Mientras los secretarios leían machaconamente todo tipo de acusaciones contra don Pablo, el Gran Inquisidor se veía él mismo con la cruz que tendría que cargar. Reconoce que estaba atravesando la pasión de Cristo. Quizás todavía no llegaba al Calvario y estaba

sólo en Gethsemaní o en casa de Herodes con el vestido de loco. El Gran Inquisidor reconoce que es inútil protestar y que hay que llevar la cruz como sea.

Las religiosas de Port-Royal en Historia de un otoño también se sentían crucificadas al tener que ser fieles a sus conciencias no firmando el Formulario por un lado, y por otro tener que sufrir las consecuencias de su fidelidad, es decir, la destrucción del monasterio, la dispersión y el destierro. Según la Madre Du Mesnil, el cristiano nace y vive para llevar la cruz de Cristo. Esta cruz puede tomar muchas formas porque también hay muchas variedades de debilidad, enfermedad, pobreza, pequeñez y muerte. Sería inhumano y anticristiano buscar el dolor y los golpes, pero si la cruz forma parte de la vida del ser humano, lo único que puede hacerse es tenderse en ella. La Madre Du Mesnil en sus horas de reflexión con ocasión del aislamiento de su destierro en el monasterio de las ursulinas de Blois, ha aprendido que la cruz de la destrucción de Port-Royal era exigida por los designios de Dios y de su Iglesia, y ha aceptado

esa cruz. Aquí radica la diferencia entre lo que representa la Madre Du Mesnil, es decir amor a la cruz, y lo representado por los arqueros que demolieron el monasterio de Port-Royal. Estos no podían soportar la cruz y con violencia arrancaron los crucifijos de la pared. El miedo a la cruz y el rechazo de la misma aparece también en El sambenito . Por ejemplo, al P. Duval no le parecen sostenibles los argumentos de Voltaire en favor del deísmo y le parece que en el fondo lo que hay detrás de estos argumentos es un miedo incontenible frente al Crucificado. Voltaire representaba al poder de la razón, la cual queda desarmada al encontrarse con la cruz.

El Cardenal Noailles de Historia de un otoño en un ensimismamiento llegaba a la conclusión de que si algunos hombres odian tanto a la cruz, es porque saben que ella significa la conciencia de todos los humillados y la seguridad de que se está jugando con ellos, pero también de que serán vengados.

"Cum feminis, sermo paucus et durus": este latín, que prohibía hablar larga y humanamente a las mujeres y que recordaba los estólidos latines de los médicos, sirvió también para los señores de

Port-Royal; pero, allí, esa quintaesencia de la mujer que era la monja, y que como estaba a resguardo de la propiedad fálica del macho este despreciaba como a ser alguno, daba toda su medida humana por encima del valor, de la inteligencia y de la profundidad de cualquier hombre; y su medida cristiana, defendiendo el honor del celestial Esposo contra reyes, papas y arzobispos. Por eso ¡que alegría sentía el hombre cuando, como en Loudun o Louviers, se podía humillar a aquellas mujeres y declarar, ante notario, que todas ellas eran sexo y que su hambre de falo era el origen de la religión! Mientras ese mismo hombre no podía dormir, pensando en la Madre Du Mesnil, Mademoiselle de Joncoux o la terrible Angélica de San Juan, cuyos solos nombres eran estigma de fuego para todos los brutos ilustres, soñadores de orinales, y convertían en estiercol toda la cultura humana - priápico orgullo del hombre - al ponerla ante la Cruz del Cristo agonizante y desenmascarar su entraña, como se encontraba, allá en Versalles el rostro podrido de bubas de una vieja bajo la máscara tersa de Arlequín: esa entraña de asesinatos y lujurias, abusos y fuerza de bestias, mentiras y necedades. 65

Tanto el Cardenal Noailles como la Madre Du Mesnil tenían sus propias cruces con las que cargar. Pero al mismo tiempo cada cual se había permitido la delicadeza de enviar al otro un Cirineo que le ayudase a sobrevivir con tan dura carga. El Cirineo que la Madre Du Mesnil envió al Cardenal Noailles era Mademoiselle de Joncoux. Ella había nacido para ser la alegría de cuantos la rodeaban, de la misma manera que lo era el abate Dubois. Este se constituyó en el Cirineo que el Cardenal envió

a la Madre Du Mesnil. Los Cirineos ayudan a cargar con la cruz, pero no la eliminan. La cruz llega a convertirse en el símbolo de esperanza a la que el ser humano puede asirse. Por eso, después del entierro de Sor Francisca Le Camus, la hermana Issali, la portera de Port-Royal, puso sobre la tumba una cruz de pino, que según señala el narrador omnisciente, aunque consistía simplemente en dos trozos de madera atados con un hilo, formaba parte del conjunto de otras muchas cruces parecidas de aquel cementerio de santos. Cuando al final de la novela, el Cardenal Noailles se iba a ir de las ruinas del monasterio, estuvo a punto de pisar una cruz de palo, casi deshecha, procedente de alguna tumba y que había resistido todas las humillaciones, quizá porque al ser tan humilde y ridícula no era ni siquiera vendible, ni codiciable, ni suscitaba iras, ni burlas.⁶⁶ El Cardenal tomó esa cruz en sus manos y la besó mientras pensaba que en ella residía la única esperanza. El Rey había ya muerto, así como los principales personajes de Historia de un otoño. El Cardenal sentía en su vida la tristeza de una enfermedad que le

acechaba y amenazaba. Solamente la cruz de palo permanecía y promovía la esperanza de que Cristo había de venir. Cuando todo ha fallado o ya pertenece únicamente al pasado, solamente queda la esperanza de la cruz.

En Historia de un otoño todas las esperanzas puramente terrenales no se ven realizadas y conducen a un fracaso rotundo. En este sentido quizás algo de lo que resultó más atroz para Port-Royal fue la vana esperanza de que al fin todo se solucionaría, que le suministraba el Cardenal Noailles, quien pasó su vida dando a los jansenistas esperanzas vanas, que les perdieron, y a los jesuitas satisfacciones forzadas que no les sirvieron de nada. Acabó por ser más severo y más duro que ninguno de sus predecesores contra las personas que amaba. Él mismo resultó víctima de sus falsas esperanzas. El final de Historia de un otoño indica dónde debe residir la verdadera esperanza: "¡Salve, o Crux, Spes única!". Desde esta perspectiva estamos en desacuerdo con Emilio Salcedo quien en su libro La palabra indirecta defiende que Historia de un otoño es la vivencia de una desesperanza sufrida como último recurso. Este escritor,

aunque trata con gran simpatía y admiración todo lo que escribe Jiménez Lozano, se muestra incapaz de apreciar el final esperanzado de Historia de un otoño. Este libro no es la historia de un fracaso como piensa Salcedo, sino la de una esperanza. Es posible que el sendero existencial del que este autor hace gala de haber escogido, no sea simplemente paralelo del de Jiménez Lozano, sino que se convierta en un túnel sin salida en donde no se puede ver todo lo que está fuera de aquello que impropriamente es calificado por el mismo Salcedo como posición agnóstica de izquierda con la que dice identificarse.⁶⁷ Está claro para quien lea Historia de un otoño, abstrayéndose de sus propias convicciones ideológicas y penetrando en lo que realmente nos comunica Jiménez Lozano en este libro, que la esperanza que Port-Royal y los jansenistas tenían depositada en Noailles es finalmente superada y trascendida. Es en la cruz donde radica la verdadera esperanza del drama existencial de Port-Royal. Los poderes de este mundo y de la Iglesia, en cuanto institución puramente terrenal, son ineficaces frente a la trascendencia apuntada

por una humilde cruz. En definitiva la esperanza consiste en apostar por esta cruz en lugar de quedarse estancado en lo puramente terrenal, corruptible y mortal. La cruz final de Historia de un otoño ha resistido todas las humillaciones y es posible que tal cruz al no poder ser manipulada ni siquiera comercialmente, no suscitaba desprecio ni enfrentamientos.⁶⁸ Después de la muerte del Rey, autor de la destrucción de Port-Royal, la cruz persiste como símbolo de la esperanza que no puede ser aniquilada. Frente a la destrucción del monasterio jansenista y frente a la muerte inevitable, la cruz se convierte en una esperanza que perdura más allá de los poderes de este mundo.

12.-EL DON DE LA TOLERANCIA

La esperanza en la vida eterna y el conocimiento de la condición humana hacen que en Historia de un otoño el abate Dubois muestre comprensión, apertura y amor a la Iglesia, llegando a reconocer que se necesita oposición dentro de ella, es decir que parte de sus miembros digan que no a ciertas cosas. Así muestra simpatía hacia la causa de Port-Royal.

Si se persigue a alguien, como en el caso de los jansenistas, el abate Dubois se pone de parte de ellos. Dice que él ha nacido para adoptar posiciones en contra de los poderosos. Para el abate Dubois todo lo que no es eterno pasa. Por eso sabe relativizar y no dar demasiada importancia a cualquier tipo de drama humano.

El abate Dubois en conversación con la Madre Du Mesnil tal como ésta lo relata en su diario, explica las razones de los fallos humanos de la Iglesia que se encuentra esperando la venida definitiva de su Esposo. La Iglesia está en situación en la que tiene muchos problemas que resolver a solas e incluso siente la tentación de dudar acerca de la misma venida de su Esposo⁶⁹. Conforme ya se ha mencionado, en otras ocasiones la Iglesia presta oídos al poder de este mundo y hasta ha llegado a pensar que va a ensanchar la herencia de su Esposo, coqueteando y fornicando con el mundo. Pero a pesar de todo esto, la Iglesia posee la asistencia del Espíritu Santo y la de Cristo que se encuentra presente en la Eucaris-

tía. La comprensión del abate Dubois acerca de la Iglesia motivaba su amor hacia ella.

Hay que amarla como Él la ama, hija. Aunque sea fea, aunque esté arrugada. ¿Quién no ama a su madre? ¿Es que no nos va a salvar? El amor no es bello. Eso es una idea pagana, Madre Du Mesnil. ¡Venus, la diosa del amor! 70.

La Madre Du Mesnil , a pesar de sus firmes convicciones teológicas, también en Historia de un otoño llega a aprender el don de la tolerancia. En una carta se refiere a Sor Paulina Laubardemont, que se convirtió en su confidente diaria y la hizo comprender que también los que piensan de manera diferente pueden ser cristianos. El ver que Sor Paulina se comportaba tan cristianamente con ella en medio de su destierro, y por otro lado continuase siendo aficionada como todas las ursulinas a la escuela de los jesuitas, no podía menos de enseñar a la Madre Du Mesnil que el pluralismo teológico es posible dentro de la Iglesia.

En conversación con el Cardenal Noailles, la Madre Du Mesnil habla de la vocación de cada cual. La suya es decir que no⁷¹. Siempre es con-

veniente que en el mundo y en la Iglesia haya alguien que diga que no por fidelidad a su conciencia. Desde el momento que se acepta la oposición dentro de la Iglesia, no solamente se está defendiendo el pluralismo teológico sino que como muy acertadamente vio la Madre Du Mesnil, se está admitiendo que hay muchas maneras de ser cristiano y de serlo heroicamente.

13.-CANTOS A LA VIDA.

En Historia de un otoño aunque la muerte atraviesa la mayor parte del contenido de la novela, también encontramos un canto sincero a la vida en todas sus dimensiones en el capítulo VI. Aquí se anhela con intensidad el gozo de la vida presente y en la eternidad. Esta perspectiva del deseo de vivir ahora y siempre hace que el contenido teológico de la primera novela de Jiménez Lozano apunte a la superación de la muerte definitivamente, es decir, al misterio pascual.

El Cardenal Noailles considera a la vida terrenal como algo bueno. En conversación con el Nuncio,

no tiene reparo alguno en hablar con franqueza de la atracción que siente hacia la buena vida. Le gustan el vino bueno, la buena mesa, los vestidos delicados, los buenos libros y los cuadros bellos. No se considera un asceta, ama la vida y ve a la muerte como una frustración. El Nuncio está de acuerdo con el Cardenal. Él también amaba la vida hasta un punto que había gente que pensaba que había olvidado el cristianismo. Noailles sabe apreciar el ruido de la lluvia, el verdor inigualable de la primavera, el fuego, los ojos de un niño...etc. Los autores citados en este contexto por el Cardenal son Virgilio, Ovidio y Horacio, autores que han escrito en favor de las delicias de la buena vida⁷². Hasta la misma guerra es presentada como fuente de placeres.

-Yo siempre soñé en la guerra. Pasé seis años en los Dragones del Rey. Ni el amor proporciona placeres como los de la guerra: una lanzada que atraviesa las entrañas de un enemigo odiado es el más succulento de los espasmos. El odio es un placer de dioses ⁷³.

El amor a la vida hace que Noailles quiera vivir para siempre en este mundo. Todo lo que

aparece como muerte en la vida actual causa náuseas al Cardenal. La razón por la que nunca le ha interesado la Corte de Versalles radica en que la percibe como un mundo de viejos cadáveres embalsamados. Allí , dice el Cardenal, no hay niños, o al menos hombres y mujeres que se resistan a ver morir o matar su niñez, conservando la piedad o la alegría, el desvalimiento o la sencillez⁷⁴.

Cuando el Cardenal Noailles se enfrenta con Port-Royal, lo hacía porque allí como en todo claustro por lo general se desconocía la vida real y sus exigencias. Noailles vivía en el mundo y amaba la vida conociéndola. Las religiosas de Port-Royal al separarse del mundo podían no ser conscientes de todas las implicaciones que supone vivir en un momento histórico determinado que obligaba a adoptar posturas pastorales como las del Cardenal Noailles.

A pesar de la actitud aparentemente sombría del Gran Inquisidor de El sambenito , también podemos percibir en este personaje un amor a la vida

no muy distante del de Noailles. El Gran Inquisidor en uno de sus ensimismamientos casi al final del proceso, ve a Cristo en las bodas de Canaán, alegre y dulce, causando felicidad a los novios y rompiendo las leyes de la naturaleza para evitarles una situación embarazosa. Cristo, que amaba la vida, es la esperanza de los novios de Canaán y la del mismo don Pablo que apostó por él a pesar del miedo amenazante de la Inquisición y del infierno. El vómito final del Gran Inquisidor, si es que realmente sucedió, pudo muy bien haber sido provocado por aquel proceso en que casi constantemente se respiraba un miedo de muerte a todo lo que significaba vida. Como ya se ha indicado, la mentalidad barroca en que la muerte no dejaba de hacer sentir su presencia, causaba un malestar al Gran Inquisidor de tal envergadura que al final acabó desfalleciendo ante lo absurdo de un proceso que no conducía a nada.

NOTAS AL PRIMER CAPÍTULO

6 Nos volveremos a encontrar con esta concepción veterotestamentaria de un Dios terrible y devorador en diversos pasajes de Parábolas y circunloquios de Rabi Isaac Ben Yehuda. (1325-1402).

7 J. Jiménez Lozano, Historia de un otoño. Barcelona. Editorial Destino. 1971, pags.13-14.

8 J. Jiménez Lozano, Diálogos jansenistas. Copia del manuscrito original, pag.72.

9 Ibid., pag. 63.

10 Ibid., pag.62.

11 Esta hermana conversa expresa a nivel popular lo que Agustín Gazier en su obra Histoire generale du mouvement janseniste afirmará en términos más generales, es decir, que el jansenismo fue una herejía inventada por los jesuitas para enmascarar sus esfuerzos insidiosos de entorpecer a la Iglesia. No obstante, es cierto que Antoine Arnauld en De la fréquente communion defiende que el privarse uno mismo de los sacramentos puede ser un método efectivo para que el pecador desarrolle la necesidad interna de comprometerse seriamente con los planes de Dios. Saint-Cyran en una de sus cartas decía que hay veces que Dios prefería la privación de los sacramentos en lugar del uso frecuente de los mismos. La abstención de los sacramentos puede ser considerada como una forma de penitencia.

12 Diálogos jansenistas, pag. 21.

13 Ibid., pag. 70.

14 El jansenismo causó un fuerte impacto en el clero bajo. Muchos sacerdotes seculares resentían el prestigio y la influencia del clero regular, pero especialmente de los jesuitas. La crítica jansenista al laxismo ético fue muy bien reci-

bida por gran parte del clero secular que estaba de acuerdo con el énfasis puesto por los jansenistas en la importancia del ministerio sacerdotal y en la insistencia de que el clero bajo desempeñase un papel mayor en el gobierno de la Iglesia. La influencia del jansenismo en este clero se prolongó durante todo el siglo XVIII y se convirtió en un factor imprescindible para comprender el desarrollo del celo revolucionario de algunos sacerdotes que resentían el deterioro de su situación económica y la gran diferencia existente entre el clero alto y bajo. Véase, Alexander Sedgwick, Jansenism in Seventeenth-Century France. Charlottesville. University Press of Virginia. 1977, pag. 205.

15 Historia de un otoño, pag. 141.

16 J. Jiménez Lozano, El sambenito. Barcelona. Ediciones Destino. 1972, pag. 64.

17 Cuando el P. Duval afirma que don Pablo tiene características jansenistas, se está refiriendo a su estilo de vida, más que a sus creencias teológicas. El estilo de vida jansenista está descrito por Jiménez Lozano en el artículo "Un poco más sobre el tiempo de Electra", recopilado en La ronquera de fray Luis y otras inquisiciones. Barcelona. Ediciones Destino. 1973, pags. 138-141.

18 José Luis L. Aranguren, La cultura española y la cultura establecida. Madrid. Taurus. 1975, pag. 52.

19 El sambenito, pag. 59.

20 Entre los ilustrados había ministros que deseaban transformar las injusticias heredadas de siglos anteriores. La Ley agraria de Jovellanos iba encaminada a solucionar algunos problemas planteados por el triste estado de la economía nacional.

21 El sambenito, pags. 174-175.

22 Ibid., pag. 116.

23 Historia de un otoño, pags. 82-83.

24 El poder absolutista manifestado mediante la intromisión en lo más íntimo de las expresiones humanas al censurar la correspondencia volverá a aparecer en "La gloriosa invención de doña Berta" de El santo de mayo.

25 Diálogos jansenistas, pags. 33-34.

26 En diversas ocasiones Henri Brémond en su obra clásica, Histoire littéraire du sentiment religieux en France, coincide con el juicio del Cardenal Noailles al considerar los elementos negativos del movimiento jansenista. Según este autor, aunque aparentemente los jansenistas repudiasen sus propios intereses para servir la voluntad divina, de hecho afirmaban los intereses personales con exclusión de Dios.

27 Diálogos jansenistas, pag. 34.

28 Historia de un otoño, pag. 172.

29 Ibid., pags. 104-105.

30 Por otra parte Sedgwick afirma en la página 70 de la obra citada que en la encíclica Cum occasione la condenación de las cinco proposiciones nunca se refería a la obra de Jansenio. Por tanto quedaba sin resolver la cuestión de si las cinco proposiciones se encontraban en el Augustinus.

31 Las cinco proposiciones las hemos tomado de la obra de Louis Cognet, Le jansenisme. Paris. 1960, pags. 50-51. Estas proposiciones condenadas son las siguientes: 1.- Algunos mandamientos de la ley de Dios son imposibles de cumplir aun para el justo, el cual aunque desee obedecer a Dios y ejerza todos sus esfuerzos en esa dirección, no tiene la gracia necesaria para cumplirlos. 2.- En el estado de naturaleza corrompida, uno no puede nunca resistir a la gracia interior. 3.- Para actuar meritoriamente no se precisa que haya en el hombre libertad de necesidad, sino solamente libertad de coacción. 4.- Los semipelagianos admitían la necesidad de una gracia interior previa a cada acción e incluso al acto de fe. Los semipelagianos son herejes en cuanto creen que el ser humano puede resistir o

aceptar esa gracia. 5.- Es un sentimiento semipelagiano el afirmar que Jesucristo murió o derramó su sangre por todos los hombres sin excepción.

32 El texto del Formulario lo hemos tomado de la obra de Marc Escholier, Port-Royal. Paris. 1965, pag. 391. El texto del Formulario era: "Me someto a la constitución Cum occasione de Inocencio X del 31 de mayo de 1653, según la interpretación que a la misma dio la constitución Ad sacram de Alejandro VII del 16 de octubre de 1656. Reconozco que estoy obligado a obedecer estas constituciones y condeno con el corazón y los labios la doctrina contenida en las cinco proposiciones del Augustinus de Jansenio que fueron condenadas por dos papas y varios obispos. Esta doctrina no es de San Agustín, cuyo pensamiento fue malinterpretado por Jansenio".

33 Racine en su obra Abrégé de l'histoire de Port-Royal afirmaba taxativamente que según la doctrina de Port-Royal un súbdito bajo ningún tipo de condición debía rebelarse contra su príncipe legítimo ni aun en el caso de opresión injusta.

34 La apelación al Tribunal de Jesucristo en Port-Royal tiene como precedente la actitud de Pascal, el cual según lo relatado por Sedgwick, estaba dispuesto a apelar a tal Tribunal en el caso de que sus Cartas provinciales fueran condenadas por la Inquisición.

35 Historia de un otoño, pags. 128-129.

36 El jansenista Pierre Nicole en su obra Les imaginaires mantiene que la excomunión injusta no puede privar de la unión invisible que el Espíritu Santo forma entre todos los fieles de la Iglesia. El reino de la gracia reside en la Iglesia invisible a la que continúan perteneciendo los que han sido injustamente excomulgados. Desde una perspectiva diferente, en el siglo XX el teólogo Karl Rahner defenderá la pertenencia a la Iglesia invisible de los que él denomina cristianos anónimos.

37 Historia de un otoño, pags. 105-106.

38 El sambenito, pag. 82.

39 Según María G. Tomsich en El jansenismo en España . Madrid . Siglo XXI de España editores. 1972, el obispo Tavira era uno de los asistentes a las tertulias de la condesa Montijo, que fueron consideradas como un foco jansenista en España.

40 El sambenito, pags. 106-107.

41 Ibid., pag. 66.

42 Diálogos jansenistas, pag. 35.

43 Historia de un otoño, pags. 75-76.

44 Ibid., pags. 91-92.

45 El sambenito, pag. 63.

46 Diálogos jansenistas, pag. 52.

47 Según Sedgwick en la página 109 de la obra citada, el jansenista Arnould en sus escritos defendía que la distinción entre cuestiones de hecho y de fe, ya aparecía en las obras de Tertuliano y San Jerónimo durante la época de la patrística y en las del Cardenal Bellarmino en la época postridentina.

48 Diálogos jansenistas , pag. 33.

49 Historia de un otoño, pag. 178.

50 El sambenito, pags. 119-120.

51 Historia de un otoño, pags. 218-219.

52 El sambenito, pag. 170.

53 El Gran Inquisidor se enfrenta a las limitaciones de la razón y de la ciencia y no está de acuerdo en que cualquier realidad humana se erija en lo absoluto. Jiménez Lozano desarrolla este tema en el artículo "El retorno de los brujos" recopilado en La ronquera de fray Luis y otras inquisiciones, pags. 201-205.

54 El sambenito, pag. 117.

55 El Duque de Noailles acababa de anunciar al Cardenal la muerte de su hermano.

56 Historia de un otoño, pag. 32.

57 La problemática de la justicia de Dios al pedir frutos de un árbol sin ser el tiempo para los mismos, se presentará de nuevo en "El herbolista" de El santo de mayo.

58 El sambenito, pag. 68.

59 La encíclica Unigenitus de Clemente XI se convirtió en un instrumento del absolutismo real en Francia. De aquí procede la oposición a la encíclica por parte de ciertos jansenistas.

60 El Cardenal Noailles se está refiriendo al sermón de la montaña del capítulo quinto del evangelio de San Mateo.

61 El sambenito, pags. 43-44.

62 Ibid., pags. 175-176.

63 Ibid., pags. 60-61.

64 La cruz del Gran Inquisidor es comparable a la del Cardenal Noailles de Historia de un otoño. Ambos personajes se sienten crucificados entre sus obligaciones para con Dios y para con los hombres.

65 Historia de un otoño, pags. 183-184.

66 Esta cruz despreciable y que no sirve sino para ser ignorada nos recuerda la cruz que volveremos a encontrar en "El maniquí" de El grano de maíz rojo.

67 Aun sin compartir los presupuestos existenciales de Salcedo, los críticos literarios del periódico Ya en las pocas ocasiones que se han ocupado de las obras de Jiménez Lozano, resaltan también la falta

de esperanza que denotan tanto los personajes como el desarrollo de la acción narrativa. Estamos en total desacuerdo con esta interpretación. Uno de los objetivos principales de nuestro estudio es tratar de mostrar que hay una clara opción en favor de la trascendencia en la narrativa histórica de que nos ocupamos aquí.

68 Las imágenes de cruces en la narrativa de Jiménez Lozano merecen un estudio monográfico. La cruz de pelo e insignificante del final de Historia de un otoño, ofrece similitudes con la cruz que los inspectores de la torre de Babel encontraron en la morada celeste según la explicación apócrifa de Parábolas y circunloquios de Rabi Isaac Ben Yehuda. (1325-1402).

69 Encontramos aquí una imagen de Cristo como el esposo y la Iglesia como la esposa, proveniente de la Carta de San Pablo a los Efesios, capítulo quinto.

70 Historia de un otoño, pag. 143.

71 La vocación de decir no, no implica rebeldía, sino resistencia pasiva y sufrimiento al no acceder a lo que va contra la propia conciencia.

72 Noailles al defender el gusto por la buena vida, se apartaba claramente de los jansenistas. Saint-Cyran decía que Virgilio estaba condenado por escribir versos bellos por vanidad y por complacer al mundo. Este juicio sobre Virgilio está tomado de Claude Lancelot, Mémoires touchant la vie de M. de Saint-Cyran par M. Lancelot pour servir d'éclaircissement à l'histoire de Port-Royal. Colonia. 1738. Vol 1, pag. 39.

73 Historia de un otoño, pag. 88.

74 La fascinación de Noailles por los niños tiene un precedente explícito en el cariño y admiración que hacia la infancia puso de manifiesto el jansenista Nicole en sus escritos.

CAPÍTULO SEGUNDO: CARACTERIZACIÓN DE LOS PERSONAJES

En el proceso de elaboración de sus obras, Jiménez Lozano además del interés por comunicarnos conceptos teológicos y vivencias religiosas, caracteriza con detalle a personajes de carne y hueso que viven una problemática existencial dentro de unos condicionamientos socio-históricos determinados. Como ya se ha señalado, algunos personajes centrales ofrecen características agónicas que los enriquecen espiritualmente. Por otro lado nos encontramos con motivaciones exteriores que fuerzan de alguna manera a ciertos personajes a actuar en contra de sus convicciones íntimas durante la mayor parte de la acción narrativa. Esto es aplicable sobre todo a muchos personajes de El sambenito y de Diálogos jansenistas. No obstante, al final de esta última obra se produce un fenómeno de conversión colectiva que ocasiona una consistencia ló-

gica entre convicciones, actitudes y acciones. En el presente capítulo analizaremos la riqueza espiritual de los principales personajes agrupándolos según características comunes. Este estudio resultaría incompleto si prescindieramos del papel desempeñado por personajes secundarios sin los cuales la estructura narrativa de las obras analizadas resultaría considerablemente empobrecida. Finalmente trataremos de poner de manifiesto la existencia de ciertos personajes que ofrecen características tan radicalmente opuestas que de hecho es imposible reconciliación alguna entre ellos. Por ejemplo, cabría preguntarse qué hay de común entre el Rey y la Madre Du Mesnil en Diálogos jansenistas e Historia de un otoño o entre don Pablo de Olavide y fray Romualdo de Friburgo en El sambenito.

Los personajes de la narrativa histórica de Jiménez Lozano no viven aisladamente abstraídos de los condicionamientos reales de un mundo en el que se sienten inmersos. Aunque el peso de estos condicionamientos en algunos casos se convierte en una carga abrumadora, en definitiva

no pueden prescindir del mismo. Se puede caer en la tentación de querer protegerse de la amenaza de inautenticidad que supone vivir en un mundo al que se rechaza, mediante el abandono total del mismo o mediante la adopción de corazas y máscaras que constituyen en último término, nuevas formas de inautenticidad. ¿Cómo vivir en un mundo que no comparte los valores y creencias que motivan la propia existencia individual?. La contestación a esta pregunta será analizada al estudiar el comportamiento existencial de los personajes que nos salen al encuentro en la narrativa histórica de Jiménez Lozano.

1.-PERSONAJES AGÓNICOS

La duda, incertidumbre, ambigüedad e inseguridad son características compartidas por el Cardenal Noailles de Diálogos jansenistas e Historia de un otoño y por el Gran Inquisidor, don Pablo y el P. Duval en El sambenito. Todos estos personajes son agónicos en el sentido que sufren una lucha interior puesta de manifiesto en soliloquios, ensimismamientos, sueños, conversaciones,

reflexiones y actitudes repletas de nerviosismo y angustia. El narrador omnisciente en sus descripciones e intervenciones de Historia de un otoño y de El sambenito contribuye a que el lector se sienta inmerso en la agonía de los personajes. En Diálogos jansenistas encontramos una serie de recursos teatrales que muestran la agonía del Cardenal Noailles , quien, sin sentirse seguro de lo que está haciendo, accede a la destrucción de Port-Royal. Si el Cardenal da esta orden, conforme lo expresa él mismo, es para que la desobediencia sea desarraigada, para que vuelva la normalidad y las monjas salgan de lo que él cree que es obcecación. La escena primera del acto segundo de Diálogos jansenistas tiene lugar en la habitación escritorio del Cardenal Noailles en donde hay un gran crucifijo con los brazos hacia arriba sobre la chimenea encendida, que contrasta con un retrato de Monseñor Harlay de Champvalon, predecesor de Noailles en la sede de París. La combinación del crucifijo con el retrato expresa el drama interior del Cardenal. Por un lado simpatizaba teológica y espiritualmente con la causa jansenista, expresada por el crucifijo. Pero además se

sentía aprisionado por una Iglesia política representada por el retrato de su predecesor que estaba reñido radicalmente con todo lo que pudiese significar Port-Royal. Noailles se encontraba crucificado al querer honrada y generosamente reconciliar lo irreconciliable.

En Historia de un otoño nos volvemos a encontrar con un Cardenal Noailles en conflicto interno entre la fidelidad a la propia conciencia y el papel eclesiástico difícil que tiene que jugar en sus relaciones con el Rey de Francia. Noailles siente simpatía y comprensión hacia las monjas de Port-Royal mientras que el Rey de Francia quería acabar completamente con todo lo que tuviese relación con la causa jansenista.

En las conversaciones de Historia de un otoño Noailles hace referencia directa a su propia cruz de prelado que quiere ajustar la fe horrible a la pequeñez humana. La experiencia de sentirse crucificado entre ambas realidades es una constante obsesión en la vida y en el trabajo pastoral del Cardenal que siente su corazón traspasado de

dolor cuando tiene que tomar su báculo para golpear, como el pastor lo hace con la oveja preferida que come en su mano, pero que se niega a ir por donde va el rebaño y prefiere el sendero que conduce al precipicio. Esto es lo que Noailles le expresa a la Madre Du Mesnil cuando le comunica la decisión de privar de los sacramentos a las religiosas de Port-Royal.

El Cardenal trataba de reconciliar a los jansenistas con los jesuitas y a las monjas de Port-Royal con el Rey. Esto consistía en querer reconciliar lo irreconciliable y en sentirse morir crucificado en el empeño. La agonía de Noailles tiene características más intensas todavía al tener que cargar con una amarga cruz cuando en realidad, conforme se ha indicado en el capítulo primero, amaba la vida y deseaba disfrutar y gozar de ella.

La semejanza entre el Cardenal Noailles de Diálogos jansenistas e Historia de un otoño con el Gran Inquisidor de El sambenito ya se ha puesto de manifiesto. De la misma forma que Noailles se sentía impotente frente al Rey, el

Gran Inquisidor se siente impotente : frente al poder de la Inquisición. No obstante el drama interior y la agonía del Gran Inquisidor es superior a la del Cardenal el cual sentía que no tenía libertad frente a un poder externo a la Iglesia como era Luis XIV. Sin embargo, el Gran Inquisidor siente angustiosamente que no tiene libertad frente a una institución de la cual él es la máxima autoridad. El Gran Inquisidor es otro prisionero. La pregunta que no deja de hacerse es "¿Y yo qué puedo hacer?".

En medio de su impotencia el Gran Inquisidor se ve ahogado en un mar de dudas y de preguntas sin contestación. Durante los soliloquios del proceso, en los diálogos confidenciales con el P.Duval y en las noches angustiosas el Gran Inquisidor quiere saber si realmente don Pablo es totalmente inocente . Se pregunta sobre lo que él como Gran Inquisidor puede hacer para que la decisión sea justa. Cuestiona la misma mirada del acusado: ¿es la de don Pablo o la de Cristo?. Se siente lleno de dudas en un mundo de total ambigüedad. Apela a Cristo para que haga justicia y éste calla.

Don Pablo de Olavide en El sambenito es otro personaje agónico que es presentado como un ilustrado con fe. Cuando habla con el P. Duval le confía que cree en lo que cree la Iglesia católica, pero que su fe no tiene las características de ingenuidad de su esposa doña Isabel. Sus amplios conocimientos y la cultura que poseía le impedían creer como un niño. Parece que una de las razones por la que sus amigos enviaron la carta final al obispo Rodez, era para dejar claramente sentado que don Pablo, como hombre ilustrado tenía una fe agónica que en el exterior podía aparecer como indecisa. Según los autores de esta carta, todos tenemos que apostar en este mundo y don Pablo apostó a favor de Cristo⁷⁵. La fe de don Pablo tenía características de profunda interioridad. El Gran Inquisidor se hace preguntas en torno a la fe de don Pablo y tiene que reconocer que los conceptos petrificados y encasillados de los escolásticos rancios defensores del aparato inquisitorial, son totalmente insuficientes para encontrar una respuesta satisfactoria⁷⁶. El P. Duval dice al Gran Inquisidor que don Pablo es uno de esos ilustrados que nunca saben bien lo que son. Algunas veces dan la impre-

sión de ser cristianos trastornados por las ideas filosóficas de moda. Otras veces parecen cristianos embebidos por un sentimiento de miedo ya que no han sabido rechazar la fe que recibieron de pequeños y dudan de si, tras la muerte, van a ser juzgados por esa fe. Según los autores de la carta final, la vida de don Pablo era enigma y ambigüedad indecisa y su fe era agónica.

El P. Duval en conversaciones con el Gran Inquisidor y en un sueño que se nos describe con detalle en El sambenito aparece también como un personaje agónico. El fino sentido crítico frente a los demás y frente a la cristiandad española el P. Duval lo extendía a él mismo. De aquí que ante las preguntas sin contestación durante el sueño o durante el estado de vigilia, el P. Duval también dudaba como don Pablo de Olavide y el Gran Inquisidor, compartiendo con ellos una incertidumbre e inseguridad existencial profundamente angustiosa.

2.-PERSONAJES IMPERMEABLES A LA DUDA

En contraposición con los personajes agónicos examinados en el apartado anterior, hay en las obras de Jiménez Lozano analizadas en este estudio una serie de personajes que por convencimiento, sencillez o fanatismo no manifiestan la menor duda en sus reflexiones y comportamiento. En Diálogos jansenistas llama la atención el coraje y dignidad de la Madre Du Mesnil que con una entereza de ánimo conmovedora sabe mantener sus convicciones hasta el último momento. En esta obra teatral la Madre Du Mesnil no ofrece el menor indicio de duda alguna y se presenta con pleno dominio de sí, con entereza de carácter y sin altanería ni acritud aun en los momentos de máxima tensión. Leemos en la nota introductoria de Diálogos jansenistas que cuando la abadesa de Port-Royal de París se presentó a tomar posesión de Port-Royal des Champs acompañada del nombramiento del arzobispo y de notarios, la Madre Du Mesnil supo defender los derechos de su monasterio sin ceder lo más mínimo ante lo que creía era justo.

Era una mujer de una pieza y parecía revivir en ella el espíritu de la Madre Angelica de San Juan. La comunidad protestó igualmente de aquel atropello de nombrar una abadesa no elegida, pero los notarios de Madame Chateau-Renaud, abadesa de Port-Royal de París, se negaron a hacerse cargo de esta protesta 77.

Conforme se ha indicado, la Madre Du Mesnil se negó a firmar el Formulario resistiendo todo tipo de extorsiones y murió privada de los sacramentos. La Madre Du Mesnil no obra por miedo aunque lo sienta en los momentos más dramáticos.

Mademoiselle de Joncoux reúne en su persona una admirable combinación de sencillez y convicciones propias que eliminan todo rasgo de duda. La cualidad que más le caracteriza es la defensa constante de la causa jansenista. Tanto en Diálogos jansenistas como en Historia de un otoño Mademoiselle de Joncoux sabe mantener la paz de espíritu en todo momento. Observamos en la primera novela de Jiménez Lozano que, frente a los sucesos acontecidos después de la destrucción de Port-Royal, Mademoiselle de Joncoux fue capaz de mantener su alegría habitual como si no hubiese sucedido nada. La tragedia parecía que no le había afectado. La senci-

llez de su fe eliminaba el sufrimiento agónico del Cardenal Noailles.

La Madre Robert de Historia de un otoño con una simple mirada nos está indicando la fortaleza de carácter y la firmeza de sus convicciones. Nos dice el narrador omnisciente que cuando Monsieur D'Argenson le comunicó su nuevo destino, al mirarla se encontró con una cara impasible e impenetrable. Esta monja anciana y paralítica con su mirada desafiante representaba un reto insostenible para aquellos que queriendo defender y sostener poderes que no les correspondían, tampoco dudaban de sus acciones.

Finalmente en Historia de un otoño encontramos un personaje que hace una breve aparición en la acción narrativa, pero que al rechazar cualquier duda en sus posiciones teológicas en parte sirvió de desenlace a los acontecimientos que culminaron en la destrucción de Port-Royal des Champs. Nos estamos refiriendo al P. **Le Tellier, el confesor del Rey**, que cree fortificar la gloria del molinismo al aconsejar al monarca en contra de la causa jansenista. Este personaje solamente aparece en la

acción narrativa inmediatamente después de que las monjas de Port-Royal saliesen desterradas del monasterio. D'Argenson se sorprende al apreciar la alegría del jesuita P. Le Tellier, quien no tiene la menor duda de que lo que acababa de suceder, no podía someterse a discusión.

El papel que el P. Le Tellier desempeña en Historia de un otoño como personaje que desde detrás del escenario maneja la voluntad del Rey en contra de los jansenistas, tiene semejanza con el desempeñado por Fray Romualdo de Friburgo y el Conde de Águila en El sambenito. Estos dos personajes no presentan la menor duda en sus convicciones en contra de la Ilustración y se sirven de la Inquisición para informar y mantener un sistema acusatorio contra don Pablo de Olavide. El testimonio de Fray Romualdo fue crucial para lo que los secretarios inquisitoriales decían sobre don Pablo. El dogmatismo y la tendencia a la categorización de los secretarios los convierten también en personajes impermeables a la duda aun en medio de sus continuas contradicciones, producto de una total falta de sentido autocrítico.

3.-LA PRESENCIA DE PERSONAJES QUE NO APARECEN EN LA ACCIÓN.

En el texto dramático de Diálogos jansenistas nunca aparece el Rey directamente. Se habla de él, se transmiten sus órdenes y deseos, pero Luis XIV no entraba en la acción o participaba en los diálogos del texto dramático. No obstante, el poder del Rey es omnipresente y lo abarca todo. La no aparición del Rey en escena puede implicar un indicio de la anonimidad del poder que domina protegiéndose a sí mismo simultáneamente. El poder anónimo y omnipresente de la estructura inquisitorial de El sambenito ya está presagiado en el Rey de Diálogos jansenistas que se oculta detrás de la estructura absolutista montada en torno a su persona. La reacción de Noailles frente al ocultamiento de un poder que se siente pero que no se presenta para provocar una confrontación directa, es la de servirse de los intermediarios reales para demostrar al monarca que su poder tiene límites. En el último acto cuando el Cardenal excomulga al mensajero Duque de Durás por atreverse a arrestar a Mlle. de Joncoux, está castigando

al mismo Rey.

En El sambenito, el rey no entra tampoco directamente en la acción. Pero a diferencia de Diálogos jansenistas su presencia no se siente en forma alguna. El rey es un prisionero más de un sistema inquisitorial sobre el que no tiene control. No obstante, la presencia que sentimos de un personaje que no aparece en la acción, es la de Roda, ministro de Justicia. Aunque este personaje no interviene directamente en la novela, su presencia benévola es sentida como telón de fondo sobre lo que está sucediendo en el proceso contra don Pablo. Roda es el destinatario de una serie de cartas escritas por Isabel de los Ríos, el Gran Inquisidor y el mismo don Pablo. A Roda se recurre para que el proceso inquisitorial no siga adelante o para que eficazmente influya en favor del acusado. Incluso al final se cita a Roda como objeto de una confidencia sincera del Gran Inquisidor. La postura del ministro de Justicia es comprensiva hacia los que tienen que sufrir el drama del proceso contra don Pablo. Al mismo tiempo Roda, como la mayoría de los personajes de

El sambenito se siente impotente frente al aparato inquisitorial. No obstante, quizás sea Roda el único personaje del que no se dice nada directamente negativo en la novela. Hasta los mismos secretarios alaban su comportamiento. Lo presentan como a un hombre limpio, cristiano viejo, y autoridad legítima que nunca causó problemas a la Inquisición.

El Gran Inquisidor confiaba en Roda. De aquí que durante el proceso inquisitorial pensaba que quizás sus deseos de salvar a don Pablo se pudiesen llevar a cabo con la colaboración del ministro de Justicia.

...pensó que ni siquiera se había dado cuenta a Roda de este asunto. ¿Se atrevería Roda, el ministro de Justicia, así desafiado, a invadir la sala con un piquete de soldados e interrumpir el auto? Por un momento lo pensó y se asió a esta esperanza. Llegó a tomar el papel y la pluma y comenzó a escribir: "Querido Roda...". Pero ¿a qué alguacil entregárselo con confianza? Se dio perfecta cuenta de su situación: él era allí otro prisionero y, en el fondo, otro acusado 78.

En conversación con el P. Duval, el Gran Inquisidor con dolor y comprensión manifiesta que Roda

no podía comprometerse en defender a don Pablo. El ministro de Justicia estaba preocupado por alejar las sospechas y acusaciones que le atañían a él mismo. Finalmente lo que el Gran Inquisidor opinaba sobre el proceso de don Pablo se lo confió a Roda según leemos en la carta dirigida al obispo Rodez. El Gran Inquisidor le hablaba de lo que tal proceso le había hecho sufrir y de la inutilidad del mismo.

4.- PERSONAJES AGOBIADOS POR EL MIEDO.

Tanto en Diálogos jansenistas como en Historia de un otoño el Rey está presentado como víctima de un miedo incontrolable hacia todo lo que significa una limitación de su afán de poder. Por un lado Luis XIV temía un levantamiento de los campesinos en favor del monasterio de Port-Royal. Al mismo tiempo llegó a obsesionarse con la amenaza que representaba la causa jansenista para su poder absolutista. No podía soportar no ser aceptado como la autoridad absoluta en todo. En Historia de un otoño el Rey era vencido

por el miedo e impotencia frente a la muerte.⁷⁹ Este miedo quería ser disimulado por el monarca recurriendo a una última medida de su supuesta omnipotencia: la de destruir Port-Royal.

El miedo que sentía Luis XIV es esgrimido como arma coactiva para que el Cardenal Noailles se sometiese completamente a sus órdenes absolutistas. La muerte sin sacramentos que era considerada como un castigo divino por los jansenistas, es usada como amenaza en contra de Noailles por el representante del Rey para que accediese a la destrucción de Port-Royal.

M. de Vivant.- Las cartas anónimas que han enviado a Su Eminencia. Dicen que todos esos males son un aviso del cielo a los que quieren destruir Port-Royal.

Cardenal.- ¡Pobre hermano mío! Dios se apiade de él. La muerte de un mariscal de Francia tiene que ser terrible, si se recuerdan las Bienaventuranzas. Como la muerte de un cardenal-arzobispo de París. Que Dios nos conceda una santa muerte.

Duque.-¿Sin confesión, como os la desean los jansenistas? ¿Dudais todavía de sus intenciones? No solamente agitan el reino, sino que se oponen a la voluntad del Rey y a la del Papa e insultan a Su Eminencia. 80

En esta conversación se dice que el propio hermano de Noailles también murió sin sacramentos. El duque de Noailles le recuerda a su tío que en Port-Royal se decía que esa muerte era un aviso del cielo y que el mismo Cardenal Noailles también moriría de esa manera. El miedo a la muerte sin sacramentos es el mismo que el que expresa el abate Dubois al decirnos que sus feligreses no buscaban la santidad, sino únicamente escapar de las llamas del infierno. El miedo a la condenación acecha brutalmente a D'Argenson quien a pesar de ser molinista y antijansenista furibundo, al dirigir la operación militar que destruyó al monasterio de Port-Royal des Champs sentía la impresión de que estaba siendo juzgado.

La atmósfera de miedo invade todo el proceso inquisitorial de don Pablo en El sambenito. El P. Duval afirma que la Inquisición es producto del miedo a la verdadera fe, y al Gran Inquisidor le dice que él también sería inquisidor si se dejase llevar del miedo envuelto en ira, en anatemas barrocos y en la violencia de los hechos. En uno de

sus soliloquios, el Gran Inquisidor constata que en España la Inquisición tiene miedo de los ilustrados. Si los inquisidores encarcelan, viene a decir doña Isabel de los Ríos, es porque tienen miedo y sienten la necesidad de defender lo que ellos creen que es la fe. La relación de los secretarios manifiesta que si la Inquisición no persiguiese la herejía, el libre pensamiento, el ateísmo y el libertinaje de costumbres, el caos amenazaría la vida pacífica de España. Es el miedo a esta amenaza el que provoca que la Inquisición tenga que castigar con prisión, ayuno y azotes. Se trata de defenderse empuñando la cruz y usándola como una espada. El P. Duval afirma que el miedo hace que la Inquisición crea que el ateísmo mata a Dios por el simple hecho de que lo niegue.

En sus soliloquios interiores, el Gran Inquisidor denota un miedo acuciante a la posibilidad de equivocarse al emitir el veredicto. El Gran Inquisidor tiene miedo al reproche de Cristo, miedo a su propia conciencia, y miedo al aparato inquisitorial del que es la máxima autoridad.

El rey que nombró al Gran Inquisidor para su cargo, también tiene miedo a condenarse si estorba la voluntad de la Inquisición. El rey preferiría ver a sus súbditos arrojados a la hoguera en este mundo antes que ardiendo con él en el infierno. El rey tiene miedo al Gran Inquisidor a pesar de que éste ha sido nombrado por él. Parece que el Gran Inquisidor es como un juguete que puede explotar en las manos del rey. El ministro de Justicia, Roda, no podía comprometerse en defender a don Pablo porque tenía miedo de que las sospechas y acusaciones recayesen sobre él.

-Fue el ministro Roda quien me entregó la carta que don Pablo de Olavide le había escrito, cuando comprendió que la Inquisición le tenía ya entre sus mallas - dijo el Gran Inquisidor al padre Duval.

-El pobre Roda - añadió - comprendió bien que él no podía comprometerse en defender a don Pablo. Bastante tenía con espantar de sí las sospechas y las acusaciones que pesaban sobre él. 81

Los asistentes al proceso inquisitorial también se ven acechados por el miedo. El narrador omnisciente señalaba que los que salían de la sala de audiencias decían temer por la vida de don Pablo.

Pensaban que quizás solamente un milagro podía librarle de la entrega al brazo secular. El terror recorría los cuerpos de los asistentes después de haber oído el cúmulo de acusaciones contra don Pablo y de haber observado el enojo de los secretarios. Parece que fue el miedo también el que hizo que el cura Felipe de Samaniego y el abad de El Escorial se acusasen públicamente de ser también ilustrados.

El miedo de los asistentes al proceso inquisitorial, el del rey, el del Gran Inquisidor, el del ministro de Justicia Roda, el de los obispos e ilustrados, y el miedo de todo el aparato inquisitorial se derrumba como una carga insostenible sobre don Pablo de Olavide que se encontraba aterrizado por lo que se veía venir. Según los secretarios, cuando don Pablo barruntó que el Santo Oficio estaba determinado a proceder contra él, empezó a implorar perdón y misericordia. Por miedo don Pablo de Olavide mandó retirar de los lugares visibles de su casa libros y cuadros que podían relacionarle con el movimiento de la Ilustración.

En la postdata de la carta final con la que concluye El sambenito, hay también una referencia a la revolución francesa que se sentía en España con mucho miedo por unos y con esperanza por otros. Es posible que en la esperanza radique el reverso y la superación del miedo. La novelación del proceso inquisitorial contra don Pablo de Olavide acaba insinuándonos la posibilidad de que el miedo sea vencido mirando al futuro que se avecina con esperanza. Si el P. Duval dice que el miedo no es cristiano, sin duda alguna se pronuncia a favor de la esperanza no sólo en la vida eterna sino también en un mundo en el que la libertad, fraternidad e igualdad hiciesen que el terror fuese desechado de las relaciones entre los seres humanos.

5.-PAPEL DE LAS CONVERSIONES.

El texto dramático de Diálogos jansenistas no concluye con el aplastamiento de Port-Royal sino con el triunfo del espíritu de este monasterio. En la conversación final Mlle. de Joncoux suplica al Cardenal que interceda por los jansenistas que aun estaban en la Bastilla. A este

ruego se suman el P. Tallien y M. de Vivant. El Cardenal accede inmediatamente. Es el momento de una conversión colectiva. En el caso de M. de Vivant, su actitud puede ser interpretada como un acto más de la diplomacia que siempre le ha caracterizado. El Cardenal a lo largo del texto dramático había dado ya indicios claros de su posición en favor del espíritu jansenista. Sin embargo, donde el cambio se hace más patente es en el jesuita P. Tallien, el cual parece que se convierte a la causa jansenista. Quizás una de las objeciones que se podría presentar al desarrollo evolutivo de los personajes de Diálogos jansenistas, es el cambio final del P. Tallien. En ningún momento antes habíamos tenido las mínimas pistas de que tal cambio se podría producir. Parece un poco forzado que al acabar esta obra teatral, el P. Tallien no sólo quiera interceder a favor de la causa de Port-Royal sino que hasta abiertamente proteste por las órdenes del Rey y por el proceso que se va a seguir en Roma contra Noailles.

El Cardenal interpreta la conversión colectiva de Diálogos jansenistas en el sentido de que

Port-Royal se había ganado ya la voluntad de media Francia. Él mismo se niega a acceder a la orden del destierro que le comunica el mensajero del Rey. Se considera como arzobispo sucesor de los apóstoles y se sabe en el derecho de reunirse con quienes quiera para tratar de cualquier asunto. Había autorizado la recepción de los sacramentos a la Madre Du Mesnil y a Sor Gertrudis de Valois y no tiene que dar cuenta al Rey de las decisiones canónicas y pastorales que toma. Al ser consciente de que un hombre no se arrodilla más que ante Dios, la conversión al espíritu de Port-Royal ya se ha realizado en él⁸².

Cardenal.- ... Los hombres siguen runruneando como moscas. Nada que no sea eterno debe atemorizarnos, y ved que estos soldados serán polvo, con nosotros, antes de cien años; los arcabuces irán a parar a un museo, como las catapultas. Una vez más, Su Majestad desea probarse que es todopoderoso antes de morir y hemos caído en su desgracia. No soporta que la Madre Du Mesnil haya muerto sin ceder y que Sor Gertrudis de Valois, allá en su celda de la abadía del Estrée, siga repitiendo a sus esbirros y a sus teólogos: "Yo no me rindo"... ¿No es para reír?

(...) Pero NO. No es para reír. (Al mensajero) Decid al Rey que no le visitaré más, pero que tampoco me moveré de aquí, sino arrastrado a viva fuerza. 83

Si antes Noailles había accedido a los deseos del Rey excomulgando a las religiosas de Port-Royal, ahora, al convertirse, no teme excomulgar al Duque de Durás por atreverse a poner su mano sobre Mademoiselle de Joncoux, defensora e imbuída del espíritu jansenista. De la misma manera que las monjas de Port-Royal protestaron por la injusticia que contra ellas se cometía, también el Cardenal protesta de la fuerza y de la incurable tiranía de todos los poderes de la tierra. A esta protesta se unen el P. Tallien y M. de Vivant. Es media Francia la que se ha convertido al espíritu de libertad cristiana que representa Port-Royal. Ahora llega a saberse que un ser humano es intocable bajo pena de perdición eterna. Noailles había predicho el triunfo de Port-Royal al anunciar que la Bastilla que encarcela a los jansenistas saltaría en pedazos. Estaba claro que el lugar donde una monja de Port-Royal estuviese encerrada, se volvería Port-Royal. El hombre libre y sin miedo acaba por triunfar. En definitiva Noailles no se rinde a los poderes del Rey y Port-Royal ha resucitado. No es pura coincidencia que Dié-

logos jansenistas fuera concebido y comenzado a ser elaborado durante la Semana Santa de 1968. El drama existencial de la persecución y aplastamiento de Port-Royal supuso una auténtica crucifixión para el Cardenal Noailles y un calvario agonizante para la Madre Du Mesnil y demás religiosas del monasterio. De la misma forma que la Semana Santa culmina en el Domingo de Resurrección, el drama de esta obra de Jiménez Lozano concluye con una conversión colectiva en favor del espíritu de Port-Royal. Se trata de una resurrección floreciente de todo lo que significa Port-Royal. El Cardenal Noailles ha adquirido el valor de los jansenistas para enfrentarse al Rey y defender los derechos de la Iglesia obrando de acuerdo con la libertad de su propia conciencia, la cual en definitiva no se arrodilla sino delante de Dios. Las apelaciones al Tribunal de Dios con que fueron enterradas tantas religiosas de Port-Royal, a las que injustamente se les negó los sacramentos, han sido oídas. Port-Royal no ha muerto, sino que continúa vivo en los personajes principales de Diálogos jansenistas.

En Historia de un otoño no se lleva a cabo la conversión colectiva de Diálogos jansenistas. Esto es debido a que en la primera novela de Jiménez Lozano, a pesar de las dudas y titubeos inherentes a toda situación humana, desde el comienzo tanto el Cardenal Noailles como el mismo P. Vivant y el jesuita P. Tallien se muestran contrarios a la persecución de que son objeto el monasterio de Port-Royal des Champs y las religiosas del mismo. En Diálogos jansenistas ya se nos había indicado que el P. Tallien mantenía en teología una vía media: lejos de las combinaciones casuísticas de Escobar y de los otros molinistas, y lejos también de la estrechez de los jansenistas⁸⁴. Pero es en Historia de un otoño donde explícitamente ya en el capítulo X se pone de manifiesto que el P. Tallien había lamentado públicamente la barbarie con que Port-Royal fué aplastado. Este capítulo que podría corresponder al acto final de Diálogos jansenistas no concluye con ninguna conversión colectiva.

Conforme estamos viendo, con el final de Diálogos jansenistas, Jiménez Lozano nos dejaba

vislumbrar que el espíritu de Port-Royal había vencido y continuaba vivo en los principales personajes de la obra. Frente a los designios destructores del poder absolutista de Luis XIV, había triunfado la fidelidad a la propia conciencia y el espíritu de libertad. Luis el Grande dejaba de serlo. "Sólo Dios es grande" afirmaba el Cardenal. El final de Historia de un otoño no es tan brusco como el del texto dramático puesto que el Cardenal, único personaje que está reflexionando sobre lo sucedido, estaba claramente convertido a la causa de Port-Royal.

Hay dos personajes en Historia de un otoño en los que observamos un cambio radical en sus actitudes frente a la vida. No dudamos en llamar a estos cambios conversiones. El Nuncio papal, Monseñor Conti y la Madre Du Mesnil experimentan transformaciones importantes en el modo como se presentan en Historia de un otoño. Las conversiones de estos personajes estaban ausentes en el texto dramático de Diálogos jansenistas. En esta obra de teatro el Nuncio hacía una breve aparición en escena y su actuación

era sumamente burocrática y diplomática. Casi se limita a decir las mínimas palabras posibles y reduce toda su actuación a transmitir el deseo del Papa. No vemos en este personaje ningún tipo de expresión personal sobre sus opiniones o sentimientos. Está presentado como la pieza perfecta que encaja con pulcritud y eficacia en el sistema burocrático de una Iglesia, en cuyas altas esferas romanas no se deseaba ningún conflicto político con Luis XIV. Sin embargo en Historia de un otoño aunque quizás externamente se nos presente al Nuncio como al tipo perfecto del diplomático eclesiástico que no repara en llevar a cabo los compromisos necesarios con los poderes políticos y que conduce a la Iglesia como un Ministerio de Estado, en una conversación con el Cardenal Noailles sabe sincerarse y descubre lo que verdaderamente siente y piensa. Jiménez Lozano dedica en el capítulo V de la novela doce páginas tanto a caracterizar la personalidad del Nuncio como a desarrollar con lentitud, aprecio y consideración el curso del diálogo que mantiene con el

Cardenal Noailles. A medida que esta conversación progresa observamos un incremento en la sinceridad del Nuncio. Al principio veíamos a este personaje expresándose diplomáticamente tal como se podía esperar de alguien que había sido presentado según los moldes estereotipados que encajan con la posición que desempeña en la Iglesia. Pero hay una pregunta clave en el contexto de la conversación con el Cardenal. Éste quiere saber si el Nuncio cree en el cielo y se lo pregunta directamente. El Cardenal está tratando de averiguar si el Nuncio se limita a desempeñar una función puramente institucional dentro de una organización en la que ocupa un cargo, o si además de todo esto hay una actitud de creyente sincero en él⁸⁵. Todavía en la contestación a esta pregunta el Nuncio se refugia en la institución a la que pertenece y representa. El Nuncio dice que cree en todo lo que cree la Iglesia. La impersonalidad de esta contestación contrasta con la sinceridad del Cardenal, el cual contagia a su interlocutor su opción existencial en favor de la verdad auténtica. El Nuncio llega a manifestar a

Noailles que en su carrera diplomática jamás se transciende el nivel de las apariencias . Con el transcurso del tiempo la destreza en navegar por la superficie, corre el peligro de incapacitar a uno mismo para descender al misterio del cristianismo. El Nuncio progresando en la escala de sinceridad personal reconoce que los mismos diplomáticos aun dentro de la Iglesia llegan a adoptar el estilo de los hombres del mundo y que incluso hablar de la cruz les parece una obscenidad, y hasta llegan a crucificar a muchos cristianos con sus decisiones sin percatarse de su agonía. Pero el Nuncio en su proceso de conversión hacia una postura auténtica se muestra plenamente consciente de la cruz con la que tiene que cargar y sabe superar con valentía el mundo de las apariencias diplomáticas. La máscara puramente institucional con la que el Nuncio se había presentado al comienzo de la conversación con el Cardenal, se llega a caer totalmente y descubrimos a un personaje que en la profundidad de su vida comparte el dolor de las monjas de Port-Royal y desea firmemente amortiguarlo.

En el texto dramático de Diálogos jansenistas y durante la acción desarrollada en la primera parte de Historia de un otoño la Madre Du Mesnil aparece firme en sus convicciones e impermeable a la duda. Sin embargo con ocasión del destierro en el convento de las ursulinas de Blois se produce un cambio profundo en la Madre Du Mesnil que llega a sentirse insegura, se ve amenazada por la duda y adopta una postura claramente agónica. En su diario personal y en la correspondencia que mantiene con el Cardenal Noailles no queda nada de la firmeza que observábamos en Diálogos jansenistas y en gran parte de Historia de un otoño. La Madre Du Mesnil con honradez da muestra de un fino sentido autocrítico llegando a lamentar de la escasa piedad que habían tenido las religiosas de Port-Royal cuando los dragones del Rey habían exterminado a los hugonotes para convertirlos ⁸⁶. En el fragmento del diario correspondiente al día de Navidad percibimos a la Madre Du Mesnil repleta de preguntas sin contestación y en una agonía comparable a la de Cristo el Viernes Santo. Aquí la Madre Du Mesnil relaciona directamente el misterio de Navidad con

el del Viernes Santo tal como el mismo Jiménez Lozano lo hace en algunos ensayos de La ronquera de fray Luis y otras inquisiciones y en Retratos y soledades. La última priora de Port-Royal durante la agonía que precedió a su muerte estuvo acachada continuamente por la duda acerca de lo que antes creía estar segura. El Cardenal Noailles fue testigo de los sufrimientos morales que acompañaron los últimos días de la Madre Du Mesnil que, sin embargo, aun en medio de un mar de dudas y angustias supo mantenerse firme en la fidelidad a la propia conciencia.

Doña Isabel de los Ríos es el único personaje de El sambenito que experimenta una transformación progresiva en sus convicciones profundas hasta llegar al rechazo total de las opresiones que le habían sido impuestas durante su vida. Ya desde el primer momento que aparece doña Isabel en la novela, confiesa a su doméstica Caticha que su existencia ha estado repleta de frustraciones en que ninguna decisión que le concernía directamente fué tomada por ella misma. La esposa de don Pablo no se consideró nunca una mujer feliz y

satisfecha. Ni siquiera en lo más propio y personal de su vida, ha podido tomar decisiones sin intromisiones ajenas. Su vida ha estado llena de sometimiento y su capacidad de sumisión a voluntades y deseos alienantes había llegado a un punto de saturación. La impresión que nos causan las quejas de doña Isabel, es la de una mujer frustrada, amargada, desengañada, despreciada, marginada y víctima de abrumadoras presiones familiares y sociales. Así es como ella misma cuenta parte de su vida a la doméstica Caticha:

¿Acaso he tenido vida, Caticha? Cuando yo era una mozuela fresca y alegre, de dieciséis años, me casaron mis padres con un hombre de cincuenta. Tengo que recordar que soy cristiana para desearle un feliz descanso. Supe lo que era la tristeza de la carne humana en las sombras frías de su otoño, cuando ya huele a muerte, y antes de que lograra tomar afecto a aquel viejo y de que me dejase de repugnar llamarle "mi marido" murió, en efecto. Me dejó dueña de una hacienda de tres millones de pesos, pero ¿qué hace una mujer sola en estos Reinos?. Con mis diecisiete años, envueltos en las tocas de la viudez, no podía sonreír sin oír a mis espaldas requerimientos de amores lascivos o sin que mi confesor me mentara el peligro de condenación. Así que me case, por segunda vez, con don Fermin Vicuña. Sin amor. No supe nunca lo que es el amor, Caticha. Nunca tuve mejillas encendidas, ni sueños alegres. Siempre me inculcaron que el amor es pecado y tampoco tuve los hijos que me hubieran hecho

sentirme mujer. Mi segundo marido, que gloria haya, me tuvo afecto y con afecto le pagué. 87

Doña Isabel en confidencia privada a la doméstica Caticha le indicaba que en su matrimonio con don Pablo no había amor. Este prefería la compañía de los libros de teología. Por las noches ella sola en su alcoba soñaba con hijos que nunca nacieron y con una pasión que deseaba haber sentido hacia su esposo. En un momento del proceso inquisitorial la relación de los secretarios, violando la intimidad matrimonial del acusado, indicaba que el amor de Isabel hacia su esposo era descarriado porque valía más la pureza de la fe que el ardor del amor conyugal. Esta concepción acerca de lo que debe ser la dama española, que poseían los secretarios inquisitoriales, coincidía con el destino que habían inculcado desde pequeña a doña Isabel. Según tal concepción, el oficio de una dama española consistiría en parir, sufrir y morir. Ni siquiera la esposa de don Pablo había podido cumplir el primer requisito que se esperaba de una dama casada en la cristiandad española.

Durante el proceso, doña Isabel no sólo estuvo aislada físicamente de su esposo, sino que los parientes, amigos y servidores la mantenían en estado de ignorancia sobre lo que sucedía. El P. Duval mediante el disimulo había hecho nacer la esperanza en ella acerca de un desenlace pronto y favorable para don Pablo. Cuando descubrió el engaño y el aislamiento de que había sido objeto durante todo el tiempo que transcurrió desde la detención de su esposo, se produjo en ella una auténtica conversión que significó una explosión liberadora de todas las alienaciones e imposiciones a que había sido sometida durante su vida. Así es como en esta ocasión se expresaba doña Isabel de los Ríos:

Ahora, me presentaré en el Tribunal y gritaré las verdades a sus señorías. Estoy harta de silencio. Nunca he hecho otra cosa que callar y agachar la cabeza. Me casaron con quien no amaba y dije que sí. Me dijeron que no leyera y dije que sí. Me dijeron que vistiera de negro y dije que sí. Me dijeron que conservara las viejas costumbres y dije que sí. Aun a costa de perder a don Pablo. Me dijeron que no le siguiera en sus viajes, por peligro de mi ánima, y dije que sí. Hasta los árboles protestan cuando se los endereza, pero yo nunca he protestado. He dicho a todo que sí. Pero ya estoy reventando de síes. Ahora diré que no. Iré ante el Tribunal maldito y le diré que si don Pablo es hereje,

yo también. Les gritaré que son unos impostores y unos tiranos. Les echare en cara sus mentiras y sus hipocresías. Hoy comienza la vida para mi señor don Pablo y para mí, y si el Rey no es capaz de premiar a sus subditos mas fieles con otra cosa que la cárcel y la ingratitud, nos buscaremos otro Rey en otro país. Ya basta de dolor, basta de silencio, basta de los síes, basta de aburrimiento. Basta de qué dirán y de miedo a los espías y a los inquisidores. Miedo a ser judíos, miedo a ser herejes, miedo a ser cristianos como en otros sitios lo son. Quiero una casa alegre como las que han robado a mi señor don Pablo. Quiero los lienzos, los cristales, las joyas, los perfumes, los libros, los cuadros. Y vivir sin miedo y sin angustia. No quiero que me recuerden la muerte a todas horas con los toques de campana, ni que éstas se alegren por la muerte de un niño, de esos niños que yo no he tenido y que entonces veo desfilar ante mis ojos en pequeños ataúdes. ¡No quiero! Quiero aire y luz y amigos seguros. No quiero que hablen de Dios como de un verdugo, porque es mi Padre. No quiero que me entenebrezcan la vida. ¡Quiero vivir, vivir, vivir! ¡Ea!, traigan vuestas mercedes esas carrozas y vamos a la Francia, aunque sea a ver a Voltaire. 88

Estas son las últimas palabras que doña Isabel dice en El sambenito. Se trata de un repudio sincero de un pasado abrumador, característico de la cristiandad española del siglo XVIII. Doña Isabel quiere irse con su esposo a donde ni la envidia, ni las tertulias, ni la teología, ni las políticas puedan roer su amor conyugal. El rechazo de doña Isabel no es solamente contra

la España rancia y ortodoxa, sino también contra la Ilustración que con nuevas teorías y filosofías importadas estaba matando la vida y el amor⁸⁹.

A partir del momento en que doña Isabel se expresa con la sinceridad y apertura del texto citado, no se la vuelve a nombrar en la novela e ignoramos la suerte que pudo correr a raíz del desenlace del proceso inquisitorial.

El no rotundo y contundente de doña Isabel de los Ríos en El sambenito podría ser comparado con el no definitivo al Rey del Cardenal Noailles al final de Diálogos jansenistas. En ambos casos se trata de un repudio sincero a opresiones alienantes en ambiente de cristiandad. Es posible que en la conversión del P. Tallien haya influido el contagio de la actitud de autenticidad del Cardenal Noailles. Es cierto que en Historia de un otoño el Cardenal contagia su sinceridad al Nuncio, el cual se muestra ante nosotros con una cara radicalmente distinta de la superficial apariencia que ofrecía en sus misiones diplomáticas. Finalmente en la conversión de la Madre

Du Mesnil la influencia procede del impacto existencial producido al vivir fuera del claustro del convento de Port-Royal des Champs. Aunque la Madre Du Mesnil es desterrada a otro convento, las influencias recibidas en el nuevo ambiente son tan distintas del anterior que el cambio radical en el interior de la personalidad de la última priora de Port-Royal responde a los condicionamientos en que vive los últimos años de su vida. La actitud autocrítica y la fe agónica enriquecen notablemente la firmeza de las convicciones de una monja que supo arriesgarlo todo por ser fiel a su conciencia personal.

6.-DIMENSIÓN PASTORAL DE PERSONAJES CLAVES

El Cardenal Noailles de Historia de un otoño sabe presentarse como plenamente consciente de su misión pastoral en relación con las monjas de Port-Royal. Cuando les pidió que firmasen el Formulario, lo único que esperaba es que lo aceptasen externamente. Siempre tratando de mediar y reconciliar a todos, Noailles desempeñaba su vocación de obispo y su deber de pontí-

fice, es decir, de tendedor de puentes y de entendimiento y paz. En las conversaciones Noailles quería que los interlocutores se expresasen como hijos de Dios hablando con libertad y comprendía que un cristiano manifestase sus pensamientos con espontaneidad. Incluso el Cardenal esforzándose por comprender al mismo Rey, dice que nadie está limpio de pecado. Ve los intentos sinceros del monarca para salvarse de la lujuria. En cualquier caso, es su soberano y le respeta siempre.

Si el Cardenal era comprensivo con los demás, se comportaba con rigor consigo mismo. Llegó a admitir en conversación con Monseñor de Beaumont que había herido a las religiosas de Port-Royal y trata de reparar el daño hecho. Por eso envió al abate Dubois como capellán de la Madre Du Mesnil cuando se encontraba en el destierro del monasterio de las ursulinas de Blois. La pregunta que tanto la Madre Du Mesnil como nosotros nos hacemos ante el abate Dubois es la siguiente: ¿Quién es este eclesiástico?. El mismo abate Dubois responde a esta pregunta después de haber revitalizado con la risa el ambiente triste del

monasterio de las ursulinas de Blois.

-Yo no soy ningún teólogo, Madre Du Mesnil. Ni siquiera soy lo que se llama un director de conciencias, un confesor de monjas que buscan la santidad. Soy un pobre cura de parroquia. Mis ovejas no buscan la santidad, Madre Du Mesnil, solo escapar de pura misericordia de las llamas del infierno. Y eso, porque le tienen miedo. No porque amen a Dios, ni siquiera deseen ir al cielo. Desean ir a Versalles. Yo mismo, pobre de mí, no deseo otra cosa que sacar a este rebaño adelante, como un padre de familia modesta a sus hijos. Me paso el día entero en tareas caseras; lavando ropa incluso. Allí, sentado en el confesionario, que es como un gran lavadero de ropa sucia o como una de esas salas en las que los médicos han comenzado a abrir cadáveres para estudiar el cuerpo humano. Un confesionario tiene el mismo olor a cadaverina... 90.

El abate Dubois con su sentido de la ironía huye de la confrontación directa. Dice de sí mismo que no tiene vocación de oponerse a nadie. Simplemente quiere ayudar a los que sufren y con sus salidas espontáneas y humorísticas desea evitar el estancamiento en posiciones insostenibles. El tono de expresión del abate Dubois es marcadamente pastoral. No está interesado en la pura especulación teológica sino en los fieles concretos con los que se tiene que relacionar como parte de su tarea ministerial. Le habla a la Madre Du Mesnil de su experiencia de confesor y

de su contacto con las limitaciones y debilidades de la condición humana, y usa comparaciones sacadas de la vida ordinaria para hacer comprender la misión de la Iglesia en el mundo. El conocimiento bíblico, teológico e histórico del abate Dubois es correcto y profundo; pero sabe comunicarlo con claridad. Esto implica tener en cuenta al interlocutor a quien ama y respeta. Al sentirse identificado con la posición de la Madre Du Mesnil, la comprende y la defiende hasta el punto de que le parece bien al abate Dubois el hecho de que la monja se niegue a firmar el Formulario.

Porque comprende a los seres humanos, el abate Dubois es plenamente consciente del contraste entre éstos y Dios. Nos recuerda ciertos pasajes del Antiguo Testamento donde la imagen de Dios ofrece características no solamente de celos sino también de furia y castigo frente a las infidelidades humanas. Pero según el abate Dubois, Dios fue aprendiendo a conocer mejor a los hombres y llegó a jurar que no se separaría de la Iglesia⁹¹. Encontramos una eclesiología profunda en lo que

la Madre Du Mesnil escribe en su diario acerca de las opiniones del abate Dubois sobre el papel de la Iglesia como mediadora entre Dios y los seres humanos. Sin esta función de la Iglesia, el amor de Dios destruiría al género humano. Cristo no sería soportable sin la mano maternal de la Iglesia. No obstante, el abate Dubois no idealiza a la Iglesia, sino que es plenamente consciente de su rostro viejo y decepcionante. Para hablar de la Iglesia usa la imagen paulina del amor real en el matrimonio⁹². Después de hacer una distinción entre amor y enamoramiento dice que de hecho las monjas de Port-Royal se encuentran simplemente enamoradas de la Iglesia. En el enamoramiento predomina la ilusión sobre la realidad, y las decepciones son frecuentes cuando la ilusión no puede mantenerse por mucho tiempo⁹³.

-Pues eso es lo que os pasa a vosotras y a los señores teólogos con la Iglesia. Estais enamoradas de la Iglesia... Y, claro, la Iglesia no es una señoritinga, una Venus. En cuanto comenzáis a ver sus arrugas o su vientre hinchado os sentís desilusionadas. ¡Sería tan bella la Iglesia si fuese como un monasterio! Todo el mundo preocupado con su santidad. ¡Qué gran aventura! ¿Cuántas penitencias haremos este mes,

esta semana, hoy? ¿Cuántos actos de caridad?
 ¿Cuándo alcanzaremos la oración de contemplación?
 ¡Oh, casi sería una Venus! Quiero decir una diosa
 en este mundo. Pero sólo Dios es Dios y los hombres
 ensucian todo con sus manos; en la Iglesia como
 en el enamoramiento. Está el pecado, está la
 política de la Iglesia, las pobres combinaciones
 y claudicaciones ante este mundo. ⁹⁴

La Iglesia es comparada por el abate Dubois
 con las esposas de los caballeros que marchaban
 a las cruzadas y que tenían que resolver tantos
 problemas a solas cuando otros caballeros las
 seducían⁹⁵. La Iglesia puede llegar a sentirse
 confusa en ausencia de su Esposo mientras espe-
 ra su venida al final de los tiempos. A veces,
 como ocurría con las esposas de los caballeros
 de las cruzadas, la Iglesia duda de si su Esposo
 volverá. No parece recordar sus palabras. Siente
 miedo y organiza Inquisiciones. Otras veces la
 Iglesia presta oído al poder de este mundo y,
 hasta pensando que va a ensanchar la herencia
 del Esposo, coquetea con el mundo, llegando hasta
 fornicar con él. Así es como se expresa el Anti-
 guo Testamento al referirse a la infidelidad
 de Israel con Yahvé. El abate Dubois recuerda a la
 Madre Du Mesnil que hay que amar a la Iglesia

como Dios la ama.

El miedo de la Iglesia, cuando se encuentra en un mundo percibido como hostil, provoca, según el abate Dubois, que ésta recurra a la espada. Aquí se compara a la Iglesia con San Pedro quien cayó en la tentación de sacar la espada⁹⁶. Por otro lado, con sentido del humor, el abate Dubois compara también a los papas con San Pedro por sus indecisiones y contradicciones. No obstante, la actitud del nuevo capellán de las ursulinas de Blois, no es de miedo ni de inseguridad. Como hombre de fe, confía en la asistencia divina a la Iglesia y es consciente de la riqueza espiritual de los seres humanos y por eso habla de la necesidad de que exista una oposición dentro de la Iglesia misma. Incluso el abate Dubois ve la libertad de expresión en la Iglesia como más necesaria que la misma libertad en el Estado.

Los fragmentos del diario del abate Dubois que aparecen en Historia de un otoño, tienen un carácter extrovertido en el que predomina

la orientación pastoral. Por ejemplo, con ocasión de un invierno atroz de hambre y violencia la preocupación del abate Dubois se centra en seis de sus feligreses que han muerto en disputas y asaltos. Escribe también acerca de sus experiencias como confesor aun en situaciones desesperadas.

Y hasta estos villanos vienen con pamplinas de éstas, a la hora de confesarse.
-No amigo - les contesto -, el que a hierro mata a hierro muere. Eso dijo Cristo, que no era casuista y que, siendo el Señor de la vida, a nadie ha entregado el poder de quitarla. Ni siquiera ha autorizado que te la quiten a ti, que merecías estar colgado con un lazo de honor en el cuello - le dije, ayer, a uno de estos espadachines-. Pero tuve que absolver a este bergante, que estaba con las tripas fuera y, después de tanto plumero, tanto fusil y tanta fanfarria, se veía ya asar vivo, en el infierno, y temblaba como una hoja bajo la lluvia. El otro espadachín murió sin confesión. Que Dios le haya cubierto con su misericordia. Todo fué a causa de..., fulanita. ¡Quién lo iba a decir! Ha estado comiéndose a los santos hasta que comenzó a hincharse el vientre. Estas pájaras de sacristía cuanto más santas parecen, más cuidado hay que tener con ellas. 97

La crítica que el abate Dubois dirige a los que escriben tratados de teología moral está basada en la falta de contacto de estos autores con situaciones concretas como las que él ha vivido en su trabajo pastoral. Toda crítica de

este eclesiástico se funda en su conocimiento de la realidad y en la defensa de los necesitados. El abate Dubois considera como el mayor de los chistes imaginables que las medidas del Rey para salvar la economía del país tengan que recaer sobre los hombros de los pobres. Las opiniones recogidas por este eclesiástico en su diario denotan un profundo sentido religioso de la caridad. El epitafio de la lápida que se encuentra en la tumba de Inocencio XII y que el abate Dubois transcribe en su diario, hace referencia al desprendimiento de este pontífice que lo dio todo a los pobres y que procuró que el cielo fuese realidad en este mundo. La defensa de los pobres en este diario sólo puede compararse a la defensa de la vida que tanto es amada por el abate Dubois y tanto desea que sus feligreses y los posibles lectores de lo que se conserve de su diario, la gocen.

Conforme hemos indicado, según el abate Dubois, el conocimiento real del ser humano y de la Iglesia, no se obtiene en el claustro del monasterio sino en el mundo real. Es aquí donde se ven

las arrugas y el vientre hinchado de la Iglesia. Los seres humanos lo ensucian todo con sus manos. La imagen de la suciedad en este contexto tiene connotaciones luteranas. La condición humana se parece a la del estercolero que lo corrompe todo⁹⁸.

El abate Dubois se tomó tan en serio la defensa de los pobres que llega a considerar a las monjas, obispos y teólogos como una carga incluso para la misma Iglesia. Carecen de imaginación y se distinguen por sus interpretaciones acomodaticias de la Sagrada Escritura no llegando a comprender la metáfora evangélica del camello y la aguja⁹⁹.

El sentido auténticamente cristiano del abate Dubois le conduce a criticar la violencia ridiculizando el que a la gente se le suba a la cabeza el honor y la guerra¹⁰⁰. Él sabe muy bien que el que a hierro mata a hierro muere. Como ya se ha señalado, el abate Dubois para defender su actitud pacifista usa el argumento de que Dios siendo el Señor de la vida, a nadie le ha

entregado el poder de quitarla.

La presencia del abate Dubois en el monasterio de las ursulinas constituyó un regalo que el Cardenal Noailles ofreció a la Madre Du Mesnil. A su llegada, el abate Dubois llevaba una carta del Cardenal en la que autorizaba la comunión de la Madre Du Mesnil. Esto suponía un gran consuelo para la monja desterrada. Se notaba que el sacerdocio no aplastaba al abate Dubois, sino que lo transfiguraba¹⁰¹. Irradiaba alegría en torno a su persona. Aun simpatizando con la causa janse-nista, el abate Dubois era muy distinto de los señores confesores de Port-Royal. Sabía mostrar el lado del sacerdocio y de la vida religiosa que no es terrible, el lado halagüeño. Al conocerlo, la Madre Du Mesnil comprendió perfectamente por qué se decía al comienzo de la misa que Dios es el Dios que alegra la juventud. La última priora de Port-Royal había recuperado su juventud al tratar al abate Dubois.

El personaje de marcados rasgos pastorales en El sambenito es el P. Duval, responsable

espiritual de la colonia de Sierra Morena. El narrador omnisciente lo describe como un sacerdote francés piadoso e inteligente de espiritualidad jansenista. Una de las características de la actitud del P. Duval es la tendencia a buscar soluciones conciliatorias que no supongan simplemente rendirse de una forma diplomática a la hipocresía que lo invade todo en ambiente de cristiandad. Si el Gran Inquisidor reconoce la mediocridad que existe en la Inquisición, igualmente que en cualquier otra institución de este mundo, el P. Duval también admite que entre los llamados filósofos e ilustrados hay muchos que se limitan a repetir lo que creen está de moda o revisten con una nueva filosofía pasiones destructoras. Puesto que tanto entre los defensores de la Inquisición como entre los que se denominan ilustrados hay limitaciones e imperfecciones alienantes, el P. Duval propone al Gran Inquisidor que sería mejor superar su antagonismo paralizante y unirse en la ciencia y en la virtud para tratar de acabar con la ignorancia y el vicio.

La actitud pastoral del Cardenal Noailles y del abate Dubois de Historia de un otoño, y la del P. Duval en El sambenito se caracterizan por un aproximamiento a la comprensión de la condición humana y por la adopción de claras posturas conciliatorias. El Cardenal Noailles quiso conciliar a todas las partes envueltas en el conflicto de Port-Royal des Champs. El abate Dubois deseó que la Madre Du Mesnil recuperara la alegría de la vida y se reconciliase con el mundo en torno a ella en los momentos difíciles del destierro en el convento de las ursulinas de Blois. Finalmente, el P. Duval se esforzó para que el antagonismo entre los defensores del orden inquisitorial y los ilustrados desapareciese.

7.-FUNCIÓN DE LOS PERSONAJES SECUNDARIOS

En Diálogos jansenistas y en Historia de un otoño encontramos una serie de personajes secundarios relacionados con la destrucción del monasterio de Port-Royal des Champs, que desempeñan la función de subrayar aspectos ambientales importan-

tes. Por ejemplo, hay dos monjas que sobresalen además de la Madre Du Mesnil del resto de la comunidad de Port-Royal: Sor Gertrudis de Valois y Sor Cristina Briquet. Sor Gertrudis fue la última religiosa viva de Port-Royal que se negó a firmar el Formulario. Sufrió todo tipo de extorsiones, pero jamás se rindió. Sor Cristina de Briquet fue la que leyó la apelación ante el Tribunal de Cristo con la que fue enterrada la hermana Francisca Le Camus¹⁰². En la nota introductoria de Diálogos jansenistas Jiménez Lozano describe de esta forma a Sor Cristina:

En realidad, Sor Cristina Briquet pertenece a la segunda generación de Port-Royal. Era una muchachita llena de belleza, de gracia, de talento y de una amplia cultura. Llena también de buen humor; y puso en apuro a Monseñor de Pérefixe cuando éste visitó el monasterio. Tampoco firmó jamás el Formulario. Pero ya había muerto en 1689. 103

El P. Cres y Monsieur Le Noir son otros personajes secundarios que auxilian a las monjas de Port-Royal cuando sufren el cerco espiritual y material. El P. Cres, capellán del hospital de Saint-Jacques de París, muy ligado a los

amigos de Port-Royal, era el que administraba ocultamente los sacramentos a las monjas. Solía usar diversas formas de disfraces para atender a las necesidades espirituales del monasterio.

Las autoridades sospechaban que alguien administraba, bajo cuerda, los sacramentos a las monjas, pero nunca lo pudieron echar mano. El P. Cres fue descubierto después de la dispersión de las religiosas y, avisado a tiempo por Mademoiselle de Joncoux, pudo escapar. Cambio la sotana por un traje corriente, "l'habit gris" que se decía, y evito así ir a parar a la Bastilla. 104

Monsieur Le Noir fue el abogado de Port-Royal y se mostró intrépido en sus funciones, asistiendo a las monjas al máximo hasta el último momento. Aunque su aspecto era simple, su cultura y conocimientos eran amplios.

El papel que desempeña el Amanuense Dupré es el de transmisor de la opinión popular sobre Port-Royal a M. de Vivant, secretario del Cardenal. Si el P. Cres y Monsieur Le Noir actuaban en torno al monasterio perseguido, el Amanuense Dupré desarrollaba su actividad en ambientes curiales tan afectados por el drama de Port-Royal como las mismas monjas.

En Historia de un otoño encontramos un personaje secundario que no aparecía en Diálogos jansenistas. Nos estamos refiriendo a Monseñor de Beaumont, obispo de Blois donde se encontraba el monasterio de las ursulinas, sede del destierro de la Madre Du Mesnil. Este prelado era un jansenista de doctrina muy moderada y de carácter jovial. Fue sobrino de uno de los predecesores de Noailles en París. No tiene ningún reparo en hablar de la falta de cultura e inteligencia de su tío y reconoce los esfuerzos de Noailles para que el destierro de la Madre Du Mesnil resultase lo más apacible y acogedor posible. El papel que desempeña Monseñor de Beaumont en Historia de un otoño es servir de estímulo para que el Cardenal Noailles se abra y exprese una vez más sus convicciones en torno a todo lo relacionado con la causa jansenista y sus inquietudes religiosas.

Finalmente en Historia de un otoño, la confrontación última entre el Rey y el Cardenal, se lleva a cabo mediante un personaje secundario,

el Duque de Durás. El encuentro con el Cardenal tuvo lugar cuando se disponía a visitar a la desterrada Madre Du Mesnil.

Al alzarse, Monseñor de Noailles reconoció al inevitable Duque de Durás, que le sonreía, sarcástico.

-¿Visitando a las ovejas descarriadas y prisioneras, Eminencia?

El cardenal calló, y el duque añadió todavía:

-Su Majestad está realmente conmovido de vuestra solicitud para con los jansenistas. ¿Habeis convertido ya a muchos?

Pero el cardenal tampoco contestó.

-¿Me dejáis pasar? - dijo secamente.

-Con mucho gusto - respondió el duque, y después de un silencio, como el que precede al momento en que el asesino busca el arma homicida, una sonrisa aún más irónica deformó el rostro de aquel cortesano de Su Majestad. La sonrisa del asesino también, cuando ya ha empuñado el arma y ve a su víctima indefensa e implorante. 105

Frente al sarcasmo del Duque de Durás, el Cardenal Noailles contrapone el silencio elocuente y la sequedad cortante. La misión de este mensajero del Rey era comunicar al Cardenal que Mademoiselle de Joncoux había sido detenida y se encontraba en la Bastilla. Pero ni siquiera ahora el Cardenal Noailles contestó. Hablar con el mensajero real se convertiría en un intento inútil de comunicar algo que no iba a ser escuchado.

En El sambenito encontramos tres personajes secundarios que realizan papeles diferentes dentro de la estructura narrativa de la novela. Estos tres personajes son la madre del Gran Inquisidor, Caticha y Manuel Lázaro. La función de la Madre del Gran Inquisidor adquiere un nivel de profundidad teológica y de riqueza humana que posee connotaciones emocionales de gran exquisitez. El papel de Caticha y de Manuel Lázaro está relacionado directamente con el drama que rodeó el proceso inquisitorial contra don Pablo de Olavide.

En dos ocasiones la madre del Gran Inquisidor interrumpe la conversación que éste está teniendo con el P. Duval. En la primera ocasión la madre espontáneamente entró en la sala donde hablaban para dar las buenas noches a su hijo. Momentos después será éste el que traiga a su madre y la haga sentar en su silla. En esta segunda ocasión interviene directamente en la conversación con el P. Duval. La madre es descrita por el narrador omnisciente como una campesina que todavía se siente fuerte y posee el pelo

blanquísimo. El papel de este personaje que aparece brevemente en la novela sirve para distender la reflexión teológica que comparten los dos eclesiásticos, los cuales desde posiciones diferentes aman y quieren defender de verdad a don Pablo. La anciana besó en la frente a su hijo, el Gran Inquisidor. Más allá de las razones, hay un mundo profundo de comunicación emocional que quizás el argumento teológico no sabe apreciar. En uno de los soliloquios internos durante el proceso, el Gran Inquisidor reflexiona sobre el beso de su madre. Es tan pesada la cruz que siente sobre sus hombros el supuestamente máximo responsable del aparato inquisitorial, que se ve a sí mismo como a un condenado. El beso de su madre podría ser interpretado como un beso de piedad, como una caricia que las madres de los condenados dispensan a sus hijos.

La madre del Gran Inquisidor ha mantenido la costumbre piadosa de rezar con su hijo. Se trata de una expresión de fe que está más allá de cualquier tipo de raciocinio lógico. En la con-

versación con el P. Duval le dice el Gran Inquisidor:

-¿Sabéis por qué no se ha dormido mi madre? Porque todas las noches rezamos juntos el Rosario antes de su descanso y esperaba a que terminásemos nuestra entrevista. ¿Se figura las indecencias que dirían y las burlas que harían esos señores sobre una mujer que no se va a la cama sin rezar su Rosario? Pero esta mujer me transmitió la fe, por la Gracia de Dios. Si se la hubieran quitado, yo tampoco la tendría. Ni usted, padre Duval. 106

Es posible que la madre no comprendiese las implicaciones de lo que hablaba su hijo, pero para ella estaba claro que era suficiente abrir los ojos para ver la existencia de Dios. La fe de esta mujer es tan sincera y directa al mismo tiempo que no tiene reparo en afirmar que los que niegan la existencia de Dios son unos locos. La religión es parte fundamental del sistema de valores y del mundo ambiental en que ha vivido esta anciana, la cual a su manera expresa el rechazo de lo que para ella es inconcebible.

Los otros dos personajes secundarios de El sambenito, Caticha y Manuel Lázaro, nos conectan con la vida familiar de don Pablo y con el proceso

inquisitorial. En el capítulo segundo, Caticha Dupont es descrita por el narrador omnisciente como de unos veinte años, pequeña de estatura, que había llegado con la familia de su hermano desde Francia a las colonias de Sierra Morena y había entrado a trabajar como doméstica en la casa de los Olavide, recomendada por el P. Duval. El papel que desempeña Caticha en la novela es múltiple. Por un lado es la confidente de doña Isabel de los Ríos y mediante una serie de preguntas hábilmente formuladas contribuye a que la esposa de don Pablo se sincere totalmente y nos cuente su vida. Por otro lado, dada su procedencia francesa, Caticha sirve para contrastar Francia y España durante el siglo XVIII. Su conexión con el proceso inquisitorial tiene raíces en su amistad y confianza con el P. Duval, y en las relaciones complejas y significativas que mantiene con su novio Manuel Lázaro.

La conversación que en el capítulo segundo mantienen doña Isabel y Caticha sirve para dar a conocer la vida y la personalidad frustrada de la esposa de don Pablo. Caticha se limita

a hacer preguntas breves a doña Isabel o a comentar algún rumor que ha oído entre las gentes. Las preguntas de Caticha van envueltas en un clima de respeto, cortesía y confianza. La doméstica preguntaba a doña Isabel si había habido pasión en sus matrimonios y si sentía celos de doña Gracia. Caticha se mostraba comprensiva con su Señora y le hablaba de lo difícil que es entender a los hombres: cuando obtienen lo que buscan se muestran insatisfechos o se orientan en otras direcciones. Ella misma se sincera con doña Isabel al hablarle de la pobreza y hambre que padeció en Francia. Estas condiciones no le permitían enamorarse. Pero ahora que tenía resueltos los problemas inherentes a su manutención, dice que se ha enamorado de Manuel Lázaro, uno de los secretarios de don Pablo. El P. Duval advierte a Caticha acerca de lo que debe hablar con su novio. Le dice que no le transmita las informaciones que posee sobre don Pablo. El aparato inquisitorial podría recurrir a la tortura mental o física de Manuel Lázaro para obtener de él la información que poseyera. De hecho,

según la relación de los secretarios, nos enteramos en el capítulo sexto de que el novio de Caticha estuvo envuelto en el proceso inquisitorial contra don Pablo , y se denunció a sí mismo, llegando a comprometer hasta a la doméstica de doña Isabel.

...Sebastián Steymer estuvo así en nuestra Inquisición y bien le interrogamos y bien dijo lo que sabía del acusado. Mas disimulamos soltarle y le soltamos , en efecto, y fue pronto a contar al acusado los secretos coloquios que con este Tribunal tuvo y los apercebimientos que se le hicieron. Mas, seis meses después, cuando ya cantaba victoria de haberse escurrido bien de nuestras manos y lazos irrompibles le apresamos de nuevo y le mostramos con toda la avalancha de pruebas que sabíamos lo que había ejecutado tras su ilusoria liberación. De manera que confesó paladinamente como había sido enviado a Madrid a principios del año de 1776 por el Bernardo d'Arquée en busca de Fray Romualdo de Friburgo que estaba moviendo las riendas de nuestro proceso con sus preciosas informaciones. Y como el Bernardo le recomendó que buscara a un tal Benito San Martín, amigo aficionadísimo del acusado que le redactó al Sebastián Steymer un escrito de retractación de su primera confesión, y que luego Manuel Lázaro reformó de su pluma.

Y lo sabíamos porque este Manuel Lázaro, secretario del acusado y enamorado de su doncella, Caticha Dupont, aunque estaba atado con tales sogas de afecto más le obligó la maroma de su conciencia cristiana que no le dejaba sosegar y se denunció a sí mismo como cristiano arrepentido, aunque la Caticha le decía:

-Te dejo que me beses, si no te denuncias.

Porque esta Caticha menos modestia y cristiandad debía de tener que afecto a su amo, y no sabemos

si también carnal y de besos y no el que debe tener un súbdito: de respeto y veneración por sus superiores y el criado por sus amos, según el orden natural. 107

Hasta el final del proceso inquisitorial Manuel Lázaró sigue conectando al P. Duval con lo que sucedía en la sala de audiencias. Manuel Lázaró tenía amigos en la Inquisición y transmitía temores alarmantes acerca de la posibilidad de que don Pablo fuera condenado y entregado al poder del brazo secular.

El P. Duval está de alguna forma conectado tanto con Caticha como con su novio Manuel Lázaró. Estas conexiones las usa para beneficiar no solamente a los jóvenes novios sino sobre todo a don Pablo y a su esposa. Las informaciones que transmitía Caticha a doña Isabel durante el proceso inquisitorial y que trataban de calmarla y hacerla esperar un desenlace favorable, en último término procedían del P. Duval. Ambos eran franceses y eran conscientes de que en el proceso contra don Pablo, no solamente era él juzgado, sino también Caticha y el P. Duval. Ambos habían contribuido e influenciado en la cultura francesa

del acusado. Por eso Caticha en un momento de sinceridad le dice a doña Isabel que nunca podría acostumbrarse a vivir permanentemente en España donde se está expuesto a ser denunciado continuamente. La envidia de los nobles y los ricos que no tenían gusto por las letras llegaba hasta el extremo de convertir en víctima a la misma Caticha.

La función de los personajes secundarios en gran parte de la narración de Historia de un otoño y de El sambenito contribuye a incrementar el clima de opresión o a conectar a los que son las víctimas del mismo con un mundo exterior inmune a las alienaciones sentidas por los personajes centrales. Sor Gertrudis de Valois, Sor Cristina Briquet, el P. Cres y Monsieur Le Noir en Historia de un otoño se resisten a sufrir la dominación absolutista que se respira en toda la narración, pero no pueden prescindir de ella. El Amanuense Dupré de Diálogos jansenistas y Caticha y Manuel Lázaro de El sambenito sirven de informadores acerca de la opresión sentida. La madre del Gran Inquisidor

está inmune a toda dominación alienante. Su fe profunda y sencilla no se ve amenazada por acontecimientos externos, y sabe proyectar calor humano a la frialdad que se respira en el proceso inquisitorial novelado en El sambenito.

8.-PERSONAJES SIMÉTRICOS Y ANTITÉTICOS.

Encontramos ciertos personajes que aparecen en Diálogos jansenistas y en Historia de un otoño y están caracterizados de forma muy semejante a otros personajes de El sambenito. La similitud entre estos personajes hace que los denominemos simétricos. Dentro de cada una de estas obras aparecen personajes que desempeñan funciones opuestas o que están presentados de tal forma que es difícil encontrar algo en común entre ellos. Llamamos a estos personajes antitéticos.

El Cardenal Noailles de Diálogos jansenistas e Historia de un otoño está situado en una situación de autoridad y es descrito con cualidades agónicas que volveremos a encontrar en el Gran Inquisidor de El sambenito. Ambos están en desa-

cuerto con el sufrimiento que están causando a víctimas con las que se identifican. Ninguno de estos dos personajes tiene control, a pesar de su cargo de autoridad, sobre la opresión que los convierte a ellos mismos en piezas del engranaje alienante de un sistema injusto. El momento de saturación del Cardenal Nosilles, cuando ya no puede seguir accediendo por más tiempo a ser parte de la injusticia que ve a su alrededor tiene lugar al final de Diálogos jansenistas al abiertamente negarse a acceder a las órdenes del Rey. Esta escena podría tener su lugar simétrico aunque las connotaciones sean ligeramente diferentes, en el vómito con que concluyó el proceso inquisitorial de El sambenito. Las náuseas del Gran Inquisidor adquirieron una virulencia tal que al final se desplomó desfallecido sobre la mesa que presidía y vomitó. El no final de Diálogos jansenistas y el vómito del Gran Inquisidor representan el repudio total de sistemas alienantes que habían llegado a convertir en sus víctimas a los que supuestamente debían de servir de apoyo a la opresión agobiante.

De la misma manera que encontramos una simetría entre la personalidad y actuación del Cardenal Noailles y la del Gran Inquisidor, también observamos que tal simetría se prolonga entre el P. Vivant y el P. Duval. Estos dos últimos personajes saben mantenerse en un segundo plano de acción pero sus intervenciones son decisivas en cuanto que contribuyen a clarificar las posiciones de Noailles y del Gran Inquisidor. Detrás de estos jerarcas de la Iglesia hay una atmósfera de apoyo y simpatía, representada por el P. Vivant y el P. Duval. No cabe la menor duda que estos eclesiásticos ayudan a soportar las cruces agónicas que tienen que llevar en sus hombros la máxima autoridad de la Iglesia en Francia, y el responsable último del aparato inquisitorial. También cabe destacar que la función del P. Vivant y del P. Duval no se limita simplemente a servir de apoyo a sus superiores respectivos, sino que también añaden una nota conciliatoria para evitar tensiones innecesarias entre las diversas partes en litigio. El conocimiento teológico profundo de estos eclesiásticos impide la polarización

contraproducente de puntos de vista que no tienen por qué estar reñidos ni antagonizados.

La Madre Du Mesnil y don Pablo de Olavide desempeñan la función de víctimas agónicas. En lo que a la última priora del monasterio de Port-Royal se refiere, su condición de víctima agónica está clara a partir del destierro en el convento de las ursulinas de Blois. Don Pablo aparece como víctima durante todo el proceso de El sambenito. Ambos personajes sufren las consecuencias degradantes de sistemas opresores a los cuales se han opuesto con libertad de espíritu. La Madre Du Mesnil y don Pablo son personajes creyentes y cultos. La última priora de Port-Royal representa el talante jansenista y don Pablo podría ser el prototipo del ilustrado español. Si los jansenistas eran vistos como un peligro para el poder absolutista del Rey, los ilustrados eran temidos con no menos intensidad por el aparato inquisitorial. Luis XIV quiere acabar con la amenaza jansenista desterrando a la Madre Du Mesnil. La Inquisición deseaba dar un escarmiento a los ilustrados, convirtiendo en víctima a

don Pablo . Ambos personajes están presentados adoptando actitudes simétricas en Historia de un otoño y en El sambenito.

La sencillez y elegancia de Mademoiselle de Joncoux tiene su equivalente en Gracia, media hermana de don Pablo. Estos personajes se parecen hasta en la forma como mueren. Son personajes no agónicos que saben disfrutar de la vida ayudando a las víctimas de sistemas injustos. Mademoiselle de Joncoux se mostraba sincera y franca en todas sus expresiones . Sus simpatías van dirigidas claramente a los jansenistas. Doña Gracia en El sambenito representaba a la mujer ilustrada que servía de apoyo y ayuda a don Pablo. La relación de Mademoiselle de Joncoux con la Madre Du Mesnil es simétrica a la existente entre doña Gracia y don Pablo. Los primeros personajes de estas parejas representan la delicadeza en el apoyo. Los segundos personajes simbolizan las víctimas perseguidas. Sin embargo también tanto Mademoiselle de Joncoux como doña Gracia podrían haber sido perseguidas por los mismos motivos que lo fueron sus protegidos.

El P. Le Tellier de Historia de un otoño y Fray Romualdo de Friburgo en El sambenito representan el papel de personajes malditos, en el sentido de que ambos desde detrás del escenario están moviendo las cuerdas que promueven la opresión de los sistemas políticos en que ellos no disimulan creer. El P. Le Tellier era el confesor de Luis XIV que aconsejó la destrucción de Port-Royal. Fray Romualdo de Friburgo creía en el sistema inquisitorial y repetidas veces fué el acusador de don Pablo ante el Santo Oficio. A pesar de la importancia que representan las acciones de estos personajes, ellos muy política y astutamente saben colocarse en un segundo plano, sin ocupar nunca el papel central de las respectivas narraciones. El P. Le Tellier husmeaba los secretos que él creía existir en el monasterio de Port-Royal. La misma actitud adopta Fray Romualdo en la casa de don Pablo. Este fraile se servía de todos los medios posibles para enterarse de lo que se decía y hacía en el hogar de su enemigo mortal, don Pablo. El P. Le Tellier se servía del Rey para perseguir a los jansenistas con medi-

das alienantes. Fray Romualdo usaba a la Inquisición para erradicar el mal que , según él, los ilustrados estaban promoviendo en España. Más allá del odio a sus contrincantes, no encontramos en estos personajes cualidades humanas que los rediman de su condición de malditos.

El papel destructor de las masas descontroladas está presentado en Diálogos jansenistas e Historia de un otoño por los arqueros que arrasaron y profanaron violentamente el monasterio de Port-Royal des Champs. Este papel denigrante de las masas tiene su equivalente en El sambenito cuando es la chusma la que cantaba coplas e insultaba amenazantemente a don Pablo, no respetando ni la intimidad de su vida matrimonial. Estas masas descontroladas violan lo más sagrado del convento de Port-Royal y profanan hasta las mismas tumbas desenterrando a las monjas. Los arqueros de Historia de un otoño representan la violencia irracional que goza en la ejecución de órdenes absolutistas. En El sambenito el papel de la chusma tiene connotaciones históricas. Doña Isabel se refiere en sus conversaciones al

modo denigrante como tanto su esposo como ella han sido tratados por la chusma. Doña Isabel reconoce con tristeza que la misma noche de su boda, los villanos cantaban coplas burlonas bajo la ventana de la alcoba de su casa. Durante el proceso inquisitorial le colgaban el sambenito de mujer del hereje. Los villanos pertenecían a la chusma que siempre se declaraba católica y partidaria de autos de fe, corridas de toros, nacimientos de monstruos y cuentos de brujas. Esta es la chusma que según el P. Feijóo creía en las supersticiones y prácticas milagrosas absurdas.

Frente al grupo de personajes simétricos, hallamos otros personajes radicalmente antagónicos en sus creencias y actitudes vitales. A estos personajes los llamamos antitéticos. En Historia de un otoño personajes antitéticos son el Rey y la Madre Du Mesnil, Monsieur D'Argenson y el Duque de Durás. También son antitéticos los criados y campesinos en relación con los arqueros. En El sambenito don Pablo es el personaje antitético de Fray Romualdo de Friburgo, y los

secretarios son antitéticos con la Madre del Gran Inquisidor.

El Rey y la Madre Du Mesnil son personajes tan radicalmente antagonizados en su caracterización que difícilmente podemos encontrar rasgos comunes. El Rey muerto de miedo da órdenes absolutistas que espera sean cumplidas sin vacilación. La Madre Du Mesnil con firmeza no se doblaba ante ningún poder terrenal. El Rey no aparece en escena en Diálogos jansenistas y lo hace de un modo breve en Historia de un otoño. Por el contrario en ambas obras la presencia directa de la Madre Du Mesnil ocupa un papel central. Frente al terror del Rey que cree ver enemigos invencibles en unas monjas sencillas, la Madre Du Mesnil sin miedo alguno sabe ser fiel a sus propias convicciones. Incluso al final de Historia de un otoño en los momentos agónicos de la última priora de Port-Royal, ésta no cae en la tentación de capitular con compromisos alienantes, y se niega a firmar el Formulario aunque esto suponga la muerte sin sacramentos.

Monsieur D'Argenson es un personaje antitético del Duque de Durás en el sentido de que ejecuta órdenes reales con las cuales está en desacuerdo, sintiendo un terror invencible de estar siendo juzgado y condenado. El Duque de Durás por el contrario se siente plenamente identificado con las órdenes del Rey. Este personaje que sólo aparece en Historia de un otoño, vigila al Cardenal Noailles y le transmite las decisiones reales. Si Monsieur D'Argenson se sentía lleno de dudas e inseguridad y trata de comprender a las monjas de Port-Royal, el Duque de Durás no da el mínimo indicio de titubeo o de estar en desacuerdo con el monarca y no está interesado en comprender la conducta del Cardenal Noailles. Monsieur D'Argenson es un personaje agónico que aunque era antijansenista furibundo, tenía el suficiente espíritu crítico como para no excluir nada del campo de la posible duda. El Duque de Durás está impermeabilizado a cualquier crítica dirigida al Rey o a su propia actuación. De aquí que Noailles piense que la mejor manera de comunicarse con este personaje sea mediante un silencio elocuente.

La actitud de los criados de Port-Royal y de los campesinos que rodeaban el monasterio está radicalmente reñida con la actuación de los arqueros, destruidores y profanadores de los símbolos sagrados de las monjas jansenistas. Los criados y campesinos apoyaban incondicionalmente al convento de Port-Royal. Este apoyo fué el que en parte atemorizó a Luis XIV que llegaba a identificarlo con una amenaza a su autoridad absolutista. Los criados y campesinos al haber vivido cerca de las monjas perseguidas, sabían apreciar su santidad de vida y su abnegación en favor de los pobres. Por el contrario los arqueros significaban la lejanía al monasterio. No solamente constituyen una fuerza violenta que irrumpe para quebrar la paz espiritual y religiosa de Port-Royal, sino que además denotan un regocijo desbordante al sobrepasarse en la ejecución de las órdenes de M. D'Argenson. Los criados y campesinos se benefician de la caridad y generosidad de las monjas a las que apoyan. Los arqueros convierten en víctimas a unas religiosas indefensas, a las que demuestran desprecio e incomprensión.

En El sambenito don Pablo de Olavide es un personaje antitético respecto a Fray Romualdo de Friburgo. Don Pablo era un ilustrado agónico que se convierte en la víctima de las intrigas promovidas y fomentadas por Fray Romualdo. El tipo de religiosidad y las reformas sociales y económicas que don Pablo quería introducir en España , se encontraban radicalmente reñidas con la mentalidad de una espiritualidad belicosa en la que firmemente creía Fray Romualdo. Don Pablo se convierte en la víctima de este fraile cuyo convencimiento acerca de las ideas que hacía gala de ostentar era tal que no podía admitir diversas formas de vivir el cristianismo o de organizar la convivencia social en la España del siglo XVIII. Si don Pablo es un personaje agónico en constante duda respecto a sí mismo y al mundo que le rodea, Fray Romualdo está convencido del orden inmutable en todos los niveles de la vida, y no solamente no acepta duda alguna, sino que llega a convertir en sus enemigos a los que de alguna forma se atrevan a dudar, aunque solo sea indirectamente, de los valores propios de lo que él considera el cristianismo ortodoxo.

La mentalidad burocrática de los secretarios inquisitoriales es antitética de la sencillez de fe y de expresión que observamos en la madre del Gran Inquisidor. La prosa repetitiva y ostentosa de los secretarios no tiene nada en común con la sencillez de expresión directa de una mujer, gracias a la cual, su hijo adquirió la fe y la mantuvo aun en medio de las náuseas provocadas por el mundo absurdo y denigrante que representaban los secretarios inquisitoriales.

Todos los personajes antitéticos aquí examinados, se caracterizan por la ausencia de un conflicto directo entre ellos. La confrontación entre el Rey y la Madre Du Mesnil se hace mediante la intervención de poderes mediadores que prolongaban el absolutismo real. Tampoco hay confrontación directa entre don Pablo de Olavide y Fray Romualdo de Friburgo. El conflicto se ocasiona mediante los poderes inquisitoriales, detrás de los que se oculta la mezquindad de Fray Romualdo. Entre los demás personajes antitéticos no observamos que entren en conflicto explícito, ni aun de manera indirecta.

NOTAS AL SEGUNDO CAPÍTULO

75 La concepción de fe como apuesta, conforme se ha señalado, aparecía también en Historia de un otoño.

76 El escolasticismo rancio del siglo XVIII en España es criticado acertadamente por José Luis L. Aranguren en Moral y sociedad. Madrid. Editorial Cuadernos para el diálogo. 1967. Pag. 42.

77 Diálogos jansenistas, pag. 8.

78 El sambenito, pags. 125-126.

79 La insistencia en la muerte que observamos en Historia de un otoño, hace que esta novela trascienda el plano meramente político de Diálogos jansenistas. La amenaza y la realidad inevitables de la muerte son el punto de partida para una serie de reflexiones en Historia de un otoño que no encontrábamos en Diálogos jansenistas. De aquí procede el hecho de que nos parece la obra teatral de Jiménez Lozano fundamentalmente un drama político, mientras que Historia de un otoño es una obra teológica.

80 Diálogos jansenistas, pag. 49.

81 El sambenito, pag. 59.

82 Louis du Vaucel en su obra Traité général de la régle usando una comparación que gustaba mucho a los jansenistas afirmaba que la obediencia de los obispos a los reyes no era como la de los soldados. Los obispos son pastores y padres del rey en virtud de los poderes concedidos a ellos por Dios. Por tanto no es suficiente con que los obispos hablen claramente en defensa de sus derechos y privilegios, sino que deben estar dispuestos a sufrir lo que sea antes de consentir que se usurpen y violen los derechos y deberes de la Iglesia. El Cardenal Noailles al final de Diálogos jansenistas está

dispuesto a aceptar los sufrimientos inherentes a su fidelidad a Dios y a la Iglesia.

83 Diálogos jansenistas, pag. 72.

84 El equilibrio teológico del P. Tallien tiene un antecedente histórico en el jesuita François Annat que llegó a enfrentarse al Rey Luis XIV por sus excesos sexuales, pero también criticó la intransigencia puritana de Pascal en su obra Réponse aux lettres provinciales.

85 La problemática de la fe sincera y de su concomitante ambigüedad volverá a aparecer con un radicalismo superior al final de El sambenito.

86 Según Sedgwick en la página 201 de su libro ya citado, Jansenism in Seventeenth-Century France, los jansenistas no defendieron la tolerancia de diversas creencias religiosas. Los errores teológicos eran inaceptables para los jansenistas, los cuales atacaron en sus escritos tanto a los hugonotes y a los quietistas como a los jesuitas, que según ellos erraban en la fe.

87 El sambenito, pags. 23-24.

88 Ibid., pags. 163-165.

89 La Ilustración como amenaza a la vida produce la angustia y desesperanza que han sido tratadas con clarividencia por Eduardo Subirats en La Ilustración insuficiente. Madrid. Taurus. 1981.

90 Historia de un otoño, pag. 139.

91 Mc. 28, 20.

92 Ef. 5, 22 ss.

93 La Madre Du Mesnil al hablar de la distinción entre amor y enamoramiento nos recuerda las páginas que sobre la cristalización del amor ha escrito Ortega y Gasset en Estudios sobre el amor.

94 Historia de un otoño, pag. 140.

95 La imagen de la seducción extraconyugal en ausencia de uno de los esposos aparecía también en "El grano de maíz rojo" en relación con la problemática de la fe.

96 Jn. 18, 10.

97 Historia de un otoño, pags. 151-152.

98 Las expresiones del abate Dubois nos remiten a la imagen luterana del estercolero, que significaba la corrupción y podredumbre de la condición humana.

99 Mt. 19, 24.

100 El abate Dubois implícitamente está criticando lo que también censuraba Pascal en las Cartas provinciales acerca de los confesores jesuitas que permitían a los nobles defender su honor mediante el duelo sin violar la ley divina.

101 La actitud espiritual del abate Dubois es radicalmente opuesta a la del Pastor Martensen de "El grano de maíz rojo" para quien la carga de su ministerio se convirtió en algo tan pesado que acabó suicidándose.

102 Sor Cristina Briquet es descrita por Jiménez Lozano siguiendo fielmente la caracterización que de esta religiosa hace Sainte-Beuve en el segundo volumen de Port-Royal. Esta monja servirá como modelo a Henry de Montherlant para el personaje de la hermana Francisca en la obra dramática Port-Royal.

103 Diálogos jansenistas, pag. 9.

104 Ibid., pags. 6-7.

105 Historia de un otoño, pag. 202.

106 El sambenito, pag. 77.

107 Ibid., pags. 90-91.

CAPÍTULO TERCERO: EL CONTEXTO AMBIENTAL.

Los dramas humanos con que nos encontramos en Diálogos jansenistas, Historia de un otoño y El sambenito están hechos por factores existenciales que se colocan en un orden distinto al de la mera expresión verbal. La insuficiencia del vocablo hablado o escrito para captar lo que realmente se ventilaba en la destrucción de Port-Royal des Champs o en el proceso inquisitorial contra don Pablo de Olavide, no solamente produce una atmósfera de ambigüedad sino que además se manifiesta mediante el silencio o la risa que desafía. En este apartado deseáramos examinar los recursos ambientales que impulsan al lector de estas obras a sentirse envuelto en los dramas humanos narrados y novelados, de tal manera que puede llegar a padecer como propio la ansiedad y el sufrimiento de los principales personajes. El ambiente de cristiandad todavía agrava más la tensión y frustración sentidas opresivamente. El miedo nos asfixia y el desahogo que podría producir el refugiarse en ensi-

mismanientos personales nos atemoriza todavía más. El cruce de miradas y el sonido de las campanas nos están comunicando algo con una elocuencia superior a la de cualquier párrafo verbal construido pulidamente. Algunos personajes quieren evadirse de lo que está tristemente sucediendo. Por eso sueñan o se pierden en soliloquios internos hablando consigo mismos. No obstante, tal evasión no es posible. Lo que les obsesiona y que no está nada lejos de la realidad preocupante, hace que los sueños se conviertan en verdaderas pesadillas. Ni siquiera el fingimiento es posible cuando se vive en un universo en que las paredes oyen y el poder despersonalizador traspasa hasta lo más íntimo del ser humano.

1. LAS CRISTIANDADES.

La acción narrativa de Diálogos jansenistas y de Historia de un otoño se desarrolla en el contexto de un ambiente de cristiandad francesa. El sambenito no podría ser comprendido sin el conocimiento de las características de la cristiandad

española del siglo XVIII. La pertenencia a este tipo de sociedades que nominalmente se llaman cristianas, ocasiona una serie de dramas de conciencia a los defensores de la libertad individual en las obras aquí estudiadas.

Los diversos personajes de Diálogos jansenistas de alguna forma tienen conciencia de pertenecer a la Iglesia católica y a Francia, a la que con convencimiento o con ironía consideran la primogénita de la Iglesia. Esta conciencia de pertenencia a la Iglesia y a Francia, en algunos casos como le sucede al Rey, se convierte en una fusión poco menos que indistinguible. Monseñor de Vivant en conversación con el Cardenal y el Duque afirma que el monarca quiere lo que la Iglesia desea. Sin embargo, la vida del Rey Luis XIV que se consideraba cristiano, estaba llena de paradojas, pues en la Corte de la cristiandad francesa, la adulteración del espíritu de la cruz era innegable.

Mlle. Joncoux.- ¿Es tan mala la cocina de Su Majestad?

Cardenal.- Es demasiado buena. Como para morir de hambre, ya os digo. Sobre todo los viernes.

Los católicos, hacen de la cocina una obra de arte, estos días. Es la apoteosis del barroco. Los estómagos lo agradecen. La conciencia se derribe de satisfacción de cumplir con la abstinencia y la mortificación del gusto, proporcionando a éste sumas delicias. Es como una trampa a la Cruz. Como una preciosa paradoja. Como los dorados angelotes, mofletudos y desnudos, y las frutas de todas clases, pintadas de dorado y colorines, que nos ocultan lo sagrado en el altar para que no nos asuste. 108

La misma jerarquía eclesiástica participaba del aburguesamiento mediocre que estaba en el ambiente de la cristiandad francesa en la época de Luis XIV. El predecesor de Noailles en la sede arzobispal de París, Monseñor François Harlay de Champvalon, fue un obispo político a quien se le conocía una amante pública que recibía una pensión de la Asamblea del Clero. Como ya hemos indicado, la cristiandad francesa quedó aterrada cuando se enteró de que Monseñor Harlay había muerto sin sacramentos.

En Diálogos jansenistas, debido a la fusión entre Iglesia y Estado, el problema de Port-Royal se convirtió en un asunto político. Noailles afirmaba que el abate jansenista Saint-Cyran era

para el Cardenal Richelieu más peligroso que seis ejércitos rebeldes. En la Francia de Luis XIV todo se politizaba, y muy poca gente estaba de acuerdo con lo que aparentaba ser u obrar. La inautenticidad y el disimulo en ambiente de cristiandad funcionaban a niveles diferentes. En la introducción a este estudio señalábamos que tanto Nosilles como D'Argenson y el mismo mensajero ejecutan o transmiten órdenes con las que parecen estar en desacuerdo. En torno al monasterio de Port-Royal el P. Cres se tiene que disfrazar de campesino, de buhonero, de granjero, de hortelano, de gentil-hombre...etc, para llevar la Eucaristía a las religiosas. Con el fin de comportarse como cristiano auténtico, el P. Cres tenía que disfrazarse. Desde una perspectiva opuesta, lo mismo le sucedía al devoto que en su inautenticidad desempeñaba los papeles que el miedo le inspiraba.

Cardenal.- ... un devoto siempre soportará mal a un hombre de fe. Un devoto, es un pobrecillo asustado que, en un Estado ateo, sería ateo. En una cristiandad, es un cruzado. ¿Qué otra cosa podría hacer con su fe, tan vacilante y pequeña, que afirmarla a mazazos sobre las

cabezas de las demás?. 109

En la Francia de Luis XIV, la Iglesia era un satélite del Rey Sol. Noailles prácticamente hasta el final de Diálogos jansenistas no se atreve a resistir al Rey. El Duque recuerda al Cardenal cuando se muestra indeciso frente a los deseos del Rey, que a él le debe la púrpura y el arzobispado. Se había producido en Francia un fenómeno típico de toda cristiandad, es decir, la confusión de los intereses de este mundo con los del reino de Dios. En este contexto, los jansenistas acusaban a los jesuitas de haber contribuido a la adulteración del espíritu cristiano adaptando el cristianismo a los compromisos mundanos, perdiendo de vista las exigencias de la cruz.

Mlle. Joncoux.- Tranquilizaos, Eminencia. El P. Tallien puede asegurarnos que Escobar proporciona recetas para ayunar comiendo. Y Sánchez, para conservar vuestra castidad en brazos de una condesa. 110

En ambientes de cristiandad se suele colocar la Iglesia de parte de los poderes absolutistas

que acaban absorbiéndola. Dentro de este contexto, en Historia de un otoño nos encontramos con un caso claro de desvirtuación del cristianismo, en donde se pone de manifiesto la asociación de la Iglesia con la nobleza en la cristiandad francesa de aquel momento. Concretamente nos estamos refiriendo a lo narrado en una carta de Dom Thierry de Viaixnes que nos habla de un pobre hombre que se hallaba en la cárcel víctima de la intransigencia de un duque que no quería reconocer sus propios errores. El sacerdote que atendía a este prisionero tomaba partido a favor del duque.

La acción histórica de El sambenito se lleva a cabo también en ambiente de cristiandad. El P. Duval, francés por nacimiento y educación, posee el suficiente distanciamiento emocional como para ser consciente de las características específicas de la cristiandad española. El P. Duval sabe que en España se es cristiano porque se ha nacido en nación cristiana y sobre todo porque se tiene sangre limpia. En otras palabras, el español castizo es cristiano viejo que no desea

contaminar su limpieza con la lectura de libros y con cuestiones de inteligencia. El padre de doña Isabel de los Ríos aconsejaba así a su hija:

-Isabel, hija mía, no te quiero ver en aprietos como a Santa Teresa. Te voy a casar para que me des nietos, déjate de libros y sé una tumba sobre que me has visto leer, si bien me quieres. Soy cristiano viejo y no quisiera que los libros manchasen mi limpieza, ni que me lleven al "braseró", que así se llamaba a la Inquisición. lll

Las devociones populares mezcladas con todo tipo de supersticiones abundaban en la cristianidad española. Según el testimonio del P. Duval, los cristianos viejos creen que los santos y las Vírgenes los libran de las malas cosechas y de las enfermedades, hacen seguras las preñeces y traen la lluvia. Creen en su cristianismo viejo, casta rancia, vida repleta de adulterios y carente de amor. La cristiandad española, cerrada a toda influencia contaminadora por la llamada limpieza de sangre, se caracteriza por tanto por su apego a costumbres anacrónicas. En estas circunstancias causa horror la moda de más allá de las fronteras. Ser español significa ser cristiano viejo.

Puesto que el rey era la máxima autoridad en España, se veía normal en esta cristiandad su intromisión en cuestiones eclesiásticas. El narrador omnisciente de El sambenito nos dice que el nombramiento del Gran Inquisidor fue firmado por el rey.

En la cristiandad española del siglo XVIII no había libertad para no ser cristiano. De hecho el P. Duval apunta muy oportunamente que cuando no hay libertad para ser lo contrario, no puede saberse si todos los que aparecen como cristianos lo son de verdad. Y el Gran Inquisidor en uno de sus soliloquios internos se pregunta si sería mejor poder rechazar a Cristo para aceptarle con verdadera fe y libertad. La Inquisición impedía ser cristiano libremente y con autenticidad. Según el P. Duval, en Francia como no hay Inquisición, el cristiano que lo es suele saber por qué lo es. Ser cristiano en ambiente de libertad supone una decisión consciente y auténtica. En España, por el contrario, hay cristianos como don Pablo que hasta aparentan no serlo para protestar contra tantos hombres que se

llaman cristianos sin serlo. El P. Duval describe a la cristiandad española como repleta de clérigos, ceremonias religiosas, iglesias, y doctrinas teológicas; pero la gente desconoce a Cristo y no cree en él. En estas circunstancias es fácil avergonzarse de que Cristo hubiera muerto en la cruz. Es preferible convertir a Dios en Santiago Matamoros para que inspire miedo. Sin embargo, en realidad, una religión basada en el terror no es cristiana.

En el ambiente de cristiandad española, descrito en El sambenito, los frailes desempeñan un papel de apoyo del orden establecido. En Diálogos janse-nistas los frailes habían sido presentados favoreciendo el sistema absolutista de Luis XIV, al llegar a compararlo con el propio Dios, quien, según ellos, no sería sino una copia suya. Ya nos hemos referido a la relación inquisitorial de El sambenito que citaba el testimonio acusador de Fray Romualdo de Friburgo. Esta misma relación pone de manifiesto un desacuerdo de don Pablo con los métodos pastorales usados por los frailes en general. Fray Romualdo de Friburgo estaba de-

fendiendo lo que don Pablo criticaba. Para entender esta actitud de don Pablo es necesario no perder de vista la influencia de los frailes en el pueblo español. De aquí procede, al menos parcialmente, el marcado talante popular del catolicismo hispánico. Jiménez Lozano en su estudio "El aporte del profesor Américo Castro a la interpretación del sentimiento religioso español", compara este talante popular del catolicismo español con el carácter aristocrático del catolicismo francés¹¹². Esto se debe en parte al predominio del fraile en España y al del sacerdote secular en Francia. Jiménez Lozano se refiere a Menéndez Pelayo al hablarnos de la democracia frailuna de la cristiandad española que llevaba a las más altas cimas de la jerarquía a hombres de la más humilde extracción. En esta cristiandad española, el fraile ocupa un lugar central. Los estatutos de limpieza, vigentes en las órdenes mendicantes durante los siglos XVI y XVII, tornaban a los frailes en quintaesencia de la pureza de casta. Los frailes salidos en su mayor parte del pueblo, eran pueblo, pasaban su vida entera entre el pueblo y daban una versión popular de la fe en

sus predicaciones. Tenían como misión defender la fe y luchar contra la herejía.

En el polo opuesto a esta versión de la fe ofrecida por los frailes, estaban las doctrinas teológicas sobre el sacerdocio de Juan de Ávila que influirían después en el jansenista francés Antoine Arnauld, y que en España fueron fatalmente aplastadas en la represión contra el nascente protestantismo hispánico, y contra el erasmismo y el paulinismo.

Jiménez Lozano nos presenta a los frailes como los defensores de la casta y de todas las vejeces católicas. Fueron los frailes los que encabezaron muchas revueltas populares en demanda de justicia o apoyaron las iras de un pueblo hambriento y dieron a ese pueblo la sopa de los conventos. En muchos casos los frailes protegieron hasta con la espada el misoneísmo popular, su anticlericalismo e incluso su sentimiento anárquico. El papel desempeñado por los frailes, es pues manifestación del carácter popular del catolicismo hispánico.

La influencia del fraile de baja extracción y de talante popular - el pueblo estuvo siempre, enfrentado, por otra parte, al monje aristocrático y al teatino, cuya espiritualidad contemplativa, ejercicio intelectual y liberalidad de espíritu para admitir judíos y conversos en sus filas nunca pudo comprender - es, pues, más consecuencia que razón, a mi entender, contra lo que piensa Ricart, de un catolicismo castizo, popular, antiintelectual, voluntarista, socio-político. 113

En El sambenito la relación de los secretarios defendía a los frailes, a los que atribuía la paz religiosa y de costumbres que existía en España hasta que se dejó sentir la influencia de los ilustrados. Estos querían dominar al pueblo con los libros y las gacetas como decían que los frailes lo dominaban con la religión. Según los secretarios, esto es una calumnia ya que si los frailes se aprovechasen de la religión para dominar, no creerían en ella. No obstante, de acuerdo con el P. Duval, que representaba en El sambenito al sacerdote secular de origen aristocrático francés, era un fraile el que decía a la chusma amenazante que cantaba coplas contra don Pablo, que eso era muy católico.

El antagonismo que don Pablo sentía hacia los frailes se pone de manifiesto en las acusaciones

que la relación de los secretarios lanzaba contra él. En esta relación leemos que don Pablo había cerrado conventos de frailes y no quería que en las recién fundadas colonias de Sierra Morena hubiese frailes, sino sacerdotes del clero secular y preferentemente franceses.

Los secretarios también acusaban a don Pablo de no hacer ostentación de la práctica de las devociones populares y de no asistir a los sermones de los frailes¹¹⁴. Parece ser que su disconformidad con la práctica pastoral de los frailes, según la relación del proceso inquisitorial, tenía antecedentes que se remontaban hasta el terremoto de Lima, en ocasión del cual, don Pablo tuvo que enfrentarse a la actitud de los frailes que simplemente se limitaban a rezar en la iglesia. Don Pablo quería ayudar a la población también de otras formas. Además el acusado mantenía que el terremoto tenía una causa natural, y esto le llevó a una nueva confrontación con los frailes.

Y sostuvo que todo tenía explicación racional y matemática y que, aunque muchos frailes predicaban contra él, el Inquisidor Arenosa permitió que se divulgara su opinión de espíritu tan sabio

y curioso en física y matemáticas, teología y derecho. 115

Según la relación de los secretarios, el antagonismo de don Pablo por los frailes, era compartido por los asistentes a sus tertulias, donde se criticaba abiertamente el afán de poder y la corrupción moral con que vivían los frailes. Si el ambiente de cristiandad española en que vivía don Pablo se sentía amenazado por éste, los frailes una vez más se mostraban fieles defensores de un orden, según ellos, inmutable y que correspondía al talante específico del catolicismo español.

2.- AMBIENTACIÓN DE LA NATURALEZA.

La descripción de la naturaleza es un elemento que suele aparecer con frecuencia en las obras de Jiménez Lozano. Conforme se nos indica en la nota introductoria, Diálogos jansenistas se gestó durante la Semana Santa de 1968 en la tranquilidad del campo y mientras el cierzo y la lluvia preparaban una primavera tardía. En esta

obra todas las referencias temporales a la naturaleza se centran en la tarde, que tiene un carácter de oscuridad cuando dialogan las monjas de Port-Royal y connotaciones de claridad cuando entre los que conversan se encuentra el Cardenal.

El diálogo de la hermana conversa con la hermana cocinera en la escena segunda del acto primero de Diálogos jansenistas, está centrado en las persecuciones de Port-Royal y tiene lugar en una tarde lluviosa. La hermana cocinera al explicar que la muerte se abate sobre el monasterio, señala que Port-Royal se está ensombreciendo tan rápidamente como las tardes de octubre en las que el crepúsculo puede sorprender repentinamente.

Las tardes del Cardenal tienen un aspecto de claridad que contrasta con la oscuridad que anuncian las tardes de las religiosas de Port-Royal. El Cardenal es consciente de este contraste y usa el sarcasmo y la ironía para hacerle saber al Nuncio el significado de sus tardes

espléndidas después que en agonía ha accedido a la destrucción de Port-Royal.

Cardenal.- ... Hace una tarde maravillosa. Esta es la hora del demonio del mediodía, más bello y acariciante que Lucifer. La sopa de perdiz nos espera sobre la mesa. Es el plato preferido del Señor Nuncio. 116

La conversación final del último acto tiene lugar en el jardín del palacio episcopal de París el 31 de octubre de 1710 en una tarde espléndida de otoño. Es la tarde de la conversión colectiva del Cardenal y sus amigos. Es la tarde de la resurrección del espíritu de Port-Royal.

Como estamos viendo, en Diálogos jansenistas todas las alusiones a la naturaleza hacían referencia a la tarde, que tenía connotaciones de oscuridad cuando hablaban las religiosas de Port-Royal. Cuando el que dialogaba era el Cardenal, las tardes eran claras. La ambientación de la naturaleza en el texto dramático de Diálogos jansenistas tenía, pues, unas características muy definidas.

En Historia de un otoño la presencia de múltiples elementos relacionados con el mundo de la naturaleza, es de una riqueza y variedad superior a la de Diálogos jansenistas. Jiménez Lozano vive en contacto con la naturaleza y presenta los personajes de su primera novela en un contexto ambiental con el que se encuentra familiarizado. El Cardenal Noailles ama la naturaleza y dialoga con Mademoiselle de Joncoux en un salón con los balcones completamente abiertos para que entrase el sol a raudales. Eso ponía de buen humor al Cardenal.

A lo largo de Historia de un otoño, transcurren las cuatro estaciones, y las horas del día no necesariamente corresponden a la tarde como en Diálogos jansenistas. Por ejemplo, se nos dice en el primer capítulo que la visita del Cardenal al monasterio de Port-Royal se llevó a cabo en una mañana de primavera. El entierro de la Madre Du Mesnil tuvo lugar en un día de agosto de un calor tan sofocante que llegaba a aplastar a los mismos árboles. Pero la estación predominante de la novela es el otoño. Del mes de octubre

en el que tuvo lugar la destrucción material del monasterio de Port-Royal se nos dice que fue un mes de muchas lluvias, de manera que Monsieur D'Argenson tuvo que retrasar un día su expedición militar al monasterio debido al estado de los caminos.

... Solamente a media noche había dejado de llover y el sol de la mañana había ayudado a mejorar las cosas. Pero, de todas maneras, ya había pasado mediodía cuando la expedición dio vista al monasterio. Los valles vecinos humeaban al leve calor de un sol de otoño, de cara casi enferma en los atardeceres, pero que, hasta las primeras horas de la tarde, parecía sostener todavía la gloria y la fuerza de la canícula. 117

En el capítulo X de Historia de un otoño, la conversación en el jardín entre el Cardenal Noailles, el P. Vivant, Mademoiselle de Joncoux y el P. Tallien, correspondiente al último acto de Diálogos jansenistas, tuvo lugar en el mes de octubre del año siguiente a la destrucción física de Port-Royal. Este octubre era dorado y dulce. En una tarde de aquel otoño, Noailles fué a Blois a visitar a la Madre Du Mesnil desterrada en el monasterio de las ursulinas. Era una

tarde triste en que parece que la naturaleza entera quería provocar compasión y melancolía. Al Cardenal, que amaba la naturaleza, no le pasaba inadvertido ni siquiera el mínimo matiz de luz en la rosa más diminuta o en los claveles de otoño. Noailles dejaba hablar a la hierba y a las flores y se conmovía con su misterio.

Del invierno que siguió a la destrucción del monasterio de Port-Royal, se nos dice que fue el peor de muchos años. La Madre Du Mesnil en el diario que redactó durante el destierro de este invierno se refiere a la tristeza que le ocasionaban el frío y la lluvia. En el amanecer del día de Navidad de aquel destierro estaba nevando. Volveremos a encontrarnos con la nieve en lo descrito por el abate Dubois en su diario. No podía faltar aquí una alusión directa y cómica al juego de tirar bolas de nieve. El invierno que causaba pesadumbre a la Madre Du Mesnil hacía disfrutar al abate Dubois. Por fin, también nos saldrá el invierno al encuentro en la muerte de Mademoiselle de Joncoux. La jornada última de la vida de esta defensora incansable de Port-

Royal fue un día frío y grisáceo de febrero en el que nevaba.

Si Diálogos jansenistas transcurría siempre durante la tarde, en Historia de un otoño la acción se lleva a cabo indistintamente en diferentes horas del día. Por ejemplo, la demolición del monasterio de Port-Royal comenzó con el amanecer, aunque la expedición militar llegó en la tarde del día anterior. La visita del Cardenal al monasterio en el capítulo I tuvo lugar en una mañana de primavera. En el capítulo XI el Cardenal visitará a la desterrada Madre Du Mesnil en una tarde de otoño. La única referencia directa a la noche en la novela sucede en el entierro de la última priora de Port-Royal.

El sol traspasa parte de la acción y reflexión de Historia de un otoño. Cuando el Cardenal reunió a todas las religiosas de Port-Royal para instarlas a que firmasen el Formulario, y éstas se negaron rotundamente, el sol llegaba a la mesa en la que el Cardenal apoyaba su brazo y proyectaba la

sombra de una cruz sobre el suelo. Más tarde el fulgor del sol y su caricia parecían humanizar la fosa abierta donde estaba el ataúd que contenía el cadáver de Sor Francisca Le Camus. Cuando la hermana Briquet leyó la apelación al Tribunal de Cristo, la presencia del sol desempeña un papel en el transcurso del entierro.

El momento se hizo tan solemne, que, de repente, una presencia, invisible pero realísima, de todo lo que la fe afirma hizo irrupción en el jardín y ya no se oía el profano ruido de la naturaleza; el sol parecía ser solamente un resplandor objetivado, instrumental, sin solemnidad astral alguna, como un gran cirio que se hubiese encendido para aquella audiencia del Juez Supremo. 118

En la demolición del monasterio de Port-Royal, se nos dice que bandadas de buitres oscurecían el sol durante el día. La subasta que siguió a la demolición tuvo lugar mientras el sol doraba los membrillos y acababa de enrojecer las hojas de los chopos y las vides.

En el capítulo X cuando después de haber dialogado en el jardín, el Cardenal Noailles, el

P. Vivant, Mademoiselle de Joncoux y el P. Tallien entran en el salón de audiencias, aunque las luces estaban encendidas, el sol les había deslumbrado tanto que no veían. Este resplandor puede contrastar con el sol que amarilleaba en la tarde de otoño cuando el Cardenal llegó a Blois a visitar a la Madre Du Mesnil.

La presencia de los pájaros y del ruido es otra manifestación del mundo de la naturaleza que acompaña los sucesos dramáticos de Historia de un otoño. Con frecuencia en los momentos de silencio profundo se oye el gorjeo de los pájaros sobre los tejados o sobre los árboles. En el entierro de Sor Francisca Le Camus, el sonido musical de los pájaros se oye cuando tocan las campanas y después cuando ya en la fosa abierta está el ataúd con el cadáver. A medida que el silencio de la muerte iba haciendo su nido fatídico en Port-Royal, los pájaros y las plantas silvestres invadían el edificio dando la impre-

sión que reclamaban un lugar allí. La presencia de los pájaros puede tener relación con la muerte. Cuando en un sueño la Madre Du Mesnil asocia la Navidad con el Viernes Santo, al despertarse, en el tejado que daba a su celda los gorriones estaban nerviosos saltando sobre la nieve. Finalmente en el entierro de la Madre Du Mesnil, momento fúnebre que ofrece un cierto paralelismo con el entierro de Sor Francisca Le Camus, al rezar el Cardenal el "Libera me", los pájaros estaban siendo aplastados por el sol de agosto.

El olor que produce la naturaleza tampoco pasa inadvertido al narrador de Historia de un otoño. En la mañana del entierro de Sor Francisca Le Camus, la tierra desprendía un olor seminal. En el momento del entierro, del ataúd salía todavía un olor dulce que pronto se convertiría en hedor espantoso comparable al que invadió el aire durante meses enteros en todos los alrededores de Port-Royal después de que en la demolición del monasterio todas las tumbas fueran abiertas.

Igual que en Diálogos jansenistas y en Historia de un otoño, también en El sambenito la ambientación de la naturaleza desempeña un papel de comunicación y ayuda al lector para que se sienta inmerso en lo narrado. El sambenito comienza con una descripción ambiental del día en que se iba a celebrar el proceso inquisitorial. Era una mañana gris y lluviosa, sin sol. Por lo general, es la ambientación de la naturaleza la que nos transmite el estado de ánimo que debían poseer los participantes en lo narrado, y que se comunica con facilidad a los mismos lectores. En el capítulo octavo, cuando nos enteramos de que doña Gracia está herida de muerte, las condiciones atmosféricas acompañan a lo que podemos sentir al ser conscientes de lo que estaban sufriendo tanto sus allegados como ella misma. Era un día lluvioso y desapacible. La lluvia repicaba en los cristales de las ventanas, y el viento hacía enfurecer a los árboles del jardín.

Por lo general tanto en Historia de un otoño como en El sambenito, las descripciones ambientales están hechas por el narrador omnisciente.

Sin embargo, en esta última novela hay un caso en que son los secretarios inquisitoriales los que intervienen para describir la naturaleza sensual que acompañó a los primeros años de la vida de don Pablo de Olavide. La descripción de los colores, animales y ríos, está hecha con tal primor y exactitud que el lector se ve espontáneamente sumergido en ese ambiente. Hasta la presentación del sol está hecha de una forma tan adecuada que se entiende por qué en algún tiempo los nativos se arrodillaban ante él para adorarlo. La intención de los secretarios al describir tan sensualmente el ambiente natural donde creció don Pablo, iba dirigida a los asistentes al proceso para que se percatasen de la dificultad que el acusado tenía para vivir austera y sacrificadamente el cristianismo.

3.- SENTIDO DEL HUMOR Y FUNCIÓN DE LA RISA.

El humor de Diálogos jansenistas, Historia de un otoño y El sambenito en algunos casos sirve para relajar el ambiente tenso y dramático de los sucesos narrados. En otras

ocasiones el humor tiene una función irónica y crítica. En un ambiente de opresión donde no se encuentran medios adecuados para canalizar la crítica de los personajes, éstos se sienten obligados al recurso de un humor triste con significado explícitamente irónico. En cuanto a la risa, las connotaciones de la misma son variadas. En algunos casos se asocia la carcajada con la mentira, en otros con la burla, el sarcasmo y el desprecio. Finalmente el significado macabro de la risa no puede dejar de ser estudiado, sobre todo al referirnos a El sambenito. La asociación entre la risa y la muerte viene a recalcar el significado de la futilidad de todo lo mundano, propia de la mentalidad barroca de los secretarios inquisitoriales.

Frente a la tensión existencial y teológica que nos abrumba al leer las obras que aquí estudiamos, una de las funciones del humor es poder permitirnos descansar brevemente para así estar en condiciones de enfrentarnos de nuevo con el desenvolvimiento de los acontecimientos.

En Diálogos jansenistas, inmediatamente después de la frustración que sentimos al ver fracasar el objetivo que el Cardenal y M. de Vivant se habían propuesto en la primera visita a Port-Royal, oímos un diálogo entre la hermana conversa y la hermana cocinera en el que el humor se apoya en el motivo de la comida. Las monjas durante el cerco económico del monasterio a fuerza de comer coles y patatas han inventado más de cien recetas diferentes. La Madre Du Mesnil, dice la hermana conversa, tuvo que llamar la atención de las monjas porque su cocina se había convertido en exquisita. Cuando la campana llama a las religiosas al rezo de vísperas, nos enteramos que emplean en esta oración el tiempo exacto que tardan en cocerse las coles. Posteriormente encontraremos una referencia humorística a otra comida. El Rey había invitado a Noailles a un banquete dispuesto en Versalles para honrar al Cardenal. Cuando éste parece aceptar la invitación, en un aparte exclama que los banquetes del Rey son de una magnificencia tal como para morir de hambre.

En Historia de un otoño el abate Dubois es el personaje que inyecta unas dosis de humor sincero en el dramatismo vivido por la Madre Du Mesnil. A la angustia que siente la monja, el nuevo capellán de las ursulinas de Blois responde con una risa franca y pura. Se trata de un recurso sincero de relajamiento capaz de romper todas las inhibiciones que impiden un trato honrado entre la Madre Du Mesnil y el abate Dubois.

El narrador omnisciente de El sambenito que durante toda la novela había contribuido a fomentar la tensión y el miedo proveniente de un desenlace supuestamente inevitable, al final parece servirse del humor para dar a entender que la sentencia contra don Pablo de Olavide no sería tan fuerte como la presagiada. Al comentario del duque de Abrantes que calificaba la sentencia como el parto de los montes, el narrador omnisciente añade que daba la impresión de que el ratón se escapaba de las uñas del gato. En ese momento hasta los mismos secretarios no pudieron evitar una sonrisa imperceptible.

El humor de Diálogos jansenistas puede tener también un sentido de crítica irónica. Por ejemplo cuando los arqueros querían dominar la vida del monasterio apoderándose de la campana, su deseo queda frustrado.

(Unos arqueros, que han entrado a la vez que M.D'Argenson y los exentos, se precipitan sobre el cordón de la campanilla y comienzan a voltearla. El criado, que hasta ahora ha estado apartado en un rincón de la escena, corta con un cuchillo la cuerda y los arqueros se quedan con ella en las manos... 119)

Encontramos un humor hiriente en la ridiculización que de la casuística de los jesuitas hace Mlle. Joncoux. Conforme ya se ha señalado, ella afirma que el moralista Sánchez había enseñado a fornicar a media Francia con la conciencia tranquila, proporcionando recetas para conservar la castidad en brazos de una condesa. Mlle. Joncoux afirmaba también que el jesuita Escobar administraba fórmulas para ayunar comiendo y los estómagos lo agradecían. Así la conciencia podía llegar a derretirse de satisfacción al cumplir la abstinencia y la mortifi-

cación del gusto, proporcionando a éste gran placer. Como estamos observando, el humor de Diálogos jansenistas fundamentalmente es crítico, llegando en algunas ocasiones a un sarcasmo mordaz. Cuando todas las partes se cierran a una confrontación racional y civilizada de diversos puntos de vista teológicos o morales, parece que la única salida posible es la insinuación irónica que ponga de manifiesto los puntos débiles de una situación injusta que debería desaparecer y que continúa perpetuándose con medidas coactivas y violentas. Este sentido del humor en algunas ocasiones demuestra tenerlo el abate Dubois de Historia de un otoño. Al recurrir a la ironía, este eclesiástico huía de la confrontación directa. Dice de sí mismo que no tiene vocación de oponerse a nadie. Simplemente quiere ayudar a los que sufren y con sus salidas espontáneas y humorísticas desea evitar el estancamiento en posiciones insostenibles.

Tanto en Historia de un otoño como en El sambenito, la risa tiene connotaciones de mentira.

Por ejemplo Noailles al rechazar la propuesta de formar parte de la Academia francesa, relaciona la mentira de esta institución con la carcajada vacía de los libertinos que se reían de la venganza del Rey para con Port-Royal. En El sambenito se relaciona la risa de Voltaire con la mentira. Los secretarios inquisitoriales no dejan la menor duda de que al procesar a don Pablo indirectamente estaban abriendo un juicio contra Voltaire, sobre el que dicen que si estuviese presente en la sala de audiencias, le quedarían pocas ganas de reírse. Esta referencia a la risa tiene relación con lo que se decía que Voltaire había indicado a D'Alembert. Según este testimonio, Voltaire era partidario de mentir descaradamente siempre y de defenderse desesperadamente cada vez que le acusasen de no ser buen cristiano. Pero después de la defensa se echaba a reír. Los secretarios decían que también el acusado, don Pablo, se reía burlonamente de la Inquisición después de haber aparentado comportarse como cristiano y haberse excusado ante el Santo Oficio.

La risa con significado de burla aparece en las acusaciones de los secretarios contra don Pablo al decir que despreciaba el celibato de los sacerdotes. Leemos en la relación inquisitorial que en las tertulias a las que asistía don Pablo, los participantes se reían del Espíritu Santo al que llamaban palomo. La burla de los ilustrados, según los secretarios, iba también dirigida a la Inquisición de la que se reían al pensar que estaba compuesta por ignorantes.

La Inquisición se defendía a sí misma de las protestas que contra el proceso de don Pablo se hacían en el extranjero, con una risa de desprecio. Frente a las presiones exteriores procedentes de ambientes en que se burlaban de la Inquisición, ésta responde también con la risa que en tal caso supone no tener en cuenta lo que se decía de ella por considerar que carecía de seriedad.

En El sambenito la risa en algunas ocasiones adquiere el significado de castigo. Por ejemplo,

los secretarios comparaban las risas de las tertulias a las que asistía don Pablo con la de una bruja quemada por la Inquisición. La burla contra lo sagrado es castigada con la risa repugnante de las calaveras. Los mismos secretarios dicen que Voltaire por haberse reído de la religión y haber proferido sugerencias concupiscentes en sus escritos, había sido castigado a aparecer en sus retratos sonriendo con un gesto repugnante y misterioso. El aparato inquisitorial está familiarizado con la risa de terror cuando tiene que arrojar a alguien a la hoguera o practicar la tortura.

Quedaría incompleto este apartado sobre el significado de la risa, sin una referencia a las reflexiones y conversaciones del Gran Inquisidor y del P. Duval en torno a este tema. El Gran Inquisidor quiere defender a la Iglesia de la risa de los ilustrados. No obstante, comprende que tal defensa no puede hacerse mediante

la fuerza y la coacción sino mediante la oración y la penitencia. El Gran Inquisidor se expresa así en un soliloquio interno:

Pero ¿y la Pasión del Señor? La tierra se abrió, los muertos resucitaron, las tinieblas cubrieron el mundo, el velo del templo se rasgó y estos ilustrados se siguen riendo como si se tratase de una comedia. El infierno está ahí. Cristo se cansó persiguiendo nuestro amor y los hombres siguen riéndose de Belén, de sus milagros y de su Resurrección. ¿Qué puede hacer la Iglesia sino curarles de su risa y de su baile de San Vito de locuras, con oración y penitencia? Cristo, Cristo, ayudanos a todos, ayudanos, No nos dejes a solas con las Sumas y los Canones, los expedientes y las pruebas. 120

Si realmente hubiese fe, según el P. Duval, el ateísmo produciría risa o compasión acerca de los hombres que no quieren conocer a Dios, su Padre, y prefieren estar entretenidos como niños con el juguete de este mundo. El cristianismo fundamentalmente contagia alegría. El drama de los ilustrados consiste en que no son lo bastante cristianos para ser alegres y no son lo bastante ateos como para enfrentarse con la nada y reírse.

4.- MOTIVOS SEXUALES

El elemento erótico en Historia de un otoño aparece en dos niveles distintos. El primero está situado en la Corte de Luis XIV. La relación entre la actitud libertina y los motivos sexuales constituiría el segundo nivel. En El sambenito también encontramos dos niveles de insinuaciones lujuriosas. El primer nivel correspondería a las acusaciones contra don Pablo, y el segundo consistiría en el acecho lujurioso de que sería víctima la misma doña Isabel de los Ríos por parte de algunos defensores del orden inquisitorial.

El elemento erótico de Historia de un otoño se presenta bajo la forma de digresiones del narrador omnisciente o de las conversaciones y reflexiones de alguno de los personajes. Observamos que por debajo del puritanismo de la Corte de Luis XIV hay un factor lujurioso que sale a relucir en los momentos más inesperados. En el capítulo VII un sermón del abate Huchon que pretendía fomentar la limosna de los ricos hacia los pobres, es inter-

pretado eróticamente y provoca un estallido de risas, perdiéndose el sentido sagrado de la ocasión. El narrador omnisciente nos dice que Madame de Maintenon hacía solemnes protestas de que el someterse a los deberes conyugales era para ella un verdadero sacrificio. Pero los que la conocían se preguntaban si no ocultaba bajo sus amplias faldas un fuego de sensualidad como el que devoraba al Rey. Hasta el mismo Cardenal Noailles sabía que en la Corte había damas cuya principal misión consistía en conquistar favores sexuales del Rey y mediante ellos ventajas económicas.

Esas mujeres apresaban sus cuerpos en estrechos corsés, que hasta dificultaban su respiración; aprisionaban sus senos, sus vientres y sus pies con estrechas prendas. Pasaban horas enteras haciéndose el afeite de piernas, rostros y brazos y tenían que vivir pendientes de su cabello, dormir boca abajo para no destrozarlo, bajo la vigilancia de una doméstica; y debían de ayunar con rigor, mantenerse ágiles para saltar a los caballos, aprendiendo, a la vez, el arte de descubrir en su descenso alguna parte del muslo. Para, luego, sostenerse sobre increíbles chapines y no poder sentarse sin cuidar la caída de las sedas. ¡Cuántas pulmonías no acarreaban aquellos escotes! ¡Y cuántas burlas, si los senos no estaban hechos a la medida de los admiradores! ¡Cuánta humillación, igualmente, suponía sostener la mirada de la lujuria, tan similar a la del

glotón que, comiendo a solas, paladea y gruñe ante un pavo trufado, mientras la saliva se recoge en espumilla blanca entre las comisuras de los labios. 121

En diversas ocasiones en Historia de un otoño se alude a la actitud de los libertinos que aprovechaban todo el horror de los excesos cometidos en torno a lo sagrado para presentarlo como algo específico de la religión cristiana. Por ejemplo, se referían a las aventuras amorosas de Urbano Grandier, un sacerdote mundano que llegó a ser quemado vivo como brujo. Dentro de este contexto, el narrador se refiere a Monsieur Iveling para quien la religión era una tempestad de la matriz. El hombre no tenía por qué necesitar a Dios, pues lo llevaba bajo el vientre. Monsieur Iveling pensaba que los que lo necesitaban eran castrados o mujeres. Para él toda mujer es útero y la religión se convierte en una ilusión de los impotentes, de los carentes de falo o de sus sucedáneos y símbolos: el dinero y el poder.

En Historia de un otoño también se relaciona el tema de la lujuria de los libertinos con lo

que representa el mundo de la Academia. Conforme hemos apuntado, el Rey había propuesto al Cardenal Noailles para que fuese nombrado académico. Dentro de este contexto, Noailles en conversación con su secretario el P. Vivant califica a las palabras humanas como mentira. Las imágenes atrayentes de que está poblada la literatura mundana no son sino disfraces de la lujuria. Para el Cardenal, no hay belleza fuera de la cruz. Todo lo demás es despreciable. Esta actitud crítica de Noailles sobre la literatura mundana nos remite al plano estético de Kierkegaard. En este nivel el ser humano no ha sido capaz de superar el mundo centrado en sí mismo. El abate Dubois es todavía más radical en su desprecio del estetismo literario.

Tenía fama de que leía a Rabelais o a Boccaccio, después de cada hora canónica del breviario. Y lanzaba tremendas carcajadas, a solas, en su alcoba, por las noches. Al final tiraba el libro al suelo, soplaba la vela a cuya luz había leído y decía, envolviéndose en las mantas:
 -Está visto, toda la literatura son cuentos de zorras y de espadachines. Si soy obispo, haré académico al potro que aún tengo sin castrar. 122

La Madre Du Mesnil al hablar de la Academia la compara con un cementerio donde los cadáveres se mueven y pelean los unos con los otros por cuestiones de sonidos, algo así como un árbol de papagayos. Es tal el desprecio que sentía la última priora de Port-Royal por la Academia que en una conversación con Noailles llega a referirse a Racine, el cual no tenía reparo en admitir que cuando sentía miedo por el infierno, soñaba con el aburrimiento de la Academia.

Todas las imágenes eróticas unidas a las críticas contra los libertinos y posteriormente el desprecio total por la literatura de la Academia, están presentadas en Historia de un otoño bajo digresiones que introducen temas secundarios y contribuyen a evitar la uniformidad temática de una obra narrativa de imaginación basada en sucesos históricos investigados y estudiados minuciosamente por Jiménez Lozano.

Los secretarios de El sambenito acusan a don Pablo de vida lujuriosa, opuesta a la mortificación cristiana. Según la relación inquisitorial, el acusado había dado muestras de inclinación lujuriosa mediante chistes, miradas, música y obras de teatro. Además guardaba en su casa cuadros y objetos obscenos.

Item más, el acusado guardaba en su casa cuadros escandalosísimos de mujeres desnudas en todas sus partes, o de hombres y mujeres en posturas lascivas y sobre todo un espejo en que el acusado se miraba, donde un hombre y una mujer estaban pintados de forma tan lujuriosa, que se tocaban con sus labios y sus cuerpos se asían en abrazos y tactos inmundos. 123

La relación de los secretarios decía que don Pablo no daba importancia alguna al sexto mandamiento. Parecía decretar que en esta materia no había gravedad alguna, pues todo se reducía a apagar un apetito natural. Dentro de este contexto se decía que en las tertulias a las que asistía don Pablo abundaban los dichos procaces aprobándose la fornicación. Sin embargo, los secretarios no mencionaban el testimonio de doña Isabel de los Ríos que no podía

ni sonreír sin oír a sus espaldas requerimientos de amores lascivos. Eran los falsos amigos de don Pablo que le delataron a la Inquisición, los que pedían babeando el cuerpo de su esposa.

Los secretarios acusan a don Pablo de proferir chistes indecentes aludiendo a los badajos de las campanas. En las tertulias a las que asistía don Pablo se daban significados obscenos a los objetos sagrados. Como en el caso de los libertinos de Historia de un otoño, aquí también se asocia la religión con la lujuria. Según los secretarios, en las tertulias de don Pablo, se llamaba "obispillo" al miembro de los hombres y le apellidaban "cirio pascual". Al miembro de las mujeres, correspondientemente, llamaban "mitra", "capelo", o también "caña de apagar las velas".

La relación inquisitorial acusaba a don Pablo de estar tan preocupado con su cuerpo que lo confortaba con placeres en lugar de

usar cilicios y asperezas. Llevaba una vida sin mortificación ni penitencia y así estaba propenso al fomento de la lujuria.

Item más, los viernes no se hacía vigilia o ayuno de carnes, ni se observaban las reglas pertinentes a la mezcla de huevos y lactici-
nios. De manera que, ensorberbecida la carne con tal batería de municiones, asomaba su natural lascivo en chistes y donosuras, en miradas, canciones, músicas y teatros que la lujuria gobernaba con sus riendas. 124

El desprecio hacia los motivos sexuales, puesto en evidencia por los secretarios de El sambenito, podría tener su equivalente en la actitud del Nuncio de Historia de un otoño, el cual al hablar de las debilidades sexuales del Rey lo hacía con una ironía tal que el narrador omnisciente la califica de típico desprecio clerical hacia lo que no se siente porque se ha matado la pasión amorosa. También el narrador omnisciente de El sambenito se refiere al pudor clerical de los asistentes al proceso inquisitorial, cuando la vacilación de los secretarios antes de continuar leyendo las acusaciones, es interpretada como un anticipo de los temas

sexuales que se creía iban a ser mencionados.

El puritanismo de la Corte de Luis XIV en Historia de un otoño es comparable al de los secretarios y partidarios de la Inquisición en El sambenito. Sin embargo, de la misma manera que debajo del puritanismo cortesano había un mundo lujurioso de insinuaciones y pasiones, así también eran los defensores de la Inquisición los que sucumbían en un mar de deseos lascivos hacia la misma doña Isabel de los Ríos.

5.- LOS SUEÑOS: EVASIÓN Y PROFUNDIZACIÓN.

En Historia de un otoño y en El sambenito la tensión existencial de varios personajes se manifiesta en las obsesiones y deseos frustrados que aparecen en sueños, frecuentemente convertidos en pesadillas. Luis XIV, el Cardenal Noailles, el Gran Inquisidor, doña Isabel de los Ríos y el P. Duval son vencidos por el sueño y en el divagar de la subconsciencia

trasparentan las preocupaciones y preguntas sin contestación que los acechan.

Tanto el Rey como el Cardenal de Historia de un otoño desde diferentes perspectivas están obsesionados por las monjas de Port-Royal y las ven en sueños de manera preocupante. Por ejemplo el Rey veía a las monjas interponiéndose entre él y sus amantes, desarmando a sus mariscales, haciendo enmudecer a sus ministros y envenenando los mismos manjares reales. Noailles ve a las monjas no como agresoras, sino como víctimas. En uno de sus sueños el Cardenal observaba que las religiosas de Port-Royal eran conducidas por el ya citado Monsieur Iveling a través de los claustros del monasterio hacia el patio exterior donde una concurrencia de académicos y libertinos esperaban que se desnudasen y bailaran. Cuando Noailles gritaba para que no se profanase la santidad de las religiosas, la multitud de los libertinos corría como si fuesen perseguidos. Al despertarse, el Cardenal

se sobrecogía preguntándose por la posible interpretación del sueño.

En una pesadilla Noailles se estremece frente a la existencia del mal en el mundo. El Cardenal oía que miles de mujeres con sus hijos muertos en los brazos se preguntaban: ¿Por qué? ¿Es Dios justo?. Las preguntas del Cardenal a Dios se presentan bajo la forma de lucha con la divinidad en otro sueño de Historia de un otoño. Si en el libro del Génesis Jacob tuvo un sueño en que luchaba a brazo partido con el Ángel, en esta novela, es el Cardenal el que sueña que Jacob luchaba con el Ángel. Si en Génesis el Ángel resultó victorioso en la lucha, en el sueño de Noailles, es Jacob que representa al hombre, el que logra vencer al Ángel, al Innombrable, a Dios.

Monseñor de Noailles se acordó, entonces, de un sueño que había tenido, durante las horas de la siesta, semanas atrás. Soñó que un Ángel luchaba contra Jacob y trataba de herirle en el muslo para dejarle cojo; es decir, con este hambre y esta angustia de inmortalidad

y de Dios, que el hombre viene experimentando desde el principio y que se traduce en los intentos mágicos, las religiones o las agonías ateas. Pero, ahora, el Ángel no lo conseguía. El hombre no era quizá Jacob, pero el Ángel sí era el Innombrable...

...Y Dios Omnipotente se sintió estremecido. Volvió a caer al suelo como fulminado por el rayo del Absurdo. Las mujeres se lanzaban ya sobre Él, como perros rabiosos; y llegó otro hombre, vestido de blanco, con extraños instrumentos en las manos. Se puso unas gomas en los oídos, pasó, con cariño aparente, la mano por la cabeza de Dios, que ahora aparecía ya crucificado, le auscultó en el pecho, le tomó un brazo que rodeó con otras gomas y relojes y, sonriendo a la multitud, que le seguía, la dijo:

-Estad tranquilos, ya no existe. No ha existido nunca. Era una pesadilla.....125

Al final de Historia de un otoño, Noailles al recordar este sueño llega a la conclusión de que el Ángel y el hombre pelearán hasta el fin. Vendrán tiempos en que parecerá haber triunfado el hombre y hasta que el Ángel habrá muerto. Pero Noailles tiene fe, y en definitiva apuesta por el Ángel, aunque se presente como el vencido y el crucificado.

Ya se ha indicado que en El sambenito durante la noche en un estado de semivigilia el Gran Inqui-

sidor se formulaba a sí mismo preguntas decisivas y profundas a las que no encontraba contestación. La radicalidad en el planteamiento de la problemática religiosa la consigue el Gran Inquisidor en los momentos que, en sentido amplio, podríamos denominar sueños. Los deseos de encontrar respuesta a cuestiones críticas, son formulados sin el menor pudor clerical en estos momentos. Vemos, pues, una relación clara entre los deseos y el sueño. Tal relación está todavía mejor expresada por doña Isabel que por las noches, a solas y en su alcoba, soñaba con embarazos y vómitos, con juguetes y baberos, con niños que se recostaban sobre su cama y la llamaban madre. Lo que doña Isabel quería ser y no lo había logrado, salía a relucir en los momentos de inconsciencia nocturna. También sueña que se escapaba con don Pablo en una yegua sobre el mar. La yegua tenía alas y doña Isabel iba desnuda. Mientras tanto, los libros ardían en medio del agua. Soñaba que vivían en un castillo con espejos y ella misma, doña Isabel, llevaba los vestidos de doña Gracia, hablaba francés y tenía

hijos a su alrededor. El antagonismo hacia los libros y la envidia secreta también se manifiestan en estos sueños mediante la quema de los libros y el asumir las cualidades del objeto de su envidia, doña Gracia.

El P. Duval tiene un sueño al quedarse dormido junto al féretro de un libertino descreído que había muerto abandonado de los cristianos de su pueblo. En este sueño no hay quemas de libros. Cristo entraba en casa del difunto y curioseaba en su biblioteca. Tomaba en sus manos los libros de ateos y se interesaba por ellos. Mientras tanto, el descreído libertino lavaba los pies a Cristo. Este gesto manifiesta la convicción profunda del P. Duval que ve fe donde otros lanzan acusaciones de ateísmo. El P. Duval hubiera querido preguntar a Cristo, por qué los hombres se empeñan en no reconocerle. Los ilustrados se muestran reacios a ver la mano paternal de Dios en el mundo y en la vida¹²⁶. Los inquisidores no son capaces de reconocer a Cristo, que está siendo buscado por los ilustrados. Cuando el P. Duval hubiera querido hacer esta pregunta

a Cristo, se despierta. Aquí, como en el caso del Gran Inquisidor, las preguntas de los sueños quedan sin contestación satisfactoria y la vuelta al estado de consciencia lleva consigo el seguir viviendo sumergiéndose y ahogándose en un mar de ambigüedad, incertidumbre e inseguridad existencial profundamente angustiosa.

6.- EL PAPEL DE LOS CONTRASTES

En el apartado dedicado a analizar a los personajes antitéticos veíamos ya una serie de contrastes muy pronunciados en las actitudes de los mismos. El desarrollo de la acción en Diálogos jansenistas, los encuentros, conversaciones y reflexiones de Historia de un otoño, y el mismo conflicto existencial que hallamos en la base del proceso inquisitorial contra don Pablo en El sambenito, están repletos de contrastes tan visibles que llegan a formar parte del contexto ambiental que rodea a los personajes y a la acción de las obras aquí estudiadas.

Los contrastes de Diálogos jansenistas suelen contribuir a disminuir la tensión dramática en unos casos o a presentar irónicamente el mundo eclesiástico postizo y falso en otros, o finalmente a acentuar más la inocencia y bondad de las religiosas de Port-Royal. La escena que sigue al dramático entierro de Sor Francisca Le Camus en que se leyó la apelación al Tribunal de Cristo, es una simple conversación entre dos monjas, la hermana cocinera y la hermana conversa en la cocina del monasterio. Frente a la solemnidad del entierro, nos encontramos con la sencillez de la cocina y de dos monjas preocupadas por lo que pueda suceder al monasterio y a ellas mismas.

Según se ha indicado ya, el menú de sopa de perdiz en la comida del Cardenal y del Nuncio puede ser contrastado con las comidas de coles y patatas a todas horas durante un año con que se alimentan las monjas de Port-Royal. El sarcasmo en la comparación de ambas comidas pone de manifiesto la diferencia entre el

mundo de las altas esferas eclesiásticas y el de la pobreza de las religiosas de Port-Royal.

Finalmente, mientras las monjas obedientemente se van aproximando a la mesa que está ante la silla abacial para firmar la aceptación de los nuevos destinos que suponen el destierro y dispersión de todas ellas, se oyen los gritos de los arqueros que terminan aporreando las puertas y desobedeciendo las órdenes de Monsieur D'Argenson. Y cuando las carrozas se van alejando del monasterio y las monjas van rezando, los arqueros profanan salvajemente la iglesia y el jardín de Port-Royal. Este contraste entre la conducta de las monjas y la de los arqueros sirve para acentuar una vez más la inocencia de las monjas y la injusticia que se está cometiendo con el aplastamiento físico del monasterio de Port-Royal.

En el contexto de la persecución contra las monjas de Port-Royal, se da un encuentro significativo en Historia de un otoño que estaba levemente insinuado en Diálogos jansenistas.

Se trataba del momento en que Monsieur D'Argenson vio por primera vez a la Madre Eufrasia Robert, de 86 años, que en una silla de ruedas es conducida a la sala capitular donde se va a comunicar oficialmente el destierro a las religiosas de Port-Royal. Cuando esta monja anciana pasó por delante del Subteniente para ser situada junto a la priora, miró tan intensamente a Monsieur D'Argenson, que éste se levantó e inclinó la cabeza. El narrador se detiene a examinar las razones de este gesto espontáneo del representante del Rey y nos indica que la cara arrugada y el cuerpo paralítico de la Madre Robert, martirizado por ayunos y penitencias, habían convertido a sus ojos en dos ascuas penetrantes. Entonces Monsieur D'Argenson sintió en su corazón el brutal contraste entre la grandeza de espíritu de esa monja anciana y su propia pequeñez.

El silencio elocuente del Cardenal Noailles al encontrarse con el Duque de Durás en el contexto de una visita a la Madre Du Mesnil en el

convento de las ursulinas de Blois, contrasta con la comunicabilidad y apertura de mente que el prelado manifiesta al reunirse con Monseñor de Beaumont y el abate Dubois. Según Noailles, hablar con el Duque de Durás se convertiría en un intento inútil de comunicar algo que no iba a ser comprendido ni aceptado. No obstante, cuando el Cardenal deja al Duque de Durás y se reúne con Monseñor de Beaumont y el abate Dubois, les expresa que la pasión de Port-Royal no ha concluido todavía, que el hombre y su poder continúan queriendo prevalecer, que el Rey no se siente completamente vengado aun, y que los libertinos podrán seguir riéndose. Frente a un silencio elocuente cuando la comunicación no es posible, encontramos la apertura total para con los que pueden comprender y poseen la libertad y el gozo interior capaces de vencer las consecuencias del miedo.

Noailles al reflexionar en torno a la actuación de Mademoiselle de Joncoux, no puede menos de aludir a un conjunto de contrastes muy pronunciados. Por ejemplo, cuando contempla la tartana de

de un solo caballo, guiada por Mademoiselle de Joncoux, el Cardenal la compara a las carrozas reales. ¿Cómo no dejar de comparar también los esfuerzos de ruegos y peticiones, las protestas y lágrimas de esta mujer a las poderosas órdenes del Rey y aun a la misma autoridad de la Iglesia? . Por otro lado Noailles es consciente de que las religiosas de Port-Royal, por ser fieles al espíritu del evangelio, tenían que ser castigadas.

La introducción del abate Dubois en Historia de un otoño sirve para acentuar el mundo de los contrastes. El abate Dubois significa un contraste para la Madre Du Mesnil en relación con el capellán anterior que acababa de morir y de quien no sabía ni siquiera el nombre. Además la actitud sacerdotal del abate Dubois estaba radicalmente reñida con la concepción que del sacerdocio se tenía en Port-Royal. No debemos olvidar que allí estaba enterrado el abate Giraust, cuyo epitafio decía que jamás celebró misa. La carga aplastante del sacerdocio le impidió participar directamente del misterio

de la Eucaristía. El abate Dubois venía a romper los moldes mentales que hacían posible una concepción del sacerdocio como la del abate Giraust.

Todo el proceso inquisitorial contra don Pablo de Olavide en El sambenito está ambientado por una sucesión y yuxtaposición de contrastes tan pronunciados que se convierten en parte integrante del dramatismo existencial de los personajes. La oposición radical entre lo que significa la Ilustración y la Inquisición está en la base de todos los contrastes que aparecen en la relación de los secretarios, los cuales, a su vez, con su superficialidad y recurso continuo al tópico escolástico, están antagonizados con las posturas agónicas y teológicamente profundas del Gran Inquisidor, del P. Duval, y del mismo don Pablo. La lectura de El sambenito nos abruma con las contradicciones de los secretarios y de los personajes agónicos. Sin embargo el origen y nivel de estas contradicciones es distinto. Los secretarios se contradicen por falta de espíritu autocrítico. Por el

contrario, la contradicción de los personajes agónicos procede del elemento arracional, propio de la misma condición humana¹²⁷.

7.- GRADOS DE AMBIGÜEDAD

En Diálogos jansenistas hasta el momento de la conversión final la actuación del Cardenal Noailles se encuentra envuelta en un clima de cierta ambigüedad. A pesar de estar inicialmente predispuesto en favor de la causa de Port-Royal, llega a acceder a las órdenes del Rey para que se llevase a efecto la destrucción física y el arrasamiento del monasterio. Noailles no se mostró únicamente ambiguo ante la ejecución de órdenes reales, sino que también en las discusiones de tipo teológico, su postura no estaba claramente definida. Es posible que su aparente indecisión proviniese de que era un hábil teólogo, capaz de captar las razones que apoyaban las posiciones tanto de los jansenistas como de los jesuitas. Esta visión teológica contemporaniza-

dora con posiciones que pueden parecer irreconciliables, en algunas ocasiones produce la sensación de que el Cardenal es ambiguo.

La ambigüedad del Cardenal Noailles de Diálogos jansenistas es un preludio del clima de progresiva ambigüedad que encontramos en El sambenito y que se manifiesta en niveles diversos. En algunos casos son las contradicciones del rumor las que producen esta ambigüedad hasta llegar a un punto en que desconocemos dónde está la certeza de lo ocurrido. Por ejemplo, leemos en la relación de los secretarios que el acusado no quiso nunca que se colocasen imágenes sagradas en las colonias de Sierra Morena, aunque se dice que encargó a un tallista que labrase la de los apóstoles San Pedro y San Pablo. No obstante, todavía no consta que el tallista haya realizado el trabajo. La misma relación de los secretarios afirma que por culpa de don Pablo no sonaban las campanas en los bautizos y bodas, aunque a veces sí permitía estos toques. Finalmente los secretarios, después de acusar a don Pablo de haber defendido todo lo

que se decía en las tertulias a las que asistía, añaden que no consta que todo esto lo dijese o hiciese el acusado.

El rumor es impersonal y por lo general va precedido de la expresión "se dice". Los secretarios afirmaban que se decía que don Pablo ordenó pocas misas por el descanso del alma de doña Gracia, aunque había testigos que declaraban lo contrario. Incluso lo que parece ser dicho sin el más leve asombro de duda por el narrador omnisciente, luego es cuestionado seriamente por los autores de la carta final. Al acabar el proceso inquisitorial, el narrador omnisciente había señalado que al levantarse el Gran Inquisidor, tuvo un vómito sobre la mesa. En la carta final leemos:

Que no se sabe si vomitó o no y si tuvo que ser sangrado, como dice la relacion que le adjuntamos, pero que sí se sabe que tuvo que estar muchos días en cama con gran calentura, después del auto... 128

Los autores de la carta final también se refieren al rumor que corría sobre el libro

de don Pablo de Olavide, El evangelio en triunfo o el filósofo desengañado. Se decía que este libro fue escrito para que el rey y el Gran Inquisidor le permitiesen volver a España. Pero a los autores de esta carta les parece que don Pablo era mejor cristiano que lo que este rumor parecía implicar. Quizá el recurso de los autores al rumor, se base en que a ellos mismos, según escriben en la carta final, no les gustaba ese libro y por tanto trataban de justificar la redacción del mismo por las presiones a que estaba sometido don Pablo para poder volver a España.

La ambigüedad procede también de la duda que causa la incertidumbre de los recuerdos. El esfuerzo por recordar conduce a la duda en algunos casos. Por ejemplo, Isabel de los Ríos al describir a Gracia como una mujer rubia, inmediatamente se pregunta si era morena. Ya no se acordaba. Si el no poder recordar produce ambigüedad, también la produce el no poder juzgar, como le sucede al Gran Inquisidor. Las preguntas a las que no encuentra contestación le impiden juzgar, y al no emitir un juicio concreto, el lector se

sumerge en la misma ambigüedad que tiene el Gran Inquisidor. Estas preguntas sin contestación acechan también a los autores de la carta final después de la nota que dicen haber encontrado el día de la muerte de don Pablo. Ni el Gran Inquisidor, ni los autores de la carta se atreven a juzgar porque conocen lo contradictoria que es la naturaleza humana, y por eso recurren a la justicia de Cristo.

La ambigüedad procede del hecho de que no se puede asegurar nada con certeza. El P. Duval afirma que no todos los ilustrados son iguales. Está el grupo de cristianos que se consideran ilustrados y su crítica va cosida con alfilerazos de dolor porque critican lo que aman. El P. Duval quiere pensar que don Pablo es de estos últimos, pero no asegura nada. En los soliloquios, el Gran Inquisidor ante el cúmulo de preguntas que se hace a sí mismo, no se atreve tampoco a asegurar nada. La carta final nos transmite a los lectores la misma actitud de incertidumbre, causa de la ambigüedad.

Al ser difícil conocer el interior de la conciencia humana, cuando se trata de juzgarla nos encontramos con la incertidumbre total. Sin embargo, en El sambenito la ambigüedad no solamente procede del campo de la interioridad humana, sino también abarca hasta la misma identificación del autor de la relación que precede a la carta final y que fue enviada simultáneamente con ella al obispo de Rodez. El tener escondida esta relación don Pablo, como si fuese un tesoro, y el no hacer caso nunca de otras relaciones y escritos que corrían sobre él entre las gentes, puede inducirnos a pensar que fue el mismo don Pablo el autor; pero por otro lado en la carta final también se nos dice que no se sabe cómo el autor pudo estar enterado de tantas conversaciones escondidas en los despachos y alcobas, o si se las inventaría. Esto último nos hace dudar de que pudiese ser don Pablo el autor de la relación, y si es que lo fue, entonces podremos dudar más seriamente todavía de la certeza de su contenido.

Si no podemos saber quién es el autor de la relación que precede a la carta final, tampoco podemos asegurar si la nota encontrada el día de la muerte de don Pablo y en la que se decía que solamente creía en la materia y en un Dios creador, fue escrita por el mismo don Pablo. Los autores de la carta habían dicho que el papel de la nota era de puño y letra de don Pablo. En la postdata escriben que Tomasa de Arellano dice que la letra del papel no debía ser de don Pablo. Sin embargo, debido a que Tomasa de Arellano no hizo caso alguno de ciertas cláusulas del testamento de don Pablo, su testimonio no es fidedigno, como tampoco lo es el testimonio de los mismos autores de la carta, los cuales siendo los ejecutores del testamento no cumplieron el deseo explícito de don Pablo de ser enterrado sin pompa alguna. Si no nos podemos fiar ni siquiera de los autores de la carta, la ambigüedad es total pues afecta no solamente a la identificación del escritor de la relación, sino también al contenido de lo que se dice en tal relación y en la carta final, incluida la postdata.

En El sambenito al reflexionar sobre la fe de don Pablo, entramos en un nuevo terreno de ambigüedad. Si hay algo que acompaña a la fe en su condición agónica, es la ambigüedad procedente de las contradicciones internas y de la arracionalidad que conlleva la creencia religiosa. Esta ambigüedad es tal que puede conducir a don Pablo a afirmar que él no sabe si cree. Esto mismo es lo que se preguntan los autores de la carta final: ¿Tiene fe don Pablo?. Doña Isabel de los Ríos en un soliloquio cuando está tentada de llamar hereje a su esposo, duda de la fe de los inquisidores y de su propia fe.

Aun dentro de un clima de incertidumbre total, es el P. Duval el que entiende perfectamente el carácter ambiguo de la fe agónica. Por eso cuando los autores de la carta final, le hablan del contenido de la nota encontrada el día de la muerte de don Pablo en que se decía que no creía en la inmortalidad del alma, el P. Duval no tiene el

menor reparo en afirmar en medio de sus lágrimas que don Pablo era cristiano. Según el P. Duval, la ambigüedad no elimina la fe.

Si en Diálogos jansenistas, la ambigüedad afectaba únicamente de una forma directa al Cardenal Noailles, en El sambenito es el clima general de lo narrado el que está presentado de una manera ambigua. El lector se siente contagiado de esta ambigüedad, y al final llega a dudar de la certeza del contenido de lo que ha leído, incluso de aquello que los secretarios inquisitoriales afirmaban de un modo dogmático.

8.- EL ELEMENTO REFERENCIAL DE LAS CAMPANAS.

El sonido de las campanas en Historia de un otoño tiene un significado múltiple. Con frecuencia, al oírse la campana se la considera como si fuese la voz que expresaba la voluntad de Dios. Este es el caso en la conversación que mantenían el P. Vivant y el amanuense Dupré.

La campana llama a las monjas de Port-Royal para que se reúnan y para que acudan a la Iglesia al rezo de las horas del oficio. También mediante la campana se rompe el aislamiento de Port-Royal con el mundo exterior. Con la campana de las visitas que sonaba en la portería, se anunció la llegada de D'Argenson que venía en nombre del Rey y traía una orden de registro.

El significado del sonido de las campanas que predomina tanto en Historia de un otoño como en El sambenito, está relacionado directamente con la muerte. Por ejemplo, en el primer capítulo de Historia de un otoño, mientras el Cardinal Noailles y la Madre Du Mesnil están hablando, una campana toca a muerto en la iglesia del convento. Este sonido fúnebre lo volveremos a oír durante el entierro de Sor Francisca Le Camus y de nuevo al final de la novela en el entierro de la Madre Du Mesnil, muerta sin poder recibir los sacramentos, y a quien como a Sor Francisca Le Camus tampoco le permitieron tener funeral cristiano. El sonido de las campanas

está, pues, en este contexto, claramente asociado con un significado fúnebre .

Sor Francisca Briquet extrajo de debajo del hábito un pequeño papel y con una voz musical, que la ponía del lado de los pájaros y los árboles, comenzó a leer un memorandum, cuyo contenido la situaba, sin embargo, de parte de la fosa, el ataúd, las campanas, el oficio recién rezado y la cruz que presidía este jardín de muertos. 129

Hay momentos en que el sonido de las campanas en Historia de un otoño, se hace más molesto que la misma muerte con la que se asocia. Una hermana conversa da a entender a la cocinera del monasterio de Port-Royal que la muerte no asustaba en esa casa, pero que la angustia parecía provenir de las campanas que tocaban todo el día a muerto.

En la mayoría de los casos en que se nombran las campanas en El sambenito, también se las asocia con la muerte. Por ejemplo, nos dice el narrador omnisciente que el sonido de las doce campanadas del mediodía había producido una pequeña interrupción en el proceso inquisitorial

precisamente cuando los secretarios volvían a hablar de muerte e infierno. Estas mismas campanadas oídas por el P. Duval, que no se encontraba en la sala de audiencias, le hacen pensar en la posibilidad de que don Pablo fuese condenado a muerte. Doña Isabel de los Ríos en su última intervención de la novela, nos dice que no quiere que los toques de campana le recuerden la muerte a todas horas, ni que éstas se alegren por la muerte de niños que ella no ha tenido y que ve desfilar ante sus ojos en pequeños ataúdes. La relación de los secretarios al referirse al odio que crece en las familias y pueblos españoles, menciona que todo español cuando oye la campana tocar a muerto en riña o en discusión política, piensa que media España quiere matar a la otra media.

Don Pablo sentía una abierta aversión hacia las campanas. En sus tertulias, nos dicen los secretarios inquisitoriales, se hacían chistes indecentes aludiendo a los badajos de las campanas. Al acusado le enfurecía el toque de difuntos y, sobre todo, el toque de gloria, cuando algún niño moría, gritando que era una vergüenza

que las malditas campanas se alegrasen de la muerte de un niño. Jiménez Lozano ya había escrito sobre la aversión a las campanas en su artículo "El cristal y los hombres", recogido en Un cristiano en rebeldía. En este artículo Jiménez Lozano nos dice que con ocasión de la muerte de Leonor, Antonio Machado al oír la campana de la catedral llamando a vísperas a los canónigos, decía preferir el sonido de los yunques del trabajo.

Los secretarios de El sambenito acusaban a don Pablo de oponerse al toque de las campanas con ocasión de la misa de difuntos. La aversión de don Pablo hacia las campanas hizo que su toque quedase reducido al mínimo en las colonias de Sierra Morena.

Nunca permitió que sonaran como no fuese para llamar a misa mayor y así aquellas poblaciones de las colonias de Sierra Morena y hasta la ciudad de Sevilla, cuando de ella fue superintendente, quedaban sin el toque del Angelus a la hora del alba, del mediodía y del declinar de la tarde y no se oía nunca aquella singular campana que toca a la "agonía" cuando a algún cristiano le llega la hora de entregar el cuerpo a la tierra y el alma en las manos de quien la creó. Toque benditísimo de advertencia de nuestra

condición mortal, tan expuesta a los accidentes y embates de la enfermedad, que sonaba, a veces, en el crucial momento en el que el asesino preparaba su pistola o espada o el lujurioso se encaminaba a la alcoba de su perdición y le recordaban la enormidad del pecado que iba a cometer, volviéndole sobre sus pasos y determinaciones. O nos despertaba en el sueño, recordándonos, por el acomodo del cuerpo en el lecho y por la semejanza de los ojos cerrados y del cerrojo que el sueño echa a los sentidos todos, la quietud asombrosa del sepulcro. Invitando incluso a los esposos, si dicho toque les sorprendiera en el instante de pagar su débito conyugal para tener la descendencia que de él se pide, a darle término con espiritual compostura, sufriendo y reduciendo el grueso placer que la naturaleza ha unido a dicho débito y que nos recuerda con vívida imagen y sensación que "inter urinam et faeces nascimus", y que todos somos concebidos en pecado y vergonzosísimo abajamiento de la razón o especie de locura temporal que lleva a los hombres y mujeres a ayuntarse en los calores, acostamientos y suspiros del mentiroso amor del mundo, tan vano y asqueroso que la propia naturaleza ha puesto su residencia junto al lugar por donde salen los excrementos y residuos con su fetidez y horrorosa presencia. Ni tampoco sonaban las campanas de bautizos y bodas, que alegran a los humanos, aunque a veces estos toques si se permitían, ni sonaba la campana que aleja el rayo y el granizo o la tempestad, porque el acusado alegaba que estos eran fenómenos de las fuerzas eléctricas de los mundos, que los sabios estudiaban, y que el sonido de la campana no podía ser sino peligroso por el metal de que estaba hecha y estar demostrado, según la filosofía natural de los descreídos, que los átomos de las campanas llamaban a los del rayo y el relámpago como si fuesen chiquillos jugando a la pelota. 130

A don Pablo se le acusaba no solamente de aversión a las campanas y de prohibir que sonasen

en muchas ocasiones en las colonias de Sierra Morena, sino también de intentar obstruirlas repetidas veces. Detrás de esta actitud de don Pablo puede vislumbrarse un rechazo manifiesto de la asociación del cristianismo con la muerte. Para don Pablo, Dios no es un Dios de muertos, y no tenía por qué alegrarse de la muerte de nadie, y menos de la de un niño. Aun creyendo en la inmortalidad, la muerte biológica no deja de ser una frustración para quien ama la vida. Don Pablo de Olavide, como buen ilustrado, quería que España dejase de ser el reino de la muerte, y había hecho todo lo posible para que la vida mejorase en calidad y para que el optimismo del vivir sustituyese a la obsesión por la muerte.

9.- SIGNIFICADO DEL SILENCIO.

Ya se ha apuntado que el silencio de Historia de un otoño suele acompañar a los entierros de las religiosas de Port-Royal, y también está asociado con la ausencia de respuesta por parte de Dios a las preguntas asociadas con el pro-

blema del mal. El Cardenal Noailles guarda silencio en el encuentro con el Duque de Durás, pues comprende que el intercambio verbal no conduciría a nada en esa ocasión. Finalmente en la reflexión de Noailles con que concluye la novela, sentimos el silencio ambiental que acompaña a la soledad del Cardenal cuando los demás personajes de Historia de un otoño ya han desaparecido.

Durante todo el proceso inquisitorial de El sambenito nos llaman la atención los momentos de silencio tenso y elocuente. Al comienzo del juicio cuando se hace la presentación de los personajes, el silencio que reinaba en la sala de audiencias era tan impresionante que hasta se podía percibir cualquier tos ahogada. Aunque el frío era intenso, no se oía ni el más leve movimiento de los pies, ni el mas pequeño roce de manos en las tribunas.

El narrador omnisciente nos dice que algunas veces los secretarios al hacer pausas breves en

la lectura de la relación, con su silencio parecían preguntar si los que estaban presentes podían ser acusados de lo mismo que don Pablo. En otras ocasiones, el silencio breve de los secretarios tenía como finalidad intentar preguntar a los jueces si lo que seguía debía ser leído también íntegramente. Con su silencio los secretarios denotaban la gravedad de las acusaciones que iban a seguir y creaban una atmósfera de expectación y tensión hacia lo que podía oírse y suceder. Cuando el Gran Inquisidor se ve obligado a ordenar una pausa en la lectura de los secretarios, ya que parecía que hasta le querían implicar a él en las mismas acusaciones que se hacían contra don Pablo, el silencio era tan grande que se podía oír el sorber del agua que bebía el fiscal Campomanes. El simple sombrero que se le cayó de las manos produjo un ligero roce con el suelo que fue oído por los asistentes.

En sus soliloquios internos el Gran Inquisidor hace preguntas a Cristo y se las hace a sí mismo. La contestación que recibe es un

silencio atroz y angustiante. El Gran Inquisidor no encuentra contestaciones convincentes y Cristo calla.

-Los golpes no son una contestación a estas preguntas: mis espaldas reventarán de sangre, pero mi corazón proseguirá preguntándome. Nada es nada. Ni disciplinas, ni ayunos, ni leyes, ni cárceles, ni Inquisición, ni miedos. Todo lo eres Tu, Cristo. Y Tu te callas. 131

Hay diversos momentos de silencio en El sanbenito que tienen lugar cuando la acción transcurre fuera de la sala de audiencias. Por ejemplo, nos dice el narrador omnisciente que cuando Gracia se estaba muriendo, la casa había sido invadida por el silencio. Hasta el murmullo y el cuchicheo más bajo podía oírse, lo mismo que el cerrar de una puerta con cuidado y las pisadas de puntillas. El gran reloj del gabinete se había parado. El silencio cobraba el significado de la solemne expectación frente a la muerte.

El P. Duval también guarda silencio en un momento oportuno cuando después de haber aconsejado

a Caticha que no diga lo que sabe a su novio Manuel Lázaro porque éste por miedo podría hablar a la Inquisición, aquélla le pregunta si el miedo es cristiano. El P. Duval no contestó a esta pregunta y se dispuso a rezar. El criterio pastoral del P. Duval al mantener esa conversación con Caticha, aconsejaba no decir nada en ese momento. El P. Duval se impuso a sí mismo un silencio que iba a beneficiar tanto a Caticha como a él mismo.

Cuando el silencio está impuesto por los demás, es cuando se puede convertir en una carga insostenible. Este es el caso de doña Isabel que cansada de tanto silencio y de haber tenido siempre que callar en su vida, está a punto de gritar para poder decir que no, cuando todos a su alrededor le habían obligado a decir que sí. El silencio impuesto a doña Isabel significaba sumisión. El romper ese silencio era señal de rebeldía.

El narrador omnisciente señala que a medida que se aproximaba el final del juicio, parecía

que el silencio se hubiese petrificado. Esta cualidad del silencio responde a la palidez de la cara de los asistentes al proceso y al espasmo de terror que invadía a todos. La expectación se hacía intolerable. Cuando entraron en la sala los ministros con la coraza y el sambenito lo único que se oía era un silencio de tumba. El silencio inicial del proceso había durado durante las cinco horas de la lectura de la relación, y al final venía a cobrar el significado de que iba a suceder lo que se temía como inevitable.

El silencio de El sambenito además de estar asociado con la muerte en algunos casos, y de tener connotaciones pastorales en otros, como sucedía en Historia de un otoño, sirve para añadir dramatismo al proceso inquisitorial contra don Pablo de Olavide, y crea en los asistentes a ese juicio una atmósfera de expectación angustiosa que se transmite a los lectores de la novela. El silencio dramático de El sambenito causa un sufrimiento agónico al Gran Inquisidor, el cual no encuentra descanso ni en la oración al sentirse enfrentado a Cristo que calla.

NOTAS AL CAPÍTULO TERCERO

108 Diálogos jansenistas, pag. 66 .

109 Ibid., pag. 68.

110 Ibid., pag. 66.

111 El sambenito, pag. 32.

112 José Jiménez Lozano, "El aporte del profesor Americo Castro a la interpretación del sentimiento religioso español" en Varios, Estudios sobre la obra de Américo Castro. Madrid. Taurus. 1971. Pags. 211-245.

113 Ibid., pag. 227.

114 Los abusos de las devociones populares en el siglo XVIII están expuestos en Richard Herr, España y la revolución del siglo XVIII. Madrid. Aguilar. 1964. Pags 26-27.

115 El sambenito, pag. 146.

116 Diálogos jansenistas, pag. 52.

117 Historia de un otoño, pag. 110.

118 Ibid., pags. 33-34.

119 Diálogos jansenistas, pags. 54-55.

120 El sambenito, pag. 169.

121 Historia de un otoño, pag. 99.

122 Ibid., pag. 147.

123 El sambenito, pags. 18-19.

124 Ibid., pag. 15.

125 Historia de un otoño, pags. 55-56.

126 El P. Duval se está refiriendo a la tendencia entre los ilustrados a defender una concepción deísta de la religión. Según esta concepción, se aceptaría la existencia de Dios, pero se podría cuestionar seriamente el carácter personal de la divinidad. Si el ser personal de Dios está en duda, con muchísima más razón se podría cuestionar el concepto de Dios como padre.

127 Usamos el término arracional en lugar de irracional o antirracional por parecernos más apropiado para describir algunos aspectos agónicos de la condición humana en relación a la problemática de la fe. El mismo concilio Vaticano I al hablar del acto de fe empleaba el término arracional. Lo arracional sería lo que está más allá del campo de la razón humana, mientras que lo irracional o antirracional connota una oposición y rechazo de la racionalidad.

128 El sambenito, pag. 189.

129 Historia de un otoño, pag. 33.

130 El sambenito, pags. 41-43.

131 Ibid., pag. 81.

CAPÍTULO CUARTO: GÉNEROS LITERARIOS Y ELEMENTOS ESTILÍSTICOS.

Los géneros literarios usados en las obras de narrativa histórica aquí analizadas, corresponden a la intención del autor al escribirlas. La interacción de los personajes y el intercambio de ideas y puntos de vista en torno al problema de la destrucción de Port-Royal se prestaba al recurso del género teatral, tal como fue usado por Jiménez Lozano en Diálogos jansenistas, que tiene como antecedente literario la obra dramática de Henry de Montherlant, Port-Royal, representada por primera vez en la Comédie Française en 1954. En esta obra se lleva a la escena la confrontación entre el arzobispo Péréfixe y las monjas de Port-Royal. En Diálogos jansenistas, la acción es posterior históricamente a lo presentado en la obra de Montherlant. Sin embargo, también aquí encontramos una confrontación entre las monjas de Port-Royal y un arzobispo de París, en este caso el Cardenal Noailles, uno de los sucesores de Péréfixe.

Las técnicas teatrales, usadas en la elaboración de Diálogos jansenistas, son de apreciable interés y a su estudio dedicaremos parte de este apartado. Jiménez Lozano recurre a expresiones dramáticas que apuntan hacia la representación de la obra. Aunque la distancia histórica y la profundidad de planteamientos teológicos podrían dar a esta obra un carácter de pesadez conceptual, Jiménez Lozano evita esta sensación caracterizando a los personajes con gran viveza expresiva. Si bien es cierto que la representación teatral sería la culminación literaria de Diálogos jansenistas, también lo es que su misma lectura se convierte en motivo de inspiración y reflexión acerca de nosotros mismos, nuestro contorno existencial y las circunstancias socio-políticas y religiosas de la España de 1968, momento en que fué concebida y escrita esta obra.

Historia de un otoño pertenece al género literario de la novela. Las técnicas narrativas usadas aquí por Jiménez Lozano son muy varia-

das y poseen un denominador común: la claridad. Independientemente del método narrativo usado en los diversos capítulos, la acción y la reflexión se van siguiendo con facilidad. Tanto los sucesos narrados como los temas teológicos presentados, no ofrecen ninguna dificultad para captar lo que el autor está comunicando. En este apartado desearíamos analizar también las técnicas descriptivas y narrativas de Historia de un otoño. En algunas ocasiones los hechos descritos por el narrador omnisciente están expuestos en un ambiente geográfico e histórico que ayuda a que el lector no pierda de vista el hecho de que se encuentra con un mundo real. En otros casos es el mismo narrador omnisciente el que lee e interpreta lo que sucede en la interioridad de los personajes, emitiendo juicios valorativos y teológicos sobre la situación. La prosa del narrador omnisciente suele tener características de desnudez, correspondiente al espíritu de desprendimiento de todo lo que significa e implica Fort-Royal¹³². También nos encontramos con momentos narrativos en que los mismos personajes reflexionan a solas ensimismados en sus

propios pensamientos, en sueños repletos de angustia, o mediante diarios personales que reflejan lo vivido y sentido en un momento determinado. Las relaciones entre los diversos personajes están presentadas bajo las formas de conversaciones y diálogos ricos, profundos y altamente insinuantes. Finalmente en Historia de un otoño se usa también un género intermedio entre la conversación y la reflexión personal. Nos estamos refiriendo al género epistolar en que al mismo tiempo que el que escribe se centra en sí mismo, quiere comunicar sus pensamientos, inquietudes y conocimientos a los destinatarios de las cartas.

El sambenito es un relato novelado en que la prosa pone de manifiesto la pesadez del proceso inquisitorial y las repetitivas acusaciones de los secretarios contra don Pablo. Cuando el cúmulo de insinuaciones de tal prosa llega al borde de la capacidad de lo soportable tanto para los asistentes al proceso, como para los lectores de la novela, interviene el narrador omnisciente con el fin de interrumpir las acusaciones y disten-

der el ambiente cargado de miedo y frialdad. Sin embargo, no toda la novela consiste en la alternancia sucesiva de la intervención de los secretarios y la del narrador omnisciente. Hay también diálogos y soliloquios de los principales personajes que intervienen en la acción narrativa. Este apartado quedaría incompleto sin examinar el problema de la identificación del narrador original del manuscrito en el que se relata todo lo sucedido en el proceso inquisitorial de El sambenito y que parece que fue encontrado con otros objetos el día de la muerte de don Pablo. También prestaremos atención a los diversos puntos de vista de la prosa del relato y nos concentraremos en la autosuficiencia de un texto narrativo que en sí mismo ya nos está indicando todo lo que el lector puede pensar sobre él. Incluso hasta el mismo significado de los nombres de los personajes denota la caracterización y descripción de los mismos.

1.- TEATRO BRECHTIANO

Conforme ya se ha señalado, Diálogos jansenistas constituye una porción de historia político religiosa revivida con una finalidad didáctica concreta que hace referencia al momento de actualidad en que fueron escritos: el año 1968. Jiménez Lozano nos ofrece esta obra para hacer-nos reflexionar sobre la situación del mundo, de la Iglesia católica y de España en la excitación político-religiosa de ese año. Desde el distanciamiento histórico de los sucesos en torno a la controversia jansenista, podemos entender mejor a nuestro mundo y a nosotros mismos. Tanto la finalidad didáctica como el mismo distanciamiento histórico, son elementos que entran de lleno en la concepción del teatro épico de Bertolt Brecht. Jiménez Lozano en una conversación con Teófilo Cabestrero, al hablar sobre

Diálogos jansenistas, cita a Erwin Piscator que fue el verdadero creador del teatro épico y el que había de influir decisivamente en Brecht¹³³. Según esta concepción del teatro, la obra dramática se define por su función. El dramaturgo debe difundir aquellas ideas encaminadas a cambiar el mundo. Por tanto, su público es el actual al que hay que transmitirle un saber, y a la vez comprometerle con una idea. De este planteamiento surge la finalidad didáctica. Lo épico, como todo hecho narrado, se relaciona con el pasado. Esto produce una separación entre el narrador y el oyente. En la escena, el público observará la acción como un acontecimiento pretérito que se representa por primera vez ante él. La ilusión teatral, la identificación entre actor y público, se ha roto¹³⁴. La introducción del canto gregoriano como elemento musical en Diálogos jansenistas, contribuye todavía más al distanciamiento histórico y a la no identificación del público con el actor. El canto gregoriano de Diálogos jansenistas tiene no solamente un carácter de de-

coración musical, sino que corresponde al dramatismo de la acción y de la conversación, adquiriendo, en ciertos momentos, una función clara de protagonista de la escena.

Según estamos observando, Diálogos jansenistas tiene elementos del teatro épico que se ponen de manifiesto en el texto literario. En él se conjugan tanto la acción de una estructura dramática como la escenografía y la actuación, coincidiendo todas en promover una nueva visión del mundo en el espectador que le ayude a cambiar su actitud, tratando de provocar en él una reacción, convirtiéndole en parte de un auditorio activo, cómplice y solidario de una idea.

Otra característica del teatro épico es su circularidad. La obra termina prácticamente como comienza. El Cardenal Noailles se encontraba predispuesto a favor de Port-Royal, y con esa intención visita el monasterio. Este es el comienzo de Diálogos jansenistas. El final de la obra es una manifestación más

clara todavía de la infusión del espíritu jansenista de Port-Royal en el Cardenal de París. El monasterio ha sido destruido físicamente; pero lo que Port-Royal significa, continúa presente en Noailles con más fuerza que al comienzo. Ahora es el público el que tiene que tomar sus decisiones frente a lo que ha visto representado en el escenario. Esta representación dramática existencial tiene una finalidad didáctica que provocará en los espectadores una decisión a favor de un cambio en sus vidas y en su mundo concreto.

Según la concepción del teatro épico, la obra dramática está llamada a ser representada. Puesto que Jiménez Lozano no ha encontrado un director de teatro interesado en la representación de Diálogos jansenistas, no ha creído oportuno publicarla¹³⁵. No obstante no creemos que es acertado considerar a esta obra como un borrador de lo que sería después Historia de un otoño. Como ya hemos señalado en diversas ocasiones en este mismo estudio, la primera novela de

Jiménez Lozano es una obra teológica, mientras que Diálogos jansenistas es una obra política, como corresponde a toda pieza de teatro épico¹³⁶.

2.- DIVERSAS FORMAS DE NARRACIÓN

El narrador omnisciente de Historia de un otoño no se limita a exponer lo que sucede en el mundo exterior, sino que penetra en la interioridad de los personajes, ofrece sus propios juicios y reflexiona teológicamente sobre los acontecimientos sucedidos y sobre las posiciones defendidas por los personajes que intervienen en la acción o en el diálogo. Este narrador penetra en el interior del Cardenal Noailles, y al hacerlo nos dice que éste, a su vez, profundiza en la interioridad tanto del Rey como de su confesor el P. Le Tellier.

Mas, ¿cómo puede comerse junto al Rey con estos pensamientos en la cabeza, sin que se trasluciesen? Al final del banquete, Su Muy Cristiana Majestad pidió al cardenal que le siguiera y, cuando estuvieron solos en una salita tapizada de azul, el cardenal pudo per-

catarse de hasta qué punto el pobre Rey era víctima del fantasma de las monjas, como Hamlet del fantasma de su padre. También se percató de hasta dónde estaba trabajada aquella pobre conciencia humana por el odio teológico de su confesor el Padre Le Tellier. 137

En otras ocasiones el narrador omnisciente explicita lo que ya está en la mente de todos. Por ejemplo, cuando el Duque de Durás se presenta de improviso en la residencia del Cardenal Noailles mientras éste se encontraba en conversación con el P. Vivant, con Mademoiselle de Joncoux y con el P. Tallien, nadie se extrañó porque, según el narrador señala, desde hacía varios años era normal que hasta los muros se volvieran delatores y los tapices ocultaran ojos y oídos. La actuación frente al Duque de Durás no debería superar el nivel de las apariencias, y así lo expresa el narrador.

Aquello era un juego, y el cardenal, acostumbrado a él en otros tiempos, parecía dejar de lado la gravedad de sus pensamientos y sus palabras de hace unos instantes y entró resueltamente en él, casi como se entra en un minué. 138

La asociación dramática entre la destrucción del monasterio de Port-Royal y la realidad inevitable de la muerte, es presentada por el narrador omnisciente en el entierro de Sor Francisca Le Camus. Conforme hemos indicado al estudiar los temas teológicos de Historia de un otoño, el narrador nos indica que la lógica humana no puede entender que Dios no ahorre a sus hijos el horror del sepulcro, como nunca entenderá tampoco que el amor y la vida tengan su morada en el lugar del excremento. El narrador en sus expresiones se adapta a las circunstancias del momento. Si la tristeza de la muerte y la agonía de la fe nos son transmitidas con ocasión de un entierro, la alegría, el sarcasmo y la ironía galopante nos son comunicadas al hacernos la presentación del abate Dubois.

El juicio moral acerca de la demolición de Port-Royal está a cargo del narrador al indicar, ante las ruinas del monasterio, que el propio Satanás se revolcaría allí de gozo y sus ronquidos de placer se podrían oír por las noches. Se trata

de una demolición ejecutada por los poderes del mal. El narrador se estremece, igual que lo haríamos nosotros , ante los horrores cometidos a raíz de la destrucción de un monasterio en el que el espíritu de fidelidad a la propia conciencia había triunfado sobre las exigencias de los poderes terrenales de carácter absolutista.

En El sambenito la ambientación del proceso inquisitorial y del contorno de las conversaciones entre los diversos personajes fuera del proceso, viene dada por el narrador omnisciente. Al comienzo de esta novela, el narrador nos describe la preparación de la ceremonia del proceso, se refiere a la hora en que debía empezar, y lo ambienta todo hablándonos de las condiciones atmosféricas.

Hacía tiempo, en verdad, que no se celebraba una ceremonia como la de aquella mañana. O, para ser más exactos, no se había celebrado nunca. Se había preparado minuciosamente, con tan larga paciencia y secreto, que ni siquiera el Go-

bierno de Su Católica Majestad había sido puesto al corriente. Y, sin embargo, no se hacía de tapadillo, sino a la luz del día y en una sala rutilante de luz y de color. Aunque un poco desvanecidos ambos, es verdad, porque la mañana era gris y lluviosa, la hora muy temprana, cuando comenzó - las ocho en punto, con meticulosidad casi mecánica - y los candelabros no podían hacer resplandecer aquellos hábitos, aquellos uniformes, aquellas condecoraciones, como el sol lo hubiera hecho. Mas pronto se hicieron camino por la puerta, una vez alzado por dos criados el rojo cortinón de terciopelo, dos hileras de alguaciles y ministros con cirios encendidos en las manos. 139

No sólo las condiciones ambientales son descritas por el narrador omnisciente. También la compostura y aspecto externo de los asistentes al proceso están dibujadas en conformidad con lo que escuchan, piensan y sienten. Por ejemplo, el narrador señala que el Gran Inquisidor en ciertas ocasiones se mantenía erguido en su sillón, abstraído de lo que se decía y sucedía en la sala. En otras ocasiones, se movía nerviosamente cambiando de posición con rapidez no pudiendo disimular el malestar que todo aquel proceso le estaba causando y las ansiedades que le afectaban interiormente.

En el capítulo segundo, durante la conversación entre Isabel de los Ríos y Caticha, el narrador omnisciente describirá la sala donde hablan, no olvidando ningún detalle que nos ayude a poder sentir nosotros mismos lo que las dos damas están viviendo en ese momento. Era una sala adornada al estilo español, con cuadros apropiados, mesa de roble, libros encuadernados en piel de becerro, sillones pesados, paredes blanquísimas, esterillas de esparto...etc.. Isabel de los Ríos, cristiana vieja, podía sonreír con melancolía al encontrarse con un contorno decorado de acuerdo con la casta a la que pertenecía.

Por lo general, la intervención del narrador omnisciente tiene lugar al comienzo de los capítulos para contribuir a la ubicación del lector de la novela. Por ejemplo, así como había sucedido en el capítulo primero, en el tercero también se vuelve a describir la sala de audiencias de la Inquisición con su olor excesivo a cera, el sol que entraba por las ventanas y el calor que había sustituido al frío

del comienzo del proceso. En el capítulo octavo, al referirse a la muerte de doña Gracia, el narrador omnisciente empieza describiéndonos la lluvia y el viento del exterior que contrastaba con el silencio de muerte reinante en la casa. Lo que sucede en el exterior de la sala de audiencias o de las diversas salas donde conversan los personajes, es mencionado por el narrador omnisciente, que en este caso desempeña la función de vaso comunicante entre dos mundos diferentes, pero quizás relacionados irónicamente como cuando al rezumar satisfacción los secretarios por haber presentado lo que para ellos es evidencia irrefutable, el narrador omnisciente nos dice que en un corral cercano se oía el cacareo de las gallinas y el canto orgulloso del gallo.

Las interrupciones en los diálogos o en el proceso inquisitorial vienen descritas también por el narrador omnisciente. Cuando doña Isabel pregunta al P. Duval acerca de su esposo, el narrador nos dice que los que salían de la sala de audiencias temían por la vida de don Pablo. Quizás solamente un milagro podría li-

brarle de la entrega al brazo secular. Sin embargo, esto que el narrador nos comunica a los lectores de la novela, no llega a oídos de doña Isabel. Su conversación con el P. Duval transcurre por vías diferentes. Más tarde, será este narrador el que nos dirá que un doméstico interrumpe la conversación entre el Gran Inquisidor y el P. Duval. El escenario ambiental de dicha conversación cambia entonces. Se producirá una nueva interrupción en este diálogo al indicarnos el narrador que el Gran Inquisidor encarga a un criado que encienda los velones y que traiga un brasero de repuesto. En medio de esta interrupción aparecerá la madre del Gran Inquisidor.

En el proceso inquisitorial, algunas interrupciones en la lectura de las actas de los secretarios, tienen lugar en momentos en que el narrador omnisciente parece indicar que las acusaciones contra don Pablo son de carácter sexual. Así se dice que en un momento los secretarios se detuvieron como para preguntar a los jueces si lo que seguía debía ser leído también integra-

mente, como se había convenido. Las preguntas eran mediante miradas significativas. Según este narrador, las acusaciones que seguían implicarían que don Pablo no daba importancia al sexto mandamiento. Otra de las ocasiones en que la lectura de los secretarios es interrumpida con ayuda del narrador omnisciente, tiene lugar cuando se implica en las acusaciones a grandes personalidades del reino y al mismo Gran Inquisidor. Es entonces, cuando éste ordena al Licenciado Escalzo que se haga un descanso en el auto. Se había dicho que el Gran Inquisidor estaba inclinado excesivamente a la lenidad. El narrador omnisciente afirma que todos sabían desde el primer momento que el Gran Inquisidor se había opuesto a la idea de entregar al acusado al brazo del poder secular. La lectura de los secretarios, pues, se interrumpe cuando llega un momento en que la tensión interior del Gran Inquisidor es tal que está a punto de desfallecer mentalmente. Por ejemplo, en medio de un monólogo interior en que el Gran Inquisidor cuestiona todo y piensa en el miedo y en el silencio de Cristo, no puede más y manda

de nuevo al Licenciado Escalzo que ordene una pausa en el auto. En otras ocasiones, son circunstancias externas las que hacen intervenir al narrador omnisciente para interrumpir la lectura de las actas. Cuando los secretarios volvían a hablar de muerte e infierno, es el sonido de las doce campanadas del mediodía el que provoca la interrupción. Al estar cercano el final de la relación de los secretarios, hay una pequeña interrupción en la que los asistentes pudieron comenzar a respirar con cierta holgura, pues se daban cuenta de que quizás todo su temor y temblor había sido excesivo.

En algunos rostros llegó a lucir la sonrisa, se oía el rastrear de los pies y suspiros de alivio. El abad de El Escorial y el cura Samaniego debían de sentir vergüenza, si es que habían hecho su confesión por miedo. El fiscal Campomanes se enderezó en su asiento y arregló sus puños de encaje y su peluca. El acusado mismo alzó su cabeza con dignidad y sus ojos en busca de los jueces, en busca de los ojos del Gran Inquisidor, pero los jueces permanecían impenetrables y el Gran Inquisidor ofrecía el mismo semblante demudado como perdedores en aquel pleito, según pensaron algunos. El duque de Abrantes dijo al oído de su vecino: -El parto de los montes. Todo ha sido aire, sermón de cuaresma en palacio que se pasa luego con los capones y natillas de la cena. Y los cuchicheos comenzaban a reproducirse y a subir de tono. El ratón escapaba de las uñas del felino. O eso parecía al menos. 140

Como ya se habrá podido observar, las interrupciones de la lectura de los secretarios en las que interviene el narrador omnisciente, crean un clima de expectativa y tensión hacia el desenlace final del proceso. Así en una de estas interrupciones, se describe lo que hacen los personajes asistentes al auto inquisitorial. El narrador omnisciente penetra en la mente de estos personajes y manifiesta las dudas que tenían acerca de si el Tribunal había aceptado también la acusación de incesto que los enemigos del mismo don Pablo le hacían de vivir maritalmente con su media hermana doña Gracia. Esto contribuye a incrementar el clima de expectativa en el lector de la novela. A medida que se aproxima la lectura de la sentencia, la ansiedad crece entre los asistentes al proceso y se contagia a los lectores de la novela. Las preguntas que los asistentes primero, y después los lectores nos hacemos, podrían formularse así: ¿Qué va a suceder ahora?. ¿Será entregado don Pablo al brazo secular?. ¿Será azotado allí públicamente?. ¿Cómo podría haber absolución después de tantos cargos y de tanto enojo del

Tribunal?.

El narrador omnisciente tiene como función en El sambenito no solamente ofrecernos detalles ambientales en los diversos capítulos de la novela, sino también provocar interrupciones o intervenir en ellas. Estas interrupciones se realizan en la lectura de la relación de los secretarios y en los diálogos de los principales personajes. Una de las consecuencias de las interrupciones, es mantener la tensión de los asistentes al proceso inquisitorial y la del lector, dirigiéndola hacia el deseo de conocer el desenlace final y la suerte que correrá el acusado.

3.- IDENTIFICACIÓN DEL AUTOR FICCIONAL.

Al final de El sambenito leemos la carta que Antoine Reinard y Josep Barrière, testamentarios, amigos y capellanes de don Pablo de Olavide, enviaron a Monseñor Colbert de Seignalay, obispo de Rodez. Los autores de esta carta le dicen al señor obispo que le envían todo lo que antecede, es decir, la relación del auto de fe del

24 de noviembre de 1778, en que don Pablo de Olavide fue condenado, y otras reflexiones y conversaciones pertinentes a dicho caso, que se añaden oportunamente a dicha relación. Todo esto parece corresponder a lo que hasta ese momento habíamos leído en el texto de El sambenito. Según se desprende de la carta final, parece que la relación que precede, fue encontrada entre los papeles que tenía don Pablo la noche misma en que murió. Ya hemos indicado que incluso se podría llegar a pensar en la posibilidad de que don Pablo fuese el autor del relato, ya que, según los autores de la carta, de todas las versiones que corrían sobre él, don Pablo prefería la que aquí se encontró.

En el caso de que fuera don Pablo el autor del relato, queda sin resolver el problema de las fuentes de conocimiento que poseía para saber tantas conversaciones escondidas entre los diversos personajes de lo narrado. Podríamos cuestionar seriamente la veracidad de lo que el presunto autor nos está diciendo al no disponer

de ningún criterio convincente de verificabilidad sobre lo relatado en ciertas conversaciones y en algunos soliloquios íntimos que constituyen parte fundamental de la narración . El hecho de que sean los autores de la carta, o en cierto sentido Tomasa de Arellano, los que parecen insinuar que don Pablo era el autor de lo narrado, no nos parece totalmente convincente para defender esta opinión, ya que de un análisis de la carta se desprende que el testimonio de aquéllos no es fidedigno. Tomasa de Arellano es prima de don Pablo y legataria universal de sus bienes. Los autores de la carta eran los ejecutores testamentarios. En dicha carta nos dicen que en febrero de 1801, don Pablo había hecho ya testamento con una pública proclamación de su fe católica. En este testamento afirmaba que quería ser enterrado en su parroquia muy simplemente y sin ninguna pompa ni distinción. Sin embargo, más adelante en la carta, los autores dicen que con la aprobación explícita de ellos mismos, Tomasa de Arellano dispuso que el entierro se llevase a cabo

con gran pompa, con procesión y música. Esto nos conduce a concluir que no nos podemos fiar de los autores de esta carta. Por tanto la cuestión del autor de la relación precedente queda sin resolverse y forma parte del clima de ambigüedad que acompañó toda la vida de don Pablo de Olavide, incluyendo el ámbito de su misma fe religiosa.

4.- ELEMENTO EPISTOLAR

En el capítulo XI de Historia de un otoño podemos leer dos fragmentos de cartas dirigidas al Cardenal Noailles que versan sobre los sufrimientos padecidos en cautividad por los jansenistas. La primera carta es de la Madre Du Mesnil escrita mientras se encontraba en el destierro del monasterio de las ursulinas de Blois. La segunda carta es de un benedictino jansenista, dom Thierry de Viaixnes que había conseguido escaparse de la cárcel de Vincennes invitando a comer en su celda a los centinelas de los mismos alimentos que a él le habían

servido como cena.

El tono de la carta de la Madre Du Mesnil es de soledad y decepción por la destrucción del monasterio de Port-Royal. No obstante, encontramos un dato muy positivo en esta carta en el descubrimiento por parte de la propia Madre Du Mesnil del don de la tolerancia y del pluralismo teológico dentro de la Iglesia. Conforme hemos indicado, la última priora de Port-Royal renunció a su intransigencia religiosa al estar en contacto con Sor Paulina Laubardemont.

Ahora, Eminencia, mi confidente diaria es también Sor Paulina Laubardemont, la nieta de Monsieur Laubardemont, el terrible magistrado de Loudun, que tanto odio tenía a Port-Royal y a nuestro Abate Saint-Cyran! Es muy aficionada, como todas las ursulinas, a la escuela de la Compañía. Pero ¡tan cristiana! La otra gracia, Eminencia, que he recibido en este destierro es la de haber aprendido que también "los otros" pueden ser cristianos, que hay muchas maneras de serlo. Y que lo son hasta heroicamente. Sor Paulina Laubardemont fue la única en compadecerse aquí, cuando me... (siguen dos líneas tachadas, ilegibles). Solo ella. 141

En esta carta la Madre Du Mesnil además de referirse a la noche oscura de la fe, que está

atravesando, habla del abate Dubois y del consuelo que supuso para ella la presencia de este capellán en medio de los sufrimientos morales y espirituales del destierro.

La segunda carta que encontramos en Historia de un otoño la escribe dom Thierry de Viaixnes al Cardenal Noailles. En esta carta se habla de la intolerancia que se experimentaba en la cárcel de Vicennes. El autor de tal carta se refiere a los confesores que le amenazaban con el infierno si no firmaba el Formulario. Al leer este escrito nos enteramos de que en la cárcel de Vicennes se practicaba una tortura sutil y cruel al mismo tiempo¹⁴². Tanto la carta de la Madre Du Mesnil como la de dom Thierry de Viaixnes constituyen expresiones de dolor y tienen el carácter de confidencias espirituales dirigidas al Cardenal Noailles, en quien ven sus autores a un pastor comprensivo y reconciliador.

En El sambenito cobra una importancia especial la carta final a la que nos hemos referido

en diversas ocasiones tanto al tratar de la ambigüedad total que acompaña al relato inquisitorial contra don Pablo de Olavide, como al tratar la cuestión insoluble del autor de dicho relato.

Es posible que esta carta refleje también el mundo de contradicciones que supuso la vida de sus autores mientras se refugiaron en España. Hay indicios históricos que nos impulsarían a afirmar la posibilidad de que los autores de esta carta fueran sacerdotes franceses que, huyendo de los excesos de la revolución en su país, vinieron a España, donde se les miró con mucha cautela pues para los representantes de los valores de la España ortodoxa y eterna, aparecían como portadores de las ideas de la Ilustración francesa que querían introducir en el país de adopción. Aquí radica el origen de una vida de contradicciones y de angustia que parece afectar a los eclesiásticos franceses que escribieron la carta final. El drama de estos sacerdotes sería la prolongación del de don Pablo de Olavide. Por eso tienen tanto interés en mandar la relación a su obispo francés.

La característica común de las cartas de la Madre Du Mesnil , de dom Thierry de Viaixnes, y de los eclesiásticos franceses que hablan sobre don Pablo de Olavide, es que hacen referencia a una situación alienante al encontrarse los que las escriben en un ambiente existencial forzado. La Madre Du Mesnil escribe la carta desde el destierro. Dom Thierry de Viaixnes hace referencia directa en su carta a la prisión en la que estuvo encarcelado y logró escapar. Antoine Reinard y Josep Barriere posiblemente escriben la carta final de El sambenito desde una situación de exilio, para tratar de expresar la angustia que sienten al tener que vivir la fe y ejercer su ministerio pastoral en un ambiente hostil.

5.- DIARIOS PERSONALES

En el capítulo IX de Historia de un otoño encontramos fragmentos de dos diarios netamente diferenciados. La relación manuscrita de la cautividad en las ursulinas de Blois de la Madre Du Mesnil, tiene cierta solemnidad.

Las fechas de las muestras que se nos ofrecen de este diario, pertenecen a dos fiestas litúrgicas del calendario cristiano, la Navidad y el día de la Candelaria. El tono fundamental de dicho diario es de profundidad, seriedad y angustia. Como contraste, los fragmentos del segundo diario pertenecen a las notas que se salvaron de los comentarios que el abate Dubois escribía en los libros de los registros parroquiales. Las fechas están tomadas al azar, sin particular significación. El tono es relajado, irónico, humorístico y con fuertes connotaciones de tipo pastoral.

En ambos diarios no encontramos una simple narración descriptiva, sino que en su interior hallamos nuevas formas de expresión literaria. En el diario de la Madre Du Mesnil, la interacción entre diversas personas se expresa bajo la forma de diálogo. La priora del destruido monasterio de Port-Royal dialoga con el capellán que la visita para convencerla de que firme el Formulario. En el ensimismamiento de un momento de oración

durante un posible estado de semivigilia, la Madre Du Mesnil sostiene un brevísimo diálogo con el demonio. Todas estas conversaciones corresponden a lo relatado el día de Navidad de 1709. La primera sensación que nos comunica la Madre Du Mesnil aquí, es el aislamiento frente al mundo exterior¹⁴³.

Mes y medio llevo en este destierro, que a Dios le ha placido depararme. Sin ninguna clase de noticias de mis hijas ni de los amigos de Port-Royal, no sé lo que va a durar, ni qué disposiciones se tomarán contra nosotras o, todavía, a favor nuestro. No veo otra cosa que mi celda. 144

La Madre Du Mesnil dice que ha escrito tres cartas al Cardenal Noailles, y no sabe ni siquiera si han salido del monasterio. Se pregunta a sí misma cómo habrán pasado la Navidad las otras monjas de Port-Royal en sus destierros respectivos. No sabe nada de ellas con certeza. Al pensar en esto, no puede menos de recordar múltiples detalles de Port-Royal.

El fragmento del diario correspondiente al dos de febrero de 1710, está parcialmente expresado en forma de diálogo con el abate

Dubois. En primer lugar, la Madre Du Mesnil se sorprende de que su nuevo capellán le diga que podrá comulgar para Pascua de Resurrección sin tener que firmar el Formulario. Encontramos además, una eclesiología profunda en lo que la última priora de Port-Royal escribe acerca de las opiniones del abate Dubois sobre el papel de la Iglesia como mediadora entre Dios y los hombres. Sin esta función de la Iglesia, el amor de Dios destruiría al género humano. La Madre Du Mesnil al tocar este tema, tiene que reconocer la poca estima que en Port-Royal tenían por San Pedro¹⁴⁵. Como estamos observando, en estas memorias no todo es defensa y comprensión del pasado. Hay también un elemento autocrítico de la falta de tolerancia jansenista.

Como contraste con el tono del diario de la Madre Du Mesnil centrado en la problemática del drama de Port-Royal y en sus ansiedades interiores, los fragmentos que se han conservado del diario del abate Dubois, tienen un carácter extrovertido en el que predomina la orientación

pastoral. En este diario no se transcribe ninguna conversación, como en el caso de las memorias de la Madre Du Mesnil, sino que hallamos el epitafio de la lápida que se encuentra en la tumba de Inocencio XII y que el abate Dubois considera que es un resumen de la vida de este pontífice. Ya hemos indicado la dimensión pastoral de abnegación y entrega a los pobres que tuvo la vida de Inocencio XII.

6.- RELACIÓN INQUISITORIAL

Gran parte de la novela de El sambenito se compone de la lectura que hacen los secretarios inquisitoriales de los cargos y acusaciones contra don Pablo. En esta relación se invocaban testimonios, hechos, recuerdos, viajes, cartas, tertulias y chistes encaminados a abrumar a los oyentes con lo que los secretarios pensaban eran pruebas contundentes de la culpabilidad del acusado. Con frecuencia, según el narrador omnisciente, se alternaban el latín y el castellano. Sin embargo, en el texto de la novela

no aparecen citas latinas, y únicamente hay reminiscencias del castellano antiguo al iniciar los secretarios algunos párrafos con expresiones como "item más" u "otrosí". Estas frases ponen de relieve la continuidad del relato que los secretarios siguen leyendo con casi total abstracción de lo que sucede a su alrededor. La premura por leer sin interrupción denota no solamente el incontrolado entusiasmo de los secretarios, sino también el deseo de que no quede nada substancial sin ser objeto de acusación contra don Pablo. La prosa de los secretarios es implacablemente parcial a favor de la ortodoxia cerrada que había hecho posible la Inquisición en España.

Se hacía hincapié en el horrible crimen, execrable entre todos, de haber intentado el acusado impedir la libertad de actuación del Santo Tribunal y se contraponía todo ello a la suavidad de éste, a su misericordia y mesura, al trato humanísimo dado en los calabozos inquisitoriales a quien estaba sentado en el banquillo. 146

Los secretarios en su parcialidad dogmática llegan a defender que las prerrogativas de la

Inquisición son de derecho divino. A la filosofía de más allá de los Pirineos se la denomina peste negra contra la que la Inquisición tenía sus propios centinelas y puestos de vigías. No hay en la relación de los secretarios el menor indicio de inseguridad o duda. Es tal su aplomo mental y verbal que nos llegamos a sentir molestos ante una lectura tan cargada de dogmatismo aplastante. Las expresiones de los secretarios denotan una actitud categórica excluyente de toda apertura a la comprensión de puntos de vista diferentes. Encontramos frases como "quedaba asimismo concluído y probado", "quedaba fijado y determinado", "falange de evidencias", "quedaba atestiguado y debidamente probado".

Suceda lo que suceda en su contorno, los secretarios siguen leyendo y evitan dentro de lo posible hasta las mismas interrupciones provocadas por ellos mismos. La prosa que usan, tiende a reducir el número de puntos a lo imprescindible. Hay un claro predominio de la coma sobre el punto. Entre dos puntos consecutivos hay una

gran distancia amortiguada por las comas que nos permiten simplemente respirar. En cuanto a la estructura interna de las oraciones gramaticales leídas por los secretarios, resalta el casi continuo empleo del polisíndeton. Las conjunciones que más abundan en la totalidad de la relación inquisitorial son la "y" y el "que". Todo esto contribuye a crear una sensación de rapidez y pesadez simultáneamente. Parece que no hay nada ni nadie que pueda frenar la letanía incontenible de acusaciones contra don Pablo. Incluso cuando en medio del proceso, el abad de El Escorial lanza un grito autoacusatorio y cae al suelo mientras llora, los secretarios ignoran todo esto y siguen leyendo. Como ellos mismos señalan, se trataba de "cosa de nunca acabar", y no había que perder oportunidad alguna para decir todo lo que debía ser dicho. La prosa es repetitiva, acusatoria, divagatoria, y dogmáticamente enmascadora de una ambigüedad total, que no podía ser evitada a pesar de las frases categóricas y autoritarias de los secretarios. Cuando el cura Felipe de Samaniego

también se autoacusa, la relación de los secretarios apenas es interrumpida substancialmente.

Los secretarios ni siquiera habían dejado de leer. Solamente cuando el cura Samaniego había gritado, se habían callado un momento. Como molestos por la interrupción de un niño, por un accidente inoportuno. El mismo sol que se hubiese apagado no hubiese frenado la marcha de aquella máquina judicial, y menos cuando estaba llegando a su propósito. 147

Al final cuando llega el momento de leer la sentencia, parece que los secretarios se regodean gozosamente en la proclamación de la condena. La impresión que produce en el lector la relación inquisitorial es la de un simulacro de juicio. Todo lo leen los secretarios: las acusaciones, la defensa, los testigos, la condena y las penas impuestas. El Gran Inquisidor se limita a interrumpir la lectura cuando siente que se está creando una atmósfera de tensión y angustia intelectual irrespirable. Finalmente con voz trémula y firme al mismo tiempo, dice que debe ahorrarse al acusado la humillación de ponerle la coraza y el sambenito. También el Gran Inquisidor afirma que debe evitarse que el reo reciba

los azotes estipulados en la condena. Esto está dicho con las mínimas palabras posibles. El laconismo del Gran Inquisidor contrasta con la verborrea inaguantable de los secretarios que se creen representantes y ejecutores de un poder no abierto ni a la discusión ni a la relativización por parte de nadie.

7.- DIÁLOGOS EVOCADORES DE VIDA.

El conflicto existencial implicado en el aplastamiento de Port-Royal se presenta en Diálogos jansenistas e Historia de un otoño, mediante una serie de conversaciones en las que flota un fuerte dramatismo, un sentido de lo inevitable y un espíritu de libertad que no se doblega ante nada que sea humano. Estos diálogos arrojan luz sobre las posturas existenciales de los personajes que en ellos intervienen. Diálogos jansenistas podría ser estructurado en conformidad con doce diálogos, que en algunos casos se limitan a meras transmisiones y aceptaciones de órdenes, en otros ponen de manifiesto las actitudes agónicas de los personajes, y en otros

los contrastes están ambientados en una atmósfera de miedo.

M. de Vivant.- Las monjas apelarán al Primado de Lyon, apelarán al Parlamento por vicio de forma, apelarán...

Cardenal.- Apelarán a Jesucristo, como otras veces. No puedo olvidar que, ya en dos ocasiones, han introducido, en el ataúd de dos hermanas muertas, una apelación al Tribunal de Nuestro Señor.

M. de Vivant.- Es la Iglesia la que debe juzgar y lo que ella desate, desatado será en aquel Tribunal.

Cardenal.- (Reticente) Pero si la Iglesia no puede resistir a un tan gran Príncipe como el Rey de Francia... (el cardenal se levanta y pasea nervioso. Se detiene junto al crucifijo y exclama mirándole) ¡Los poderes de la Iglesia! Nadie tiene poder si no puede resistir. (Señalando con la mano el crucifijo) Ese es el poder de Dios, P. Vivant: estar abofeteado, escupido, azotado, crucificado... y resistir. Resistir ante todas las potencias del mundo y del infierno desde la cruz y la humillación, antes que renegar la propia conciencia. ¡Y esas monjas pueden!: un puñado de mujeres, algunas de ellas todavía unas niñas. 148

En esta conversación, como en casi todo Diálogos jansenistas, hay un contraste claro entre la mentalidad eclesiástica de M. de Vivant y la postura de un Cardenal que está preocupado por cuestiones teológicas más profundas. Este

contraste se dejará ver con más agudeza en la conversación entre el Nuncio y el Cardenal. El Nuncio desea ostentar un tacto diplomático, presentando la decisión que tiene que tomar Noailles como un asunto fácil. Se trata simplemente de que todo esté en orden canónicamente. Frente a esta actitud, el Cardenal expresa la agonía que experimenta al dar la orden de destrucción de Port-Royal. Se llama a sí mismo verdugo.

La conversación final de Diálogos jansenistas que abarca todo el acto III es la culminación de un intercambio de ideas y opiniones entre el Cardenal, Mlle. Joncoux, el P. Tallien y M.de Vivant, que conduce a un esclarecimiento de las propias actitudes y a la conversión colectiva. A la luz de este último acto, podríamos afirmar que los doce diálogos de esta obra dramática, están llenos de vida y espontaneidad. El drama de Port-Royal es presentado a nivel individual en los diversos personajes, y colectivamente tanto en la comunidad de religiosas del monasterio, como en la conversación

del último acto. Estos diálogos sirven para esclarecer la vida de los personajes que en ellos participan y la de los lectores y posibles espectadores de Diálogos jansenistas.

Si comparamos la conversación inicial entre el Cardenal Noailles, M. de Vivant y la Madre Du Mesnil al comienzo del primer acto de Diálogos jansenistas, con la misma conversación de Historia de un otoño, podemos observar el carácter distinto de ambas obras. La conversación inicial de Diálogos jansenistas consiste fundamentalmente en un diálogo persuasivo que fracasa. En Historia de un otoño no se da tanta importancia a este fracaso, pues la finalidad de la conversación es poner de manifiesto el significado teológico del espíritu jansenista.

Los diálogos confidenciales entre el Cardenal y Monseñor de Beaumont en Historia de un otoño no aparecían en Diálogos jansenistas, como tampoco las conversaciones teológicamente profundas entre Noailles y el Nuncio de Historia de un otoño. El Cardenal y Monseñor de Beaumont

hablan del valor definitivo de la verdad y critican la mentira tanto de la Corte de Versalles como de la Academia. Para ambos personajes solamente la verdad sostiene a las palabras y a los gestos. En este contexto se refieren a la muerte de Pascal a la que Jiménez Lozano había prestado atención en "Blas Pascal y el cristianismo feliz", recopilado en La ronquera de fray Luis y otras inquisiciones. Al recibir el viático, Pascal afirmó que creía de todo corazón¹⁴⁹. Fue un cura sencillito que quizá no entendía mucho de teología, Monsieur Beurrier, quien le confesó y le administró la Eucaristía de la que los médicos por un lado, y los clérigos antijansenistas por otro, querían apartarle¹⁵⁰. En definitiva se trataba de un triunfo de la simplicidad sobre las complicaciones absurdas y contraproducentes de la inteligencia.

Ya se ha indicado que el Nuncio de Historia de un otoño, tiene una profundidad y riqueza espiritual superior al de Diálogos jansenistas. Este personaje en la primera novela de Jiménez Lozano sirve para que Noailles se sincere y

comparta con él sus opiniones sobre Port-Royal, el Rey y el papel de la Iglesia.

-¿ Una leve concesión, Monseñor? - preguntó el cardenal con una sonrisa. Pero, luego, su mirada se llenó de gravedad. Tomó una de las copas, que estaban sobre la cornisa de la chimenea, e invitó al Nuncio a tomar la otra. Bebió un sorbo y, sin dejarla de la mano, respondió:

-A Roma puede parecerle pequeña la concesión, pero para mí, que soy el pastor de esas ovejas que se van a echar al lobo, porque éste nos amenaza, la cuestión tiene otro aspecto.

-No dramaticemos, Eminencia. A nadie se va a echar al lobo. Unas monjas bien pueden vivir en cualquier otro monasterio y ésta es la insig-nificante pena que se les impone. No gustaría en Versalles, por otra parte, que llamaseis lobo a Su Muy Cristiana Majestad.

-Monseñor, Luis XIV es sólo un hombre y ni aun por la dureza de sus entrañas, le desearía comparar a un lobo, entendedme bien. Por otro lado, es mi soberano y un cristiano siempre es leal con los poderes de este mundo. Pero ya sabemos lo que el más justo de estos poderes haría con los hombres, si la sombra de Cristo no se interpusiese, si la Iglesia no los amparase: los devoraría. 151

Igual que en Historia de un otoño, también en El sambenito los diálogos entre los personajes dan motivo para que se contrasten opiniones teológicas diversas y complementarias. Las confidencias en las conversaciones entre el

Gran Inquisidor y el P. Duval, nos recuerdan las del Cardenal Noailles y el P. Vivant. También encontramos un diálogo iluminador en El sambenito, reminisciente de los que hemos analizado en Diálogos jansenistas. De la misma manera que Mlle. Joncoux servía para clarificar las posiciones teológicas del Cardenal y M.de Vivant, también la madre del Gran Inquisidor con una simple intervención contribuye al esclarecimiento de la conversación entre su hijo y el P. Duval.

-En nuestro tiempo había más religión. Pero yo le digo a mi hijo que esos que niegan a Dios serán locos. ¡Basta abrir los ojos para ver que le hay!

El P. Duval dijo al Gran Inquisidor:

-Voltaire tiene una frase igual.

-Y entonces a ese idiota ¿qué le ha hecho Cristo?.

-Mucho daño le ha hecho, Monseñor. Un Dios sin Cristo ¿qué es? Pero ¿con Cristo y Cristo crucificado...?. 152

Si en Historia de un otoño se criticaba la vaciedad de la Corte de Versalles y de la Academia, en El sambenito las críticas van dirigidas al deterioro del diálogo en las tertulias.

Hasta los mismos secretarios afirman que la seriedad de los temas teológicos, impide que éstos deban ser tratados en las tertulias. Con esto estarían de acuerdo el Gran Inquisidor que profundiza en reflexiones agónicas durante la soledad sonora de su intimidad, y el mismo P. Duval que nos expone sus pensamientos teológicos no en tertulias, sino en diálogos repletos de conocimiento de la naturaleza humana.

El abate Duval se levantó para curiosar una vez más los libros de la biblioteca y vio entonces que sobre el sillón que había junto a la chimenea estaba el Kempis. ¿Leía ahora don Pablo el Kempis? ¿Buscaba allí las fuerzas que necesitaba para soportar el golpe que se avecinaba: la muerte de doña Gracia? Si era así, había llegado en un buen momento para hablar con el corazón, con el espíritu desnudo, con palabras que no fueran sonido y humo de filigranas como las de las tertulias. No habría tertulia, habría conversación. Realmente algunas naturalezas humanas precisan el dolor para revelarse y mostrarse tal y como son. 153

El narrador omnisciente de El sambenito asocia las tertulias con conversaciones superficiales y relajantes. Así nos dice que cuando se aproximaba el final del proceso inquisitorial, y los asistentes se habían dado cuenta

de que el acusado no iba a ser condenado tan duramente como se pensó al comienzo, los cuchicheos empezaron a reproducirse y a subir de tono en la sala de audiencias, llegando a instalarse allí un aire de tertulia. Si los secretarios de la Inquisición y el P. Duval parecen criticar a las tertulias por su superficialidad, también doña Isabel de los Ríos las critica desde otra perspectiva. Para ella, el tiempo que don Pablo dedicaba a las tertulias, iba royendo el amor matrimonial. Las tertulias habían constituido una amenaza seria para la felicidad de doña Isabel que se sentía disgustada tanto por los que a ella asistían como por las muchas insinuaciones que allí oía.

8.- ENSIMISMAMIENTOS Y SOLILOQUIOS.

En diversas ocasiones durante la narración de Historia de un otoño y de El sambenito, el Cardenal Noailles y el Gran Inquisidor se abstraen de la acción inmediata y dejan correr sus pensamientos e imaginación. Estos ensimismamientos adquieren formas diversas y ponen de

relieve las preocupaciones y obsesiones de ambos personajes.

Cuando en el capítulo IV de Historia de un otoño, Noailles está hablando con Mademoiselle de Joncoux, se aparta por unos instantes de la conversación e inicia una reflexión que continuará después de la despedida de la dama. En este momento los pensamientos adquieren la modalidad del recuerdo de un sueño. Cuando está rezando ante el Sagrario, Noailles sigue absorto en sus pensamientos. Lo mismo sucede cuando regresa de una nueva visita a la Madre Du Mesnil en Port-Royal. En el capítulo VI el Cardenal se imagina lo que ha podido suceder al notificarle los acontecimientos en torno a Port-Royal. La visita a la Corte de Versalles en el capítulo VII, está inundada de las reflexiones de Noailles. En el capítulo XI nos encontramos con un sueño del Cardenal que él mismo quiere interpretar. Finalmente, el último capítulo cierra Historia de un otoño con un soliloquio final de Noailles, interrumpido brevemente por una visión retrospectiva.

El contenido de todos estos ensimismamientos revela las obsesiones y preocupaciones teológicas del Cardenal. Todo lo relacionado con el drama de Port-Royal constituye el motivo casi único de los pensamientos de Noailles. La ironía no podía faltar aun en medio de la tensión vital que supone el prever lo que fatalmente va a suceder.

El cardenal pensó:
 -Si aceptasen en el monasterio esa abadesa, estarían salvadas.
 Pero, en seguida, reaccionó:
 -¿Cómo pensar que iban a aceptar una abadesa impuesta?
 Al cardenal se le escapó una sonrisa, imaginándose la entrevista entre la Madre Du Mesnil y la abadesa que pretendía entronizarse allí. Hubiera dado cualquier cosa por presenciarla tras una celosía. 154

Las reflexiones teológicas más ricas y profundas de Historia de un otoño y de El sambenito se llevan a cabo durante los momentos de ensimismamiento, que suelen adquirir la modalidad de soliloquios o monólogos interiores. El radicalismo en el planteamiento de la problemática de fe, el misterio de la existencia del mal en el mundo y la inevitabilidad del morir

crucificado, son temas teológicos que constituyen el objeto de reflexión durante los ensimismamientos de Noailles y del Gran Inquisidor. Este último personaje, en diversos momentos de la lectura de la relación inquisitorial, estaba completamente abstraído de todo lo que allí se decía e incluso de lo que sucedía en la misma sala de audiencias. El significado del proceso contra don Pablo de Olavide, y el papel que allí desempeñaba el Gran Inquisidor, son motivos que inducen a que éste se sumerja en las interioridades de sus recuerdos y conocimientos bíblicos y comience a dudar de todo, incluso de la misma duda. En estos momentos, el Gran Inquisidor, olvidándose casi por completo de los escolasticismos burocráticos que no cesaban de repetir los secretarios inquisitoriales, recurría a la oración y se agarraba a lo único en lo cual podía apoyarse, su fe en Cristo.

9.- TEXTO AUTOCRÍTICO

La crítica que podríamos exponer sobre el texto de El sambenito se encuentra ya formulada

por el narrador omnisciente o por los personajes de la novela, los cuales a su vez se hacen mutuamente cierto tipo de crítica , basándose en la prosa y en el mismo relato inquisitorial. Como ya se ha señalado, la carta final brevemente resume todo lo relatado por la novela y emite un juicio crítico sobre la fidelidad del relato a los hechos sucedidos. Dentro de la atmósfera de ambigüedad de toda la novela, se indica en la carta que el relato del proceso inquisitorial parece hecho algunas veces por pluma volteriana y otras por mano muy cristiana. Los autores de la carta también son conscientes del elemento propiamente novelesco e imaginario que tiene tal relato.

La crítica de los secretarios y de su relato, está hecha por el narrador omnisciente, por el Gran Inquisidor y por los propios secretarios. El narrador omnisciente al comienzo del capítulo tercero de El sambenito, enfatiza la seguridad y el interés puesto por los secretarios en lo que leían. Los compara con Maese Pedro y subraya

la representación de lo que decía el papel que iban leyendo. Este papel lo vivían y lo representaban con sus ojos, con los gestos de sus caras y con el movimiento mismo de los dedos. El contenido de lo que leen los secretarios, es criticado por el Gran Inquisidor en conversación con don Pablo.

Hay inquisidores estúpidos y violentos, los hay piadosos, e inteligentes y los secretarios suelen hacer una mezcla de tontería, brutalidad, misericordia y unción, verdaderamente religiosas, y alta teología. El resultado es como un explosivo. Si el que escucha esa mezcla es un hijo de la Iglesia, se quedará sólo con la piedad y la buena teología. Pero si es un descreído tiene que divertirse. Ni Voltaire desacreditaría mejor las cosas santas. 155

Llega un momento en que los mismos secretarios al leer las acusaciones contra don Pablo relativizan todo lo afirmado por ellos mismos, haciendo así, al menos parcialmente y quizás de una forma inconsciente, su propia autocrítica. Después de acusar a don Pablo de estar de acuerdo con todo lo que se decía en las tertulias de los ilustrados, los secretarios añaden que no consta que todo eso hiciese o dijese el

acusado, pero que aprovechaban la oportunidad para advertir el peligro que suponía para la fe la asistencia a tales tertulias.

En cuanto a las expresiones que con frecuencia se repiten en la prosa del relato de los secretarios, es el narrador omnisciente el que indica cuáles son tales palabras y frases con que los oídos de los asistentes eran martillados : "destronar", "destruir", "arrancar", "queda demostrado", "quemar", "muerte", "piedad", "caridad", "misericordia", "es convicto", "rigor", "determinación", "ejemplo singular", "escarmiento"...etc. Como contraste con el convencimiento y entusiasmo dogmático de los secretarios, se cuenta en la carta que los presuntos amigos de don Pablo envían al obispo de Rodez, que el Gran Inquisidor había dicho al ministro de Justicia, Roda, que tales procesos no servían para nada, porque en su interior el acusado seguiría pensando lo que quisiera. La crítica que de la Inquisición podríamos hacer nosotros mismos al leer el texto de El sambenito, está hecha ya dentro de la misma narración precisamente también por el Gran

Inquisidor, para quien el Santo Oficio no es ni mejor ni peor que cualquier otra institución de este mundo. Sin perder de vista que dentro del aparato inquisitorial trabajaban personas ilustres por su conocimiento y su vida pura, también se encuentran en esta institución, como muy bien señala el Gran Inquisidor, los que brillan por su ignorancia y los vividores que hacen carrera.

10.-SIGNIFICADO DE LOS NOMBRES.

El título de Historia de un otoño expresa lo que la narración de esta novela significa. El otoño es la estación de la caída de las hojas y del marchitar de la naturaleza, que se encamina hacia la destrucción invernal. El arrasamiento de Port- Royal es la culminación de todas las medidas de persecución contra este monasterio, cuyas religiosas sufrieron un otoño espiritual, presagio del invierno del destierro al que inevitablemente habían de someterse.

Historia de un otoño en lo que al título se refiere, tiene como antecedente lo que Sainte-Beuve denomina "otoño de Port-Royal", y que abarca la década de 1670, años anteriores a lo narrado por Jiménez Lozano. Por tanto creemos que la aplicación del significado del otoño con todas sus posibles connotaciones, a los acontecimientos del monasterio de Port-Royal, no es original de nuestro autor y procede de la obra en la que se ha inspirado.

Conforme estamos señalando, el título mismo de Historia de un otoño hace referencia al significado de preludio de muerte que tiene esta estación. Durante toda la novela, la muerte hace acto de presencia en muchos niveles y con manifestaciones distintas. En esta novela la imagen de la caída y de la destrucción inevitable, está presentada desde un doble plano. En los ocho primeros capítulos todo se dirige hacia la destrucción material del monasterio de Port-Royal. En estos capítulos en cierto sentido hay predominio de la acción. Nos illes vi-

sita el monasterio para convencer a las religiosas con el fin de que firmen el Formulario. El objetivo de tal visita fracasa. El Rey, mediante el duque de Noailles y el duque de Durás directamente, y hasta mediante el Nuncio, presiona al Cardenal para que actúe contra las religiosas. Estas presiones se resuelven indiscutiblemente en un nuevo fracaso. Noailles visita al Rey para interceder en favor de Port-Royal. Tal visita no consigue tampoco ningún resultado satisfactorio para Noailles. En cuanto al poder físico y mundanal se refiere, Luis XIV triunfa al llevarse a cabo la destrucción y el arrasamiento del monasterio de Port-Royal des Champs mediante una expedición militar.

En los cuatro últimos capítulos de Historia de un otoño, la caída otoñal va dirigida a una realidad más radical que la de la destrucción física de Port-Royal. Ahora lo que se presagia y lo que inevitablemente viene, es la muerte. En estos capítulos predominan la reflexión y los recuerdos, manifestados bajo múltiples formas, sobre la acción. El ritmo lento

del tiempo y el predominio de la reflexión en la segunda parte de Historia de un otoño , nos pueden hacer recordar la narrativa de Azorín, sobre todo La voluntad. La ausencia de acción deja paso a una reflexión llena de recuerdos y con un fuerte grado de escepticismo frente a todo lo concerniente al mundo temporal. En Historia de un otoño para Noailles lo que en definitiva cuenta , es la cruz que perdura más allá de la destrucción humana. En esa cruz, Noailles ha depositado su esperanza.

Si en la primera novela de Jiménez Lozano, el título tenía connotaciones que aludían al significado de lo narrado, en El sambenito son los nombres de los personajes los que tienen un significado literal o histórico correspondiente al papel que desempeñan en la novela. Los principales personajes de El sambenito que son citados con sus nombres y no solamente con los apellidos o con los cargos que desempeñan, en parte son descritos por el significado de tales nombres. Ordinariamente podría

asociarse el nombre de Pablo a la conversión que experimentó el Apóstol de los gentiles, y que entonces recibió tal nombre. Originalmente se llamaba Saulo. En El sambenito a don Pablo se le conoce por dos conversiones o cambios radicales, los cuales son explícitamente mencionados. Don Pablo había pasado de ser cristiano viejo a ser ilustrado. De encarnación de los valores de la España ortodoxa había de pasar a ser representante de un nuevo talante de vida, el de un cristiano ilustrado. Como reacción por parte de la Inquisición al proceso de conversión operado en don Pablo, éste había de pasar de ser uno de los hombres más famosos del reino a prácticamente no significar nada. Según el narrador omnisciente, don Pablo había sido caballero de Santiago y un alto funcionario del Rey. Desde el momento en que el Tribunal del Santo Oficio le estaba juzgando, ya sólo tenía un nombre, que estaba mancillado para siempre. Si antes había brillado por su inteligencia e ingenio, ahora sobresalía por su perdición. A la relación de los secretarios

tampoco había pasado inadvertida la comparación del acusado con San Pablo. Sin embargo, según el informe inquisitorial, el significado de don Pablo de Olavide está opuesto radicalmente al del Apóstol de los gentiles.

Reíase el acusado del celibato de los sacerdotes y decía que si un Pablo - el apóstol - había maldecido el natural de la carne, otro Pablo - el acusado - se hacía cuenta de las exigencias de su pedimento, y como el eclesiástico a quien esto decía se escandalizare, el acusado le preguntó:
- ¿Y qué haría Su Reverencia si estuviera a solas con una moza sana, retozona y de apretadas carnes?. 156

La vida de la esposa de don Pablo corresponde a la de una cristiana vieja, y su nombre nos recuerda a la reina que fue prototipo de la España ortodoxa y a la que se ha denominado la reina católica. No obstante, a medida que progresa la narración de la novela, observamos en este personaje una actitud crecientemente rebelde frente a la cristiandad en que fue educada. Esta rebeldía ocasiona en el lector una ambigüedad que le puede llevar a preguntarse si el nombre Isabel correspondería solamente

a la reina católica, o quizás también hay insinuaciones no veladas a Isabel de Inglaterra.

En cuanto a la veracidad acerca del autor del relato, y por tanto también sobre lo relatado, desempeña un papel crucial el testimonio de Tomasa de Arellano, según se nos dice en la carta final de la novela. El nombre de Tomasa y su actuación, podrían relacionarse con la del apóstol Santo Tomás, quien dudó y no creyó hasta haber visto. Tomasa ve el testamento de don Pablo, pero al contrario del apóstol demuestra no creer en él al hacer lo opuesto de lo que estaba estipulado acerca del entierro. Por otro lado, Tomasa nos transmite la duda sobre el autor del papel último encontrado el día de la muerte de don Pablo. Tomasa duda acerca del autor de dicho papel y nos hace dudar a nosotros también.

El personaje, cuyo nombre indica lo que en realidad era, es doña Gracia, medio hermana de don Pablo. El narrador omnisciente la describe como ninfa y estrella de las tertulias. Tanto

física como culturalmente era verdaderamente una gracia. Su talle era el más esbelto de España y brillaba tanto por sus vestidos y gestos delicados como por sus verdes ojos de largas pestañas. Habla-
ba varios idiomas, leía y entendía de música y pintura. Isabel describe a Gracia como mujer alta y rubia que parecía una flor delicada. Sabía desenvolverse al reir, andar, mirar y gesticular. Hasta supo morir con desenvoltura. Conocía el pensamiento de san Agustín y era distinguida incluso en la forma de rezar.

En El sambenito, la correspondencia entre el significado de los nombres y el papel que desempeñan los personajes en la acción narrativa, podría ser considerado como parte de la autosuficiencia del texto que de alguna forma llega hasta criticarse a sí mismo. No es necesario recurrir a elementos extratextuales para analizar o comentar una novela cuyo narrador omnisciente hace la crítica de los personajes, o ellos se la hacen a sí mismos.

NOTAS AL CUARTO CAPÍTULO

132 El lector de cualquier obra de ficción no puede dejar de imaginarse los lugares donde transcurre la acción que se narra. Por nuestra parte, hemos visto con sorpresa que lo que habíamos imaginado al leer Dialogos jansenistas e Historia de un otoño, correspondía en parte a lo que posteriormente hemos visto pintado en los cuadros de Philippe de Champaigne, estrechamente unido a la causa jansenista. También lo imaginado por nosotros coincidió con lo que observamos al visitar el convento de las monjas agustinas de clausura de Madrigal de las Altas Torres en la provincia de Ávila. Fotografías de este monasterio se encuentran en el libro de Jimenez Lozano, Guía espiritual de Castilla. El propio autor nos ha manifestado que al describir múltiples escenas de Diálogos jansenistas e Historia de un otoño, se inspiró en este convento que fue un viejo palacio del rey don Juan II de Castilla, donde se reunían las Cortes, y en el que nació la reina Isabel. El denominador común de los cuadros de Philippe de Champaigne, del convento de las agustinas de clausura de Madrigal de las Altas Torres y de la prosa de Historia de un otoño, es el intento logrado por prescindir de todo lo superfluo, llegando a captar la desnudez propia del abandono y abnegación jansenista.

133 Teófilo Cabestrero, "Encuentro con J. Jiménez Lozano" en Bernardino M. Hernando y otros: J. Jiménez Lozano. Ensayo y novela al servicio (crítico) de la fe. Madrid. Cuaderno de la revista mensual Ilustración del clero. Enero. 1973. Número 1.

134 Las características del teatro épico han sido brevemente expuestas por Xavier Rubert de Ventós en su obra La estética y sus herejías. Barcelona. Editorial Anagrama. 1980. Pags. 314-324.

135 Según Brecht, una obra de teatro que no fuese representada, no tendría razón de ser. En este sentido, se podría negar hasta el carácter propiamente dramático del teatro de Unamuno, cuyas obras no llegaron a ser representadas.

136 Diálogos jansenistas es una obra de teatro épico y su contenido primordial es político, aun sin menospreciar los elementos teológicos que en ella encontramos. El contenido político del teatro épico, es esencial para entender toda la concepción dramática de Bertolt Brecht.

137 Historia de un otoño, pags. 103-104.

138 Ibid., pag. 169.

139 El sambenito, pag. 9.

140 Ibid., pag. 180.

141 Historia de un otoño, pag. 179.

142 El tema de la tortura y el rechazo moral que ella inspira, es tratado por Jiménez Lozano en los siguientes artículos recopilados en Un cristiano en rebeldía: "La cuestión", "Las dos contabilidades" y "El clima de la paz".

143 La soledad y la introspección que se reflejan en el diario de la Madre Du Mesnil, habían sido también los temas dominantes de los escritos de la cárcel de Saint-Cyran, y fueron reiterados en De la fréquente communion de Antoine Arnauld.

144 Historia de un otoño, pag. 132.

145 La poca estima que gozaba San Pedro en Port-Royal tiene un antecedente teológico en la "Introducción" escrita por Martín Barcos,

sobrino de Saint-Cyran, a De la fréquente communion. Barcos se refería a San Pedro y San Pablo como a las dos cabezas de la Iglesia que la hacen una. Aquí parecía que se cuestionaba el primado de Pedro.

146 El sambenito, pag. 13.

147 Ibid., pag. 166.

148 Diálogos jansenistas, pags. 47-48.

149 Jean Mesnard en Pascal, París. 1967, pag. 132, mantiene que Pascal murió en sumisión perfecta a la Iglesia y al Papa.

150 Los esfuerzos e intrigas por apartar a Pascal de la recepción de los últimos sacramentos, es un anticipo de lo que Jiménez Lozano estudiaría en Los cementerios civiles y la heterodoxia española al interpretar los últimos momentos de la vida de personalidades importantes en la historia contemporánea española, a los que se quiso forzar sus creencias religiosas mediante la privación o administración de los sacramentos.

151 Historia de un otoño, pags. 83-84.

152 El sambenito, pags. 77-78.

153 Ibid., pags. 114-115.

154 Historia de un otoño, pags. 79-80.

155 El sambenito, pag. 125.

156 Ibid., pag. 15.

CONCLUSIÓN A MODO DE APÉNDICE

Quedaría incompleto este estudio sobre la narrativa histórica de Jiménez Lozano sin referirnos a los relatos breves recopilados en El santo de mayo y publicados en 1976, y a los recogidos en El grano de maíz rojo, que se publicarán próximamente. También es imprescindible hacer una alusión directa a la que consideramos obra maestra de la literatura española contemporánea, Parábolas y circunloquios de Rabí Isaac Ben Yehuda (1325-1402), publicada en 1985. A estas narraciones dedicaremos las breves páginas finales del presente estudio.

El santo de mayo contiene algunas narraciones breves que se centran en momentos de la historia de España, en que la represión fue ejercida de modo descaradamente brutal contra seres humanos indefensos cuyos únicos delitos parecen consistir en no conformarse con los modos mentales y prácticas existenciales de los valores propios de la llamada España eterna. El drama de la Inquisición, con su poder perse-

guidor total, se pone de manifiesto en "El licenciado Pachón", cuyo personaje central trataba de eliminar las prácticas judías de los falsos conversos. "El teólogo" muestra lo absurdo de la represión inquisitorial llevada hasta las últimas consecuencias. Si el Gran Inquisidor de El sambenito no creía en las prácticas represivas de la institución que representaba, y de la que era la máxima autoridad, el personaje central de "El teólogo" sí que cree en los autos de fe que presidía. No obstante, la rigidez canónica y ortodoxa que defendía este personaje, no impide que la vida le salga al encuentro y se convierta él mismo en víctima absurda de lo que intelectualmente veía con evidencia incuestionable. Aun después de la abolición del Santo Oficio, la represión continuaba en la historia de España, conforme podemos leer en "El excomulgado" y en "La masía". Finalmente "Inventario español" constituye un resumen de diversos momentos de sufrimiento, causado por el fanatismo y la polarización de carácter religioso a través de épocas distintas de la historia de España.

Esta narración culmina con una pregunta acerca de lo que podría suceder en el futuro si se mantienen las mismas constantes represivas. ¿Existen esperanzas de que la historia deje de repetirse? ¿Se ve un final a la represión, después de un peso tan abrumador de persecución a los inconformistas?. "Inventario español" constituye un muestrario típico de lo que ha sido la intolerancia española desde el siglo XVI hasta fechas contemporáneas del mismo Jiménez Lozano. En este relato, se supera lo histórico para llegar hasta casi lo autobiográfico y testimonial.

En El grano de maíz rojo encontramos cuatro narraciones breves, centradas también en temas históricos, pero no circunscritos al ambiente socio-religioso español. No obstante, es cierto que estos relatos traen a nuestra memoria lo que hemos leído en El sambenito y en las narraciones de El santo de mayo ya citadas . El denominador común de los relatos históricos de El grano de maíz rojo, es la represión in-

transigente llevada a cabo contra personas indefensas, a las que se les castiga violentamente para obtener de ellas cierto tipo de información o para que sirvan de escarmiento con el fin de evitar que alguien caiga en la tentación de poder imitarlas. En el origen de algunos de estos castigos hay rumores y acusaciones no bien fundamentadas contra personajes que han caído en la desgracia de los poderosos, o que han carecido de popularidad. En "Informe a la Señoría" y en "La huida", a la represión o violencia inicial se responde con una nueva violencia denigrante y alienadora. "Informe a la Señoría" constituye una manifestación de la intransigencia eclesial, que convierte en víctimas a aquellos que se habían identificado con ella totalmente, como fue el caso de Savonarola. La intransigencia e intolerancia radical devora a sus propios defensores. Savonarola llevó su descarga emocional de anatemas teológicos a tales extremos, que él llegó a convertirse en la víctima de su propia actitud incontrolable. En "La huida"

después de haber acabado los estragos de la peste, continuaron las medidas represivas y violentas contra los que por su propia habilidad, o por otra razón, quedaron vivos. A los frailes de la abadía de San Victor los detuvieron y encadenaron, y a los posibles testigos de la visión de Cristo fuera del convento, se les quería torturar para que confesasen la autenticidad de lo que vieron. "La huída" se constituye, pues, en un relato de sufrimiento, muerte, castigo, represión y tortura, causados no solamente por fenómenos naturales, sino también por la misma inseguridad de los que se vieron afectados por la amenaza de la peste. En "El gorrioncillo" y en "El albarán", es la ortodoxia que mantiene el poder, la que excluye a aquellos personajes que se atreven a pensar libremente. En estos dos últimos relatos nos encontramos también con personajes que se identifican de tal manera con la ortodoxia, que se sienten satisfechos y llenos de alegría al llevar a cabo una tarea represora y violenta. En los secretarios de El sambenito y en el licenciado Ximénez de

"El licenciado Pachón" en El santo de mayo encontramos antecedentes de los personajes de los relatos de El grano de maíz rojo, que realmente creen en la ortodoxia intransigente de la Inquisición, dedicándose a la búsqueda y condena de víctimas.

El elemento histórico de confrontación entre tolerancia y fanatismo, adquiere un papel importante en Parábolas y circunloquios de Rabi Isaac Ben Yehuda (1325-1402). Nos encontramos aquí con una obra en que la narración de la vida de Rabi Isaac Ben Yehuda, alterna con sus enseñanzas bíblicas, las cuales constituyen una combinación genial de intuiciones y explicaciones basadas en pasajes escriturísticos de difícil comprensión. Los tópicos y modelos estereotipados con que frecuentemente solemos acercarnos a ciertos textos bíblicos, son radicalmente pulverizados en una nueva visión de los hechos y de los personajes explicados y descritos por Rabi Isaac Ben Yehuda. La perspectiva bíblica aquí adoptada va más allá de una interpretación puramente

literal de la Sagrada Escritura, y con frecuencia se recurre a narraciones de tipo apócrifo. Este recurso no significa un menosprecio del texto bíblico, o una afirmación contundente de su insuficiencia para satisfacer la necesidad de comprensión del lector de la Sagrada Escritura. La razón del recurso a narraciones apócrifas, hay que situarla en el contexto de tolerancia en que se desarrolla la vida entera de Isaac Ben Yehuda y sus enseñanzas. Este contexto de apertura hacia las razones escondidas y latentes de personajes, textos y situaciones, contrasta con el ambiente de rigidez ortodoxa y de intolerancia, existente en las comunidades cristianas y judías con las que se tuvo que relacionar Isaac Ben Yehuda.

La incompreensión y el aferramiento a tradiciones y tópicos históricos, que para algunos podían parecer inamovibles, son causa del sufrimiento que acompañó prácticamente de una forma casi continua a la existencia de Isaac Ben Yehuda, y que culminó con su condena,

lapidación, muerte e incineración. No obstante, tal como está presentado en esta obra de Jiménez Lozano, el sufrimiento total de Isaac Ben Yehuda no fue un caso aislado, sino una constante en la historia del pueblo judío. En esta obra, el elemento que quizás pueda presentar originalidad en el tratamiento del sufrimiento que acompañó al pueblo judío, radica en los mismos causantes en relación con Isaac Ben Yehuda. Los que hacen sufrir a nuestro personaje, no fueron únicamente los cristianos, sino los mismos judíos, representantes de una ortodoxia rígida e intolerante. Los que sentencian a muerte a Isaac Ben Yehuda, y ejecutan tal sentencia, son judíos fanáticos convencidos de la ortodoxia de sus creencias religiosas.

Como en todas las obras tratadas en este estudio, también en Parábolas y circunloquios de Rabí Isaac Ben Yehuda (1325-1402) existe un plano teológico más profundo que el mero anecdótico. Si nos situamos en este plano, la fe o su ausencia, tiene mucho que ver a

la hora de enfrentarse con el problema del mal y del sufrimiento, bien sea causado por la intran-
sigencia humana o por otros motivos desconocidos y fundamentalmente misteriosos e ininteligibles. La profundidad del problema del mal, y la búsqueda de sus raíces y manifestaciones en la Sagrada Escritura, hacen que los sucesos históricos de la vida y muerte de Isaac Ben Yehuda, queden encuadrados dentro de una problemática teológica rica y profunda.

Parábolas y circunloquios de Rabi Isaac Ben Yehuda (1325-1402) es una obra literaria de hondo contenido escriturístico y teológico, en la que los elementos propiamente estilísticos se encuentran entrelazados de manera indisoluble con el fondo conceptual. Algunos temas aquí tocados, estaban ya presagiados en las narraciones breves recopiladas en El santo de mayo. No obstante, conforme se ha señalado, el elemento de mayor originalidad puede consistir en el tratamiento vivo del sufrimiento de los judíos dentro del contexto ambiental de la época y existencia de Isaac Ben Yehuda.

Alrededor de este personaje se van desarrollando un conjunto armónico de escenas descriptivas y narrativas, unidas a una serie de lecciones teológicas que sirven para dar profundidad e interés al pensamiento histórico aquí presentado. Esta obra convierte a Jiménez Lozano en el único escritor español conocido por nosotros, que hasta el momento ha sabido enfrentarse al sufrimiento del pueblo judío en su dimensión existencial, usando el género literario narrativo como medio de expresión. Detrás de la elaboración de esta obra maestra de la literatura española contemporánea, hay un esfuerzo serio de investigación sobre todos los aspectos relacionados con el ambiente judío y cristiano que rodeó la vida de Isaac Ben Yehuda.

La comprensión hacia los otros, que ha caracterizado la obra literaria de Jiménez Lozano adquiere nuevas dimensiones en Parábolas y circunloquios de Rabí Isaac Ben Yehuda (1325-1402). Este libro está expuesto a múltiples análisis e interpretaciones, y constituye una crítica

manifiesta y abierta de cualquier tipo de ortodoxia rígida y excluyente. Las víctimas de esta ortodoxia son hombres de carne y hueso, colectividades enteras perseguidas por multitudes sanguinarias, manejadas por el odio y la intranquencia de unos pocos que aprovechan su posición de autoridad y prestigio social o religioso para eliminar sistemáticamente a los que de alguna forma disienten del orden establecido. Isaac Ben Yehuda fue una de estas víctimas que pagó con su propia vida la fidelidad a convicciones de tolerancia y amor universal.

BIBLIOGRAFÍA

1.- OBRAS DE JIMÉNEZ LOZANO

Meditación española sobre la libertad religiosa. Barcelona. Ediciones Destino. 1966.

Un cristiano en rebeldía. Salamanca. Ediciones Sigueme. 1968.

Diálogos jansenistas. Sin publicar. 1968

Historia de un otoño. Barcelona. Ediciones Destino. 1971.

Estudios sobre la obra de Américo Castro.
(En colaboración con otros). Madrid. Taurus. 1971 .

El sambenito. Barcelona. Ediciones Destino. 1972.

La ronquera de fray Luis y otras inquisiciones. Barcelona. Ediciones Destino. 1973.

La salamandra. Barcelona. Ediciones Destino. 1973.

El santo de mayo. Barcelona. Ediciones Destino. 1976.

Retratos y soledades. Madrid. Ediciones Paulinas. 1977.

Los cementerios civiles y la heterodoxia española. Madrid. Taurus. 1978.

"Un amargo arbitrista: Julio Senador Gómez".
(Estudio introductorio a Castilla en escombros
y Los derechos del hombre y los del hambre.)
Madrid. Instituto de Estudios de Administración local. 1978.

"Oficio Parvo". Premio de poesía El Ciervo, 1979.
n. 340-341.

Monasterios en Valladolid. Valladolid. Editorial Miñon. 1980.

"Historia de la Inquisición en España de J.A.Llorente". (Estudio introductorio a Historia crítica de la Inquisición en España de Juan Antonio Llorente) Madrid. Ed. Hiperión. 1981.

Sobre judíos, moriscos, y conversos. Valladolid. Ed. Ambito. 1982.

Duelo en la Casa Grande. Barcelona. Anthropos. 1982.

"Persistence of Hebraic-Islamic Cultemas in Spanish Society, or the Failure of the Inquisition". Comunicación al simposium "The Spanish Inquisition and the Inquisitorial Mind". New York. 18-21 de abril de 1983.

San Juan de la Cruz, Poesía. (Estudio introductorio y edición) Madrid. Taurus. 1983.

Guía espiritual de Castilla. Valladolid. Ed. Ambito. 1984

Parábolas y circunloquios de Rabí Isaac Ben Yehuda (1325-1402). Barcelona. Anthropos. 1985.

Los tres cuadernos rojos. (En prensa) .

El grano de maíz rojo. (En prensa).

2.- BIBLIOGRAFÍA GENERAL

Abellán, Pedro María. Fisonomía moral del primitivo jansenismo. Granada. P.Ventura. 1942.

Abercrombie, Nigel. The Origins of Jansenism. Oxford. 1936.

Aguilar Piñal, Francisco. La Sevilla de Olavide, 1767-1778. Sevilla. 1966.

Albiac, Gabriel. Pascal. Barcelona. Barcanova. 1981

Allier, Raoul. La cabale des dévots. Paris. 1902.

Alonso, Amado. Ensayo sobre la novela histórica. El modernismo en "La gloria de don Ramiro". Buenos Aires. Imprenta y casa editora Coni. 1942.

Annat, François. Réponse aux lettres provinciales. Paris. 1658.

Aranguren, José Luis L. Moral y sociedad. Madrid. Editorial Cuadernos para el diálogo. 1967.

--. La cultura española y la cultura establecida. Madrid. Taurus. 1975.

Arnauld, Angélique. Lettres de la Mère Angélique Arnauld, abbësse et réformatrice de Port-Royal. 3 vols. Utrecht. 1742.

Arnauld, Antoine. The Art of Thinking. Indianapolis. 1964.

--. De la fréquente communion. Paris. 1634.

Aullón de Haro, Pedro. Introducción a la crítica literaria actual. Madrid. Ed. Playor. 1985.

Ayala, Francisco. Reflexiones sobre la estructura narrativa. Madrid. Taurus. 1970.

--. Palabras y letras. Barcelona. Edhasa. 1983.

Bahr, Ehrhard. Georg Lukács. New York. Frederick Ungar Publishing Co., Inc. 1979.

Barcos (de), Martin. La correspondance de Martin de Barcos, Abbé de Saint-Cyran. Paris. 1956

Barnes, Annie. (Ed.) Lettres inédites de Saint-Cyran. Paris. 1962.

Béguin, A. Pascal par lui-meme. Paris. Ed. du Seuil. 1952.

Bera, M.A. (Ed.) Blaise Pascal: L'Homme et l'oeuvre. Paris. 1957.

Blondel, M. Dialogues avec les philosophes. Paris. Aubier. 1966.

Bly, Peter A.. Galdós's Novel of the Historical Imagination: a Study of the Contemporary Novels. Liverpool. Francis Cairns. 1983.

Booth, Wayne C.. The Rhetoric of Fiction. Chicago. The University of Chicago Press. 1983.

Brémond, Henri. Histoire littéraire du sentiment religieux en France. 12 vols. Paris. 1932.

Buckley, Ramón. Raíces tradicionales de la novela contemporánea en España. Barcelona. Ediciones Península. 1982.

Capel, Manuel. La Carolina, capital de las nuevas poblaciones; un ensayo de reforma socio-económica de España en el siglo XVIII. Madrid. C.S.I.C. 1970 .

Castro, Américo. La realidad histórica de España. Mexico. Editorial Porrúa. 1975 .

.- De la edad conflictiva. Madrid. Taurus. 1976.

.- España en su historia. Barcelona. Editorial Crítica. 1983.

Ciplijauskaitė, Birutė. Los noventa y ochistas y la historia. Madrid. Ediciones Jose Porrúa Turanzas. 1981.

Clémencet, Charles. Histoire générale de Port-Royal. 10 vols. Amsterdam. 1957.

Cognet, Louis. Le Jansénisme. Paris. P.U.F..1968 .

.- La réforme de Port-Royal, 1591-1618. Paris. 1950.

.- (Ed.) Relation écrite par le Mère Angélique Arnauld sur Port-Royal. Paris. 1949.

Conte, Rafael. "Jiménez Lozano, un buceador de la trascendencia" en Anthropos. Barcelona. Numero 25. 1983. Pags. 64-66 .

Cousin, Victor. Jacqueline Pascal. Paris. 1869.

Coustel, Pierre. Les règles de l'éducation des enfants. 2 vols. Paris. 1687.

Chatman, Seymour. Story and Discourse. Ithaca. Cornell University Press. 1983.

Daniel, Gabriel. Réponse aux lettres provinciales. Rouen. 1696.

Defourneaux, Marceline. L'Inquisition espagnole et les livres français au XVIII^e siècle. Paris. P.U.F.. 1963.

.- Pablo de Olavide, ou l'Afrancesado. (1725-1803).

Delasseault, Genevieve. (Ed.) La pensée janséniste en dehors de Pascal. Paris. 1963

Delumeau, Jean. Le catholicisme entre Luther et Voltaire. Paris. 1971.

Eagleton, Terry. Walter Benjamin or Towards a Revolutionary Criticism. London. Thetford Press Limited. 1985.

Elorza, Antonio. La ideología liberal en la Ilustración española. Madrid. Editorial Tecnos. 1970.

Escholier, Marc. Port-Royal. Paris. 1965.

Faugère, M.P. (Ed.) Lettres de la Mère Agnès Arnauld, abbé de Port-Royal. 2 vols. Paris. 1858.

Fontaine, Nicolas. Mémoires pour servir à l'histoire de Port-Royal. 2 vols. Utrecht. 1736.

Forbelsky, Josef. "Al margen de una traducción" en Anthropos. Barcelona. Número 25. 1983. Pags. 70-71.

Foster, E. M.. Aspects of the Novel. New York. Harcourt Brace Jovanovich. 1985.

Fuzet, A.. Les jansénistes du XVIIe siècle: Leur histoire et leur dernier historien M. Sainte-Beuve. Paris. 1876.

Gale, Theophillus. The True Idea of Jansenism, Both Historic and Dogmatic. London. 1669.

Gazier, Augustin. Histoire generale du mouvement janseniste. 2 vols. Paris. 1923.

Gazier, Cécile. Ces messieurs de Port-Royal. Paris. 1932.

.-Histoire du monastère de Port-Royal. Paris. 1929.

..-(Ed.) Histoire de la société et de la bibliotheque de Port-Royal. Paris. 1966.

Gerberon, Gabriel. Histoire générale du jansénisme. 3 vols. Amsterdam. 1700.

Giraud, Victor. Port-Royal et Sainte-Beuve. Paris. 1953.

Gironella, José María. Cien españolas y Dios. Esplugues de Llobregat. Plaza Janes Editores. 1984.

Gogorza Fletcher (de) , Madeleine. The Spanish Historical Novel 1870-1970. London. Tamesis Books Limited. 1974.

Goldmann, Lucien. El hombre y lo absoluto. El dios oculto. Barcelona. Ed. Peninsula. 1985.

.-Power and Humanism. Nottingham. Russell Press Ltd. 1974.

Gómez de la Serna, Gaspar. España en sus episodios nacionales. Madrid. Ediciones del Movimiento. 1954.

Gouthier, Henri. La philosophie de Malebranche et son experience religieuse. Paris. 1926.

Grégoire, Abbé Henri. Les ruines de Port-Royal. Paris. 1809.

Groethuysen, Bernard. Origines de l'esprit bourgeois en France. Paris. 1956.

Guillén, Claudio. Entre lo uno y lo diverso: introducción a la literatura comparada. Barcelona. Editorial Crítica. 1985.

Hamon, Jean. De l'excommunication. (sin lugar).1665.

Herr, Richard. España y la revolución del siglo XVIII. Madrid. Editorial Aguilar. 1964.

Husserl, Edmund. The Crisis of European Sciences and Transcendental Phenomenology. Evanston. Northwestern University Press. 1970.

Jameson, Fredric. Marxism and Form. Princeton University Press. 1974.

Kreiser, B.Robert. Miracles, Convulsions, and Ecclesiastical Politics in Early Eighteenth-Century Paris. Princeton. N.J. 1978.

Küng, H..¿Existe Dios?. Madrid. Ediciones Cristiandad. 1979.

Lain Entralgo, Pedro. Más de cien españoles. Barcelona. Editorial Planeta. 1981.

.- "Nuevo castellano viejo" en Anthropos. Barcelona. Número 25. 1983. Pags.63-64.

Lancelot, Claude. Mémoires touchant la vie de M. de Saint-Cyran par M. Lancelot pour servir d'eclaircissement à l'histoire de Port-Royal. 2 vols. Colonia. 1738.

Laporte, Jean. La doctrine de Port-Royal. 2 vols. Paris. 1952.

.- Saint-Cyran. Paris. 1922.

Lavalle (de), José Antonio. Don Pablo de Olavide. Lima. Imprenta del Teatro. 1885.

Lefebvre, H..Pascal. Paris. Nagel. 1949-1955.

Lohmann Villena, Guillermo. "Pablo de Olavide" en Biblioteca Hombres del Perú. Lima. Serie 2. Volumen 15. Pags. 49-104.

Lubac (de), Henri. Augustinianism and Modern Theology. London. 1969.

.- Surnaturel. Paris. 1946.

Lukács, Georg. History and Class Consciousness. Cambridge. The MIT Press. 1979.

.-The Historical Novel. Lincoln. University of Nebraska Press. 1983.

Mainer, José-Carlos. Modernismo y 98. Barcelona. Editorial Critica. 1980.

Mandrou, Robert. La France aux XVIIe et XVIIIe siècles. Paris. 1967.

Manzoni, Alessandro. On the Historical Novel. Lincoln. University of Nebraska Press. 1984.

Marandé (de), Léonard. Inconvénients d'état procédans de jansenisme. Paris. 1654.

Marin, Louis. "Philippe de Champaigne et Port-Royal". Annales: Economies, Sociétés, Civilisations. 25. (1970). Pags. 1-29.

Martínez Cachero, José María. La novela española entre 1936 y 1980. Madrid. Editorial Castalia. 1985.

Menéndez Pelayo, Marcelino. Historia de los heterodoxos españoles. Madrid. C.S.I.C. 1946. Vol. V. Libro 6.

Mermall, Thomas. "José Jiménez Lozano y la renovación del género religioso" en Anthropos. Barcelona. Número 25. 1983. Pags. 66-69.

Mesnard, Jean. Pascal. Paris. 1967.

- Miel, Jan. Pascal and Theology. Baltimore. 1969.
- Montherlant (de), Henri. Port-Royal. Paris. 1954.
- Nicole, Pierre. De la foy humaine. Paris. 1664.
- .-Essais de morale. 13 vols. Paris. 1730.
- Olavide (de), Pablo . El evangelio en triunfo o historia de un filosofo desengañado. 4 volumenos. Valencia. 1798-1799.
- .-El incógnito. New York. Lanuza, Mendia y c. 1828.
- .-Poemas cristianos. Madrid. Imprenta de Don J. Doblado. 1799.
- .-Sabina. New York. Lanuza, Mendia y c. 1828.
- .-Salterio español. Madrid. Imprenta de Don J. Doblado. 1800.
- Orcibal, Jean. La spiritualité de Saint-Cyran avec ses écrits de pieté inédits. Paris. 1962.
- .- Port-Royal entre le miracle et l'obéissance. Paris. 1957.
- .-Saint-Cyran et le jansénisme. Paris. 1961.
- Paquier, J.. Qu'est-ce que le jansénisme? Paris. 1909.
- Pascal, Blas. Obras completas . Madrid. Editorial Alfaguara. 1981.
- Pinthereau, F. Le progres du jansénisme decouvert. Amiens. 1655.
- Pirot, Georges. Apologie pour les casuistes contre les calomnies des jansenistes. Paris. 1657.
- Racine, Jean. Abrégé de l'histoire de Port-Royal par Jean Racine. Paris. Editado por Augustin Gazier. 1908.

Rapin, René. Histoire du jansénisme depuis ses origines jusqu'en 1644. Paris. 1861

Reis, Carlos. Fundamentos y técnicas del análisis literario. Madrid. Editorial Gredos. 1981.

Reyes Mate, M.. "La muerte de los españoles o las razones de su malvivencia en 'Los cementerios civiles y la heterodoxia española' ". en Anthropos. Barcelona. Número 25. 1983. Pags. 77-78.

Rubert de Ventós, Xavier. La estética y sus herejías. Barcelona. Editorial Anagrama. 1980.

Sainte-Beuve, C.A.. Port-Royal. Paris. Editado por Maxime Leroy. 3 vols. 1953.

Salcedo, Emilio. Escritores contemporáneos en Castilla y Leon. Valladolid. Ambito. 1982.

.- La palabra indirecta. Valladolid. Caja de Ahorros Popular. 1985.

Sangnieux, Joël. Les jansénistes et le renouveau de la prédication dans l'Espagne de la seconde moitié du XVIII siècle. Lyon. Presses universitaires de Lyon. 1976.

Sarrailh, Jean. La crise religieuse en Espagne a la fin du XVIII siècle. Oxford. Clarendon Press. 1951.

.- L'Espagne éclairée de la seconde moitié du XVIII siècle. Paris. Impr. Nationale. 1954.

Scholes, Robert. Semiotics and Interpretation. New Haven. Yale University Press. 1982.

Sciacca, M.F.. Pascal. Brescia. La Scuola Editrice. 1945.

Séché, Léon. Les derniers jansénistes depuis la ruine de Port-Royal jusqu'à nos jours. 3 vols. Paris. 1891.

Sedgwick, Alexander. Jansenism in Seventeenth-Century France. Charlottesville. University Press of Virginia. 1977.

Segre, Cesare. Principios de análisis del texto literario. Barcelona. Editorial Crítica. 1985.

Sherzer, William M.. "José Jiménez Lozano y la voz picaresca castellana" en Anthropos Barcelona. Número 25. 1983. Pags. 75-76.

Sonnino, Paul. (Ed). Louis XIV: Mémoires for the Instruction of the Dauphin. New York. 1970.

Steinmann, Jean. Pascal. Paris. 1962.

Strowski, Fortunat. Pascal et son temps. 3 vols. Paris. 1922.

Subirats, Eduardo. La ilustración insuficiente. Madrid. Taurus. 1981.

Taveneaux, René (Ed.). Jansénisme et politique. Paris. 1965.

Thomas, Jacques-François. Le problème moral a Port-Royal. Paris. Sin fecha.

Thouverez, Emile. Pierre Nicole. Paris. 1926.

Tomsich, María G.. El jansenismo en España. Madrid. Siglo XXI de España editores. 1972.

Unamuno (de), Miguel. En torno al casticismo. Madrid. Espasa Calpe. 1968.

.-Paz en la guerra. Madrid. Espasa Calpe. 1969.

Valcárcel, Daniel. "Olavide y la Universidad de San Marcos" en Documenta. Lima. Año 2. Número 1. (1949-1950). Pags. 378-394.